



MELANIE ROGERS

PERDÓNAME,
PADRE,
PORQUE HE
PECADO

REDEMPTION
RAGE



REDEMPTION
RAGE

MELANIE ROGERS

©Lune Noir, 2019

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

*Lo preocupante no es la perversidad de los malvados sino la
indiferencia de los buenos.*

Martin Luther King

*A quienes batallas con demonios, grandes, medianos, pequeños...
nunca dejen de luchar.*

Melanie

ÍNDICE

[Preludio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Pacto de sangre](#)

[Próximamente](#)

[Nuestro catálogo](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

PRELUDIO

22 años antes...

La noche era la peor hora. La desesperación se hacía oír en forma de llanto ahogado. Muchos, en coro. Lamentos, llamados a padres y madres, gemidos...

Las camas de metal se encontraban una junto a la otra, era imposible escapar de los sonidos de una decena de niños asustados, tristes, abandonados. Al menos, pensó Darren Foley, él tenía a su hermano.

—Kirian, ¿estás dormido?

—No.

—Me puedo pasar a tu cama.

—Solo si no te meas, Darren.

—No lo voy a hacer... —Le había vuelto a suceder un par de veces, no era que fuese un niño pequeño que se orinaba encima. No... tenía los seis años cumplidos, todo un hombre, en su opinión. Solo que... no conocía ese nuevo lugar y solía tener pesadillas en las que se le aparecía el cuerpo de su mamá sin vida, tal y como la había hallado, muerta en un charco de vómito con los ojos cerrados. En sus sueños, la mujer abría los ojos de golpe e intentaba alcanzarlo. Los miedos le impedían dejar la cama, convencido de que, si bajaba un pie, la mano de su madre le jalaría los tobillos para llevárselo al infierno.

Kirian decía que ya estaban en el infierno.

Asomó la cabeza por el borde del colchón y se cercioró de que no hubiera fantasmas antes de bajar, correr y saltar sobre su hermano, algo aterrorizado. Kirian se mostraba frío; era el mayor y decía que así tenían que ser los hombres, serios y responsables. De todos modos, cuando Darren se acurrucó a su lado, lo envolvió con el brazo para asegurar que no se cayera y lo cuidó de los terrores nocturnos.

Kirian siempre lo cuidaba.

Tenía nueve años, tres más que él, y ya a esa edad se había enfrentado a la policía, a los servicios sociales y a ese orfanato. Todo para que no los separaran. También le había dicho *vieja de mierda, hija de tu gran puta* a su abuela cuando ésta aseguró que no se haría cargo de ellos. Le hubiera gritado lo mismo a su padre de haberlo conocido, el muy bastardo se marchó cuando

Darren aún estaba en el vientre.

Sí, Kirian era todo un hombre y el ejemplo a seguir del más pequeño de los Foley.

Poco a poco, el eco de llantos se fue apagando. El cansancio, el hambre y las penas le ganaba a la tristeza infantil. Incluso a las de Darren, que cerró los ojos y limpió la mente de malos sueños, seguro de que Kirian velaba por él.

Los abrió a la madrugada.

La luz del corredor se colaba por la puerta del pabellón en donde dormían. Esa puerta solía estar con llave toda la noche, para que nadie deambulara a altas horas. La figura del padre Peter, el sacerdote de la capilla junto al orfanato, se recortó en la penumbra. Darren pensaba que no existía hombre más bueno que ese, les regalaba dulces, les preguntaba siempre por su bienestar, por las comidas y las penurias. Los dejaba sentarse en su despacho y compartir las penas sin juzgarlos de chiquilines, de débiles o insultarlos como los niños más grandes hacían con los pequeños. Les decía siempre que ellos eran dulces angelitos...

Kirian lo odiaba.

No sabía por qué su hermano lo detestaba tanto, más cuando parecía ser uno de los preferidos del padre Peter. Sin embargo, había sentenciado a Darren a mantenerse lejos de él, a no aceptar los dulces y a jamás, jamás, ir a su despacho. Cada vez que el sacerdote se acercaba a ellos, Kirian asumía el mismo comportamiento que con su abuela, la policía o servicios sociales: empujaba a Darren a sus espaldas, lo cubría con el cuerpo y afrontaba la situación como un hombre. Un hombre de nueve años.

—¿Adónde vas, Kirian? —La voz de Darren sonó soñolienta.

—Duerme, ¿sí?, enseguida regreso.

—¿Puedo ir contigo, me da miedo quedarme solo?

—No.

—Me mearé en tu cama —amenazó.

—Entonces, dormiré en la tuya. ¡Ya duerme de una maldita vez, Darren!

Kirian dejó la cama, el padre Peter esperaba por él. Darren no le hizo caso, no cerró los ojos, se cubrió con la sábana hasta la cabeza e intentó recordar cómo respirar. El orfanato no le gustaba, lo único que tenía era a su hermano, no podía descansar sin él. Juntó valor para bajar de la cama, pese al miedo de sentir los dedos de su madre en las pantorrillas e intentó salir del pabellón. La puerta volvía a estar cerrada.

Lo estuvo por horas. Darren rezó, no sabía bien las oraciones, solo

recordaba la parte de los pecados, tenía que pedir perdón por ser un mal niño, aunque no supiera cuáles de sus acciones eran de gravedad y cuáles simples travesuras.

Cuando Kirian regresó, lloraba. Darren rara vez lo había visto llorar. Se movía raro y le fue doloroso subirse a la cama. El padre Peter lo observaba desde el umbral, y hasta que el niño no se acostó, no cerró la puerta.

—No me oriné... —dijo Darren con orgullo—, ¿qué ha ocurrido?, ¿por qué lloras?

—Me duele la panza.

—No deberías comer todos los dulces que te da el padre... si me convidaras un par, no te dolería la panza.

—Tienes razón, Darren... eres un niño muy listo. Siempre tienes razón... —y lloró hasta que el cansancio les ganó a ambos.

CAPÍTULO 1

La hilera se extendía por casi toda la manzana. Darren avanzó siguiendo la línea, sin detenerse ante las miradas que le lanzaban los clientes. El hombre de seguridad, Norton, elevó la banda y le permitió el ingreso a la disco. *Redemption*. Nombre con el que la habían bautizado en un rapto de irónico humor.

Odiaba llegar cuando la noche estaba en alza. Un mar de cuerpos danzantes lo esperaba y él, cual Moisés moderno, se abrió paso entre la multitud sin más esfuerzo que el de avanzar. Su mera presencia conseguía que la gente se apartara; el aura de violencia y desprecio lo rodeaba, le funcionaba como escudo. Había que ser demasiado estúpido o valiente para intentar acercarse a él, tocarlo, llamar su atención. De todos modos, no faltaba la mujer —o el hombre— que deseaba probar suerte. De más estaba decir que salían mal parados.

Darren no necesitaba quitarse su blanca y ajustada camiseta y revelar el tatuaje de su espalda para que las personas pudieran leer las letras; las mismas se adivinaban... *Rage*. Ira. Su nombre desde hacía más de una década. Le sentaba mejor que Darren, y pocos tenían autorización de llamarlo de aquel modo, con el nombre que le recordaba al niño que fue. Ahora era un hombre, un hombre furioso, con un trabajo peligroso.

Redemption era su sitio. Allí, sus hermanos de vida y él eran los reyes. La disco les pertenecía desde que Daniel los había nombrado una de sus manos de pulpo con las que mantenía el control de los negocios en Los Ángeles. Necesitaban un espacio para centralizar las tareas y que, a su vez, les sirviera de tapadera. Nunca imaginaron que sería un éxito por sí solo, ni que las personas pelearían por entrar, pertenecer... redimirse.

Ese era el lema, debías ganarte la redención. Los de seguridad, quienes respondían a Rage de manera directa, conocían las reglas: ser exclusivos. Rage sonrió ante la idea. La exclusividad del lugar no se trataba de dinero, belleza o relaciones. No... era azaroso, como las máquinas tragamonedas de los casinos, lo que conseguía que los clientes se devanaran los sesos en un intento de averiguar las estrictas reglas de pertenencia. Entraban personas de todas las etnias, sexos, clases sociales. Los que ingresaban un día, quedaban

afuera otro, sin razón aparente. A Rage les gustaba jugar con esos niños mimados que presentaban su identificación seguida de una diatriba sobre quién era su padre o madre, porque, pese al rechazo, siempre volvían a intentarlo.

Ya nadie quería ir al cielo en Los Ángeles... por las noches, todos anhelaban entrar al infierno. Entrar a *Redemption*.

Los espacios estaban diseñados siguiendo los nueve círculos del infierno de Dante, y solo pasando todos ellos llegabas a la oficina vidriada de lo alto, desde donde se veía todo. Rage alzó la mirada y se encontró con su propio reflejo de cabello rubio, ojos celestes y piel tatuada; se preguntó si del otro lado se hallaban todos sus hermanos.

Era probable. Lo habían llamado a última hora, en su día libre. Maldijo en cuanto finalizó la comunicación con su móvil; no le molestaba que le asignaran una tarea, sino que lo hicieran cuando él ya se había dispuesto a gastar las energías por completo.

Por fortuna, no interrumpieron la sesión de sexo con Dalila, aunque sí la hora de combate en el gimnasio de Sweeney. Cualquiera diría que después de los días ajetreados por los que había pasado, Rage optaría por algo más parecido a un spa, a jugar con la consola o, simplemente, dormir. No era así. El descanso del cuerpo significaba para él tormento de mente; la única posibilidad de paz la hallaba en la extenuación. Dalila y entrenamiento.

El recuerdo de su último trabajo aún se manifestaba en sus nudillos inflamados, en esos que rezaban: *pain* (dolor) y *hate* (odio); las dos cosas que experimentarías si eras un bastardo sin suerte que encontrabas el fin bajo los puños de Rage. Quitarse la adrenalina que le circulaba por el organismo tras conseguir información —más cuando se trataba de los malditos que habían matado a Daniel— requirió de excesos de todo tipo. Todavía no estaba limpio. Rage era tan adicto a la violencia como lo había sido su madre al crack.

Otro de los muchachos de seguridad lo recibió al pie de la escalera que iba a la oficina. Se hizo a un lado sin más que asentir con la cabeza, y Rage subió los peldaños preguntándose qué era tan urgente.

Abrió la puerta blindada, sus hermanos estaban allí.

—Ya era hora —dijo Ronan, Pride para el mundo.

—Mi chica me trajo tan rápido como pudo. —Se refería a su motocicleta Ducati, una máquina que podía alcanzar los 270 kilómetros por hora.

—Quizá el problema no sea lo rápido que esa chica te traiga, sino lo mucho que tarda la otra en liberarte. —La voz de Erin, Desire, irrumpió en el despacho.

Rage sonrió, sabía que bromeaba. Ninguna mujer ejercía poder sobre él, ni prevalecía por sobre el trabajo.

—¿Qué es tan urgente? —Buscó una de las butacas de cuero y dejó caer su musculoso cuerpo en ella. Los gastados vaqueros se ajustaron sobre los muslos y la camiseta se tensó sobre su pecho en cada movimiento. La chaqueta de cuero negra y roja, que llevaba en la mano desde que se había bajado de la motocicleta, fue arrojada sin más a un lado. Desire negó con la cabeza y señaló a Aiden, Greed, como única explicación.

Greed era el encargado de la tecnología y la contabilidad. Se le daban bien los números, se le daba mal todo lo demás. Rage lo saludó con un movimiento, y su amigo le devolvió el gesto de manera seca. Nadie podía adivinar que esos dos fueran los más cercanos; si los cuatro se consideraban hermanos, entonces Greed y Rage eran mellizos. Aiden tenía apenas un año menos que Darren, se conocían desde niños, desde la época en que sus infiernos no eran simbolismos a Dante, sino lugares oscuros que ninguna persona debería habitar. Greed no toleraba el contacto humano, de ningún tipo, la única persona que podía tocarlo era Rage. Eso no implicaba que la situación fuera cómoda, por lo que se evitaba de ser posible. Nada de estrechar manos; menos, abrazos. Rage solo le ponía un dedo encima para tatuarlo o para curarlo; nada más.

En esos momentos, el contable se encontraba con sus *juguetes*, como llamaba al equipo de tecnología de punta. Buscaba en el despacho si había micrófonos, filtraciones, cámaras. Lo hacía con frecuencia, y lo repetía cuando la situación lo ameritaba. Al parecer, esa reunión de urgencia era una de esas ocasiones especiales.

—¿Es lo que creo? —preguntó a Pride, de manera críptica, para no filtrar información en caso de que Greed hallara algo.

—Sí.

—Fue rápido.

—Estamos todos concentrados en esto...

—Listo. —La interrupción de Greed hizo que soltaran el aire y pudieran dejar de hablar en código. Desire ocupó su lugar tras el escritorio.

Desde esa oficina vidriada hacia afuera, la cara que figuraba como la de líder era la de Pride. La mafia irlandesa estaba anclada en los '90, no aceptaría las órdenes de una mujer. Del vidrio espejado para adentro, Desire era quien manejaba los hilos; aunque, y por un pacto de sangre hecho veintidós años atrás, todas las decisiones eran consensuadas por los cuatro integrantes

de esa extraña hermandad. Desire y Greed eran medio hermanos biológicos, pero el lazo que los ataba iba más allá de vínculos filiales.

—¿Y bien? —Rage se impacientó, su pie repiqueteó en el suelo.

—Pues *dolor* y *odio* dieron resultado. —Pride tomó las riendas—. Dimos con Finn. Tu amiguito —aludió al pobre imbécil que conoció la furia de Rage— no mentía.

—Nadie miente por demasiado tiempo... —*No bajo mis puños*.

—Tenemos el dato —intervino Desire—. Greed lo tiene monitoreado desde hace unas horas. Está en movimiento, no sabemos lo que trama, pero tampoco nos importa. No es el líder...

—Finn es un completo idiota. —Las acotaciones de Greed, siempre tan acertadas, pensó Rage.

—Como sea, idiota o no, es un estorbo.

Rage hizo crujir sus dedos. Dolor y odio tenían nueva asignación.

—Dime que lo debo hacer en persona —rogó el sicario, con una sonrisa lobuna pujando de las comisuras de sus labios.

—Sí, y debe ser limpio, Rage. Un trabajo prolijo, no tienen que quedar rastros.

—Eso está de más decirlo...

Intentó sonar molesto, ofendido, pero la mirada verde esmeralda de Desire le dijo todo. No, no estaba de más aclararlo. La muerte de Daniel los había trastocado, sentían que les habían arrebatado lo más parecido a un padre que habían tenido en sus jodidas vidas; era lógico pensar que Rage se podía tomar el trabajo de un modo... personal. Y personal, para él, significaba sangre, violencia y grandes dosis de ira. El manejo de este último sentimiento supo ser un problema en el pasado, uno que contenía a duras penas con las sesiones de sexo y combate.

—Quieres ir con Dalila antes... —fue la desapasionada sugerencia de la mujer.

—¿Y correr el riesgo de que Finn escape?, ¡ni hablar! Puedo manejarlo.

—Estamos todos bajo presión —insistió Desire, la mirada café de Pride la hizo callar. A Rage no le gustaba la condescendencia, y ninguno de los presentes podía hablar por el otro. El que se encuentre libre de traumas que arroje la primera piedra...

Rage se puso de pie, de frente al ventanal. *Redemption* con sus nueve círculos se abría ante él. Ofrecían todos los placeres que uno pudiera comprar y lo hacían bajo un estricto código, uno que era ilegal, amoral, deleznable,

pero que a ellos les funcionaba para no agregar demonios a los que ya acarreaban.

En la pista de baile circulaban drogas de todo tipo, la música tecno los invitaba a perderse y olvidar los males por unas horas. Las condiciones: nada de droga cortada, nada de basura, nada de drogar a personas desprevenidas y el agua era libre en la barra. Si alguna de esas reglas se rompía, te las veías con los de seguridad. Y nadie quería eso, ¿verdad? Los muchachos de Rage no eran tan feroces como su jefe, pero tampoco eran nenes de pecho, y sabían dónde arrojar un cuerpo molido a golpes para no cargar con las denuncias.

Por otro lado, en todo el local, las chicas de Ness trabajaban a sus anchas. Las normas le pertenecían a la mujer ya entrada en años, la madre de casi todos los hijos descarriados de Los Ángeles. Desde jaulas de baile, caños, hasta atención directa en la sala de juegos. Las chicas de Ness eran prostitutas sin chulo; trabajaban seguras bajo el techo de *Redemption* y bajo el cuidado de los cuatro hermanos. Ellas atraían clientes y los instaban a consumir, el total de sus servicios y propinas iba a sus bolsillos. Nada de trata de blancas, nada de mujeres obligadas. Las puertas estaban abiertas para entrar y para salir.

Las apuestas fuertes las controlaba Greed, ese era su terreno. No había cartas marcadas ni dados alterados; nadie podía engañar a Aiden, y si alguien lo intentaba... pues se encontraba con dolor y odio.

Por último, y solo por el placer que les otorgaba, tenían el bar en la terraza. Un lugar exclusivo y ameno, en el que se escuchaban artistas en vivo, se bebía cócteles de lujo y se degustaban manjares. Un espacio propicio para los negocios, que era la verdadera razón que los reunía.

—Greed... —lo llamó, a la espera de instrucciones. Matar a Finn era más que un trabajo, más que una orden... era una necesidad.

El hombre se puso de pie y se paró a su lado; le alcanzó la Tablet para que se familiarizara con el punto rojo que allí figuraba y la zona en la que lo hacía. El sur de la ciudad.

—¿Saben qué trama?

—No, solo ha recibido una llamada, número desconocido, imposible de rastrear, pero reconoció la voz. —Greed desplazó varias ventanas deslizando sus dedos con agilidad sobre la pantalla hasta reproducir un audio.

«—*Compton Palace Hotel, una hora antes de medianoche; llevo la paga y un trabajo extra.*

—¿Extra?

—Sí, más dinero, por supuesto, la mitad ahora y la mitad cuando esté finalizado. Es importante para el jefe...

—¿Cuán importante? —La voz sonó ansiosa, evaluaba el beneficio que podía sacar de ese nuevo trabajo. Imbécil, pensó Rage, tomar una asignación sin medir riesgos, con tan solo una llamada al móvil. Se merecía morir por el simple hecho de consumir el oxígeno necesario para personas más inteligentes.

—Si haces esto, tendrás lo que pides. Una reunión con el jefe cara a cara.

—¿Número de habitación?

—Ciento doce.»

—¿Quién es el otro? —preguntó con interés.

—No lo sabemos, pero lo averiguaremos. Por eso... debes centrarte en Finn y solo en Finn —explicó Pride. Desire asentía a la par—. Esperas a que esté solo y lo haces desaparecer.

—Una muerte demasiado digna para una rata como él.

—Una muerte no pasional, Rage. —Desire se mostró cansada, llevaba días intentando juntar las piezas del entramado de conspiraciones que los rodeaban. ¿Quién podía querer muerto a Daniel y por qué?

—Lo haré limpio, lo prometo, pero quien sea que se reúne con Finn está metido hasta las narices.

—Si lo está, le llegará su turno. No te quitaremos el placer, Rage... pero ahora...

—¿Qué pasa? —insistió. No era común que hubiera secretismos entre ellos. Pride simuló estar muy concentrado en el punto rojo que Greed seguía con atención y le preguntaba los pormenores tecnológicos, algo que no podía ser más que una distracción. Nadie entendía al contable cuando hablaba de sus juguetes.

—Están sobre los pasos de Pride... —confesó Desire, y los ojos celestes de Rage se posaron en el aludido.

—¿Cómo es eso?

—Kevin está en prisión —explicó Pride, y todo quedó claro. Kevin era un chico que había sufrido abusos toda la vida y que por tal motivo se había ganado la empatía y protección de Ronan. Sí, Ronan, el hombre tras la fachada de Pride-Orgullo.

—Creen que fue Pride quien mató a Daniel. Necesitamos no solo justicia por Daniel, también salvarnos el culo. —Eso explicaba las oscuras ojeras bajo los ojos esmeraldas de Erin.

—¿Quién puede creer semejante cosa?, no hay quien no sepa que Daniel fue un padre para nosotros...

—Sí, Rage, hay personas que no lo saben. —La voz de Greed fue serena —. La nueva fiscal del distrito, por ejemplo.

—¡Mierda, mierda y más mierda!

—Nos están tendiendo una trampa, Rage... —Desire volvió al tono firme —. Eligieron el momento exacto, con una nueva fiscal, con un nuevo agente de la DEA... todos los aliados de Daniel están fuera, en el terremoto, aprovecharon para deshacerse de él.

—No lo pueden haber hecho solos, son apenas una fracción. —Rage trataba de armar el rompecabezas.

—No, pero ya llegaremos a eso. De momento, eliminar a Finn es lo más importante. En cuanto sepa que tuvimos a su informante bajo nuestros puños... —Nuestros en ese contexto significaban los de Rage—, se escabullirá como la rata que es y advertirá a quien sea que esté detrás.

—Bien, bien. Dame tus juguetes, Greed, y explícame qué hacer. Lo mataré cuando esté solo, no dejaré rastros y nadie sabrá qué fue de Finn...

Acordaron que llevaría una furgoneta negra, discreta, nada de su Ducati. Monitorearía la habitación ciento doce, escucharía la conversación y fotografiaría al contacto de Finn, pero no lo mataría.

Demonios, con lo bien que le vendría cargarse una escoria más.

Y, por último, no saldría por la puerta trasera, sino atravesando *Redemption* para que todas las cámaras lo almacenaran en las cintas en caso de ser necesaria una coartada. Rage conocía los puntos ciegos, Greed los había dispuesto estratégicamente con un mapa mental y sin evidencia física que pudiera darle ventaja a un potencial enemigo. Era un maldito paranoico, lo que lo hacía un mal nacido muy eficiente. Cada uno de ellos tenía un papel en la pirámide de la mafia irlandesa, y nadie era mejor que ellos en esos roles. Por algo se habían ganado el lugar en el que estaban, y por eso mismo era que la mitad de los hombres por debajo de Daniel los aceptaron como los nuevos jefes... la otra mitad... pues estaba compuesta de los hijos de su madre que se habían deshecho del anterior jefe y pactado tratos oscuros con los enemigos. Si no los mataba Rage, lo harían sus nuevos aliados. Le sorprendía el nivel de estupidez con la que estaban lidiando, ¿en serio creían que el poder se compartía?, los únicos que eran capaces de tal hazaña eran ellos cuatro, y porque el pasado los unía de manera inquebrantable.

No, Rage no permitiría que quien fuera que estuviera en las sombras de la

muerte de Daniel le arrebatara, además de un padre, el placer de asesinar imbéciles y mal nacidos; ese era su maná, se lo había ganado, joder.

Hizo lo acordado, se perdió en el mar de cuerpos que danzaban, enajenados en los efectos de las drogas. Sintió las manos sobre su cuerpo, las mujeres y hombres que deseaban alcanzarlo, invitarlo al placer que *Redemption* ofrecía. Desconocían los demonios a los que tentaban, las necesidades de Rage a la hora del sexo poco tenían que ver con el placer.

Los clientes no lo sabían, del mismo modo que desconocían que el suelo se movía bajo sus pies. Se había desatado una guerra interna en la mafia irlandesa, los fieles a Daniel contra los detractores; una guerra que hacía veintidós años había ganado Daniel y que los había salvado a ellos de la calle. Hoy volvían a la batalla, y ganarían una vez más; no existían buenos y malos allí, existían bastardos miserables y... Rage.

CAPÍTULO 2

Detestaba amanecer con jaqueca, más cuando no era consecuencia de una provechosa borrachera. Y detestaba más aún, abrir los ojos a las 10.30 AM. A esa hora tendría que estar vagando por los laberintos más diabólicos de sus sueños. Sí, diabólicos. Su vida era una maldita pesadilla que se confabulaba con su puta inconciencia para recordarle todas y cada una de sus jodidas decisiones. La peor de todas fue la de confiar en Eric y en sus promesas de éxito.

Bueno, si de éxito se trataba, lo estaba siendo. Exitosa en el arte de la decadencia humana. Porque de otra manera no podría llamarse.

Abrió un ojo, solo uno, para no estimular a su malestar. Cientos de agujas parecían atravesarle las sienas y la nuca.

Lo primero que contempló fueron unos rasgados ojos cetrinos que no paraban de mirarla.

—Ya deja de juzgarme, quieres...

La respuesta no fue más que un lastimoso maullido. El felino atigrado se mantuvo impávido, con la misma expresión, su boca parecía automatizada.

—Sí, sí... Tu vida es fácil, Fred. Piensa lo que quieras, hasta que no camines en mis zapatos no tienes derecho a opinar. —Se incorporó sobre la cama, la espalda le crujió. Poniendo en juego toda la voluntad que poseía, abrió el otro ojo solo para comprobar que, a sus pies, estaba Rupert, con sus ojos cetrinos iguales a los de su hermano, pero a diferencia de él, sin intenciones morales, sino mortales y bien simples. Maulló—. Lo sé, tienes hambre. Dame unos minutos, ¿quieres?

Un coro de maullidos le indicó que no, que no existía posibilidad de minutos.

—Malditos consentidos —vociferó apretujándose la cabeza. Requería de una aspirina urgente y de ausencia de felinos.

Hizo a un lado la sábana, giró sobre el colchón con desgano y, cuando apoyó los pies sobre la alfombra que rodeaba la cama, sintió una tibia humedad. Una tibia humedad con maravillosa fragancia a orina gatuna de primera mañana.

—¡Eres un hijo de una gran puta, Eric! ¡Bribón del demonio! ¡Consentido!

No era la primera vez que lo hacía, Eric, el tercer felino que compartía la residencia con ella, había desarrollado ese hábito, el de darle los *Buenos Días* de esa húmeda manera. Por supuesto que era creativo, a veces era la alfombra, otras el cobertor de la cama, inclusive su almohada. «*Es su forma de llamar la atención*», solía decirle su amiga Steph, que les conocía las mañas que habían sido permitidas por su abuela. ¡*Acostúmbrate!*

Y a Cadence Hazel, aspirante a actriz, bailarina y, por qué no, cantante — poseía una agradable y armónica voz que sumaba habilidades en su currículum —, no tenía más alternativa que hacerlo, acostumbrarse a esa mísera experiencia. Porque prefería pensarlo como eso, una experiencia más. Si la catalogaba de vida, se pegaría un tiro sin dudarlo.

Tenía que agradecer que Greta, la abuela de Stephanie, haya decidido tomarse un año sabático junto a sus amigas en un retiro para la tercera edad en Las Vegas. La adicción a los casinos era lo que le había permitido a Cadence vivir en esa residencia a puro lujo —inserte aquí cualquier tipo de comentario irónico—, una diminuta vivienda ubicada dentro de un barrio de casas tráiler al sur de Los Ángeles. O sea, en la zona de decadencia artística, como Cadence solía llamarlo.

Respiró profundo para no cometer un *felinocidio*. El tal Eric, un peludo bicolor blanco con beige, no tenía la culpa de que su dueña fuese una desamorada, y de que su nombre, por esas cosas del destino, coincidiera con el de su ex pareja. Eric Rotemberg, dramaturgo, compositor, representante, estafador... un maldito bastardo que la convenció de abandonar Texas para invertir todos sus ahorros en su carrera artística, para luego follarse a otra muchacha, devorarse su dinero y dejarla librada a su suerte.

—Por lo menos tú te meas... —dijo tomando coraje, esa clase de coraje que requería para enfrentarse a un día más de existencia vacía—, y no te cagas en mí como el puto Eric.

En un par de pasos estuvo en el pequeño corredor. Otro par de pasos la llevaron a la cocina/comedor/recibidor. Era un alargado ambiente que pretendía ser funcional, pero que resultaba por completo depresivo a la vista.

Fue hasta el regadero de la cocina, se calzó los guantes de látex de limpieza, echo líquido de limpieza en un balde y lo levantó para cargarlo con agua. Giró el grifo y nada. Ni una gota. Nada.

Golpeó la cabeza contra el mueble aparador que estaba colgado sobre el fregadero. ¡Lo que le faltaba! ¡Sin duda, el día se presentaba como prometedor! Hubiese insultado por lo alto de no ser que ya se había gastado la

cuota de insultos diarias. No pretendía convertirse en una de esas mujeres vulgares que iban por la vida maldiciendo todo a su camino. Era imposible pensar en una Meryl Streep insultando, o a una Helen Mirren boca suelta. Si quería mantener sus estándares de imitación artística en lo alto, debía cuidar las formas. Aunque lo entendía, un par de meses en Los Ángeles sacaba lo peor de cualquiera.

Tenía puesta una camiseta gris larga manga corta que utilizaba para dormir. Regresó a la habitación, le agregó un short de jean rasgado —auténticamente rasgado, no de esos que vendían en las casas de moda a cientos de dólares, el de ella se había ganado su glamour a base de años de intenso uso—, y se calzó las botas tejanas. Antes trató de eliminar los restos de orín en su planta del pie con una toallita húmeda de máquina expendedora. Las tomaba prestadas —por no decir que las robaba— del *Compton Palace Hotel*, lugar en el que trabajaba.

La fauna autóctona del lugar desfiló ante sus ojos ni bien hizo un paso fuera del pequeño porche.

—Buenos días, Cadence.

Littly Tim estaba sentado en su pórtico, contiguo al de Grace. Podía notarse en su rostro que el consumo de drogas nocturnas estimulaba su frenético insomnio. El apodo de *Little* (pequeño) era a modo de broma, alcanzaba el metro ochenta y superaba las trescientas libras de peso.

—Serán buenos para ti, yo no pude dormir más de dos horas gracias a tu condenada música —dijo sin hacer en alto en su andar, tenía una dirección en su mente, la del coordinador del barrio parque.

—¡Solo el ska ruso puede combatir mis demonios, Cadence! —Aspiraba su pipa de agua.

—Pues yo tengo los míos, y no me estaría funcionando... —elevó la voz, la distancia se ampliaba—, al contrario, los estimula aún más. ¿Quieres conocer a mis demonios, Tim?

—Oh, muchacha, ya sabes que sí, pero no esa clase de demonios. —Movié sus caderas, Cadence ni siquiera se volteó a verlo.

—¡Entonces baja la maldita música por las noches! —Fue una advertencia. Hazel tenía su carácter, y él más que nadie lo conocía.

—Tomaré nota de ello —Gritó mientras aspiraba—. Porque después se me olvida. —Se dejó caer en la reposera que de tanto tolerar su peso, se había incrustado en la gravilla del suelo.

No era un mal muchacho, era solo un adicto sin cura. Detrás de él, de seguro, habría alguna historia de abandono o insatisfacción. Como en todos. Sí, Cadence contemplaba el zoológico humano que la rodeaba, pero la realidad era que ella era un integrante más.

Roger Clayton era el administrador general, las quejas debían llegar a él y a nadie más que a él, al igual que el dinero de la renta. Se valía de lo último, pero no hacía nada con respecto al primero. Era un auténtico gusano, un violento. A Cadence le repugnaba. En el escalón de la entrada estaba Kevin, el hijo pequeño del matrimonio Clayton. Como siempre, estaba con la cabeza agachada, con los dedos jugando con la pequeña piedra del suelo.

—Hola, Kevin... ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en la escuela? —El niño asintió sin levantar la cabeza—. ¿Qué ha ocurrido?

La respuesta se hizo oír por sí sola. Gritos provenientes del interior de la vivienda.

—¡Te lo he dicho cientos de veces, maldita idiota! ¿Por qué me haces repetir todo, Claire? ¿Por qué?

El estallido de lo que parecía ser una vajilla rota actuó como disparador de Cadence. Abrió la puerta mosquetera, y golpeó la madera de su predecesora con el puño. No hubo respuesta, solo más cristales rotos. Insistió, y al puño le agregó la sonoridad de su patada.

—¡Abre la puerta, Roger! ¡Abre la puerta, malnacido! ¡O te juro que la tiro abajo! —Desatar su furia parecía ser el antídoto perfecto para calmar a su jaqueca.

—¡Ya... ya! —Se oyó al otro lado. A los segundos, el rostro barbudo y sudoroso de Roger le dio la desagradable bienvenida. Estaba borracho, se notaba—. Ah, eres tú. ¿Qué mierda quieres? Estoy ocupado.

—Sí, ya veo lo ocupado que estás... —Sin pedir permiso, empujó la puerta hasta donde el cuerpo del hombre le dio lugar. Vio a su esposa, que tenía las mejillas ardidas de lágrimas y vaya a saber qué más—. Hola, Claire... ¿no tendrías que llevar a Kevin a la escuela? —La mujer asintió al comprender que Cadence le estaba dando lo oportuno que ella no había podido conseguir—. Pues, ve mujer... que ya es tarde.

—Ey, ey... Tú aquí no sugieres nada, esta es mi casa. —Roger articuló las palabras como pudo.

—Sugiero lo que se me da la gana, déjame recordarte que estás en horario de tus funciones... —Volvió a dirigirse a la esposa—. Ve, Claire... que tu

marido y yo tenemos que hablar.

Cadence tenía todo aquello que una postulante a actriz tenía que tener, más de un metro setenta, un cuerpo delgado pero con curvas, una cabellera rubia perfecta —rubio natural, dicho sea de paso— y el tono bronceado característico de Texas. Además de las cualidades físicas, tenía de las otras, la que la llevarían a la fama cuando consiguiera poner un pie en un mísero casting. Era condenadamente buena simulando ser lo que no era. Alzó la voz, se irguió y clavó sus ojos verdes en el hombre, desafiándolo.

—Escúchame, maldita escoria, por tercera vez en esta semana no tengo suministro de agua.

—Puede fallar...

—Puede fallar tu cerebro. ¡Arregla mi cañería!

—No tengo tiempo.

—No tienes tiempo para arreglar mi cañería, pero si tienes tiempo para alquilar los tráileres desocupados por noche como si esto fuera un hotelucho.

La jugarreta del hombre se vio expuesta. La ventaja de trabajar en el turno nocturno hacía que Cadence regresara a casa antes del amanecer. La noche albergaba más que fantasmas, también le daba lugar a transacciones ilegales en donde no debían de suceder.

—¿De... de qué hablas? —Casi que tartamudeó.

—Tú sabes de qué hablo, le entregas las llaves de los tráileres vacíos al proxeneta de Kirk para que sus chicas den sus servicios. ¡No creo que a Buster Rimes le agrade la idea! —Buster era el dueño del barrio parque—. Eh, ¿qué me dices, Roger?

—Qué te digo... qué cuides tu boca, eso digo.

—Tus amenazas me tienen sin cuidado. ¡Arregla mi suministro de agua! ¿Está claro?

No podía darle lugar a nada. Reconocía cuando era el momento de dar por finalizado el acto. Giró sobre los talones, y se marchó. Las amenazas de Roger le entraban por un oído y le salían por el otro, era un cobarde, la clase de cobarde que se emborracha y golpea a su mujer. Tan básico como eso, tan triste y cotidiano como eso.

De regreso al tráiler, la tríada felina la recibió. El retrato de su vida era ese: Un coro de maullidos, y un olor a pis que te atravesaba las fosas nasales sin piedad. Tal vez la idea de volarse la cabeza de un disparo no debía ser desestimada. ¡Oh, no! Hablando de cabezas, la jaqueca volvía.

—¡Hasta que apareces, Eric! —El gato solía ocultarse sabedor de que

había hecho algo inadecuado. Maulló y se relamió—. Ya sé, ya sé...

Abrió un par de latas de atún y distribuyó el contenido en los recipientes de los animales. Se quitó las botas, y se lanzó a la cama boca abajo. Era demasiado temprano para ella, y para colmo de males, había aceptado hacer doble turno en el hotel. Necesitaba el dinero. ¡Vil dinero!

Los párpados se le cerraban, caían víctimas de la gravedad que su cansancio reclamaba. Dormitó hasta que el ruido del agua que volvía a correr por las cañerías hizo eco en sus oídos. Sonrió, limpiaría la casa de punta a punta y se daría una ducha tibia.

La sonrisa se le borró de inmediato. ¡Patética vida! ¿A eso se resumía? ¿A sonreír ante el placer de una ducha?

Para su suerte, no tuvo que responderse, el sueño la abofeteó.

COMPTON PALACE HOTEL

¡El colmo de la ironía! Lo único de palacio que tenía era el nombre. Un hotel vulgar estilo condominio de dos pisos, cuyas puertas y ventanas daban al patio central, en donde se hacía alarde del mayor lujo que el hotel ofrecía: una piscina de dudosa higiene rodeada de reposeras que apenas soportan el peso de una paloma a causa del óxido ancestral en sus patas de metal. Junto al patio, el playón de estacionamiento, espacio elegido por los fumadores y por las prostitutas de la zona. Lo único rescatable de ese espacio era el surtido de máquinas expendedoras, las cuales eran repuestas por el hotel, lo que le daba vía libre a Cadence para abusar de ellas. *Los beneficios de su mediocre trabajo*, se recordaba cuando estaba a punto de renunciar. Había llevado una dieta a base de snacks y golosinas en sus peores momentos. Al punto tal que hasta los gatos habían comido *cheetos* hasta vomitar del hartazgo.

Saludó a las muchachas de turno que ofrecían sus servicios sexuales. El Compton ofrecía múltiples opciones de arrendamiento, por hora, por día, por semana; lo que lo convertía más en un hotel de paso que en uno familiar. Ya se había acostumbrado a los rostros, y a las actividades que solían darse dentro de las habitaciones.

—¡Apúrate, cariño, que el reloj corre! —Loren la estimuló a agilizar su caminar. Estaba fumando en la puerta de recepción.

Cadence hizo lo opuesto, se tomó su tiempo. Pasos cortos, lentos. Se detuvo a chequear el móvil, no tenía ningún mensaje, pero simuló responder uno. Loren rio, finalizó el cigarrillo, lo arrojó al piso y lo apagó con la suela

de sus tacones aguja. Sí, así iba a trabajar, de falda ajustada, escote y tacones que le quitarían la respiración a cualquiera. El *cualquiera*, en ese caso, se llamaba Mark Needer, el gerente del Compton.

Cadence apelaba a la comodidad, y la comodidad eran botas y vaqueros. Un clásico de la moda, cualquier camisa o camiseta, y listo, ya estaba vestida para la vida. La clase de vida que ella llevaba, por supuesto.

—¿Tacones? —dijo cuando estuvo junto a ella.

—Sí, a alguien se le ha ido la regla, ¿adivina a quién? —bromeó.

Cadence le estampó un beso en la mejilla.

—Con eso quieres decir que alguien está de buen humor hoy. —Se refería a Mark, podía ser muy detestable cuando Loren no compensaba su insatisfacción matrimonial.

Loren era una muchacha despiadada en algunos aspectos, lo que quería, lo conseguía gracias a las curvas que su ascendencia latina le había obsequiado.

—No de momento... pero lo estará. —Le guiñó el ojo y la tomó de los hombros para entrar juntas—. Además, necesito la noche libre.

—¡No! —protestó Cadence parándose en seco—. ¡No puedes hacerme esto otra vez!

Eran las únicas del turno noche, y no tenían reemplazo, si una faltaba o se tomaba el día, la otra tenía que lidiar con todo: la atención en recepción y la limpieza de las habitaciones.

—Puedo y lo haré, lo siento, cariño. Me surgió una participación en un evento de último momento.

Le hubiese encantado echarle en cara su egoísmo y falta de responsabilidad, pero eran dos almas similares, con el mismo sueño de triunfo. Loren quería convertirse en cantante country, y a diferencia de ella, que tenía buena voz, era magnífica. Magnífica, pero sin suerte alguna. En eso también eran almas gemelas.

—De todas maneras, solo estarás parte de la noche sola... —agregó para no desesperanzarla por completo—. Prometo ayudar tanto como pueda.

Las promesas de Loren duraban lo que un suspiro. Cadence lo sabía. Le ordenó a su mente que se focalizara en la idea de que esa noche no tendría descanso. Mentalizarse, eso tenía que hacer, lo había aprendido en sus prácticas de actuación. *Piensa que interpretas un papel, Cadence*, se dijo. Un papel en el que una muchacha plagada de sueños fue molida a golpes por la triste realidad, una que le recordaba que tenía que cambiar las sábanas y toallas en la habitación 104.

Oh, cualquier semejanza con la realidad, es pura... pura coincidencia.

Una hora fue lo que demoró en limpiar los vómitos secos en el tapete de la habitación 215. Debía persignarse y dar gracias al cielo de que el hotel había perdido la imagen de ámbito familiar; prefería mil veces lidiar con preservativos usados antes que eso. Porque no era cuestión de vómito, no, un desfile de pañales descartables mal envueltos decoraba el baño. No le había acertado con ninguno al cesto de basura. O la madre del niño sufría de algún desorden motriz, o era una perfecta idiota. En fin, el lugar olía peor que la casa tráiler cuando los mininos hacían sus necesidades fuera de la arena sanitaria.

Las nuevas asignaciones no tardaron en llegar. Loren estaba muy ocupada echándole una mamada a Mark como para darle una mano. Maldito universo, tenía ganas de gritar: batallar con preservativos no significa desearlos. Sin embargo, ahí estaba, a pasos de entrar al centro de la tormenta de fluidos genitales.

Las habitaciones del primer piso, casi siempre, eran destinadas a los clientes con intereses fugaces, folladas hechas por expertas en el arte del placer unilateral. Vio salir a Pepper y a Candy, dos de las muchachas que prestaban sus servicios en el playón, de las últimas puertas. Empujó el carro haciendo fuerza con las piernas, pesaba más de lo habitual. Cargaba productos de limpieza, la colada recién retirada del lavadero y el cesto anexo de almacenamiento de lo usado: toallas y sábanas. Más de las esperadas. Ella las cambiaba siempre, aunque Mark le ordenaba que solo las sacudiera, o en su defecto, limpiara las manchas con un cepillo seco. Para Cadence la conciencia pesaba más que ese carro de servicio. Pensaba en las muchachas, no en los hombres. Si las sábanas usadas generaran infecciones letales de polla, sin dudarlo, no las cambiaría. Hizo lo suyo, sin chistar. Dos preservativos por aquí, tres por allá y un poco de semen sobre el cobertor. ¡Lo cotidiano!

Loren, la muy desgraciada, había conseguido lo suyo. Pasadas las diez de la noche, se marchó. Junto a ella también lo hizo un Mark saciado. Cadence apostaría a que su mujer lo agradecería. Regresaba a casa relajado y dócil.

Tenía una barra de chocolate con caramelo y almendras que había tomado prestada de la máquina expendedora. Sería su cena. Descansó sobre la baranda del corredor, desde ahí podía contemplarse la carretera cercana. Demasiado tranquilo para ser viernes por la noche. Observó el estacionamiento. Solo cinco vehículos. La mayoría de las habitaciones estaban

desocupadas; con suerte, tendría una jornada con calma. Tragó el último mordisco, reacomodó la coleta de su cabello y empujó de nuevo el carro.

Dos hombres salieron de una de las habitaciones; cuando se encontraron frente a ella, se interpusieron en su camino con obvia intención de molestarla. A Cadence no le extrañó, su piel era un detector de alimañas. Y esos dos eran de la peor calaña. La sensación se extendió por todo su cuerpo, como si los invisibles vellos se erizaran de repente por el ataque de un escalofrío injustificado.

—¿Cuánto por tu bonito culo? —dijo uno de ellos tomando uno de los mechones sueltos de Cadence con su mano.

—La clase de *culos* que busca se encuentran en el estacionamiento. —Apartó su mano con brusquedad, y volvió a empujar el carro, que se vio impedido de movimiento por el pie del hombre.

—No, me gustan los culos con temperamento. Vamos, dime... ¿Cuánto?

El otro hombre, de rasgos orientales, que, por lo visto, no estaba en el mismo plan que su compañero, intervino:

—Finn, términala de una vez.

No estaba velando por el bienestar de Cadence, chequeaba su móvil una y otra vez. Lo que lo movía era otro motivo.

—¿Cuánto? —repitió ella cansada de ese tipo de comportamientos. Moneda corriente en un lugar como el Compton Palace—. No lo puedes pagar...

—Pruébame, zorra, apuesto a que ni lo vales.

—Mierda, Finn... —Su compañero nocturno lo tomó del brazo para hacerlo a un lado—. Muévete, desgraciado. —Lo forzó a caminar.

El carro de Cadence fue libre y avanzó. Debía de haberse callado y continuar. Tarde. Era viernes, estaba cansada y hasta la coronilla de hombres que se creían los amos y señores de las mujeres solo por tener polla y pelotas entre las piernas.

—¡Por hombres como tú las mujeres recurren a la autosatisfacción! —vociferó a sabiendas que lo provocaba de la manera equivocada.

—¡Maldita zorra mal follada!

Antes de que el hombre embistiera contra ella, metió la mano en el bolsillo de su delantal de servicio doméstico. Ahí llevaba el gas pimienta, colocó el dedo sobre la boquilla pulsadora. Por suerte, no tuvo que utilizarlo. La caminata furiosa fue interrumpida por su compañero, algo les apremiaba.

—Más te vale que no te encuentre a mi regreso, de lo contrario... esta

polla —Se apretujó el bulto erecto en su pantalón— va a atravesar esa garganta tuya hasta que se le acaben las palabras.

Desaparecieron tras la pared que guiaba a las escaleras.

Cadence exhaló. Se maldijo por idiota. Tendría que refugiarse en la recepción el resto de la noche. Para su suerte, había finalizado con la mayor parte del trabajo. ¿O no?

Realizó un último recorrido por el corredor. Cuando pasó junto a la habitación 112, la que habían abandonado esos malnacidos, se detuvo. La cortina de la ventana había ondulado. ¿Había alguien más? La curiosidad fue una compañera inesperada. Se pegó al vidrio para tratar de ver algo. ¡Dios santo! Los dedos de un niño golpearon el cristal al notar su presencia. ¿Qué demonios hacían esos dos hombres con un niño en la habitación? Sin ser prejuiciosa, distaban mucho de ser padres. Una vez más, la piel se le erizó de pies a cabeza.

—¿Te encuentras bien? —susurró en vano. No iba a escucharla.

El rostro del pequeño halló la manera de colarse por entre la cortina. Cadence pudo ver sus rasgos faciales orientales. Exhaló sobre el vidrio para empañarlo, luego escribió con el dedo: PLEH

¿Pleh? ¿Qué mierda significaba eso?

La bofetada imaginaria fue letal. ¡Grandísima idiota! *HELP* (ayuda)...
HELP

Confirmado, ninguno de esas dos sabandijas podía llegar a ser su padre.

Intentó abrir la puerta. Por supuesto que estaba cerrada. ¡Mierda! No traía consigo la copia de la llave. En el hotel mantenían las viejas costumbres, nada de llaves universales o tarjetas electrónicas. Regresó a la ventana...

—Espera, sí... ya vuelvo por ti. Espera, pequeño.

Corrió escaleras abajo, sin Loren ni Mark era libre de tomar cuanto deseara. Cogió la copia de la 112, y volvió sobre sus pasos a las corridas. No sabía cuánto iban a demorar los hombres, los había visto cruzar el playón, solo eso. Podrían regresar en minutos o en horas. Dadas las extrañas circunstancias, podría jurar que serían minutos.

Era una locura. Lo sabía. Más locura era imaginar lo que aquellos hombres podrían llegar a hacerle al niño.

Con la respiración agitada al límite, guio el carro de limpieza hasta el final del pasillo. Ahí se deshizo de la ropa sucia arrojándola por la columna de pared que se comunicaba directo al lavadero del subsuelo. Con el cesto y el bajo carro vacío, regresó a la puerta de la 112.

Las manos le temblaban. No podía insertar la llave, observaba de reojo los ojos del pequeño a través del cristal y se le retorcían las entrañas. Había terror en esos ojos, y Cadence lo sintió como propio.

—Ya, pequeño, ya casi...

Lo consiguió, el *click* fue una alarma para ambos. Se adentró a la habitación con el carro y cerró la puerta tras de sí para no llamar la atención desde lejos.

—¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué quieren contigo? ¿Cómo te llamas, pequeño? —Lo bombardeó con preguntas sin medirse. La desesperación la dominaba.

Ninguna obtuvo respuesta. El niño parecía no entender ni una palabra.

—¿Hablas inglés? —se lo deletreó con toda la calma que se podía obtener dadas las circunstancias— I-N-G-L-É-S.

Un movimiento de cabeza le indicó que no. No sabía hablar el idioma, más que palabras sueltas... ¡Mierda!

No más suposiciones. El niño, claramente, estaba el peligro. Los dos lo estaban ahora.

Le indicó el cesto en donde solía colocar las sábanas destinadas a la limpieza. Era amplio, si de un diminuto cuerpo se trataba. Por Dios santo, no superaría los seis años, y como si ese dato no fuese suficiente espanto, era puro hueso y su palidez dejaba entrever el desinterés por su bienestar.

—Ven aquí... —Le señaló el cesto.

El pequeño no se inmutó. Continuaba aterrorizado.

Cadence gesticuló lo más que pudo para hacerse entender.

—Aquí, huir... escapar, tú y yo.

Presa de la desesperación, ella misma intentó meterse en el cesto. Ni bien pasó por lo alto la pierna, él reaccionó. Saltó directo al escondite.

—Eso es, bien... bien... quédate quietito y en silencio, ¿sí? —Se llevó el dedo anular para graficar el silencio. El niño hizo lo mismo.

Perfecto, la falta de comunicación ya no era más una brecha. Comenzaban a entenderse. Le sonrió.

—Todo va a estar bien...

Utilizando la reserva de fuerzas que su delgado cuerpo atesoraba, colocó el cesto al resguardo del carro. Utilizó sábanas arremolinadas para cubrir los laterales.

—¡Hijos de puta! —masculló enfurecida. No permitiría eso, no bajo su guardia.

Abrió la puerta y, clavando las botas tejanas al piso para conseguir mayor empuje, guio el carro hasta el umbral.

Ahí se detuvo... Ellos regresaron.

¡Mierda! ¡Mierda a nivel catastrófico!

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué puedo estar haciendo? —Señaló el carro. Empujó—. Permiso.

—No solicitamos limpieza —reclamó el que la había acosado minutos atrás.

—¡Ni que lo digan! ¡Quéjense a recepción! Yo lo haré, me envían a habitaciones que no requieren de mis servicios.

—No, tú no te vas a ningún lado... ¿Acaso olvidas lo que te dije? —acusó el tal llamado Finn.

El otro hombre se adentró a la habitación, examinó debajo de la cama, y luego extendió la búsqueda hasta el baño.

Cadence volvió a colocar el dedo en el pulsador del gas pimienta.

—Cierra tu boca, Finn. ¡El crío no está! —Lo alertó su compañero desde la puerta del sanitario.

—¡Imposible! —gruñó.

—Permiso —insistió Cadence.

—¡Maldito imbécil, ¿no habrás dejado la puerta sin llave?!

—No... —dijo haciéndose a un lado para que la muchacha pasara, ya tomaría ese culo por las astas en otro momento—. Tomé mis recaudos.

Las ruedas del carro se trabaron en el desnivel del umbral. Cadence se mordió los labios para no maldecir en voz alta.

Segundos tardaron en descifrar el motivo de su impedimento.

—Espera —dijo Finn apretujando su brazo—. Tú no te vas a ningún sitio... —Le hizo señas a su compañero. Este fue rápido, fue hasta el carro y tiró de las sábanas que lo cubrían.

Los ojitos rasgados parpadearon desesperados.

—¡Aquí está! —confirmó.

—¡Vaya, vaya, maldita zorra... tu provocación no tiene límites!

—¡Suéltame o te juro...! —demandó Cadence, aunque el temor le hizo titubear la última parte.

—¿O qué? —Se burló.

Sin pensárselo dos veces, le roció gas en el rostro. No fue muy directa. Era la primera vez que lo utilizaba.

Como respuesta recibió una bofetada de revés que la llevó de nalgas al

piso. La mejilla derecha le dolería por horas, y su labio inferior sangró producto del corte que el anillo que el hombre portaba le propició.

—¡Malditos pedófilos! ¡Debí imaginarme que tu polla pequeña tenía esos gustos! —Escupió la sangre de su boca a sus pies.

—Eres una estúpida, antes quería follarte y pagarte. Ahora voy a follarte y a matarte.

—No seas idiota, Finn, no tenemos tiempo para eso.

—Siempre tenemos tiempo para eso. —Se desabrochó los pantalones—. Mientras desgarró ese lindo culito, tu elige su despedida del mundo.

Iba a morir. Lo veía en sus ojos. Era el fin. Lo peor de todo era que en ese momento, en vez de temer, de implorar, no hacía más que recordar las palabras de su madre: *Cadence... esa ciudad será tu perdición. Hazme caso, busca un marido, quédate aquí, cerca de casa.*

Tendría que haber enterrado sus malditos sueños. Los sueños enterrados eran preferibles a un cuerpo enterrado.

—Creo que pegarle un tiro en la cabeza es lo mejor... —compartió la idea el hombre.

—¿Y quién limpia la sangre? —protestó el otro, mientras abría las piernas de Cadence de una patada.

—Bueno, ahorquémosla.

Antes de bajarse los pantalones, analizó la sugerencia.

—No, vi en un episodio de *Criminal Minds* que los ahorcados se cagan.

—Entonces...

—Vuélale los sesos después de que termine con ella. Prefiero limpiar sangre antes que mierda.

Cerró los ojos. La voz de su madre se repetía como un eco. Sus malas decisiones danzaban en su mente. Moriría, y a pesar de ello, solo podía pensar en una cosa... ¿qué sería de ese niño? ¡Dios, el mundo estaba plagado de basura! Oh, Dios.

CAPÍTULO 3

Reemplazó el viento en su rostro por música en el reproductor de la furgoneta. *Raining Blood* de *Slayer* resonaba en la cabina y Rage acompañaba la melodía golpeando el volante con las manos.

«*A doscientos metros, gire a la derecha...*» La voz robotizada del juguete de Greed lo aturdió.

—Demonios, Greed... ¿No podías ponerle una voz más sensual? —dijo y la siguiente instrucción le llegó con una voz que imitaba a la de Sofia Vergara.

«*A cien metros, gire a la derecha, papacito*».

—Veo que alguien está de buen humor.

—Confío en estarlo cuando limpies a Finn de este mundo —le dijo su hermano, y cortó la comunicación.

—Siempre tan parlanchín...

No le molestaban los silencios de Greed, ni la distancia impuesta. Era cierto que él era el único que podía tocarlo, pero solo si era estrictamente necesario y no sucedía sin que la situación fuera incómoda, tensa y la frente de Aiden se perlara por el esfuerzo de contener el pánico.

¿Podía culparlo? Los abusos dejaban secuelas, y él tampoco las manejaba muy bien. Los ataques de ira eran cosa del pasado, sin embargo, requerían de todo su esfuerzo para dominarlos; y lo sexual... al menos él sí follaba, se dijo con un deje de esperanza. Aunque debía hacerlo en condiciones en extremo controladas, sin vínculos emocionales de ningún tipo. Un acto físico, de desahogo y nada más. Ni siquiera miraba a sus parejas al rostro cuando se las tiraba, desde atrás, con violencia y sin romanticismo. Dalila lo entendía... o lo aceptaba, o, quizá, solo lo soportaba a cambio del status que le daba ser la elegida de Rage. Como fuera, con ella las cosas funcionaban. Él no le cuestionaba el resto de los clientes, no era egoísta, no le importaba compartir; a cambio, ella le permitía seguir sus reglas en la cama, y hasta lo disfrutaba.

Llegó al Compton Palace Hotel y miró la pantalla para ver si el punto rojo se encontraba allí.

—¿Palace? —Se imaginó los turistas poco precavidos que arribaban allí por el nombre para descubrir que era una pocilga de mala muerte. Las había peores, se consoló. Bajó de la furgoneta, un par de prostitutas estaban en el

playón de estacionamiento.

—¡Bombón!, es tu día de suerte, hay cien por ciento de descuento para rubios tatuados y musculosos hoy —dijo una de ellas, de piel caoba y dientes amarillos por el cigarro. El maquillaje disimulaba los moratones que su chulo le había hecho; las prostitutas callejeras le revolvían el estómago. No por asco ante ellas, sino ante su situación, sabía por muchas de las que llegaban a *Redemption* pidiendo la protección de Daniel... de ellos. Ahora eran ellos; Daniel estaba muerto. ¡¿Por qué demonios era tan difícil hacerse a la idea?! Por ellas, por esas putas de mala muerte que aparecerían con sobredosis de crack adulterado o muertas bajo los puños de sus chulos. Por las que llegaban de países pobres, obligadas, forzadas. Por los menores de edad... Por todo eso era que se hacía increíblemente duro asumir que alguien hubiera matado a Daniel.

—Gracias, preciosa, otra vez será.

—Preciosa... me gusta cómo suena eso. —La mujer se acercó, se veía el deseo en su mirada, y despertar el deseo en una prostituta asqueada del sexo era todo un logro. Rage dejó la simpatía de lado, tensó la mandíbula y clavó sus ojos celestes, acuosos, casi sin vida en ella. Eso la detuvo en seco... Rage volvía a ser Rage—. Bien, precioso, otra vez será.

—Otra vez...

Avanzó por el estacionamiento camino a la recepción, estaba vacía. No se veían las empleadas de la noche por ningún lado, de modo que tenía vía libre. Se dirigió a la habitación ciento doce, colocó de manera rápida los dispositivos de grabación y regresó a la furgoneta. Eran pasadas las nueve de la noche, el encuentro estaba pactado para las once. Saludó a la prostituta, y se marchó, de modo de que la testigo lo viera irse en caso de que la policía las obligara a atestiguar en un futuro. Dio una vuelta, se detuvo unas calles más allá, cambió la chapa de la patente, volvió a reproducir *Slayer* mientras que en una oreja colocó el auricular con el que oía lo sucedido en la habitación. La transmisión de la imagen le llegaba en directo a su Tablet, Greed solo recibía el audio. No querían dejar registro de la presencia de Rage en ese hotel, ni siquiera en los sistemas internos de *Redemption*. No cuando había tantas ratas entre ellos.

Mientras aguardaba por Finn, pensó en Daniel, en Nessa, en el pasado que volvía a atormentarlo.

Veintidós años atrás, Daniel se había sentado con las cabezas de los mandamases de Los Ángeles para delimitar los territorios y pactar la paz.

Entre ellos se hallaban policías, agentes de la DEA, fiscales, políticos y, por supuesto, empresarios mafiosos. Por dos décadas reinó lo más parecido a la paz, pero no todos estaban contentos. Para mantener esos límites había que hacer concesiones, y las mismas implicaban una pérdida importante de ganancias. En cuanto la rueda giró, y las cabezas del FBI, DEA y fiscalía cambiaron, los que aguardaban en las sombras desde entonces conspiraron para que la cabeza de Daniel los acompañara. Solo que no existía la palabra retiro o pensión en la mafia, la única forma de irse era en un ataúd, camino al cementerio.

Desire, Pride, Greed y él eran partícipes de renovar el pacto y mantener los límites de Daniel; eso sí, no sin antes mandar al infierno a los implicados en su muerte. ¿Quiénes estaban en la otra acera?, pronto lo averiguarían.

La Tablet le devolvió una imagen perturbadora: un niño de rasgos orientales, acurrucado en el piso.

¡Mierda!

Tenía que pensar, ser calmo, serenarse. Los niños se volvían su debilidad, en todos ellos veía a Kirian. Se veía a sí mismo, pero más a Kirian. Su hermano... el que no sobrevivió. Él estaba ahí, respiraba, latía, vivía. Kirian no, como tantos otros que no lo soportaron.

¡Mierda!

La vista se le tiñó de rojo, los dedos se aferraron al volante y los nudillos revelaron las palabras *Pain* y *Hate* con mayor claridad gracias a la falta de sangre por la presión que hacían.

Voy a matarte, maldito bastardo, voy a matarte y voy a disfrutarlo.

Sí, tenía que ser limpio, pero nadie dijo nada de que fuera lento. No... miró hacia la parte trasera de la furgoneta, constató el plástico con el que envolvería el cuerpo y trazó planes. Lo pondría en el suelo, para impedir que la sangre dejara evidencia. Ataría a Finn a una silla y le daría de probar sus puños. Se ensañaría con él hasta que confesara todos sus pecados, usaría el taladro... le gustaban las herramientas, al fin de cuentas, ¿qué hombre no tenía una inmensa caja de *Ikea* llena de herramientas que jamás usaría?, y él era todo un hombre. Se había comprado hasta una amoladora, ¿para qué?, al parecer, para Finn. Sí, el mal nacido sufriría, pagaría por Daniel, pagaría por ese niño, pagaría por la memoria de Kirian.

¿Y el niño?, no podía dejarlo en un orfanato. Jamás. Nessa se estaba volviendo vieja, ya confundía los nombres de tantos niños rescatados, pero en

su corazón siempre cabía uno más. Sí, allí iría a parar el pequeño de ojos rasgados, a los brazos de la mujer más bondadosa del mundo... La madre adoptiva de todos ellos.

Los planes le ayudaron a controlar la ira, en parte. Aún respiraba de manera acelerada y la vista le jugaba malas pasadas; era la adrenalina, le había explicado un doctor tiempo atrás. La ira era el mecanismo de defensa en Rage, lo hacía volverse un animal, dispuesto a todo por vivir. Los sentidos se le agudizaban, de modo que se sentía aturdido con facilidad, podía oler el miedo y se movía con una agilidad que las horas de entrenamiento habían impreso en su cuerpo. Pero debía mantener esa parte a raya, de lo contrario, los instintos prevalecerían por sobre la razón y, lo que debía ser un trabajo limpio, se volvería un completo desastre.

Siguió la escena.

—Vamos, Finn, aparece, maldito desgraciado... Dame el gusto...

La puerta de la habitación ciento doce se abrió y Rage se tensó en la butaca.

—¿Tienes sonido, Greed?

—Sí —dijo la voz del otro lado.

Perfecto, todo lo pactado en esa habitación quedaría grabado y los llevaría a los aliados de Finn y de quien fuera que estuviera detrás del complot.

¡Demonios!, maldijo con todo su ser. No era Finn, no era su contacto, era una muchacha, una empleada del hotel. ¿Cuántos actores de improviso se sumarían a la escena para arruinarle el maldito día?

La muchacha le hablaba al niño, el sonido de su voz era dulce; tenía un tono suave, melodioso, aunque algo ronco, como las cantantes *country*. Todo en ella destilaba Texas. El cabello rubio, el cuerpo delgado y curvilíneo, los tejanos y las botas planas, solo le faltaba la maldita guitarra y ponerse a cantar *Jolene* de Dolly Parton.

¡Vete de allí, joder!

Esa mujer tenía de bella lo que le faltaba de seso. ¿Acaso no sabía en dónde demonios se estaba metiendo?, ¿qué clase de escoria era Finn y el destino pactado para ese pequeño aterrado que se escondía de ella, desconfiado del mundo adulto?

No, Rage, por supuesto que no lo sabe. No todos han visto solo el rostro cruel de la vida.

A pesar de todo, la joven comprendía que debía ayudar al niño y lo intentaba. Le señaló el carro de servicio para que se escondiera.

¡Mierda, mierda y más mierda! Todo es una jodida, mal parida, mierda.

Rage salió disparado de la furgoneta y corrió las pocas calles que lo separaban del Compton Palace. Los iban a matar a ambos, y él se iba a quedar sin el gusto de cargarse a Finn esa noche, porque no tenía ninguna maldita intención de limpiar su mierda para no dejar evidencia de la propia.

No... no se iba a deshacer del cuerpo de la rubia junto al de Finn, no iba a ser su jodido servicio de limpieza. Y por todo lo que le era sagrado, que a esas alturas no lo eran demasiadas cosas, no permitiría que mataran a un niño indefenso.

Eso era lo que Daniel significaba para Rage y los demás hermanos. Un límite moral, una línea definida, lo que separaba a los malos tipos como él de los hijos de su mala madre, como Finn. Porque sí, demonios, había una jodida diferencia. Él no follaba niños.

No siguió con la diatriba de insultos, los mismos no podían salir por entre sus dientes apretados, su mandíbula tensa y su garganta ahogada. Rage volvía a hacer honor a su alias, la ira se abría paso y barría con la razón.

Debía llamar a Greed, explicarle lo cerca que estaba de cagarla. Pedir refuerzos, pero la neblina roja ya había ganado, ya estaba en él y comprendió que había bajado de la furgoneta sin los juguetes del contable.

Estaba incomunicado, sin imagen, sin sonido, sin miedo... Estaba jodido. No volvería a por ellos, no le daría la ventaja a Finn de atravesar el bello cráneo de la tejana con una bala. No... él le daría de probar sus puños antes de que eso sucediera.

La prostituta ya no estaba en el estacionamiento. Corrió sin más hasta la habitación ciento doce, no necesitó llegar. El cuerpo del niño, que huía de su escondite en ese preciso instante, impactó contra él. Los ojos rasgados del pequeño se alzaron recorriendo el metro noventa de puro músculo que era Rage y el terror lo paralizó.

¿Cómo explicarle que no le haría daño?, no, un niño que vivió lo que ese no se detenía a analizar a las personas; lo que parecía una amenaza, en general, lo era. Y no estaba equivocado, Rage era amenazante, peligroso, letal... solo que no con él, sino con el bastardo que se aferraba a la rubia cabellera de la joven empleada del hotel y amenazaba con volarle los sesos.

—Hola, Finn... —La voz de Rage, rasposa, repleta de ira, dejó la escena en pausa. Finn fijó sus ojos inyectados en sangre en Rage y soltó a la mujer de inmediato.

—¡Corre! —advirtió el irlandés al oriental con el que hacía negocios. El hombre conocía el nombre de Rage, todos en ese mundillo de bajos fondos lo hacían, pero era la primera vez que lo tenía ante él. Y es que no había segunda vez cuando de Rage se trataba—. Es el maldito de Rage.

El alias funcionó como propulsor de las piernas del oriental, pero el muy imbécil parecía estar preocupado por su jefe, por las pruebas que pudieran quedar de él en la habitación. Rage almacenó esa información, pocas personas podían generar tanto miedo, al punto de contemplar la posibilidad de morir bajo la ira de Rage antes que la del otro.

Eso reduciría la lista de Pride y Desire de sospechosos.

Finn, en cambio, venía del corazón de la mafia irlandesa, y si de temor se trataba, la imagen de Rage invadía todas sus pesadillas. Cualquier muerte menos esa... solo pudo rogar que fuera limpia. No imaginaba que conocería la otra faceta del sicario, la que ocultaba bajo capas y capas de frialdad a la hora de matar. Conocería el génesis de Rage.

Escapó de él, o, al menos, lo intentó. Las miradas del niño y la mujer siguieron sus pasos, aterrados tanto de su salvador como de sus victimarios. Si le temes a las hienas, y las hienas al león, entonces, teme también al león.

Rage alcanzó a Finn sin mayores dificultades. Lo alzó como si no se tratara de un hombre adulto y lo arrojó al interior de la habitación. Cerró la puerta tras de sí, y abrió las compuertas de su ira.

El oriental buscaba la evidencia del recado de su jefe, al niño debía darlo por perdido. Miró las profundidades celestes de los ojos de Rage y se meó encima. No tenía posibilidad de salir vivo; si ese demonio irlandés lo dejaba irse, su jefe lo descuartizaría... literalmente, ese era su método para deshacerse de los cuerpos. ¿Cuál sería el del sicario?

Finn, en cambio, cometió la insensatez de enfrentarlo. La sonrisa de Rage dijo todo, lo esperó y en cuanto el traidor lanzó el primer golpe, lo esquivó antes de acertar el suyo en el medio del estómago.

El otro se sumó, como un último respiro de esperanza. Dos contra uno... ¿no ponía eso la balanza a su favor?

Una nueva sonrisa en labios de Rage les dijo que no. Estaba bajo los efectos de los sentimientos; el sicario frío estaba dormido, allí se encontraba el hombre que Darren era, lo que quedaba del niño que fue.

El oriental lo tomó por la espalda, mientras Finn intentaba dar un golpe, aunque fuera uno. No lo logró, Rage se lanzó contra la pared, aprisionando el cuerpo del otro hombre y consiguiendo que lo soltara. Luego le encestó un

certero puñetazo al irlandés en la mandíbula, que lo desmayó. Con uno menos en juego, le dedicó la atención total al maldito de los ojos rasgados; podía adivinarse su procedencia y, por lo tanto, a quién respondía y temía. ¿Así que la mafia china, eh?

No lo hagas, no lo hagas.

Las consecuencias serían terribles, pero, ¿qué más daba? Si ese maldito chino estaba ahí significaba solo una cosa, la mafia china estaba tras la muerte de Daniel.

El hombre se encontraba arrinconado, tanto de manera literal como figurada. Por un momento, Rage pensó en dejarlo ir, en permitir que fuera su jefe el que se lo cargara; los chinos podían ser unos jodidos sádicos cuando de saldar deudas se trataba. La imagen del pequeño, aterrorizado, lo hizo cambiar de parecer. No le daría la oportunidad de escapar, ¿y si el jefe decidía perdonarlo?, no... no dejaría a un maldito pedófilo libre, o a un tratante de niños.

Los golpes del chino no daban de lleno, sacó una navaja, aunque tampoco consiguió demasiado con eso; Rage rompió su defensa, lo que le granjeó un profundo corte en el brazo derecho, herida que no les impidió a los puños impactar en su contrincante.

—¿Sabes leer inglés, verdad?, pues lee bien... esto es lo que te espera. — Sus nudillos fueron la condena y la sentencia. *Pain* y *Hate* quedaron grabados por siempre en el rostro magullado del hombre. Un par de costillas rotas más tarde, Rage lo hizo voltearse. Apenas se mantenía de pie, y ya no conseguía emitir súplicas en ningún idioma. Los brazos del sicario lo rodearon por el cuello como una boa constrictora, la asfixia lo desmayó y, una vez sin capacidades de ofrecer resistencia, con una mano en el mentón y la otra en la nuca, Rage hizo un giro brusco hasta sentir cómo las vértebras cedían y el cuello del hombre se rompía. Cayó de forma antinatural sobre el suelo, en una pose digna de la niña del exorcista.

En ese instante, Finn recuperaba la conciencia, solo para ver la escena del cuello roto de su contacto con los chinos. Intentó ponerse de pie, no dio resultado, se arrastró a trompicones mientras suplicaba por su vida, como si eso pudiera dar resultado.

—¿Apurado por irte, Finn?, pero si guardé lo mejor para ti... a los amigos se los trata así, con respeto.

—Maldito bastardo...

—Veo que me conoces bien. Soy un maldito bastardo, uno que te recordará

el lugar de las ratas: muertas en las alcantarillas.

Para su lamento, no podía perder tanto tiempo. La ira podía apropiarse de su cuerpo, pero no la estupidez. De modo que simplemente lo golpeó hasta quebrar gran número de huesos, era probable que las costillas le hubieran perforado el pulmón y que los parietales se hubieran incrustado en el cerebro, asuntos sin importancia, pues no saldría de allí con vida.

Cuando la inconsciencia le ganó a Finn y ya no pudo soportar más dolor, Rage lo remató del mismo modo que lo hizo con el chino.

El escenario ante él era una gran mierda. Sangre por doquier, huellas por doquier. No había forma de limpiar eso ni simular que no se había tratado de una lucha desigual. Sin más alternativa, hizo lo único que restaba por hacer: prendió fuego el hotel, empezando por esa habitación.

¡Demonios! Si hasta le haría un favor al dueño, que cobraría más de seguro que lo que podía ganar rentando esas pocilgas a las que llamaba habitaciones.

Buscó entre los productos de limpieza, encontró uno en base a acetona. Arrojó el mismo sobre las sábanas y las cortinas y encendió una cerilla. Salió de allí y, en la recepción que aún se hallaba vacía, activó la alarma de incendio. La sirena que se oyó de inmediato no era la de los bomberos, alguien había alertado a la policía.

¿Algo puede ir peor?

Sí, la rubia y el niño se habían dado a la fuga.

Al menos ya no veía todo tras la lente de neblina roja. La adrenalina que le corría por el cuerpo había remitido tras la muerte de Finn, el muy mal nacido recibió lo merecido... y el chino también.

No quiso imaginar a sus hermanos, con oídos en la escena y sin imagen. Estarían al borde del colapso, incomunicados con él. Por lo pronto, tenía un problema más por solucionar. La rubia tejana.

Se detuvo en la esquina, se apoyó en la pared y simuló prender un cigarro; la primera patrulla pasó por su lado sin percatarse. Hombre tatuado, de tejanos y camiseta ajustada, fumando sin molestarse en una mugrosa esquina... combinaba a la perfección con el paisaje del sur de Los Ángeles.

Una vez se alejaron por la calle, retomó el andar hasta la furgoneta. ¿Adónde se dirigiría la rubia?, por Dios, pensar como lo haría ella le estaba provocando una migraña. Era evidente que no reflexionaba demasiado, se trataba de una mujer lo suficientemente ingenua como para involucrarse con

tratantes de personas en un hotel de mala muerte.

—La autopista... —masculló con una sonrisa ladina. La muy demente iría directo a la autopista a pedir auxilio en la zona más transitada de la ciudad. Porque, demonios, así pensaba la gente buena. Creía que los demás detendrían el carro, como harían ellos, y se bajarían a socorrer a una mujer y un niño en apuros.

Encontrar un unicornio hubiera sido menos inesperado que dar con aquella muchacha en una ciudad como esa. Se subió a la furgoneta y se dirigió por la avenida hacia la autopista...

¡Cómo me gustaría que la situación fuera otra!

El pensamiento lo tomó por sorpresa, ¿por qué querría él conocer a esa mujer en otro contexto?, no podía ahondar en la respuesta en esos momentos. Debía enfocarse en salir del aprieto, en impedir que la mataran y que, de paso, declarara en contra suya ante la policía y la nueva fiscal. Porque eso era otra cosa que hacía la gente decente: confiar en la ley.

El impacto generado por la rubia en él crecía metro a metro recorrido en su búsqueda. Podía considerarla una tonta de remate, una desquiciada, pero... pero lo había hecho por salvar a un niño.

No pudo evitar que lo asaltaran los recuerdos, un pasado lleno de penurias porque ni Kirian ni él fueron tan afortunados de encontrar a una demente capaz de arriesgarse por ellos. Porque los dejaron tirados, en un orfanato de mala muerte, a merced de la peor clase de personas... Sí, Rage iba a asegurarse del bienestar del pequeño que, ahora no tenía dudas, era de china; pero eso la mujer no lo sabía y, antes de dejarlo librado a la suerte, había arriesgado la vida.

¡Joder, Rage!, se maldijo por sentir que la ira remitía, se diluía, y que la imagen de esa rubia de tejanos y botas, haciendo señas a los autos que pasaban e insultándolos cuando no frenaban, en lugar de generarle desprecio, le despertaba otra clase de fiera en su interior: la de la protección.

—¡Oh, gracias a Dios ha frenado...! —expresó la muchacha cuando la furgoneta se detuvo a su lado, en cuanto divisó su rostro, empalideció, tomó al niño e intentó correr.

—¡Mierda, detente, Cadence! —exclamó él.

—¿Cómo demonios sabes mi nombre?

—Lo dice la tarjeta que pende de tu camiseta. —La misma estaba justo a la altura del seno derecho, y los ojos celestes de Rage no pudieron evitar notar la turgente forma.

—¡Mierda!

—Es lo que vengo diciendo desde que empezó este jodido día. Sube a la furgoneta, Cadence... creo que ya sabes que no te conviene hacerme bajar, eso me enojaría... ¿quieres que me enoje, rubia?

Cadence intentó hacer señas a otro carro cercano, el conductor la ignoró y siguió su camino.

No todos son como tú, Cadence. Sus ojos la devoraban, la recorrían con un sentimiento de lujuria que se disimulaba en su rostro de mandíbula firme, barba tupida y tatuajes.

—¿Vas a matarnos?

Rage le sonrió, una sonrisa que decía que eso no importaba. Si la quería muerta, así terminaría, tanto si subía como si intentaba correr. Ella miró al pequeño con sus ojos verdes llenos de disculpas, le susurró un *lo siento* antes de acatar la orden del sicario.

—Buena chica...

La furgoneta se puso en marcha, las manos en el volante. Cadence leyó Dolor y Odio en sus puños, y supo que estaba jodida. Muy, muy jodida.

CAPÍTULO 4

—Rage, ¡qué demonios!

La voz de Pride resonó en la cabina de la furgoneta. Rage apagó el comunicador y desconectó la Tablet hasta nuevo aviso.

—¿Rage, ese es tu nombre? ¿Ira?

—Me sienta bien, ¿verdad?

Cadence no sabía si estaba aterrada o resignada. El niño viajaba en su regazo, acurrucado a ella. Intentaba transmitirle entereza, y para eso no debía mostrarse asustada. Pero, joder, sí que costaba.

—¿Vas a matarnos? —repitió la pregunta.

—No mato niños...

—¿Mujeres?

—Solo a las que no hacen silencio.

La amenaza no menguó la determinación de Cadence. Evaluó lanzarse en el siguiente semáforo...

—Ni se te ocurra... —Él la desanimó.

—¿A dónde vamos? —No obtuvo respuesta—. ¿Has notado que sangras? —Silencio—. ¿Quiénes eran esos tipos?, ¿qué hacías allí?, ¿buscas al niño o al matón?, ¿tienes un nombre real?, ¿sabías que ese tipo que te llamó Rage puede rastrear el móvil y usarlo como GPS?

—Pride siempre sabe cómo encontrarme.

—Conque Pride... ¿Nombres en clave? Aunque no funcionan demasiado si son evidentes... —La risa de Rage no estaba cargada de humor—. ¿Qué?

—No nos interesa ser discretos; además, Cadence, no es que tú no seas un *spoiler* en persona...

—¿A qué te refieres?

—Texana, cantas country, llegaste a Los Ángeles para actuar, pero no te ha ido bien y terminaste trabajando en un hotel...

Cadence abrió la puerta e intentó lanzarse de la furgoneta en movimiento.

—¡Mierda, mujer! No tienes sesos.

—¿Cómo demonios sabes tanto de mí?! ¿Cómo...?

—Ya lo dije, eres un Spoiler, al menos yo intento ser claro con mi alias.

—Entonces, ¿fue todo una suposición?

—Una acertada, viendo tu reacción...

—Sabes, Rage... me alegra que nos llevemos mejor. —Extendió la mano para recibir un apretón que nunca llegó—. Mi apellido es Hazel, y en efecto, vengo de Texas. Allí tengo una madre que ama hacer espaguetis con albóndigas y a mi padre se le dan bien los motores. También tuve un perro, ¿te gustan los perros?, se llamaba Luke... *Luke, soy tu padre...* lo bauticé cuando vi Star War...

—Cadence, me provocas migrañas...

—Lo siento, podemos frenar en una farmacia. Te haría bien para conseguir algo con qué curar la herida...

—Cadence...

—Ok, ok. Solo... soy humana, ¿sabes? —La carcajada de Rage, en esa ocasión, sí fue cargada de humor.

—¡Demonios!, intentas despertar la empatía de tu captor para que te vea de modo humano y no te mate. —Más risas, tantas que se tuvo que secar un par de lágrimas.

—Lo vi en un especial del FBI...

—¿Junto al de técnicas para disuadir violadores? Nada de faldas, ni coletas...

—Veo que conoces el show...

—Sí, me gusta ver cómo soy objeto de estudio. No te preocupes, Cadence, ahora que me has hablado de tu perro no te mataré ni coleccionaré tus dedos. Puedes callarte...

—Igual tendríamos que detenernos en una farmacia.

La sugerencia fue ignorada, al igual que toda ella. Rage fijó los ojos en el camino y Cadence, en él.

Necesitas sexo... Las palabras de Loren se le colaron en la mente solo para torturarla. Demonios, su compañera tenía razón. Los ojos se le iban, hambrientos, sobre el musculoso y bien formado cuerpo de Rage.

Tu captor, Cadence..., se lo tuvo que repetir para no ponerse a babear. Sí, era cierto, no había estado con nadie desde el desgraciado de su ex, pero, si era honesta consigo misma, ni en los mejores sueños había compartido una sesión de sexo con un espécimen como aquel.

Los bíceps se marcaban por debajo de la camiseta, los tendones se tensaban al aferrarse al volante y la mirada de hielo seguía fija en la carretera. Iban en dirección norte, no llegaba a ser la zona de las estrellas, pero sí superaba su barrio de tráileres por mucho.

Siguió el recorrido por ese fornido cuerpo y se maldijo por encontrar atractivo a un hombre que acababa de matar a dos personas.

Tampoco eran la gran cosa. ¡Cadence!, ¡qué demonios!

Al menos comenzaba a convencerse de que no la mataría, al fin de cuentas, no le había temblado el pulso en la habitación de hotel. Entre dejar arder dos cuerpos o cuatro no había gran diferencia. Así y todo, no se trataba de lo mejorcito que uno podía encontrar en el mercado masculino.

Tampoco lo peor... La ceja se alzó como respuesta a sus pensamientos. Si ponía al imbécil de Eric, su ex, como ejemplo, quizá prefería un sicario que un estafador de mala muerte, que le había robado los ahorros, los sueños y la había empujado a esa situación.

Sí, eso estaba mucho mejor, culpar a Eric que pensar en que estaba metida en un embrollo *muuuuy* grande, uno que se complicaba al pensar en lo sexy que era un jodido asesino que se hacía llamar Ira.

Y como si la situación no pudiera empeorar, arribaron a destino. Un edificio de lujo, que abrió las puertas del garaje para ellos con un comando a distancia. Los automóviles aparcados eran uno más fastuoso que el otro, sin contar con la motocicleta que se encontraba junto al espacio vacío que ocuparon.

—¿Dónde estamos? —No podía pretender que mantuviera el silencio. Rage descendió de la furgoneta y ella lo hizo a la par. Miró a ambos lados y, al ver que estaban solos, salió a correr con el niño en brazos. La puerta mecánica se cerró, y ella pensó en lanzarse al mejor estilo Indiana Jones... pero llegó tarde como por cinco metros. Cuando se volteó, Rage la miraba con una ceja alzada y una expresión burlona.

—Cadence... seamos claros, el niño se queda.

—¡No! Ya ha sufrido demasiado...

Rage apretó los dientes, un gesto que Cadence interpretó como enojo; no lo era. Se trataba de las maldiciones aprisionadas en los labios del sicario, maldiciones hacia sí mismo y la tibieza que esas palabras le provocaban. Al igual que el modo en que la mujer se aferraba al pequeño, de manera protectora. Existían madres en el mundo con mucho menos instinto que esa muchacha texana de apenas veintitantos años.

—Por eso, chica country, porque ya ha sufrido demasiado. Ven... no lo hagas más difícil.

—¿Dónde estamos? —reiteró la pregunta.

—En mi apartamento...

—¿Aquí vives?!

No se molestó en responder. Sacó de sus tejanos la tarjeta electrónica y la pasó por el lector del elevador. Se activó y, a los pocos segundos, las puertas se abrían para permitirle el ingreso. Apoyó el cuerpo entre los paneles metálicos para impedir que se cerraran, y Cadence reaccionó solo cuando la alarma se activó, señalando la puerta abierta.

—Bien, bien... recuerda, un perro llamado Luke. Además, estoy a cargo de tres gatos: Fred, Rupert y Eric, ¿no deseas que les suceda algo malo, verdad? Si no regreso, orinarán en la cama...

—Cadence... —La voz fue fastidiosa.

—Ya, te duele la cabeza...

La tarjeta funcionaba también para marcar el piso y para abrir la puerta del apartamento. El *penthouse*, por supuesto.

—¡Demonios!, veo que en Los Ángeles ganan más los asesinos que los actores.

—No tanto, Al Pacino tiene mejor salario que yo...

¿Cómo demonios era posible que un tipo así viviera en un apartamento de ese nivel?, ¿no se suponía que eran pandilleros de bajos fondos?, ¿quién demonios era Rage?

El miedo volvió a ella, en realidad, nunca se había ido. Solo intentaba convencerse de que nada malo le ocurriría, pero ya no estaba tan segura.

—Ponte cómoda, Cadence... —El tono de Rage era irónico, no parecía hallar otro modo de hablar—, me daré una ducha... apesto al miedo del malnacido de Finn.

Finn... sí, recordaba que así se llamaba, y coincidía con Rage en que era un malnacido; solo que no creía que por eso debiera morir.

Aunque Eric...

Rage comenzaba a tomar otra forma en sus fantasías, una de sangre y restos de su ex esparcidos por el apartamento que rentaba gracias a los ahorros robados. Si disfrutaba de matar imbéciles, pues... ella podía darle una lista. El director del último casting, el mánager que le dijo que se hiciera estrella porno, Eric...

¡Cadence!

Se obligó a encaminar sus pensamientos. Rage se perdió por el corredor y, una vez más, quedó a solas con el niño.

—¿Te encuentras bien?

El pequeño solo la miraba con sus rasgados ojos; estaba asustado, claro

que sí, pero lo que más le rompía el corazón a Cadence era que no estaba más asustado que ella. Parecía acostumbrado al dolor, al miedo, a las circunstancias insólitas.

—Saldremos de aquí... —prometió sin muchas esperanzas, no muy convencida de que fuera la mejor opción. ¿Adónde lo llevaría?, ¿al tráiler? El ambiente con olor a pis de gato y a vecinos adictos no era lo mejor para un niño...

Menos en comparación con el apartamento en el que estaban en esos instantes. Sin dudas, no era un lugar para un pequeño tampoco, pero podía adaptarse mejor...

—No salgas a la terraza —advirtió, aunque el niño no pudiera entenderla —, ¿cómo te llamas?

Hoy es el día de hablar sola... Miró en derredor para constatar que estaba sola antes del ridículo. Utilizó la famosa escena de Tarzán como referencia:

—Yo, Cadence... tú...

—Tarzán —dijo el niño, y la hizo reír, una risa nacida de la pena. Al menos, conocía las películas de Disney.

—Yo, Cadence... tú —repitió el juego hasta que el pequeño se atrevió a decir su nombre.

—Dashi.

—Bien, Dashi. Quédate aquí, nos sacaré de este problema con forma de *penthouse* y al demonio Los Ángeles, nos escaparemos a Texas y allí mi madre nos hará espaguetis y crearemos que todo esto fue un mal sueño...

Con esa promesa que Dashi no entendió, Cadence fue hasta la puerta. Cerrada. Al lado de la misma se hallaba el panel de lectura de la llave tarjeta... Tendría que dar con ella, y sabía muy bien dónde estaba, en el bolsillo de los tejanos de Rage.

No se escuchaba el sonido de la ducha, el espacio era tan amplio que uno podía ponerse a cantar en una habitación sin molestar a los demás. El tráiler entraba más de cinco veces allí. Dashi había quedado en el ingreso, un espacio luminoso y amplio que apenas era una antesala de lo que vería. Al atravesar la puerta por la que se había marchado Rage, dio con la gran sala, living, comedor y cocina. Le parecía increíble que un espacio tan amplio resultara acogedor. Un gran sofá frente a un inmenso televisor, con una mesa ratona para poner las palomitas y los nachos con queso; sí, ella soñaba con un lugar así. La mesa del comedor era elegante, de esas que se nota que nadie usa, un rectángulo bajo unas luces colgantes modernas, de esas que parecen ser solo la

bombilla. La cocina quedaba a sus espaldas, abierta, con una barra y un desayunador que la separaba del resto. Le recordaba a esos de programas de cocina, en las que los utensilios se encontraban expuestos y siempre impecables... sus sartenes daban vergüenza.

Le hubiera gustado detenerse a inspeccionar, pero tenía cosas más importantes. A su derecha, el gran balcón, a su izquierda, el corredor. Por allí se marchó tras los pasos de Rage. Una vez las puertas de las habitaciones se hicieron presentes, pudo oír el ruido de la ducha.

El baño principal estaba vacío, de modo que la única presunción posible era el baño en suite. Probó una a una las puertas hasta dar con la correcta, una gran habitación con una cama *King*, un vestidor y un baño. Al igual que el sillón del living, ese espacio era el que más hogareño le resultaba, pudo visualizar a Rage, solo en tan inabarcable apartamento, usando únicamente dos espacios.

Le resultó una injusticia.

¿El espacio desaprovechado o la soledad de un sicario, Cadence?, su conciencia era una maldita cuando quería.

Bien, podía ser que hubiera pensado en la soledad de Rage. No había fotos, ni trofeos de secundaria, ni poster de ídolos... Sacudió la melena para borrar de ella tan inútiles pensamientos.

La soledad viene con el trabajo que tiene, recuerda, Cadence, es un asesino.

—Y el apartamento también... —se respondió con un dejo de codicia. ¿A quién tenía que matar para tener solo un quinto de ese lugar?, si era a alguien como ese tal Finn la conciencia no le iba a doler tanto.

Debía aprovechar el ruido del agua para no ser oída. Recorrió con sus ojos el espacio, con la vacía esperanza de hallar las prendas sucias de Rage.

El único hombre que no deja la ropa sobre la cama es un sicario.

El destino tenía un sentido del humor endemoniado, ya podía ver que Rage no dejaba los zapatos en el living, lavaba su propia taza en las mañanas y sacaba la basura cuando se iba a trabajar.

Adiós, cariño, hoy busco a los niños por la escuela, justo tengo que asesinar al director. Sí, todo un sicario de familia.

Abrió la puerta del baño, el vapor de la ducha empañaba los espejos y le humedeció el rostro. El lugar estaba recubierto de mármol y cerámica, además tenía que sumarle el buen gusto. La ropa manchada de sangre estaba a un lado del lavabo; le iba a ser difícil quitarla, pensó Cadence, y recordó las

sábanas del hotel y las asquerosas cosas que debió limpiar de ellas. Tomó los tejanos y revisó los bolsillos.

—¿Buscas algo en particular? —la voz ronca de Rage la paralizó. Se giró y vio sus pies, ¿desde cuándo los pies podían verse bien? Ahogó la esperanza de que tuviera defectos. No, Rage limitaba sus defectos a uno: ser un maldito asesino de la mafia. Por lo demás, casi podía definirse como un perfecto ejemplar masculino. Claro que su madre se infartaría por los tatuajes y no dejaría de sugerirle que se afeitara... cosa a la que Cadence se opondría fervientemente.

¿Por qué piensas en Rage y tu madre juntos, Cadence? Sí, Loren tenía razón, le hacía falta sexo.

Alzó la mirada de manera pausada, porque tampoco iba a perderse el cuadro. Ya la habían pillado. Pantorrillas torneadas, muslos firmes, pene...

¿¡Qué!?

El recorrido se detuvo allí para dar un inmenso salto hasta la mirada celeste de Rage. Sonreía, el muy maldito sonreía.

—Estoy buscando la llave para salir de aquí, así que has el favor de taparte y dormir esa... —*¿Inmensa, amenazante, tentadora...?*, ¡*Cadence!*—, cosa.

Se giró con el último vestigio de dignidad que le quedaba, dispuesta a marcharse. Rage la detuvo, tomándola del brazo. Le sorprendió que, dada la fuerza por demás demostrada, no le hiciera ni una pizca de daño. Simplemente la atrapaba, como se atrapa a un insecto, y allí quedaba ella, paralizada por su agarre.

—Lo siento, Cadence... —El susurro se oyó muy cerca de su oreja, y lo peor, sonó sincero. ¿De verdad lo sentía?, ¿qué era de lo que se arrepentía, de matar, de encerrarlos...?

—¿Q...Qué sientes?

—La reacción de mi cuerpo. Es algo... natural, no lo controlo, pero ten por seguro que no te haré daño.

Cadence tragó saliva. Claro que no lo controlaba, nadie lo hacía del todo. Ella, en ese instante, sentía los senos volverse pesados, los pezones erguirse y la entrepierna humedecerse. No había razón, la misma estaba apagada, solo se trataba de la cercanía de Rage, de saberlo desnudo y excitado a sus espaldas. Y no podía mentirse, quería voltearse, terminar el recorrido turístico que sus ojos habían emprendido por ese cuerpo, delimitar cada músculo, memorizar cada tatuaje.

Lo único que impedía que tal hecho tuviera lugar era que, en el fondo, no eran animales. Ni siquiera Rage... y tras lo divisado en el Compton Palace era un alivio saber que podía contenerse.

Aun así, Cadence no pudo evitar cerrar los ojos y suspirar con resignación... allí iba un ítem más a la lista de virtudes imposibles de hallar en un hombre: no imponía su sexualidad y sus deseos.

—¿No has pensado en cambiar de trabajo? —dijo sin pensar—, podrías llenar un currículum, estoy segura de que sirves para algo más que para matar.

La risa en su nuca la hizo estremecer.

—Me gusta mi trabajo, Cadence.

—Me lo temía.

El reflejo empañado en el espejo delató los movimientos de Rage, se estaba cubriendo con la toalla.

—Voltea —pidió, y ella tardó en acatar—. Voltea, Cadence, necesito que me ayudes.

—¿Nos dejarás salir de aquí?

—Te dejaré salir, al niño no.

—¿Por qué no?

—Porque estaba en mano de tratantes, ¿lo entiendes?, ese niño no durará vivo en los servicios sociales, lo buscarán y lo matarán para cerciorarse de no dejar testigos.

Cadence giró y miró en las acuosas profundidades de los ojos de Rage.

—¿Y yo, no soy también testigo?

—Sí...

—¿Eso quiere decir que me matarán?

—Sí...

—¿Pero yo soy libre de irme?

Rage asintió.

—Eres grande, tú puedes elegir, él no. Puedes marcharte y ver cómo te las arreglas, o puedes quedarte. Me da igual, lo único que no puedes hacer es poner en peligro a ese pequeño, porque es inocente.

—¿Yo también soy inocente!

—Tú decidiste venir a Los Ángeles, él no. Ya tienes tus opciones, Cadence, lo que hagas me importa una mierda. Y ahora, como toda mujer adulta en una situación adulta, elige, ¿me ayudas o llamo a Greed?

—Greed... ¿Cuántos pecados tienen por ahí? —Ira, Orgullo o vanidad, Codicia...

—Somos solo cuatro.

—De seguro ninguno es gula o pereza, esos pecados no suenan tan bien como Ira o Codicia. —La ocurrencia lo hizo reír—. Supongo que el cuarto es envidia... Lujuria ajusta más a una mujer.

El brillo en la mirada de Rage le dio la respuesta.

—¿Hay una mujer? Eso sí no me lo esperaba.

—¿Machista, Cadence?, ¿viniendo de Texas?, ya lo dije, eres un Spoiler con botas.

—Vete a la mierda.

—¿Me ayudarás o llamo a Greed?, eso sí, te advierto, si viene Greed lo hará con todos, y la situación Cadence Hazel ocupará el lugar de prioridad. De modo que...

—Bien, bien. ¿Qué debo hacer?

—Coser una herida. —Expuso su brazo, y ella pudo ver la sangre que emanaba. Estaba limpia por la ducha, pero la piel tatuada y perlada se teñía segundo a segundo de rojo. Observar el corte le dio la excusa de terminar con la evaluación del cuerpo masculino. El pecho firme, el abdomen plano con los cuadrados bien marcados, los brazos anchos y fuertes. No quiso cruzar la línea de la toalla, confirmar si la erección se mantenía. En su caso, el leve palpitar del deseo continuaba con su letal tortura.

Rage tenía casi toda la piel tatuada, era difícil encontrar una porción que fuera solo arte divino, sin intervención humana.

—¿Y si no sé coser? —inquirió.

—Entonces no eres texana. —Eso la hizo reír. Tenía razón, quizá alguien de Dallas o Houston pudiera ser más cosmopolita y desconocer de armas, heridas y vida salvaje, pero ella era de Brownsville.

—A por ello —dijo dándose ánimos, y Rage le alcanzó el botiquín. No le sorprendió hallar todo lo necesario para una sutura. Tenía hasta objetos de primeros auxilios militar. Una vez más, el verdadero trabajo del hombre le azotó la conciencia.

Era difícil concentrarse con la cantidad de tatuajes. Se encontró a sí misma delimitando el mapa de arte en tinta que llevaba Rage en la piel. La espalda rezaba el alias: Rage. En letras grandes y curvadas. Podía notarse que amaba las motocicletas, pues muchas eran alusiones a ellas y, recordó, tenía una Ducati en el garaje. Los brazos eran mangas completas, el herido contaba con una imagen de Medusa muy bien lograda. De hecho, era tan linda que pensó en cómo le quedaría a ella un diseño similar en la espalda. Su madre la mataría, y

si nunca antes se había animado a los tatuajes era por la falsa idea de que le podrían arruinar un casting.

Te ofrecieron ser actriz porno... ¿qué puede ser lo peor con un tatuaje?

Limpió la herida con una gaza, arrojó iodo y notó que Rage no se inmutaba. No sentía el dolor; sus ojos estaban fijos en ella, la devoraban.

—¿Temes que pueda usar esto para matarte y huir? —preguntó Cadence con humor.

—Te vi arriesgarte con mucho valor y poco seso por un niño desconocido... No, Cadence, tu no matas ni una mosca.

—Tú no eres una mosca, los humanos me molestan más que los insectos. Suelen merecer morir más que ellos...

Sí, era triste, también era cierto.

—Ya veo que empiezas a entenderlo. —La mirada verde de Cadence se perdió en la de él por unos segundos, segundos lentos, interminables.

—Solo intento mentirme, convencerme de que solo matas a «quien lo merece», porque entiendo que acabo de meterme en el mayor lío de mi vida y tengo que lidiar con esto.

—Sabes que lo siento, ¿verdad?, realmente lo siento. Nada debió salir así. El niño...

—Dashi, se llama Dashi.

—Dashi... no debió estar allí, nos confiamos. Estos errores se pagan y yo... —Cerró los labios con firmeza para ahogar las palabras. Cadence tenía la capacidad de relajar, con su voz country y su acento sureño, conseguía que te abrieras, confiaras en ella por instinto. Emanaba bondad por los poros. No podía decirle de sus ataques de ira, ¿un sicario con problemas de control de la ira?, era una jodida broma de mal gusto. Tampoco podía confesar que no le haría daño, que, de verdad, jamás la lastimaría, ni aunque Greed, Pride y Desire decidieran que debían silenciarla. No, era mejor que aún le temiera un poco. Debía hacerlo, porque el miedo es una herramienta de supervivencia, y ella debía sobrevivir. Tenía que convencerse de que Rage no era *la peor opción*. En el gran marco de mierda en el que estaba envuelta, Rage era el lado bueno. Sí, un sicario de la mafia irlandesa. Un hombre con un pasado tortuoso y problemas de temperamento. Sí, él, Darren Foley, era su mejor oportunidad de salir bien parada, y eso solo ponía en manifiesto cuán jodida estaba.

Cadence terminó la tarea de suturar la herida y largó el aire contenido en los pulmones. Se estremeció ante las sensaciones despertadas por Rage, las

atribuyó al estrés, a la conmoción por lo vivido. No concebía que el perfume de hombre que emanaba la piel de Rage la embriagara de ese modo, la textura bajo sus dedos la invitara a la exploración y esos labios llenos que se perdían en la barba reclamaran los besos que Cadence llevaba años almacenando, atrapados, a la espera de quien los demandara. No... no podía dejarse llevar.

—¿Y ahora? —se atrevió a preguntar. Al percatarse de que Rage iba a desnudarse, se dio vuelta para brindarle intimidad y para no caer una vez más en la tentación de esa piel tatuada.

—Y ahora sí, iré a recibir mi reprimenda como un buen niño...

—Con el resto de los pecados... —adivinó.

—Exacto.

—Y entonces sabrás si me marcho a morir como un testigo con mala suerte, si yo seré tu próxima asignación que pague los servicios de este apartamento o si tendré una chance de salir viva de aquí.

—Cadence... —Le quiso decir que no se agobiara, que ya lo había decidido. No, no se iría de allí y no, no moriría. Estaba bajo la protección de Rage, y joder, eso significaba mucho en Los Ángeles. Calló, en cambio, susurró—: Es mejor que vayas a ver a Dashi mientras termino de vestirme.

Así lo hizo, porque no quería revelar que los ojos se le habían vuelto dos pozos de agua a punto de rebalsar.

Regresó al hall y lo encontró vacío.

—¡Dashi! —lo llamó—. Dashi, ¿dónde estás, pequeño?

La desesperación se apoderó de ella, sabía que no podía escapar por la puerta principal; corrió al balcón, con el corazón en la garganta. No, no, no.

—¡Dashi!

El apartamento mostraba sus dimensiones de la peor manera. Dashi no podía escapar, pero sí esconderse y lastimarse. Respiró con calma, el hecho de que no pudiera alejarse demasiado la tranquilizó. Las palabras de Rage resonaron en su mente, el niño había sido víctima de tratantes, su vida estaba en peligro. No podía perderlo de vista, descuidarse así.

¡Oh, Dios, Cadence, sí que la has jodido!

Si cuidar de tres gatos se le presentaba como un desafío... un niño. Sus hermanos mayores ni siquiera la dejaban al cuidado de sus sobrinos, así de desastrosa era. Una niña mimada, con una guitarra y un sueño pueril camino a Los Ángeles a ser estrella. ¿Por qué todo le sucedía a ella?

Por idiota, Cadence, no culpes al karma o al destino de lo que te sucede por idiota. Desde Eric que no haces más que cometer errores, Rage tiene

razón, eres mayor, eres responsable.

No le gustaba ser mayor ni responsable. Quería llamar a su mamá y decirle a su papá que viniera a por ella en su vieja Ford. Volver a Texas a trabajar de camarera en la cafetería de Brownsville, sirviéndole café al sheriff gordo y bonachón.

—Dashi..., ¡Dashi, ¿dónde demonios te has metido, pequeño?! No me hagas esto ¡Dashi!

Un *crunch* la hizo detenerse. Agudizó el oído. Otro *crunch*. Era un sonido ahogado, el de alguien que intentaba ser sigiloso.

—Dashi.

—¿Qué demonios sucede? —Rage reapareció vestido y, cómo no, con la ropa sucia en mano para arrojar a la lavadora. Maldito buen partido.

—Shh, no encuentro a Dashi, pero... —*Crunch*.

Ambos fueron a la cocina, desde donde provenía el sonido. No se lo veía por ningún lado, pero Rage podía adivinar muy bien el sitio exacto en el que se hallaba el pequeño y qué estaba haciendo. Dejó las prendas sucias por un instante en la barra, y Cadence agradeció a los cielos lo impropio del acto. *Dime que pones los pies sobre la mesa ratona, por favor.* El cuerpo del sicario se dobló para inspeccionar los muebles debajo de la barra. Una puerta, dos... Dashi.

—¿Qué haces allí, pequeño? —preguntó Cadence con cariño y una inmensa paz al encontrarlo sano. El rostro de Rage, en cambio, mutó hasta hacer honor a su alias.

Dashi comía arroz crudo, lo primero que había alcanzado de las alacenas, y se escondía para que no se lo quitaran. El hambre del pequeño había despertado los fantasmas de Rage, junto a la empatía de Cadence. Solo que ella no sabía cómo manejar la situación, no lograba hacerse carne de la magnitud del sufrimiento del niño. Para ella, se trataba de una travesura infantil.

—Dashi, por Dios, eso está crudo. Ven, dámelo... —Dashi se aferró más al paquete y se llevó un puñado entero a la boca, que intentó tragar con premura, antes de repetir la acción—. ¡Dashi, te hará daño!

—Hazte a un lado, Cadence. ¡Demonios, ¿es que nunca has visto a un famélico?!

—¡No!, por supuesto que no. —¡Por Dios, el mundo de Rage le parecía de otro planeta!, y que él diera por sentado que ella tendría que haber conocido a un niño hambriento antes, como si eso fuera moneda corriente.

Lo es, Cadence. Solo que eres una niña mimada que solo lo ha visto en la televisión. Los ojos se le inundaron de lágrimas al ver a Rage y Dashi interactuar. ¡Demonios!, el muy desgraciado de Rage sabía cómo manejar la situación y eso solo significaba una cosa: sabía de hambre y penurias.

—Dashi, te cambio el arroz por los cereales. ¿Sí? —Los rasgados ojos del niño se fijaron en los de Rage con desconfianza—. Mira, dejaré esto aquí —Apoyó la caja de copos de maíz y la deslizó por el suelo hasta dejarla al alcance de Dashi—. Ahora, tú haz lo mismo.

El niño entendía el intercambio, Cadence no sabía si eran las palabras o los gestos. Quizá el niño sabía más inglés del que aparentaba, al fin de cuentas, había escrito *Help* en el vidrio. Dashi aceptó el intercambio, y reemplazó el arroz crudo por copos de maíz.

—Muy bien, Dashi. —Rage fue al refrigerador y regresó con un cartón de leche que abrió utilizando los dientes—. Este va de regalo... —Repitió la acción de alcanzar la leche al niño, quien, más confiado, asomó medio cuerpo fuera del mueble para tomarla. La bebió de inmediato—. Bien, ya tenemos una comida saludable. Sal de allí y te daré un cuenco y una cuchara así puedes mezclar los cereales con la leche. ¿Quieres agregarle Nutella? —Al ver que el niño no comprendía, se explicó—: Pasta de avellana con chocolate.

Chocolate, la palabra universal. Dashi dejó el mueble y se acercó, vacilante, a Rage. Una vez más, midió su altura con la vista y retrocedió asustado. Se escondió tras las piernas de Cadence.

—Bien, Cadence te cocinará, ¿verdad?

Imposible negarse.

—Claro que sí —lo animó—. ¿Sabes?, Rage tiene un par de amigos que se hacen llamar de modos graciosos. Ira, codicia, orgullo y deseo... solo le faltan tres, como envidiosos aquí no hay, ¿qué te parece si a ti te llamamos Gula y a mí, Pereza? Te hago el desayuno, te lo comes completo y yo me arrojó en ese enorme sofá a ver la TV satelital que el señor Rage paga con su, en extremo, sobrevalorado trabajo.

El niño no halló la gracia, Rage sí.

—Me parece un buen plan, por hoy, y solo por hoy, la llave se viene conmigo. Luego de mi reunión, serás libre de hacer lo que quieras, Cadence. —Se alejó camino a la puerta, pero se detuvo al cabo de unos pasos y se volteó, demostrando el buen humor en su mirada—. Por cierto, no me haría ilusiones con eso de la pereza, pues tu niño Gula se ha excedido. Por fortuna, se te da bien el trabajo...

—¿Qué trabajo?

Dashi lo puso en manifiesto. El arroz crudo, la leche y los cereales, ingeridos a la fuerza y en un ataque de hambre, convulsionaron en el cerrado estómago del pequeño. Se arqueó, se tomó el vientre y... vomitó sobre el piso y sobre sí mismo.

—Ese, limpiar vómito. De seguro el Compton Palace te ha dado experiencia...

—¡Maldito hijo de...! —El grito de Cadence quedó ahogado por la puerta al cerrarse, y por la carcajada de Rage al otro lado.

CAPÍTULO 5

—Rage, ¡qué demonios! —La conversación fue descartada al segundo. Pride golpeó el escritorio—. ¡El muy desgraciado me ha cortado!

Greed solo se permitió una mueca en los labios. Lo que expresaba lo guardaba para sí. Desire caminaba de un lado al otro. *Redemption* estaba en su mejor momento, estallaba de concurrentes, mantenerse al resguardo de la oficina sería lo mejor. Socializar en ese estado pondría en evidencia la relación con los sucesos ocurridos en ese hotel, que pronto inundarían las horas vacías de programación de los noticieros locales.

—Necesitamos adelantarnos a las repercusiones —musitó Desire.

—¡Mira, tú... no lo había pensado! —Pride también estaba fuera de sí, le pisaba los talones a Rage en cuanto a temperamento. Golpeaba el escritorio porque una parte de él hubiese deseado golpear el rostro de Finn con la misma intensidad.

—Controla tus humores, ¿quieres? —respondió ella. No fue una orden, sino una sugerencia.

—Como si eso fuese una tarea sencilla en estos días —convino él tratando de serenarse. Coincidieron en miradas y encontraron la calma el uno en el otro. Se dejó caer en la gran silla reclinable.

—Por lo menos está vivo. —Greed se sumó al apaciguamiento de los humores.

—Nadie puso en duda eso.

Pride hablaba por todos, jamás pondrían en duda la capacidad de furiosa supervivencia de Rage. Lo único que los alteraba era su silencio, porque ese silencio confesaba aquello que no tenían intenciones de reconocer: la fiera volvía a él. La ira le había ganado a la razón. Rage había sido Rage. Perdiendo el control, actuando por instinto. En el presente, los planes trazados requerían de lo opuesto.

—¿De dónde demonios salió ese niño? —Era una pieza de rompecabezas inesperada para esa noche. Los pensamientos de Desire se pisaban unos a otros. La pequeña e infantil evidencia podía significar lo peor. La muerte de Daniel era el principio del fin, uno que ellos tendrían que controlar antes de que el desmadre ocurriera.

—Lo mismo me pregunto yo... Todo se está yendo al mismísimo carajo a la velocidad de la luz. —A diferencia de Desire, Pride no se guardaba ningún pensamiento. Sin importar lo alarmista que fuese.

—Necesitamos de un plan de contingencia y reevaluar nuestras prioridades. —Greed se había mantenido en silencio hasta ese momento, con un fin, diagramar lo que debería de ser la nueva estrategia

—¿A qué te refieres? —Erin se apoyó en el borde del escritorio para enfrentarlo, dándole la espalda a Pride.

—Que estamos poniendo todas nuestras energías en la búsqueda de los asesinos de Daniel...

—¡Por supuesto que sí! No voy a permitir que su sangre se seque sin antes derramar la de los culpables. —Pride era terco, orgullosamente terco. De ahí su alias. De ahí su rol de imagen principal en *Redemption*.

—Nadie lo permitirá. —Erin le obsequió una mirada de reojo con la seguridad que él necesitaba. Luego, regresó la vista a su hermano—. Continúa...

—¿Qué propones? —El muchachote musculoso detrás del escritorio estaba ansioso.

—Propongo una línea de ataque dividida, porque mientras nosotros nos preocupamos por obtener una venganza en nombre de Daniel, ellos se encargan de bastardear su legado...

El silencio se hizo partícipe de los pensamientos no compartidos. Pride abandonó la comodidad de la gran silla. Caminó hasta la pared de cristal, observó la multitud dentro de *Redemption*. El alba acosaría a las calles en un par de horas. La oscuridad de sus ojos comulgó con la del club. Al cabo de unos eternos minutos, rompió el mutismo:

—Las ratas se reagrupan más rápido de lo que pensamos...

—Exacto. —Greed fue a su lado, juntos contemplaron los rostros familiares en *Redemption*.

—¡Malditos!

Desire su ubicó junto a Pride. Les abrían las puertas a los traidores, lo sabían. Fingían que aceptaban las reglas del juego. Vida o muerte. Las dos caras de la moneda que corría como forma de pago en el mundo que ellos habitaban.

—Supongo que la información que nos falta —Se refería al momento a ciegas en el que se habían quedado durante el enfrentamiento de Rage— llegará a nosotros en breve.

—Si con información te refieres al crío y a la muchacha... dalo por seguro. —Pride fue irónico—. Por lo demás, olvídate, quedó bien claro que Rage no se tomó la molestia de sacarles ningún nombre antes de matarlos a golpes.

—El niño, de seguro, compensará esa información...

Greed confiaba en Darren, movido por la furia y todo, siempre mantenía un vestigio de razón a flote para lo fundamental.

Erin halló entre la multitud de los presentes a uno de los tantos enemigos que se escondían tras la fachada de respeto al clan. ¡Maldito traidor!

—McGrath está aquí —fue una alerta para Pride.

Este evaluó la ola de frenéticas personas hasta dar con él. Pensó lo mismo que Desire: ¡Maldito traidor!

—Es todo mío —dijo decidido a abandonar la oficina.

—Debe estar al tanto de lo sucedido; disimula, por favor... desvía el caudal de su atención y obtén información —le indicó ella—. Tú sabes cómo hacerlo.

—Debería quedarme con el mérito —bromeó desde la puerta para comenzar a asumir el rol de perfecto anfitrión—, pero es todo del licor. ¡El desgraciado es una puta esponja!

—Por suerte, licor es lo que nos sobra. —Desire se sumó a su comentario. Era fundamental recobrar la calma.

Cuando quedaron a solas, no dudó en trasladar las preocupaciones a su hermano.

—Aiden, habla con él...

Rage... habla con Rage.

—Lo haré, no tienes ni que sugerirlo.

Una vez más, el silencio formó parte de la reunión, ocupando el lugar que Pride había dejado libre.

Las respiraciones profundas fueron rítmicas, se fundían, se mezclaban la una con la otra. Se reconocían de esa manera, más que con palabras. Desde pequeños habían aprendido el arte del mutismo. Los hizo pasar desapercibidos y, en ocasiones, los había salvado. Aunque «salvarse» era una suave manera de decir que obtuvieron una postergación en la sentencia. Un niño era fácilmente reemplazado por otro, y viceversa. Al fin de cuentas, había abundancia de ellos, y la demanda nunca menguaba.

—¿Qué te preocupa, Erin? —Greed optó por indagar en la mente de su hermana—. Porque no es Rage, lo sabemos.

—En lo que dijiste y en el niño... tienes razón, estos malparidos están

haciendo lo que quieren, escupen la memoria de Daniel sumergiéndolo a esta ciudad de nuevo en la perversión sin límites.

—Lo sé, y si ahora hablamos de niños, imagina lo demás...

Explotación sexual con su consecuente trata de mujeres. Pedofilia consensuada por la policía local, el abanico se ampliaba cada día.

—Puedo ser sincera contigo...

Un intercambio de miradas fue la respuesta. El azul intenso de los ojos de Aiden se fundió con el color esmeralda de los de Erin. La combinación siempre les recordaba a Tilda, la abuela de ambos, que había muerto de cáncer sumida en la tristeza absoluta al saber que dejaba a sus nietos a la buena de Dios.

Pobre Tilda, si supiera que Dios no se molestaba ni un ápice por las almas que habitaban en Los Ángeles, se levantaría de su tumba para maldecirlo y alabar a Satanás.

Desire le abrió la puerta a su fiera interna. Cada uno de ellos tenía la propia.

—¡Quisiera lanzar una puta granada a las alcantarillas y hacer estallar en mil pedazos a todas las malditas ratas de esta ciudad!

Greed rio por lo bajo.

—Pride pagaría por haberte oído decir eso. Tú lo dices, él lo lleva a cabo.

—Lo sé, por eso esperé a que se marchara. El muy animal es capaz de inmolarse para matarlos a todos. —Exhaló, se había quitado la presión en el pecho—. Pero los quiero vivos, nos quiero vivos. Por Daniel, por Nessa... por *Redemption* y lo que significa.

Alguien debía equilibrar la balanza de la mierda en el mundo, y Desire lo había tomado como un acto personal. No estaban libres de pecados, al contrario, los cargaban a las espaldas y continuaban en el camino que creían era el menos pedregoso. Si existía un Dios, se enfrentarían a Él después de muertos. Mientras tanto, mientras respiraran, harían el condenado trabajo que este no hacía. Ojo por ojo... Diente por diente. Peor aún, sangre por sangre. Harían correr un océano carmesí por la ciudad si era necesario.

El club era más que un refugio, era el sostén que mantenía la obra de Daniel tras su muerte. *Redemption* era una confesión a viva voz, una proclamación... Si rompías las reglas, si atravesabas los límites equivocados, no habría salvación para ti. Ellos se asegurarían de ello.

—No te preocupes, somos demasiado tercos y orgullosos como para dejarnos morir, en especial Pride.

—Cuento con ello... —Erin sonrió. Fue una sonrisa superficial, casi minúscula, pero para ella era mucho.

Desire chequeó la hora en su móvil. Tenía un mensaje. Greed miró de soslayo la pantalla. Ella lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—Tengo que encargarme de algo. —Le compartió sin más información.

Fue hasta el perchero y cogió su campera de cuero. No por una necesidad de cambio de temperatura, sino para ocultar los tatuajes. Deambular en camiseta de tirantes revelaría su identidad, y a donde iba, debía permanecer en el anonimato.

—Mantenme al tanto de los hechos...

—Dilo como corresponde: Mantenme al tanto de Rage.

Ella lo desafió con la mirada, abrió la puerta y la cerró con fuerza tras de sí.

Aiden se quedó frente al cristal. La vio marcharse. Observó cada uno de los movimientos y gestos de Pride con McGrath, y al cabo de unas horas, ahí, en esa exacta posición, presenció la llegada de Rage. Tomó asiento, y esperó... en unos minutos le haría compañía.

Eran cerca de las cuatro de la madrugada. Las secuelas del exceso de alcohol comenzaban a empujar a los visitantes fuera de *Redemption*.

—¡Rage!

Pride lo llamó desde la barra principal. Estaba junto a McGrath, y él no tenía ni la más mínima gana de cruzar palabra con él. Gruñó. Sabía que tenía que dar explicaciones por la cagada que había cometido, pero de ahí a simular amiguismo frente a un idiota, no.

—¡Rage! —insistió.

Joder, recalculó el GPS de su ánimo y se encaminó hasta ellos.

—¡Hasta que apareces, Rage! —McGrath estaba ahí con una función, fotografiar mentalmente los movimientos del club. Lo sucedido en el Compton Palace Hotel ya recorría como pólvora las calles—. ¿Dónde coños te habías metido?

—Los coños que frecuento no son de tu incumbencia.

Pride festejó el comentario. Chocó el vaso de whisky con el del fulano.

—¡Vamos, hombre! Confiesa, comparte.

—Si comparto algo contigo, no va a ser precisamente eso.

—Bueno, suficiente, McGrath. Hemos hecho una apuesta y todavía no llegas ni a una botella —dijo Pride señalando el mejor whisky escocés de la

casa—. Ten... —Rellenó el vaso—. Bebe, que ya regreso.

Horas bebiendo, y Pride se mostraba fresco como una lechuga recién lavada. McGrath estaba a dos medidas del primer vómito. Rage conocía la estrategia de su hermano. Dos botellas... una con whisky auténtico, y otra reducida en su mayoría por maldito té inglés.

Tomaron distancia con un par de zancadas. Con la música y el adormecimiento de los sentidos, el imbécil no oiría nada.

—La cagaste... la cagaste a lo grande, Rage.

—Dime algo que no sepa.

—No, tú dime algo que yo no sepa.

—Uno de ellos se meo encima...

La mueca de satisfacción no tardó en aparecer en los labios de Pride.

—Con eso me basta de momento. Lo demás, ya lo solucionaremos...

—Yo lo solucionaré, no te preocupes.

—No, nosotros hacemos las cagadas... —La utilización del plural siempre era una constante.

—Y nosotros las limpiamos —finalizaron al unísono. Pride miró a McGrath de reojo—. Tengo que ocuparme de él, no voy a detenerme hasta que escupa su maldito hígado.

Se alejó, llevándose gran parte del peso de la culpa de Rage consigo. Sí, había perdido el control. El factor niño lo había puesto en jaque. Ni hablar de la rubia tejana. Tenía que quitársela de los pantalones... Maldición, de la cabeza. ¡De la cabeza!

Le sorprendió no encontrar a Erin dentro de la oficina dispuesta a darle la bienvenida con un gran discurso desaprobatorio plagado de un entre líneas de preocupación.

—¿Desire?

—Tenía un pendiente que atender.

Rage se dejó caer en la cómoda silla tras el escritorio. Greed estaba ensamblando un nuevo micrófono para reponer el que su hermano había dejado librado a la suerte de las llamas. Ni siquiera levantó la mirada al oírlo entrar.

—Lo siento, no hice tiempo de recuperar tus juguetes.

—Eso no me importa, importa que el fuego haya hecho su labor de la manera correcta. —Hizo una pausa, pensó. Alzó la vista a Darren. Miró el estado de sus nudillos, inflamados y enrojecidos—. ¡Mierda, Rage! ¿Dime que utilizaste guantes?

Exhibió las manos como confirmación de lo contrario.

Greed barrió con el brazo todas las piezas que tenía sobre el escritorio.

—Tenemos a la fiscal encima, nos pisa los talones... y lo sabes.

La muerte de Daniel estaba caratulada como dudosa, un formalismo idiota que pretendía mantener las aguas calmas. Algo sin sentido. Había sido un asesinato con letras mayúsculas y, aunque la mayoría de las fuerzas policiales de la ciudad estaban decididas a pasar por alto ese pequeño detalle, la nueva fiscal no cedía. Indagaba. Tarde o temprano golpearía a las puertas de *Redemption*.

—Segundos, Aiden... segundos eran los que separaban a esa muchacha y al niño de la muerte. ¡No tuve tiempo para calzarme los putos guantes! ¿Ok?

Greed resopló, y Rage sintió el calor de su exhalación en el rostro.

—Ok... de todas maneras, aquí no hablamos del motivo, sino de las formas.

—¿Formas? ¿Lo dice la persona que acaba de limpiar el escritorio de un golpe?

Coincidieron en una pausa. Se desafiaron con miradas.

—Todos estamos susceptibles desde la muerte de Daniel —sentenció Greed como argumento—, por eso te otorgo el beneficio del descuido.

—Necesito más que eso —masculló Rage dejando escapar a sus pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—¡Amé cada puto golpe! Oír crujir sus cuellos me dio más placer que el coño de Dalila. Dime si eso no borda el límite de la perversión.

—Hemos visto el rostro de la perversión, Darren... —Debía hacerle recordar esa parte humana en él para que no creyera que la bestia lo gobernaba—. No importa cuánta sangre derrames, nunca podrás compararte. No lo olvides.

—Nuestros pecados pesan menos, ¿eso es lo que crees?

—En mi balanza personal, sí. La cagaste para salvar la vida de un niño. Para ellos el crío es solo un objeto de intercambio. Todos aquí hubiésemos hecho lo mismo que tú... Bueno, no todos, yo casi no muevo mi culo fuera de aquí, así que eso sería imposible.

Rage se mofó del comentario. Era verdad, Greed iba de *Redemption* a su apartamento, y viceversa. Su rutina era estricta, trataba de tener el menor roce posible con el resto de la humanidad.

—Hablando del crío... he pensado en llevárselo a Nessa. —Colocó las

piernas sobre la mesa. Se reclinó lo más que pudo. Intentaba relajarse para variar. Junto a Aiden lo conseguía. Tenían esa dinámica. Eran la aspirina perfecta para la jaqueca de traumas que a diario los acosaba.

Greed asintió. Era la movida lógica. Mejor lugar no iba a hallar el pequeño.

—Ahora, la pregunta del millón. ¿De dónde demonios salió?

¿Cuál era la ruta? ¿Quiénes estaban involucrados? A eso se refería, estaba claro ya que el comercio humano, sin Daniel de por medio, volvía a activarse.

—Los chinos, finalmente, han conseguido lo que buscaban.

Controlaban la región oeste desde hacía años, su avance al centro de la ciudad había sido frustrado por Daniel. Ahora tenían la vía libre. Los chinos elevaban la vara bien en lo alto. Todo se reducía a dinero. Drogas, tráfico de órganos, prostitución infantil... y la cereza del pastel, trata de personas como venta de mano esclava de trabajo.

—¿Bromeas?

—Porque lo haría. Finn estaba acompañado de uno de los esbirros de Huang Liu.

—¿Estás seguro?

—Sí, pude ver su tatuaje cuando le rompí el puto cuello.

—¡Mierda!

Pride los interrumpió, MacGrath se había rendido, dormía la mona sobre la barra de bebidas.

—¿Mierda, qué?

—¡Los putos chinos están metiendo las narices donde no deben! —Rage compartió la información con él.

Greed recorrió la base de datos mental de sus informantes. Requerían de alguien que les brindara datos funcionales. La mafia china era algo que hasta el momento se había mantenido fuera de radar.

—Irlandeses y chinos... soy yo, o eso me parece pésima combinación. —Pride trasladó en palabras el pensamiento de sus hermanos.

Las miradas hablaron por sí solas.

—Pride... —La bombilla mental de Greed se encendió—. Ve y habla con Mei y Suyin... tal vez recuerden algún dato relevante.

Mei y Suyin brindaban sus servicios en el club, habían huido de las garras de Huang Liu un par de años atrás. Daniel les abrió la puerta de Redemption y, junto a ellas, la sensación de sentirse protegidas. Una protección que trascendía los muros del lugar. La actual fraternidad que poseía el control de

las instalaciones mantenía el mismo pacto, haciendo que la correspondencia de las partes sea ecuánime. Si Mei y Suyin podían ayudar, lo harían sin dudar.

—Cuenta con ello.

Así como llegó, de manera intempestiva, se marchó en busca de las muchachas.

—Creo que el niño es la punta del ovillo —comentó Greed.

—Yo también.

—Desire se va a enfurecer cuando se entere.

—Pues, de ser así, dile que se ponga en la fila... —Rage todavía no había puesto a dormir a la fiera.

Greed se levantó para retomar la posición de minutos atrás frente a la pared de cristal de la oficina.

—Te voy a repetir lo mismo que ella le dijo a Pride... *Controla tus humores.*

—Demasiado tarde para ello... tengo en mi penthouse a un crío y a una rubia texana que me motivan a lo contrario.

—¿La muchacha está en tu apartamento? —La sorpresa fue notoria en la voz de Greed. No era común ese tipo de actitudes en Rage, en especial cuando de mujeres se hablaba.

—Sí, no tuve otra alternativa. —Abandonó la silla y en un par de zancadas estuvo junto a él.

—¿Qué parte de que la fiscal nos tiene entre ceja y ceja no entendiste, Darren?

Darren... jugaba esa carta en situaciones límites.

—¿Qué querías que hiciera? No podía arrojársela al fuego para eliminarla como al resto de la evidencia.

—No, tienes razón, en vez de eso... ¡la llevaste a tu maldito apartamento! ¿Le has dicho tu nombre? ¿O puesto al tanto de tu grupo sanguíneo? Digo, así la pobrecilla tiene más datos para confesarle a la policía.

—Estoy lidiando con el asunto, ¿sí? Yo me encargo de ella.

—Más te vale que lo hagas, no tengo deseos de tolerar a Desire cuando se entere. El concepto de que la «*cagaste a lo grande*» se acaba de reformular por completo.

—No irá a la policía.

—El problema no es solo ese, si ella no va a la policía, la policía irá a por ella. ¡Es la maldita empleada del hotelucho! ¿Crees que no van a ir en busca de su declaración?

Maldición, no lo había pensado. El niño era un asunto ya resuelto, inclusive desde antes de ser un problema. Ella, Cadence Hazel, era otro cantar. Lo enredaba con sus palabras, y él se perdía en sus curvas. ¡Idiota!

El silencio de Rage fue sospechoso para Greed. Se giró a él.

—Ni siquiera se te ocurrió pensar en ese detalle, ¿verdad?

—No —gruñó—. No estoy en condiciones de pensar en este momento.

—Pues para tu suerte, yo puedo pensar por ti.

—¿Y qué te dicen esos pensamientos? —La ayuda no estaba de más.

—Que necesitas descargar mucho más que tu ira, y necesitas hacerlo ya. —Se abstuvo de decir: *Antes de que la vuelvas a cagar*. El cuerpo de Dalila se dejó entrever entre los que se aferraban a la pista de baile con sus últimas fuerzas—. Alguien te busca —dijo con un gesto de cabeza señalando a la muchacha.

—No sé si follar es lo que necesito.

Intentó disimular la erección creciente entre sus piernas. Reaccionaba, pero no por Dalila, sino por la posibilidad de tener entre sus piernas a una rubia texana, con vaqueros y botas.

—Follar bien duro es justo lo que necesitas... Vete que tengo que pensar.

—¿Yo follo y tú piensas?

—Sí, y así equilibramos la balanza del universo.

Tal vez Aiden estaba en lo cierto. Demasiados sucesos le tensaban el cuerpo y le jugaban una mala pasada a su cabeza. Si quería recuperar el control, debía hallar un paliativo. Mientras tanto, Dalila podía serle de utilidad. Más tarde le confesaría sus pecados a la noche, se otorgaría una penitencia, y se absolvería para enfrentar un nuevo día en su miserable vida.

Perdóname, padre, porque he pecado...

CAPÍTULO 6

22 años antes...

Kirian no mejoraba y Darren empezaba a preocuparse. Ya no salía a jugar, se quedaba en la cama más tiempo y lloraba... lloraba mucho.

Ese día, no lo hallaba por ninguna parte. El orfanato no era tan grande, de modo que Darren se preocupó. Los habían hecho salir al patio central, hacía calor y se entretenían con una pelota y el único aro de básquet desvencijado que allí se encontraba. Los más pequeños siempre quedaban excluidos de esos juegos, los que superaban los diez años eran los mandamases del lugar.

Tras no encontrarlo en la enfermería, fue hasta el baño. Allí estaba Ronan, el más peligroso de los chicos del orfanato, con los brazos cruzados sobre el pecho y un gesto hosco en el rostro. Tenía la costumbre de acomodar las palmas bajo los sobacos, lo había visto en las pandillas y lo imitaba para hacerse valer. Tenía unos doce años, pero superaba en altura a la mayoría, y en fuerza, claro. Nadie se metía con él, o eso creía Darren.

—No se puede pasar... —le advirtió.

A él no le gustaba que lo trataran así, solía meterse en problemas por pelear con niños más grandes. Problemas que Kirian resolvía siempre con sus puños y su entereza, para luego reprenderlo por ser tan impulsivo. Sin embargo, hacía tiempo que los dos veían sus temperamentos algo menguados. Darren ya no podía contar con la fortaleza de Kirian, algo se la estaba arrebatando.

—Estoy buscando a mi hermano, ¿está allí?

—Lo mismo da —dijo Ronan, con un encogimiento de hombros—, porque no se puede pasar.

—Mira, no quiero problemas, ¿vale? Y tú tampoco los quieres... —A Ronan la actitud del pequeño le causó gracia. Lo hizo girar para darle una patada en el trasero, no merecía que gastara más energías en su flacucho cuerpo de seis años. La voz de Kirian lo detuvo.

—¿Es Darren?

—Kirian... —El niño se adentró en el baño, Ronan lo detuvo.

—¿Lo dejo pasar? —preguntó el matón.

—Sí... —La voz de Kirian sonaba gangosa, como si hubiera llorado.

Darren lo buscó por entre los cubículos hasta dar con él, Ronan regresó a la puerta a montar guardia.

—¿Ahora eres amigo de ese? —preguntó Darren. Se calló en cuanto vio que los ojos de su hermano estaban rojos de tanto llanto.

—Sí, no es malo, solo... solo lleva demasiado tiempo aquí. —Las lágrimas volvieron a arremeter en cuanto dijo aquello. La desesperanza lo abrumaba. No podía soportar la idea de llevar tantos años, como Ronan, en ese lugar.

—¿Te sientes mal de nuevo?, vamos a la enfermería...

—No... No. Darren —Los delgados brazos de Kirian se aferraron a él—, Darren, prométeme que contarás con Ronan. No le tengas miedo, él no es el malo. Hazle caso, hazle siempre caso...

—¿Qué sucede?

—No lo soporto más, perdón, Darren, pero no lo soporto más. ¿Me perdonarás?

—Tú siempre me perdonas cuando me meto en problemas. —Le pareció lógico perdonar a su hermano en compensación, incluso cuando no sabía por qué.

Kirian lloró un rato más, aferrado al cuello de su hermano y le arrancó la promesa de que siempre le haría caso a Ronan, en todo lo que él dijera. Al fin de cuentas, era el único sobreviviente de ese infierno.

La puerta del pabellón se abrió, el padre Peter se presentó y Kirian se escabulló una vez más. Besó a Darren en la frente y le dijo «Adiós, te quiero». El más joven de los Foley despertó, le tomó la mano a su hermano e intentó retenerlo. No sabía por qué, pero sentía que no debía dejarlo ir. El agarre se volvió berrinche, su llanto infantil llenó el lugar durante toda la noche, aun cuando Kirian no podía oírlo. Ya se había ido, una última vez, de la mano del sacerdote.

La mañana siguiente fue la primera vez en la que Darren entró al despacho del padre Peter. El hombre se veía conmovido y triste, según sus palabras, había perdido a uno de sus angelitos.

—Darren, pequeño, tu hermano... —El sacerdote se arrodilló junto al niño, las piernas de Darren colgaban del borde de la silla sin lograr tocar el suelo. Comprendía las expresiones de dolor, las había visto demasiadas veces en su corta vida: lástima. No era eso, algo más se vislumbraba en los ojos

marrones del padre.

Darren no quería escuchar, se cubrió las orejas. Sabía la verdad, había visto la ambulancia, a la policía y Kirian... Kirian no había regresado.

El sacerdote no sabía cómo explicar el suicidio, se debatía entre la verdad o la mentira piadosa.

—... Se ha caído del campanario... —Darren no supo cómo fue que entendió todo, las lágrimas, la tristeza, los supuestos dolores de panza. No se había caído, había saltado. La noche anterior su adiós fue definitivo, y el te quiero... esa declaración de amor fue la que lo había hecho romper en un berrinche, porque los hombres, según Kirian, no debían ser cursis y andar diciéndose esas cosas. Por eso lo sabía, en su limitado entendimiento de seis años todo cobraba sentido.

—Te perdono... —susurró al saber el motivo de la disculpa de su hermano.

—Darren, aquí siempre encontrarás consuelo. Si quieres hablar, o si solo necesitas un espacio para estar tranquilo. Toma. —El padre Peter tomó la lata y la abrió para ofrecerle sus famosos dulces. Darren llevaba mucho sin comer uno, ya en tiempos en que su madre vivía el dinero iba a la dosis de crack y no a los caramelos. Su manito se detuvo antes de tomar uno... Esos dulces habían enfermado a Kirian, eran los que le provocaban el dolor de panza, de modo que se negó. El sacerdote se mostró resignado, siguió hablando para ganarse la confianza de Darren, pero en la mente del niño se repetían las advertencias de su hermano más fuertes que las palabras del cura.

Se marchó a los minutos. En las sombras del corredor, Ronan lo esperaba.

—¿Qué quieres? —le preguntó Darren de mala manera. No quería que nadie lo molestara, aún le costaba asumir todas las noticias de ese día. Ni siquiera había llorado; las lágrimas pujaban con tanta fuerza que le ardían los ojos y la garganta estaba anudada por el esfuerzo de no gritar de tristeza e impotencia.

—Le prometí a tu hermano que te cuidaría...

—Y yo le prometí que te escucharía.

—Bien. —La mano de Ronan, grande y fuerte en comparación de la pequeña de Darren, apretó la de él sellando un pacto—. Entonces, escúchame. Escúchame bien. Nunca salgas del orfanato con el padre Peter; si lo intenta, si quiere sacarte de aquí, pelea. Una paliza es mejor.

—¿A ti te dan palizas?

—Sí, una vez a la semana. Las palizas no son nada... No salgas de aquí,

y... —La mirada de Ronan se endureció, en ese instante no pareció tan grande, tan valiente, tan invencible. A Darren le asustaba, ese día había perdido a su héroe, Kirian, y veía la vulnerabilidad del más fuerte del orfanato. Si ellos no podían contra lo que ahí se cocía, entonces, quién—. Y... suceda lo que suceda en ese despacho, no es tu culpa, Darren —dijo con voz trémula—. No hiciste nada para merecerlo. Pero recuerda, incluso ese despacho es mejor que lo que te espera afuera.

Darren había hecho una promesa, era por ello que, pese a no entender de qué hablaba Ronan, asintió. Le haría caso, por Kirian. Por él.

Actualidad...

Dalila se encontraba en la sala de juegos en esos momentos. Los clientes de la noche, en su mayoría, se habían marchado. Los que allí quedaban eran los perdedores, y esos no tenían para pagar sus servicios.

Vio entrar a Rage y sonrió. ¡Cómo la ponía ese hombre! Siempre le gustó el sexo duro, violento... por desgracia, solía venir de la mano de hombres de esa calaña. Aquellos vicios la habían puesto en el camino de su anterior novio, que la golpeó hasta dejarla internada; y luego, cuando ni trabajo tenía, terminó con un chulo de mismos vicios que su ex. Con apenas diecisiete años ya estaba metida en la prostitución y tenía más ingresos en el hospital que en la policía.

Pero, ¡Demonios!, el sexo era malditamente bueno.

Un concepto que Rage redefinió por completo. En una de esas palizas que la hicieron pasar por el quirófano, a la salida la esperaba Nessa. Había oído hablar de ella, las que creían en Dios decían que era el ángel de las putas, o Magdalena, la santa de las putas. Nessa era eso y mucho más; no solo sacaba de la calle a las chicas y las salvaba de sus proxenetas, también rescataba a los niños en quienes los servicios sociales ya no invertían recursos. Había sido puta, como ellas, en su juventud; se había enamorado de una novicia, quien la había guiado por el camino de la salvación, y había estado en la mesa de negociaciones de Daniel, el anterior jefe de la mafia irlandesa, para hablar en nombre de sus chicas. Eran algo así como una cooperativa de putas, sin chulos, sin pagar porcentajes, sin tantos riesgos más allá de los lógicos.

Y con Nessa llegó Rage. Entrar en *Redemption* era conocer a sus dueños: los cuatro pecados de Los Ángeles. Rage era de los suyos, lo destilaba en cada poro. Violencia apenas contenida.

Apareció en su apartamento una noche, el chulo no se lo esperaba: *Dalila, junta tus cosas, Nessa te espera* fueron sus palabras. El proxeneta pensó que podía enfrentarse a él, retener a su puta, y sacó un arma. La escena pertenecía a una de las más oscuras fantasías de Dalila, había mojado las bragas por el placer de verlo en acción. El chulo... el chulo también había mojado sus calzones.

Rage se volvió una obsesión desde entonces. Tenía que follarse con él, tenía que probar esa fuerza, esa dominación. Sí...

Despertar el goce de una puta no era algo fácil, llevaban demasiado tiempo fingiendo, follando por dinero; habían olvidado lo que era sentir a un hombre, deseosas. Y cuando lo hallaban, como ella en Rage, no lo querían soltar; era una jodida adicción, una tan peligrosa como la heroína. Casi todas las putas se perdían por un maldito hombre, por ese que les hacía creer que existían los distintos.

Solo que Dalila no tenía el suyo aún. Rage era esquivo, a la hora de follarse, a la hora de relacionarse. Sí, se acostaban, y ¡demonios!, sí, lo disfrutaba; pero era consciente de que no había traspasado ninguna barrera. La exclusividad de Rage no se debía a una preferencia, sino a un mutuo entendimiento. Ella sabía lo que él necesitaba y se lo daba; se ahorran el conocimiento, los pactos, los contratos y la confidencialidad.

Esa noche, Dalila se permitió cruzar una línea, pequeña, con la esperanza de acercarse a la fiera.

—Rage. —La sonrisa se amplió, no recibió retribución—. ¿Qué ocurre, cariño?, ¿una mala noche?

Preguntar por algo personal no solía ser parte de la relación. Sin embargo, Rage rara vez follaba dos veces en el mismo día. Casi parecía que despreciaba el acto en sí, y esa tarde había empezado con una sesión de sexo en el apartamento de Dalila.

—Sí, una jodida mala noche.

Bueno, al menos le había contestado.

—Deja que te consuele... —Alzó la mano para ponerla en el antebrazo tatuado de Rage, pero se detuvo a mitad de camino. Era ir demasiado lejos.

—¿Tu apartamento está desocupado? —Era a compartir, como casi todo en la vida de una prostituta: los apartamentos, los clientes, las ganancias... lo único que ella tenía para sí era Rage.

—No... —Hizo un mohín—. Carmín está en casa, ya sabes, la nueva... —Aludió a una muchacha de Albania, bella y exótica, menor de edad. Y como en

Redemption no se aceptaban menores, las demás debían acogerla. Carmín no era su verdadero nombre, estaba indocumentada y se negaba a revelar su identidad. Nada nuevo ni extraño en ese mundo.

Dalila albergó la esperanza de, por fin, obtener una invitación al penthouse de Rage; no fue así.

—Si estás libre, ven... —invitó, y ella no se negó. Nessa asintió desde lo lejos, le otorgaba su permiso. La mujer sabía los pormenores de lo que sucedía en la oficina vidriada, y entendía la necesidad de Rage de desahogarse; la hubiera eximido de sus responsabilidades incluso si la noche estuviera en auge.

Rage le alcanzó su chaqueta de cuero para que se cubriera y un casco. Dalila amaba subir a la Ducati del hombre, probar la velocidad y el peligro la ponía a mil; para cuando llegaran al hotel, ya estaría más que lista.

Se hospedaron en el Royal Inn. Un lugar de lujo medio, ni lo suficiente como para que con sus aspectos llamaran la atención, ni tan mala muerte como los que Dalila solía visitar en el pasado. Le gustaba, la habitación de siempre era la trescientos once, rara vez no la conseguían.

Nada de besos, nada de preliminares. Al atravesar la puerta, Rage comenzó a desvestirse; solía dejarse los tejanos. El roce duro de la tela vaquera contra su piel la enardecía. No podía tocarlo, lo tenía prohibido, salvo que él se lo pidiera.

—Desnúdate... —ordenó Rage. La voz sonaba ronca, siempre enojada. No era un asunto de pasión, sino ira. Dejar ir su ira en ella. Dalila acató, y se quitó las prendas con movimientos lentos y seguros.

No debía vacilar, ni mostrarse esquivia o inalcanzable. Eso disminuía la libido de Rage, y no era lo que buscaba. Una vez desnuda, se arrojó sobre el colchón, con las piernas abiertas, mostrándole cuánto lo deseaba. Se abrió los labios vaginales, y desparramó por ellos la humedad. Dejó la mano a un lado cuando la de Rage la reemplazó.

Los gemidos nacían en el fondo de su garganta y se aferraba a las sábanas hasta dejar los nudillos blancos; la fuerza de voluntad para contener la necesidad de tocarlo solía quebrarse de tanto en tanto; no debía permitirlo. Saber que el juego contaba con zonas prohibidas, con reglas y sus respectivos castigos si las rompía conseguía aumentar el morbo, y con ello, el placer. Tenía a Rage entre sus piernas, él la tocaba en los lugares exactos, le arrancaba oleadas de profundo goce sin permitirle la retribución. No aún. Tenía que aguantar, y así se lo dijo.

—No te corras, Dalila. —Se mordió los labios para no gritar de frustración. *¡Maldito!, ¿cómo quieres que lo consiga mientras haces eso sobre mi clítoris?* Pero eran las jodidas reglas y debía seguirlas si quería complacerlo, si quería seguir siendo su elegida.

Rage continuó hasta que la humedad se le escurría por los dedos, hasta que la vagina de Dalila estaba dilatada y lista para recibirlo sin resistencia, sin el más mínimo dolor. Sabía que su polla era grande, en un mundo rodeado de placeres oscuros, no escuchar las comparaciones femeninas era imposible. A él no podía importarle menos, no... su nombre era Ira, no Vanidad. El único jodido problema era el daño que podía provocar, el dolor en el acto sexual. Dalila era su preferida, ella no se molestaba por el dolor, lo disfrutaba, la excitaba, le recordaba a cada instante que lo que sucedía entre ellos era más que consensual, se trataba de la búsqueda mutua del placer. Lo opuesto a la violación.

El consenso se podía conseguir con engaños y manipulaciones.

¡Mierda, Rage, no pienses en este momento!

Podías conseguir un sí bajo coacción, pero no podías sacar gemidos de sincero goce, gritos de pasión y espasmos de legítimo orgasmo. No se le podía hacer trampas al deseo.

Y Dalila lo deseaba. Olía a ello. Sabía a ello. Se llevó los dedos lubricados con el placer de la mujer a la boca y sintió la satisfacción recorrerle la espina dorsal. Estaba duro, su jodido pene no había descansado un ápice desde la muerte de Finn; sin embargo, en esos momentos no latía por el odio, ni por la mujer que tenía enfrente. No... el muy maldito se erguía y palpitaba de incontenible deseo por una muchacha rubia, impulsiva y con botas texanas. Una muchacha que lo esperaba en su apartamento, con un niño; una jodida rubia inocente que albergaba la esperanza de que hubiera buena gente en el maldito mundo, y peor aún, que él fuera uno de ellos.

Vlteó a Dalila de un solo movimiento brusco. El cuerpo de ella cayó y la cama crujió junto al eco de sus gemidos. Debía tomarla por detrás, nada de miradas en comunión, de labios unidos, de alientos que se tocan. Nada de conexión emocional; el sexo era una maldita necesidad fisiológica. Placentera, sí, pero no más que eso para él. Si no follaba, si no sacaba eso de su interior, la ira lo usaría para alimentarse y crecer, hasta volver a hacerse un monstruo que dominaba a Rage y no a la inversa.

Le abrió los glúteos y hundió el rostro entre ellos, para saborear su esencia, para embriagarse de ella, para arrancar más gemidos. No se quitó los

tejanos, apenas los bajó para desnudar su pene y enfundarlo en un condón. No tenía problemas con su desnudez —no como Greed, al menos, quien usaba los tatuajes como una vestimenta constante, para no observarse a sí mismo, siquiera cuando se bañaba— solo que, para él, la misma era un símbolo de confianza y vulnerabilidad, algo que no compartía con Dalila.

Pero sí con Cadence.

¡Mierda!

Sí, a ella le había permitido verlo y no sintió la necesidad de cubrirse de inmediato; no, se había preocupado porque ella no malinterpretara esa erección, que no le temiera más de lo que ya hacía. *¡Qué demonios!*

Acomodó la punta del pene en la entrada de Dalila y la penetró con una honda estocada. Ella gritó, él gruñó; gruñó por pensar en Cadence, por perderse en ella, por imaginarla solo con sus botas texanas, susurrando su nombre mientras la tomaba.

Los dedos se enredaron en la melena morena de Dalila, tiraron de ellos hasta conseguir la postura que buscaba.

—Aún no... —tuvo que advertir al notar que el dolor la empujaba al límite—. Aún no, Dalila.

—Por favor... —La súplica salió de sus labios sin pensar, se granjeó una palmada en las nalgas. No podía pedir, no podía rogar, no debía hablar. Solo lo tenía permitido si deseaba terminar el acto. Volvió a morder sus labios para contenerse, temía fallarle, estaba al límite. Rage la embestía con violencia y a gran velocidad. La cama golpeaba rítmicamente contra la pared, sabía que le quedarían las nalgas amoratadas por los impactos y rojas por el roce de los tejanos. Los dedos de Rage dejarían su impronta en la cadera, por la fuerza de su agarre y ella, toda ella, olería al placer de ese hombre, como una hembra marcada por su macho.

Rage dejó de luchar con sus demonios esa noche, de nada valía, estaban allí, en su mente, como uno de los tatuajes en su piel. Cadence. De nada servía, solo conseguiría tirar a la basura la sesión de sexo con Dalila y regresar a su apartamento tan perturbado como se había marchado. Cerró los ojos, se olvidó de todo, y la sensación de que era Cadence quien yacía con él lo dominó. Pudo perderse en su fantasía, pudo dejarse llevar.

—Ahora... —La orden fue acompañada del estímulo de sus dedos en la entrada de su cuerpo, castigaba ese clítoris inflamado y palpitante hasta arrancar de él todo el placer de Dalila. La humedad lo empapaba por completo, lo hacía deslizarse sin control en el canal dilatado de la prostituta y

perderse allí. Ella gritó, él le pellizcó los pezones para acompañar el placer con el dolor que tanto le gustaba, y cuando los espasmos remitieron, se permitió el desahogo.

Un letal orgasmo que llenó el condón; sus labios se cerraron, sus dientes se apretaron, y su boca contuvo el nombre que escapaba de ella: Cadence.

CAPÍTULO 7

El destino era cruel, y también irónico por naturaleza. Se había librado del doble turno en Compton Palace al huir de un múltiple asesinato seguido de incendio, y, sin embargo, ahí estaba, realizando las mismas labores. Limpieza de vómitos, aseo general, con el extra de lavado de prendas de vestir. La tecnología hogareña del apartamento de Rage le facilitó la tarea.

Metió a Dashi en la tina, el baño de espuma conformado a base de jabón líquido masculino pareció agradarle. Tenía la piel seca en exceso, señal de falta de hidratación en todos los aspectos. Jugó con él en el agua, no era una experta en niños, pero la experiencia adquirida en los baños con su perro Luke le fue suficiente e hizo del momento un instante placentero para el pequeño.

Le arremolinó el cabello, colocó espuma en la coronilla y extendió el arte hasta la mandíbula para improvisarle una barba.

—¡Mírate, Dashi... eres igualito a Rage! —Cadence frunció el ceño a modo de broma.

Dashi se incorporó para verse en el espejo que coronaba al lavabo. Hizo fuerza con sus brazos imitando a los fisicoculturistas que competían. Gruñó, aunque el gruñido no fue tal para ella, no había potencia en la voz del niño. Cadence rio, le hubiese gustado que Dashi hiciera lo mismo. No, era demasiado pronto para entregarse a la esperanza luego de las atrocidades vividas.

¡Dios, no quería ni pensarlo! Pensarlo te quitaba las ganas de vivir. ¿Cómo podía existir tanta macabra maldad en el mundo? Sí, veía noticieros en la tv: drogas, prostitución, muertes. Nada más que eso, algo tan común como eso. Tragó saliva al comprender que eran los propios medios televisivos, con su necesidad de amarillismo barato, los que le arrebatan la posibilidad de empatía a los televidentes exponiendo los hechos como quien presenta una receta de pollo rostizado. Debía de reconocer que, de no ser por lo ocurrido, su vida continuaría igual. Ajena a las otras realidades, aquellas que consideraban como mercancía a los Dashi's, y reclamaban la presencia de Rage's para hacer algo al respecto. Mientras la balanza del bien y del mal se tambaleaba, ¿qué hacía Cadence Hazel? Amanecía en la casa tráiler, despotricaba por el olor a orín, dormía durante el día y trabajaba en un

hotelucho de mala muerte...

¡Maldición! ¡El hotel! ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Pequeño, vamos a salir de la tina ¿sí? —Hizo contacto visual con él y habló con pausa—. Voy a enjuagarte. —Exhibió el recipiente plástico que había elegido de la cocina para tal función. Lo llenó de agua—. Cierra los ojos...

Dashi no lo hizo. Por falta de entendimiento o por rebeldía, podía notarse que estaba disfrutando del baño.

—Cierra los ojos —repitió cubriéndose los suyos con la mano libre de recipiente. Él la imitó.

Una catarata de agua tibia le cubrió la cabeza. El pequeño se sacudió, empapando a Cadence. Ella se quebró en carcajadas.

—Oh, no... ¡ya verás! —Fue una dulce reprimenda.

Cargó más agua y repitió el proceso. En esa oportunidad, Dashi fue benévolo, dejó que los restos de enjuague se escurrieran por su rostro. Cadence lo observó, parecía que en sus labios había un atisbo de sonrisa. Solo un atisbo. Le echó el cabello húmedo hacia atrás. Necesitaba un recorte de mechones, un poco de sol, alimentación... cariño. Necesitaba todo, en especial, requería de seguridad y ausencia de temor. El corazón se le hizo trizas al pensar lo que le podrían haber hecho a ese cuerpecito. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tuvo que girar el rostro para que él no la viera llorar.

Esos bastardos malnacidos se merecían cada golpe recibido. Es más, si ella pudiese volver el tiempo atrás, le pediría a Rage que los dejara con vida solo para que sufrieran una dolorosa y lenta muerte ardiendo en las putas llamas.

Destapó la tina para desagotarla, fue a por una toalla, se secó las lágrimas, y regresó junto a Dashi. Estaba sentadito, a la espera.

—¡O el baño te ha sentado de maravillas, o eres simplemente guapo! —Se acercó a su oreja y le susurró sin importar que no le entendiera ni un tercio—. Eres guapo, tanto o más que Rage. —Esa clase de mentirillas valían la pena, se dijo, reconocía que el maldito sicario era endemoniadamente guapo—. Tú sécate que yo voy por algo de ropa.

No contaban con muchas alternativas. Estaban encerrados, y un cambio de vestimenta se estaba convirtiendo en una necesidad clamada por la piel. Cadence comenzaba a sentir el olor a esos malvivientes en su camiseta de trabajo. Sí, olían a miseria, a perversión, a todo lo que está dañado en el mundo. Era increíble, pero nunca antes se le hubiese ocurrido pensar que eso

destilaría una fragancia. Lo hacía.

El vestidor de Rage era infernal. Esa clase de infiernos en donde una recibiría la condena sin chistar. ¡Ni que fuese mujer! ¡Maldito desgraciado! Su cama cabría en ese lugar. Dashi y ella podrían vivir allí con total comodidad. Además, era un despropósito. Los estantes y percheros contaban casi con la misma ropa. Camisetas básicas, en blanco, negro y algún que otro tono de gris. Un par de camisas de primera marca en las similares tonalidades. Ropa deportiva de calidad. Tejanos en todas sus variantes. Y una... dos, tres... siete camperas de cuero. ¿Acaso utilizaba una para cada día? Todo su vestuario ocuparía tan solo uno de los estantes de los de Rage. Se tropezó con la hilera de botas y tenis. Maldijo. Se había quitado las suyas y su dedo pequeño recibió el golpe. Revisó los cajones, halló ropa interior, en especial un bóxer de tela elástica. Mmmm... podría sentarle perfecto. Ella también requería de una ducha.

En fin, si continuaba haciendo una excursión en el vestidor de Rage, perdería toda una semana. Intentó ser expeditiva, eligió una camiseta larga negra para ella y tomó otra que parecía más pequeña y estaba plagada de agujeros y rasguños a la altura del vientre. ¿Para qué la conservaba? Elaboró suposiciones. La camiseta había sido la víctima colateral de algún trabajito. Estaba claro que no desechaba las ropas que utilizaba en sus fechorías. La prueba estaba en la lavadora. Cadence había fregado con quita manchas la sangre, y, aun así, dudaba que saliera del todo. Apartó los pensamientos de su cabeza, en breve, se lo imaginaria matando a golpes a otro individuo mientras este le encestaba cortes en el vientre.

—¡Ya estoy contigo, Dashi! —gritó de camino al baño para que el niño no se sintiera olvidado. Cuando llegó a destino, no estaba. Intentó no desesperarse como horas atrás. Agilizó los pasos. Lo encontró en el sofá del living, frente a la TV, envuelto en la toalla. Estaba haciendo uso y abuso de su edad, con el control remoto en mano, seleccionando *cartoons*.

—Tú haz lo que se te dé la gana, yo me encargo de lo demás...

Se rio de sí misma. Enloquecería de tanto hablar sola. Buscó en los cajones de la cocina unas tijeras. Las encontró. Extendió la camiseta sobre la mesa central, y cortó la tela. ¡Adiós agujeros y rasgaduras! ¡Hola ropa apta para niños!

Regresó junto a Dashi.

—Levanta los brazos —le indicó demostrando la acción: alzó los suyos. Cuando los delgados brazos estuvieron en lo alto, le calzó la camiseta e hizo a

un lado la toalla. Lo evaluó—. ¡Perfecto! Ahora es mi turno, quédate aquí... luego, prepararé algo para comer. Algo que no sea arroz crudo y cereales. — La cabeza de Dashi se movió hacia la derecha—. Necesitas proteínas, ya veré que cofre del tesoro nos depara el refrigerador... —El niño no le prestaba atención. Cadence se giró. Para Dashi, el *cartoon* de *jóvenes titanes* era más interesante que lo que ella intentaba decirle, y encima, le entorpecía la visión —. Ok...

El efecto Rage fue inmediato, un segundo con su camiseta, y las palabras de Cadence perdían peso, de la misma manera que las perdían ante el sicario.

Se dio el permiso de despreocuparse. El pequeño estaba a salvo. Ella también. Lo que era mejor, estaba a pasos de quitarse los rastros de suciedad de la noche vivida. Dejó correr el agua caliente de la ducha para gozar del vapor. El calentador de la casa tráiler funcionaba para el demonio, la mayoría de las veces se bañaba con agua fría, y lo odiaba.

Aprovechó el tiempo de espera, pretendía hacer de ese baño un Londres victoriano gótico. Bajó la tapa del retrete, tomó su móvil que se encontraba anclado en el bolsillo trasero, y se sentó. Una vez localizado el contacto de Loren, seleccionó la opción de llamada.

—¡Maldita idiota! —Loren rugió al otro lado de la línea. Cadence tuvo que alejar el aparatito de la oreja—. ¿Dónde rayos te has metido? No, no... mejor dicho, ¿en qué mierda te has metido? ¡Putra madre, Cadence! —No le daba ni un minuto de tregua—. ¿Cadence? ¡¿Cadence?! —La pausa repentina fue notoria—. Escúchame, malnacido... no sé quién eres, ni lo que quieres, pero date por seguro que, si le haces daño a mi amiga, te buscaré, te encontraré...

—Ya cállate, deja de imitar a Liam Neeson —dijo estallando en una carcajada.

—¡Maldición, Cadence, casi me matas de un infarto! No es gracioso, lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que lo sé. —Intentaba mirar todo con un cristal diferente, fingir que lo que la había llevado a ese lujoso penthouse era una aventura de una noche y no un recurso forzado de supervivencia—. ¿Estás en el hotel?

—Sí, y Mark está que trina. ¿Tú dónde estás? ¿Estás bien? —Cambió el tono de su voz, de preocupante demanda pasó a situación confidencial—. ¿Qué ha ocurrido anoche? Parece que estoy en un puto episodio de *CSI*, todavía estoy esperando que *Chris O'donnell* venga a interrogarme.

—¿La policía está allí?

—Sí.

—¿Ya hablaste con ellos?

—No, creo que mi turno viene después de Mark. Han preguntado por ti... pensamos lo peor.

—¿Pensamos? ¿Mark se preocupa por mí?

—No, tú estás loca... —La única manera de convertirse en un punto de interés para el hombre era por el intercambio de servicios, que en el idioma que él profesaba se traducía a: levántate la falda y bájate las bragas. Loren obtuvo provecho de ello—. Me refiero a Pepper y Candy. A ellas también les tomaron declaración, pero como no cubrieron el turno noche, no sirvió de mucho.

—¿Puedes hacerme un favor, Loren?

—Depende del tipo de favor, ya sabes que tengo mis límites morales... Dime.

—Necesito que le mientas a la policía por mí. —El silencio repentino inquietó a Cadence—. ¿Loren? ¿Loren, sigues ahí? —Mierda, sabía que le estaba pidiendo demasiado.

—¡Cierra tu boca, idiota! —Loren gritó sobre el auricular—. Hago lo que me plazca, sí... y no me provoques, que tengo a medio departamento policial de Los Ángeles a mis espaldas. —Resopló con fastidio y retomó la conversación—. Lo siento, un estúpido casi me atropella con su carro... una no puede salir a fumarse un cigarro en paz a la calle.

—Oíste lo que te dije antes, Loren.

—Sí, sí... mentirle a la policía. No será ni la primera ni la última vez. Te escucho.

La historia era simple. Ella, Cadence... sintió un malestar repentino —una severa intoxicación estomacal—. Ante la ausencia de personal, y acostumbrada a la movida nocturna del hotel —casi nula, salvo por las prostitutas que tenían acceso directo a las habitaciones—, sin pedir permiso alguno, se marchó para ir a descansar a su hogar. Ahí, Loren, manifestaría que ella también había hecho lo mismo un sinnúmero de veces y dejaría entrever que lo hacía por consentimiento del jefe, que se cobraba los extraños beneficios en la habitación de enseres.

Existía la posibilidad de que fuesen a su casa y no la encontraran. Inventaría un motivo cuando fuese necesario. Si llegaban a consultar con sus vecinos sobre el movimiento, no tendrían más alternativa que valerse de la información que *Little Tim* podría darles, y los pensamientos sin sentido y las

oraciones entrecortadas bastaban para hacer desistir a cualquiera.

Finalizó la comunicación con una despedida plagada de promesas que tal vez no cumpliría. Se desnudó, metió en la ducha, y dejó que el agua barriera la mugre y le acomodara los pensamientos. Cuando Rage regresara, debería de tomar una decisión, y para tomar esa decisión era imprescindible quitarlo de su mente con la nueva idea de justicia que se estaba gestando en ella. No era cuestión de héroes y villanos, eso quedaba relegado a los cuentos infantiles, en la realidad, la dicotomía era otra... villanos con afán de justicia por mano propia contra villanos que despreciaban todo menos sus vidas.

—¿Qué demonios?!

Rage no pudo contenerse, la imagen que tenía ante sí no pertenecía a su vida. Un pequeño en el sofá frente a la tv, y una rubia de piernas delgadas disfrazada de él. No existía más comparación que esa. Lucía una de sus camisetas deportivas anudada en un extremo, y debajo de ella podía notarse un pantaloncillo. La tela de ese pantaloncillo solía estar en contacto directo con sus pelotas, imaginarse lo que rozaba en ese momento le elevaba muy en lo alto la temperatura corporal, que, por cierto, se esforzaba en regular. Al diablo los impulsos liberados y saciados contra el cuerpo de Dalila. ¡Maldita Texana!

Se había marchado dejando un niño famélico y asustado, y a una muchacha sin sesos que en lo único que pensaba era en huir. ¿Qué demonios había sucedido? Aparentaban más comodidad de la esperada. Ni hablar de la tranquilidad que expresaban. ¡Si hasta parecían invitados!

—Espero que no te moleste que hayamos utilizado tus instalaciones sanitarias...

Instalaciones sanitarias, ¿en serio? Estaba pensando sus palabras, eligiéndolas. ¿Qué pretendía?

Le siguió el juego.

—No me molesta en lo absoluto, y de molestarme, ya no tendría sentido.

Arrojó la tarjeta llave sobre la barra del desayuno, los ojos de Cadence danzaron de un lado al otro con disimulo, se encontraba junto a la mesa central lavando los trastos sucios pertenecientes a lo que aparentaba ser un improvisado *brunch*: huevos revueltos, tocino, frutas cortadas y *pancakes*.

—¿Pretendes que el niño vuelva a vomitar? —Demasiada comida para un estómago que se había olvidado de lo que significaba comer.

—Intenté que me indicara lo que era de su predilección... —Así fue, ella

le brindó las opciones para que eligiera—, resultó que todas lo eran.

¡Por supuesto que todas lo serían, dulce e inocente Cadence!

No podía culparla por haber gozado de una infancia sin necesidades y con afecto. Porque era evidente ante los ojos de un hombre como Rage que así fue. Cadence Hazel fue amada, consentida, fue tratada como todo niño debería de ser tratado. Existía una abismal diferencia entre ellos y, aun así, eran movidos por un mismo deseo: proteger al niño.

Era bella, tenía esa clase de belleza que empujaba a un segundo plano a la perfección de su cuerpo. La belleza de su ser se traslucía en el brillo verdoso de su mirada. Lo mejor sería huir de esos ojos, eran armas letales.

Desvió la atención a otro punto cardinal del penthouse, el contrario al que Cadence se hallaba. No debió de hacerlo...

—¿Qué demonios? —vociferó de nuevo encaminado al balcón. Las bragas de Cadence, junto al resto de su ropa y la de Dashi, estaban colgadas en una soga que Rage ni siquiera sabía que existía—. ¿Qué significa eso, mujer?

—Significa lo que significa, ropa secándose al sol. Por si no te diste cuenta... no contamos con otra muda.

El detrás de escena de su estúpido accionar empezaba a cobrar protagonismo. Era tarde para arrepentimientos, la había subido a la furgoneta, la había llevado a su apartamento y, por lo visto, también a su vestidor.

—¡Lo sé... pero cuentas con una maldita secadora en el cuarto de lavado! —gritó. La frustración lo dominó junto a esa parte de su temperamento tan característico en él. Al segundo se arrepintió.

Tarde.

Dashi dejó caer el plato de pancakes sobre el tapete que rodeaba al sofá para correr a los brazos de Cadence. Ella lo refugió tras su espalda.

—Lo siento, siento no haber caído en cuenta de la condenada secadora... ¡Mi culpa! —Si él iba a gritar, ella también. De desearla muerta, lo estaría. Eso ya estaba fuera de análisis. Debía tomar las cartas que Rage le entregaba y tratar de ganar la partida—. Tal vez fue por los nervios, por los nervios de estar a la merced de un maldito desconocido que... —Se detuvo solo para cubrirle las orejas a Dashi. Continuó con un tono más moderado, sentía al niño temblar—... que asesinó a dos hombres con sus manos, y que, después, a fuerza de amables amenazas, me hizo subir a su furgoneta para encerrarme en un penthouse que, dadas mis actuales condiciones de vivienda, es comparable a un puto laberinto—. Exageraba, claro que sí. Solo sobre lo último. Lo demás era noticia caducada.

Rage se rascó con fuerza la cabeza, casi que rasguñó el cuero cabelludo. Tiró de su barba una, dos, tres veces. Exhaló. La otra alternativa era golpear la pared. No conveniente con un niño tembloroso a pasos de él. Fue hasta el sofá, levantó el plato y los restos de pancakes. Caminó hasta ellos, y tomó asiento en una de las butacas de la barra.

Cadence y Dashi siguieron cada uno de sus movimientos. Las expresiones los delataban. Ella luchaba con un cuerpo que quería sumarse al temor del pequeño.

Rage observó de soslayo la camiseta que lucía el niño. Rio, de lo contrario, escupiría más insultos.

—Te sienta bien, pequeño. —Los malhumores, consecuencia de sus decisiones, al igual que su ira, remitían.

—Le tuve que hacer unos arreglos para que no la arrastrara por el suelo. —Motivó a Dashi a que saliera de su débil escondite.

—Ya lo veo...

—Estaba agujereada y rasgada, supuse que podría utilizarla.

Supones... de seguro supones a diario, muchacha country, ese debe ser el mayor de tus males.

—Supusiste mal, no estaba rasgada, es una camiseta de diseñador.

—Oh... —Las mejillas de Cadence ardieron, y de inmediato, volvió a ubicar al niño detrás de ella—. No te hacía hombre de ropa de diseñador.

—No soy todo lo que aparento, Cadence.

Rage deseaba poder filtrarse en su cabecita, colarse en sus pensamientos, con la única intención de espiar la imagen que ella conformó de él. Y mientras le daba rienda suelta a ese deseo, se preguntaba: *¿Por qué mierda le importaba lo que ella pensara de él?*

—¿Vas a enfadarte de nuevo?

Por eso le importaba. No era un monstruo, no era un demonio, aunque tuviera que demostrar serlo para batallar contra los verdaderos. El nombre de la ciudad era una broma cruel del universo... ahí no existían los ángeles, solo había lugar para sus condenados antagonistas.

—No, Cadence, es solo una camiseta... —Optó por hablarle a Dashi, era mejor—. ¿Te han gustado los pancakes, pequeño? ¿La muchacha country sabe lo que hace?

—La *muchacha country* ha dejado pancakes tibios en el horno microondas para el señor Rage... y sí, la *muchacha country* sabe lo que hace. —Trabajar como camarera durante años le obsequió la destreza necesaria.

—Gracias, no tengo apetito...

Mierda, rubia... compórtate como cualquier otra muchacha se comportaría y no me prepares el puto desayuno.

La cagó a lo grande con ella, y lo seguiría haciendo. Lo acababa de confirmar.

Los ojos de Cadence se desviaron a la llave tarjeta. Continuaba descalza, y vestía como una desquiciada mental con ropa siete talles más grandes, debía replantearse la huida o, en su defecto, esperar.

—Regresa al sofá... —le murmuró a Dashi al tiempo que le señalaba lo sugerido. Existía una conversación pendiente entre Rage y ella.

—¿Vas a tomar la llave y huir? —se burló él.

—No... no soy tan imbécil. —Lo era, intentaba disimularlo.

—Me alegra saberlo, ¿qué decisión has tomado?

—Quiero marcharme...

Si ella se ponía la sogá al cuello, él no podría evitarlo, lo único que podía hacer era medir las consecuencias.

—Y quiero llevarme a Dashi conmigo.

—Eso no sucederá, ya te lo he dicho, el pequeño tendrá un hogar, pero no contigo.

—Lo sé, entonces me quedaré... me quedaré hasta asegurarme que así sea.

El ultimátum lo asombró. La oriunda de Texas era una caja de sorpresas.

—¿Desde cuando eres una asistente social?

Los labios se le torcieron en una mueca, y él lo disfrutó. Acto seguido, la mano de Cadence capturó la tarjeta llave, y Rage, más veloz que ella, la aprisionó con la suya.

—¿A dónde crees que vas?

—A mi casa, ¿dónde más?

—Acabas de decir que te quedarás hasta que Dashi esté seguro.

¡Maldita embustera! Rage se sintió engañado por primera vez en mucho tiempo.

—Sí, pero necesito ir por un par de cosas... ¡No puedo andar por la vida vestida así!

Por mí, sí... Es más, me opongo a lo contrario.

Una batalla, que nada tenía que ver con aquellas que ocurrían bajo las reglas de la mafia, daba inicio entre ellos. Hicieron lo que no debieron. Las miradas se confabularon en un encuentro, el acuoso océano de los ojos de Darren se entremezcló con el verde de las cristalinas lagunas de los de

Cadence. Estaban hechos de la misma sustancia, se correspondían en su elemento, y la atracción, tarde o temprano, sería inevitable. Por una milésima de segundo, las manos se acariciaron simulando un roce de desacuerdo.

—Yo iré a por lo que necesitas.

—No se trata solo de lo que yo necesito, Rage...

El nombre en sus labios perdía toda su esencia, y a él, por otra milésima de segundo, le agradó.

—¿Y de qué se trata?

—Se trata de Rupert, Fred y Eric. —El ceño fruncido de Rage la invitó a extenderse en lo dicho—. ¡Los gatos que están bajo mi cuidado!

¡Mierda, los gatos! Ahora lo recordaba.

—No puedo dejarlos librados a su suerte...

—No lo harás —la interrumpió—, me encargaré de ellos.

Fue el tono que utilizó, cotidiano para él, amenazante para Cadence.

—¡Por Dios, pobrecillos! —dijo llevándose las manos al pecho—. ¡No te atrevas!

—Ya calla, mujer... vas a darme jaqueca.

Rage volvió a apoderarse de la tarjeta, y abandonó la butaca en dirección a la salida.

—¿Qué piensas hacer?

—Espera y lo verás...

—No, espera tú. ¿Cómo sabes en dónde vivo?

El golpe de la puerta al cerrarse fue lo que obtuvo como respuesta.

Cadence le provocaba demasiadas sensaciones. Indescriptibles. Innumerables. Cadence le provocaba jaquecas. Punto. No estaba en posición de analizarlas. O sí, pero no le era conveniente. Nada vinculado con ella lo era.

Así como el agua lavaba los restos de sangre derramada de su piel, el viento se llevaba consigo los pensamientos. Unos con nombre de mujer. Montado a su Ducati, aprovechándose de la velocidad máxima que la carretera autorizaba, atravesó la ciudad hasta el sureste de Compton. La región, en la que el complejo de viviendas tráiler se encontraba, se ubicaba detrás del *Woodley Airport*. A esas horas de día el arribo y despegue de unidades aéreas desgarraba la calma hasta empujarte a la locura. Se detuvo para observar la zona. No solía frecuentarla.

—Joder, muchacha... ¿Cómo coños llegaste de Texas a aquí?

Malas decisiones, pensó. En eso nos parecemos, rubia.

El resto de los alrededores no era para nada agradables, esa clase de barrios que la gente común y corriente se abstiene de recorrer en pos de la seguridad. Una vez que la posibilidad de ser captado por las cámaras de los controladores viales fue un recuerdo, el motor de su motocicleta rugió al límite. Bifurcó el camino cuando una protesta frente al museo aeronáutico le impidió el paso. Retomó en el boulevard paralelo y, al cabo de unos cuantos kilómetros, volvió a detenerse al comprobar que estaba dando vueltas en círculo.

Redirigió la Ducati, se acercó hasta un grupo de jóvenes que bebían cerveza y jugaban baloncesto en una de las esquinas. La actividad deportiva no era lo que primaba en la reunión, era una vulgar tapadera para el intercambio de droga de la peor calidad.

—Busco el *St. Lauren Tráiler Park*... ¿podrían brindarme algo de información?

Eran cinco en total, una combinación estándar de etnias, con edades que no superaban los veinte años. Alguien como Rage desayunaba esa clase de muchachos; de todas maneras, la ley de la calle demandaba que ellos ostentaran su poder. Rodearon la motocicleta. La evaluaron. Lo evaluaron. Él se quitó el casco, e hizo lo mismo con ellos.

—*St. Lauren Tráiler Park*... —repitió.

—No se ven de estas por aquí —dijo el que se colocó delante de la motocicleta. Intentaba hablar con tono intimidante.

Las manos de Rage hicieron presión en los manillares, los nudillos se tornaron blancos y los tatuajes en sus dedos se hincharon. La acción fue percibida de inmediato.

—Tampoco se ven de esos por aquí... —agregó señalando los tatuajes.
Dolor y odio.

—¿Quieres probarlos? —La mirada fría y directa de Rage se proyectó en los ojos del muchacho.

—¿Te refieres a la motocicleta? —dio un paso hacia atrás.

—A ambos...

Un gesto, y el resto de la manada delictiva se abrió hacia los laterales.

—Cinco calles, y luego a la izquierda, continua hasta que lo veas... es imposible no hacerlo.

Estaba en lo cierto, era imposible no distinguir al *Tráiler Park*.

¿Acaso te olvidas de los viejos tiempos, Darren Foley?

Rio para sí. No porque desmereciera a las personas que vivían allí, sino porque el lugar lucía como la antítesis edilicia de lo que había imaginado. Imaginaba y erraba por completo, y eso lo reconfortaba. El hecho de saber que Cadence podía ser más de lo que aparentaba —una muchacha frágil, inocente y afable—, le permitía creer que ella podría presuponer lo mismo sobre él.

¿Qué no eres qué, Rage? Un maldito matón de la mafia. Un sicario no movido por el dinero sino por la venganza. Un hombre incapaz de vincularse con alguien, ya sea desde lo íntimo como en lo sentimental.

No, era preferible que vea la superficie. Sí, solo eso. Nada más. Sin abrir puertas, sin abrir ventanas. Sin...

¡Mierda!

Para un transeúnte distraído, el detalle de la cerradura forzada podía pasar desapercibido. Abrió la puerta mosquitera, y empujó con suavidad la otra. Si los intrusos continuaban dentro, no quería espantarlos; al contrario, quería molerlos a golpes.

—No te preocupes... ¡están solo los malditos gatos! —Una voz lo sorprendió por detrás.

—¿Qué has dicho? —Rage se giró, apenas le había prestado atención. Lo observó de pies a cabeza. Un adicto obeso y sudoroso, con camiseta sin mangas de los Lakers, tejanos y tenis. Fumaba un cigarro de marihuana. Los marihuaneros, al igual que los borrachos y los niños, siempre dicen la verdad. Mejor testigo no podía tener.

—Que están solo los gatos... se los dije también a los hombres que vinieron a la madrugada, pero no me hicieron caso.

—¿Qué hombres?

—Hombres... —dijo pitando el cigarro.

—¿Puedes darme alguna puta descripción? —Rage estaba a segundos de perder la paciencia. Como los niños, se recordó, preguntas claras.

—¿Asiáticos?

—Estás adivinando o me lo estás confirmando.

Volvió a pitar el cigarro, se mantuvo un par de segundos en silencio, y luego afirmó con su cabeza.

—Asiáticos, sí... eran todos unos malditos Bruce Lee.

Horas, en horas ya habían descubierto su identidad. Era la única testigo que podría exponer a los culpables. La querrían viva, y luego muerta. No, muerta no. Rubia y bella como era, la enviarían al otro lado del mundo para convertirla en una esclava sexual de un antro clandestino.

Rage ingresó a la vivienda, seguido de su nuevo informante.

—Wow... —dijo al ver que el interior de la casa parecía haber sido azotada por un tornado—. ¡Te dije, malditos Bruce Lee! Cadence va a maldecir mucho, mucho, mucho...

—¿Conoces a Cadence? —preguntó mientras intentaba reacomodar el diminuto lugar. Levantó cojines, libros, fotografías artísticas...

—¡Quién no la conoce! Es una buena chica... no pertenece a este lugar.

—En eso coincidimos...

—Little Tim, así me llamo —agregó a modo de presentación. La mirada de soslayo de Rage lo incomodó—, bueno, así me llaman. ¿Tú?

—Yo ¿qué? —Apartó con las botas los residuos que habían sido desparramados. Su pie se topó con la bandeja de arenilla sanitaria.

—Tu nombre... ¿cómo te llamas?

—No es de tu incumbencia.

No podía dejar de pensar en que, sin Dashi de por medio, Cadence salía de la ecuación para él. Solo para él. Finn y su cómplice hubiesen muerto, y ella hubiese sido, de una u otra forma, también la única testigo. La rubia country hubiera sido su víctima colateral. Las tripas se le retorcieron. Tendría que matarlos a todos por ella.

—Déjame adivinar. —Little Tim seguía en su realidad paralela, sin saber que pasos más adelante de él, había un hombre a punto de estallar como una bomba de tiempo—. ¿Mike? Pareces un Mike.

Él lo desoyó. Batallaba con los pensamientos que estaban a segundos de cubrir sus ojos con roja neblina. Y hablando de víctimas colaterales, el no tan pequeño Tim se llevaría el premio mayor.

Ya en la habitación, tomó una maleta vacía del piso y comenzó a llenarla con las bragas y sostenes desparramados a su alrededor. Algunas camisetas, shorts vaqueros...

—¡Eric! —gritó como si fuese una revelación.

—¡No, no soy el puto Eric, ya cállate! —Una palabra más y lo golpearía hasta dejarlo inconsciente.

—No tú... él —señaló debajo de la mesa de noche contigua a la cama.

Rage se puso en cuclillas. Unas patitas peludas se asomaron. Le siguieron unos bigotes. Levantó el edredón que colgaba al ras del suelo. Dos pares de ojos atigrados brillaron. Estaban aterrorizados a causa de los sucesos.

—Little Tim.. ¿tienes una caja que puedas prestarme? —estiró la mano para acariciar a uno de los felinos. Leyó la identificación: Fred. De inmediato,

ronroneó.

—No... lo dudo —afirmó desde la puerta.

—¿Puedes conseguirme una o algo similar?

Little Tim apretujó con sus labios lo que quedaba del cigarro, dio dos zancadas hasta llegar al otro extremo de la habitación, en donde se encontraba un cesto plástico destinado a la ropa sucia. Lo vació, extrañamente, habían revisado todo, menos eso. Regresó junto a Rage...

—¿Te sirve?

—Haremos que sirva... —Los pobres se asfixiarían ahí—, solo necesito hacerles...

Tim sacó una navaja del bolsillo de su pantalón, hizo un agujero en cada lateral del cesto. Se la exhibió para recibir aprobación.

—Perfecto.

Rupert, Eric y Fred fueron a parar a la improvisada transportadora felina, y sin más demoras, con maleta en mano y trío de gatos atados en la parte trasera de su Ducati, retomó la carretera. Antes de marcharse, se aseguró de saciar por semanas las adicciones de Little Tim con unos cuantos dólares. Si la policía llegaba hasta el hogar de Cadence, cosa que sucedería de un instante a otro, el discurso irregular de un adicto al crack sería pasado por alto.

Se detuvo en el camino al pasar junto a una tienda departamental. La demanda de ropa de Cadence estaba saciada, no la de Dashi. Además, cargaba con tres nuevos invitados que requerían de otro tipo de cuidados.

Compró hasta el hartazgo, calzoncillos de *spider-man*, de *Hulk*, de todos los súper héroes habidos y por haber, camisetas y zoquetes a juego, pantalones de chándal para su mayor comodidad y calzado. Se abasteció de latas de alimento felino, arena sanitaria y recipientes metálicos para la comida. En el pasillo de cuidados femeninos se demoró más tiempo del deseado, estaba ante territorio desconocido. ¿Qué necesitaba una mujer? ¿Qué necesitaba Cadence Hazel? La pregunta lo excitó, porque la única respuesta que se repetía en su cabeza era: a él. A él entre sus piernas.

Una emulsión corporal, jabón líquido de baño con fragancia a flores silvestres, champú y enjuague para cabellos delicados —el de ella, sin duda, lo era—, cepillo de dientes —también para el pequeño—, una crema para el rostro —al diablo, prefería que sobrara a que faltara, no quería darle excusas para que abandonara su apartamento—, y un perfume. Solicitó la asistencia de una muchacha para ello. Era demasiado para él.

Volvió a montarse en la Ducati cargado hasta los hombros. Si las cámaras de tránsito lo captaban, recibiría una multa y citación por correo.

El silencio extremo le dio la bienvenida al hogar.

—Y yo que pensaba entrar al grito de... ¡Querida, ya estoy en casa! —se burló en voz alta.

La burla se evaporó cuando la preocupación lo atacó. No había señales de ellos. Las bolsas y la maleta impactaron en el suelo. Los felinos no tuvieron esa suerte, ya habían sido depositados en tierra firme.

Ni un rastro en la cocina, ni un rostro en el sillón. Las bragas y tejanos ya no estaban colgados en la terraza.

¡Joder... Cadence! ¡Eres una maldita idiota, muchacha! Golpeó la barra de desayuno.

—Shhhhh... trata de no ser tan Rage —fue un susurro lejano.

Reconocería esa voz en cualquiera de sus tonalidades. Ya la había grabado en su mente. La voz provenía de las habitaciones. Los halló en la suya, recostados en su cama. ¡En su cama!

Dashi dormía abrazado a Cadence, parecía una garrapata.

—Prefirió esta habitación —reaccionó a la defensiva antes de que él pudiera manifestarse—. Esta habitación huele a ti... supongo que le agradas.

Rage alzó una ceja. No le creyó ni una palabra. La confesión tenía el sello «Cadence Hazel» impreso en tinta invisible, y eso no hacía más que revolucionar a su cuerpo. Un cuerpo que lo traicionaba cada vez que estaba junto a ella. Tenía que alejarse. No observarla en sus pantaloncillos, con las piernas cruzadas... y con sus cabellos que refulgían con los rayos del sol del atardecer que se filtraban por la ventana. Se lanzaría a la cama. ¡Su cama! Se embriagaría con el perfume de su piel y la acariciaría hasta hacerla dormir en sus brazos.

Cadence intentó moverse, hacer a un lado el pequeño. Él se aferró con más fuerza. Rage ocultó la sonrisa en los labios que le nacía al pensar que él haría exactamente lo mismo.

—Déjalo... necesita descansar. Tú también lo necesitas, Cadence.

—Y tú... —bostezó—, todos lo necesitamos. —Los maullidos lejanos la hicieron sonreír—. No los asesinaste... —Los aires de broma acompañaron a otro bostezo.

—No soy esa clase de asesino.

—Lo sé... —dijo ella entregándose al sueño.

Volvió sobre sus pasos. Si se quedaba ahí, la observaría dormir hasta que el cuerpo le dijera basta. Si se quedaba ahí, la melodía de su respiración sería lo único que tranquilizaría a la bestia encerrada en él.

Liberó a los peludos que, de inmediato, fueron a esconderse al primer refugio que encontraron. Preparó la batea sanitaria y la colocó en la sala de lavado. Distribuyó comida en varias esquinas de la cocina, un cuenco con agua, y, dejándose atacar por el cansancio, se retiró a descansar en la habitación de invitados. Era más bien una formalidad, un uso para el ambiente, nadie había puesto un pie en ella jamás. Pensarse ahí era, desde cualquier punto de vista, incoherente. ¡Era un invitado en su propia casa!

Acomodó los brazos detrás de la nuca. Cuando no quería dormir en exceso utilizaba esas posiciones incómodas que siempre lo despertaban. Cerró los ojos. Solía ver la neblina roja cada vez que lo hacía. Ahí, en la oscuridad de sus sueños, se encontraba frente a frente con el pasado que había hecho crecer en él la ira y el dolor.

Solía ver... Se encontraba...

Esa tarde no sucedió. Esa tarde no hubo neblina. El pasado fue apartado dando lugar al más hermoso y delicado de los rostros. El de la mujer que dormía en la habitación contigua.

Abrió los ojos. Huyó de ella, de lo que su inconsciente deseaba.

Demasiado tarde para su cuerpo. Reaccionó. Sintió la erección dentro del pantalón.

Uno de los gatos ingresó a la habitación y, de un salto, se subió a la cama. Extraño.

—¿Qué? —Tan extraño que Darren le habló.

Los ojos del felino no dejaban de mirarlo. Hasta podía jurar que el animal había visto su erección y ahora lo castigaba con desaprobación. Leyó el nombre en su identificación.

—Ya deja de juzgarme, Fred.

Giró sobre la cama y se abrazó a la almohada. Cerró los ojos con resignación. Si podía con Cadence en persona, también podría hacerlo en sueños.

CAPÍTULO 8

Lo inevitable sucedió. El tiempo de gracia había llegado a su fin, Cadence debía presentarse frente a los jefes de *Redemption*. Estaba nerviosa, temblaba. Rage apenas si le podía quitar los ojos de encima. El estado de ánimo de ella era contagioso en Dashi, quien se mostraba aún más desconfiado que de costumbre. La muchacha interpretaba como desinterés lo que para Rage era comprensión: por supuesto que desconfiaba de un extraño que podía hacerle daño. Él había sido mil veces peor a su edad, por ese motivo, entendía que lo peor era presionar al niño a aceptarlo o intentar ganar su confianza.

Ganar la confianza de un inocente es la técnica de los pedófilos.

La paciencia, en cambio, es la única herramienta con la que cuentan las buenas personas. Una paciencia que a veces no basta, que suele agotarse, que lleva más tiempo del que se tiene... La balanza siempre se inclina a favor de los malos. No pudo evitar recordar a Daniel, el modo en que él se adentró en el círculo de confianza de cuatro niños rotos y les demostró que la línea que separa a los buenos de los malos es gris, y depende del punto de vista.

Al menos, pensó con los ojos en un Dashi que degustaba gominolas, al niño no lo habían violado. Cadence llegó a tiempo para evitarlo; ella y su tempestuoso carácter. No dejaba de darle vueltas al asunto, de igual manera que le daba vueltas a las llaves que tenía en las manos. Posó la mirada en Cadence, ella interpretó su rostro endurecido como desaprobación y susurró:

—¿Muy formal? Sí, tienes razón, mejor me cambio... —Era el quinto cambio de vestimenta, Rage no contestó; no le importaba el atuendo, solo estaba sumido en sus pensamientos.

Cadence era la clase de personas que podía alterar el curso de una vida; si no se hubiera desatado la guerra, Rage no hubiera estado allí. Y sin él, ¿quién se hubiese arriesgado a salvar al pequeño?, solo una demente de cabellos rubios y botas texanas.

Así se presentó ante él, con unos tejanos claros, las botas de siempre, un cinto con estrella de sheriff y una camiseta blanca con una estampa de la bandera de Estados Unidos gastada adrede. El cabello trenzado y unos pendientes baratos, de estrellas doradas. Le sonrió, en un intento de encontrar valor, él asintió de modo mecánico y los dos largaron el aire.

—No parece el atuendo para una disco, pero... preferí sentirme cómoda —confesó con la voz estrangulada por los nervios. Dashi ya estaba listo, llevaba su ropa de *Walmart* y el cabello negro algo húmedo después del baño.

—No iremos a la disco por diversión, Cadence; y, de hecho, entraremos antes que la mayoría de los clientes. Detesto el mar de gente que se arma en la pista...

Todo en labios de Rage sonaba a la reprimenda hacia una niña caprichosa. Cadence empezaba a cansarse de sentirse tan fuera de lugar. Era demasiado irreal, y la compasión que el sicario sentía por el niño no la dispensaba hacia ella en igual medida. No... las experiencias del pasado lo acercaban a Dashi y lo alejaban de Cadence. Para él, la desconfianza, el miedo y la cautela eran compañeras de existencia, mientras que la falta de adaptación a situaciones extremas le resultaba ajena. Tuvo que aprender de muy pequeño que la vida daba giros bruscos: un día tenías techo, al siguiente no. Un día tenías familia, al siguiente no. Un día estabas en un orfanato bajo el yugo de un maldito violador y al siguiente te encontrabas bajo el amparo de la mafia irlandesa. La vacilación de la muchacha no tenía sentido; estaba viva, tenía techo, comida, ropa, protección y vivía en un apartamento mil veces mejor al mugroso tráiler. Descontaba de su ecuación el hecho de que todo eso lo recibía de un sicario, que era testigo de un doble homicidio, que estaba a cargo de un niño rescatado de tratantes y que su vida, tal y como la conocía, no volvería a ser jamás la misma.

Dos mundos completamente distintos habían colisionado con ellos; y otra vez, Rage pensó que Cadence tenía el maldito poder de cambiar el destino de las personas.

—Bien, vamos. Ya nos esperan.

Cadence desconocía todo sobre mafias; su única experiencia eran las películas y se preguntó cuán fieles eran a la realidad. Una parte de ella quería creer en Rage, confiar en él. Tendría que aprender de Dashi, se dijo, ser más reservada; pero no podía. Requería aferrarse a algo, solo que a su mente llegaban los guiones de filmes de venganza; en el cine, siempre que los sicarios iban en contra de los mafiosos, terminaba en una masacre.

Maldito Keanu Reeves, maldito John Wick.

No sabía de la verdad detrás de *Redemption*, ni el hecho de que Rage era más que el asesino a sueldo, era uno de los jefes. Un lazo de sangre que databa de veintidós años.

Bajaron al garaje, Rage contaba con tres plazas: la Ducati, la furgoneta —

que no se encontraba en esos instantes, porque le pertenecía a *Redemption*— y un Aston Martin Vantage. Ocuparon el último, por Dashi, y Cadence maldijo por lo bajo. Se mordió el labio para contener el berrinche infantil que le nacía del anhelo de montar esa motocicleta y recorrer Los Ángeles probando la velocidad con el viento al rostro.

—Te dejaré bajar los vidrios —bromeó Rage, leyéndole la mente.

—Prométeme algo... —pidió ella, él asintió—, si tus jefes deciden que debo morir, puedo pedir mi último deseo —y señaló la motocicleta. Rage largó una sonora carcajada.

—Si debo matarte, te llevaré a una zona descampada en ella, conduciendo al máximo. ¿Trato? —Cadence vaciló, no compartía el endemoniado sentido del humor del sicario; aun así, le estrechó la mano.

—Trato.

Subieron al Aston Martin, pero de nada valía bajar los vidrios.

—Para ser un sicario, valoras demasiado la vida —se quejó Cadence con un mohín. Una vez más, pensó en cómo era posible que el hombre más decente que hubiera conocido en la vida se tratara de un maldito asesino a sueldo.

Eres patética, Cadence.

Dime algo que no sepa.

Rage se negaba a acelerar pues el carro tenía lugar para dos personas, y Dashi viajaba en el regazo de Cadence. Si bien estaban asegurados por el cinturón, no era del modo correcto y en caso de accidente, lo más probable era que el pequeño cuerpecito del niño saliera disparado.

Arribaron a *Redemption* cerca de las siete de la tarde, la hilera se extendía hasta mitad de la manzana. El club aún permanecía vacío de clientes, los empleados se disponían a emprender las tareas. Norton les abrió la franja principal, y miró con mal disimulado interés a la mujer y al niño. Ella no tenía apariencia de puta y los menores no estaban permitidos; si no fuera porque ingresaban bajo el amparo de Rage, Norton hubiera impedido el acceso.

El interior del lugar impactó en Cadence; se había esperado otra cosa: un antro de mala muerte, con olor a orín. La versión disco del Compton Palace. Nada más lejos de la realidad. *Redemption* era un espacio lujoso, ostentoso, que invitaba a los vicios y daba la impresión de exclusividad. Aunque no se trataba de algo elegante en sí, sino más bien al estilo Las Vegas. La pista de baile estaba vacía, el suelo impecable reflejaba las luces del lugar. Su camiseta se veía fluorescente por los efectos de la iluminación y Dashi estaba fascinado. Sonreía y la obligaba a hacerlo solo para reír del color que

tomaban sus dientes. Rage, en cambio, no se veía gracioso sino más intimidante que nunca. La mirada celeste se convertía en la de un demonio, su piel tatuada refulgía y la oscuridad parecía irle a tono. Encima de la pista pendían jaulas, en unas horas las ocuparían las bailarinas; algunas de ellas solo danzaban, otras vendían sus servicios. Eso dependía de cada una. En la barra, varios bármanes ordenaban las botellas y junto a ellos estaba uno de los *dealer*. Subieron una rampa en espiral, desde la cual se podía observar todo, y llegaron al siguiente círculo del infierno: la sala de juegos.

Una mujer morena se aproximó de inmediato y se detuvo en seco al ver a Cadence. Los ojos negros de la muchacha se fijaron en ella y mostraron completa animosidad, una reacción que la joven texana no pudo interpretar.

—Dalila... —la saludó Rage. Ella sonrió, sin acercarse más. Los reclamos quedaron acallados, aunque podían leerse en su mirada y en su gesto.

—Cuando te desocupes, no lo dudes. —La invitación de Dalila puso todo en claro, y Cadence bajó la mirada a la punta de las botas para disimular su reacción.

Claro que folla, Cadence, deja de pensar que todos tienen tu penosa vida sexual.

Solo que, hasta el momento, no lo había pensado. De ahora en más, no podría sacárselo de la mente: Rage desnudo, Rage y esa enorme erección moviéndose en su interior, Rage tensándose en un orgasmo, Rage entre sus piernas.

¡Demonios!

Debía controlar a su cuerpo, tenía una caprichosa forma de responder a Rage. Comenzó a enumerar otras cualidades del hombre: Rage matando a dos personas, incendiando un hotel, Rage manejando con cautela su automóvil por un niño, intercambiando el arroz por cereales, Rage rescatando tres gatos y llevándolos a su penthouse para que le rompieran el sillón...

Cadence... si te pagaran por tus pensamientos idiotas, podrías tener tu propia Ducati.

Lástima que no cotizaran en bolsa.

El sonrojo se perdió en la oscuridad de la disco, dio gracias a ello, pues los comentarios de las prostitutas resonaron con claridad:

—Alguien te está robando el privilegio, Dalila...

—¡Vete al demonio!

—Al parecer le van las rubias de culito parado.

—No parece ser de las que follan duro, Rage la romperá en cuanto la

ponga en cuatro.

—¡Ya, cállense! —se quejó Dalila.

—Sabes, Dalila, si recordaras que eres una puta, entonces no te dolería. A ti te folla, nunca te hizo el amor, ¿entiendes la diferencia?

Cadence sintió pena por la muchacha morena, incluso a sabiendas de que la despreciaba. Tuvo ganas de voltearse y decirles la verdad: Ni follo ni hago el amor, y no, no me romperé si Rage me da duro, porque a todas las mujeres nos gusta que un hombre nos haga gritar, solo que yo no he tenido el jodido placer de experimentarlo. Si alguna vez grité en la cama, fue por un calambre.

Cadence estaba más cerca de ser la próxima víctima de Rage que su próximo ligue; aunque le dio algo de esperanza pensar en que las prostitutas tuvieran razón.

Siguieron ascendiendo en espiral hasta llegar a una escalera que se comunicaba a la oficina vidriada. Otro hombre de seguridad, con un audífono, un arma y expresión poco amistosa, les cedió el paso. A cada peldaño, el estómago de Cadence se estrujaba más. Pensó que vomitaría del mismo modo que Dashi el arroz. El niño seguía aferrado a su mano, las dos estaban sudadas por los nervios, y eso hizo que la joven se centrara. No podía mostrarse asustada, o le transmitiría eso a Dashi. Y ya tenía la certeza de que al niño nada le sucedería: *No mato niños...*

La puerta de la oficina se abrió y Cadence tuvo que juntar coraje para atravesar el umbral. Dashi se aferraba a su cinturón y escondía la cabeza detrás de sus caderas. Rage se adentró sin más y aguardó a que los dos invitados se atrevieran a dar un paso.

El lugar tras el escritorio le pertenecía a Pride esa noche, para mantener las apariencias. Desire estaba a un lado, en el sofá amplio de la izquierda. Junto a Erin, Nessa, y en un rincón, casi en las sombras, Greed.

Un pie, otro pie... cuando el cuerpo atravesó por completo el dintel, la puerta se cerró tras de ellos y ya no hubo escapatoria.

—Buenas noches, Cadence... —La voz de Pride la hizo estremecer. Tuvo tanto miedo que una lágrima escapó de la comisura de su ojo derecho. Nadie se molestó por ello, nadie salvo Rage, que se tensaba a sus espaldas y empezaba a nacer la furia en él. Greed se percató del cambio, conocedor como nadie de las reacciones de su hermano.

—No temas... —dijo desde su lugar—, sé que en este momento sentiré la mirada de Desire quemarme por completo y tendré que soportar una fuerte discusión con Pride, pero... no temas, ya hemos decidido que no te

mataremos.

El alivio la hizo convulsionar y las piernas se le doblaron. Creyó que caería sobre el alfombrado piso del despacho, unos brazos fuertes y tatuados se lo impidieron: Rage. El sicario la sostuvo y la guio hasta la silla frente a Pride; el rostro visible de *Redemption* tenía las cejas alzadas, Greed estaba en lo cierto, compartirían una no-muy-gradable charla en unas horas. Greed no parecía preocupado por eso, sino por la reacción de Rage y su legítima preocupación. La sobreprotección del sicario era una de sus facetas más ocultas y enterradas, una que no sacaba a relucir desde que eran niños. Como adulto, no tenía nadie a quién cuidar, todos ellos eran más que capaces de velar por sí mismos. Veintidós años atrás... cuando Rage nació para tapar a Darren, el instinto protector era algo que solo Aiden, el niño que Greed fue, despertaba.

Eso solo significaba una cosa en el limitado lenguaje emocional de Rage: afecto. Y el afecto era un jodido problema cuando se estaba en guerra.

—Cadence —Pride volvió a tomar la palabra—, necesitamos que nos digas todo lo que has visto, hasta el más mínimo detalle. Debemos hacernos una idea de a qué nos enfrentamos.

La mirada verde de la muchacha se fijó en Rage, y el hombre tragó saliva de manera apenas perceptible. Interpretaba la búsqueda de contacto visual como la confianza que ella depositaba en él. No era merecedor de eso, ¡joder!, nadie lo era. Comprendía a cada instante lo mucho que valía su chica country, y no le importaba no habérsela ganado. La vida le había enseñado cuán escasas eran las oportunidades, y cuán efímeras, no podía desperdiciarlas por dudas absurdas sobre ser digno.

—Bien... —Dashi se subió a su regazo y escondió el rostro en su hombro. La comunicación visual entre Greed y Rage la ponía nerviosa, quería interpretar esos gestos para saber por qué ella generaba esa respuesta en el otro hombre. Estaba aún más tatuado que Rage, y, pese a ser menos musculoso, se adivinaba bajo el sweater de punto flojo que tenía un cuerpo fibroso y bien trabajado. Le impactaba demasiado el color azul de esa mirada, un tono zafiro casi irreal, que se acrecentaba por las pestañas renegridas, del mismo tono que su cabello. Volvió la atención a Pride, quien era bastante amenazante, solo que algo en su porte le decía que también era racional—. Pues mi compañera de trabajo se había ido... —empezó el relato explicando los motivos por los que estaba sola, su primer intercambio con Finn y el hombre de facciones orientales que lo acompañaba. Llegó al instante de Dashi y, de manera

instintiva, lo abrazó y acunó, como si pudiera reafirmar la protección—. Escribió *help* en la ventana, no podía dejarlo allí. Lo sé, fui impulsiva, sin seso... —repitió las palabras de Rage y se giró hacia él con una disculpa dibujada en sus delicadas facciones—, no podía dejarlo allí, no después de darme cuenta de la clase de escoria que era ese tal Finn; si amenazaba con violarme a mí, ¿qué podía hacer con un niño en un hotel? No... tenía que entrar y arriesgarme, claro que no sabía que había un sicario a unas manzanas...

Los ojos de Greed se cerraron producto de algo parecido a la resignación; para él, todas las piezas encajaban. Pride se mostraba tan absorto como había estado Rage en cuanto comprendió lo que Cadence había hecho, le resultaba una especie de ser mitológico o extinto. La mirada café del hombre buscó la de Nessa; la única otra persona tan descabellada como para ayudar en una situación que le costaría la vida.

Desire fue quien cortó la conversación muda.

—¿Dices que el otro hombre era asiático?

—Ya eso lo dije yo —interrumpió Rage.

—Pues, mira tú, se lo pregunto a ella.

—Sí, aunque nativo americano por el acento... no como Dashi —especificó Cadence.

—Tenemos un problema, Cadence. —Desire conseguía tranquilizar a la muchacha de una manera que los hombres no lograban; era dura, inteligente, con pasta de líder, pero también más humana que los demás. Le recordaba a esas chicas malas de la preparatoria, que eran las únicas que ponían en su sitio a las populares adictas al *bullying*. La clase de personas que le caían bien a Cadence—. Tendrás que declarar a la policía, y necesitamos asegurarnos de que no mencionarás a Rage.

—No hay problema, ya solucioné esa parte...

—¿Qué? —Rage la miró desconcertado.

—Sí, hablé con Loren, mi compañera. Ella se enrollaba con el jefe, por eso estaba yo sola, de modo que no me puede entregar sin entregarse ella y dejar a Mark con un juicio de divorcio que le sacará hasta los calzones. Diremos que me marché, que dejamos el hotel solo. Nadie hablará...

—¿Pride? —le consultó Desire.

—Sí, algo de eso dice la declaración oficial. —Nadie preguntó cómo lo sabía; los contactos de Pride eran una telaraña que se extendía por toda la ciudad.

—Bien, como sabes, tu tráiler fue requisado. Ya nos encargamos; dada la zona, lo hicimos aparentar como un intento de robo, pero debemos buscar una coartada para ti... y esa va a ser Nessa. —Señaló a la mujer a su lado—. ¿Tienes problemas con drogas, Cadence?

—Hmmm, una vez fumé marihuana en la prepa y nos descubrió el profesor de matemáticas. Nos la incautó para terminarla él...

Las risas la hicieron callar.

—Bienvenida a la drogadicción, dirás que ese malestar estomacal, en realidad, fue un problema de excesos en tu ingesta de éxtasis; eso justificará la intervención de Nessa. Una prostituta del estacionamiento te vio descompuesta y, para no involucrar al 911, te llevó con Nessa. Eso cuadrará, todos la conocen por andar rescatando muchachas de la calle... ¿Estamos de acuerdo?

—Sí. —No iba a discutir, le habían perdonado la vida, a un precio, el de cubrir a Rage. Si intentaba delatarlo, otro iba a ser su destino.

—Por último, querida... —Nessa al fin habló, no era la clase de persona que uno imaginaba como salvadora. Nada en ella expresaba bondad, sino dureza. Un temple de acero, una voluntad férrea, la clase de fuerza real que puede enfrentarse con los monstruos que deambulaban en Los Ángeles. Comenzaba a comprender lo mucho que engañaban las apariencias—, permíteme preguntarte algo que mis pequeños niños no pensaron. Creo que tenemos mucho en común, cuando era joven era más parecida a ti de lo que puedes imaginar. —Hizo una pausa, los cuatro hermanos de la mafia la miraban con atención, analizando qué detalle se les podría haber escapado—. Suponiendo que lograras meter al niño en el canasto de la ropa sucia y sacarlo de allí... ¿qué ibas a hacer con él?

Desire, Pride, Rage y Greed pensaban lo lógico, lo entregaría a servicios sociales y se desentendería del tema. Su experiencia con los seres humanos de bien era tan escasa que no podían considerar otra alternativa. Nessa sonreía, sí, esa joven se le parecía demasiado, solo que con la inocencia intacta. No le faltaba ninguna pieza para entender cómo era posible que Rage se mostrara tan sobreprotector con ella, era una luciérnaga entre polillas, su brillo atraía demasiado.

—Lo iba a llevar conmigo a Texas, a Brownsville, con mis padres. Iba a regresar a mi ciudad natal, ni que aquí me esté yendo de mil maravillas, ¿verdad?

—¡Joder! —exclamaron los hermanos de la mafia, Nessa rompió en risas.

—¿Qué?, ¿qué hice? —se preocupó Cadence. No podía cagarla, su vida y

la de Dashi dependía del perdón de esos cuatro.

—¡Cadence, demonios! —El enojo de Rage no era el que ella había visto en el hotel, era otra clase, el que nace de la sincera preocupación. Antes de que los insultos de sus labios pudieran hierla, Desire intervino con mayor tacto:

—No puedes mantener contacto con tus padres hasta que esto se solucione. Si les pides ayuda, si les explicas lo sucedido... si por ellos pueden llegar a ti...

—¡No!, ¡no, por favor, mis padres son inocentes! Mi madre hace espaguetis los domingos, y mi padre arregla motores...

—Y tuviste un perro que se llamaba Luke, por Star Wars... —dijo Rage.

—¿Qué? —Pride se mostró confundido, esa mujer lo descolocaba, se preguntó cómo hacía Rage para no sufrir de migrañas constantes.

—Intenta mostrar su versión humana para que no la vean como simple objeto... debe dejar de ver documentales del FBI. —Tras la explicación, Rage se acercó a ella y buscó que sus miradas comulgaran—. Cadence, nadie hará daño a tus padres. También los protegeremos, pero lo mejor que puedes hacer es no involucrarlos ni contarle nada de lo sucedido. Greed nos dará un móvil encriptado para que hables con ellos de tanto en tanto, solo para que no alerten a la policía de una desaparición; pero no puedes ponerlos al corriente de Dashi, ni de mí, ni de donde estás parando hasta yo lo considere seguro. ¿Lo entiendes?

Cadence asintió, claro que lo entendía. Podía poner su propio pellejo en riesgo, ser impulsiva con su vida; de lo que era incapaz era de perjudicar a los que amaba.

—Nessa —Rage sabía que su chica country necesitaba un respiro, y ellos necesitaban rearmarse e idear un nuevo plan de acción—, lleva a Cadence y a Dashi a conocer la terraza. —El único lugar más o menos decente de *Redemption*—. Que cuando termine aquí regresamos a mi apartamento.

—¿Cuántos regresan? —indagó con un deje de picardía—, ¿dos o tres?

—Tres... —Rage asumía la custodia de Dashi en lugar de entregárselo a Nessa. Pride y Desire alzaron las cejas, Greed asintió con la cabeza, reafirmando lo que ya sabía, y Nessa solo le brindó una suave caricia en el rostro antes de dejar la oficina. Una caricia de madre orgullosa.

Una vez a solas en el despacho, pactaron de manera silenciosa no volver a tocar el tema Cadence. Si Rage iba a responsabilizarse de ella, se consideraba

un asunto cerrado. Debatir en los motivos del sicario no entraba en discusión, ninguno de ellos podía abordar lo complejo de las relaciones sin mostrar las propias cicatrices. Si alguno poseía el poder, y el permiso, de emitir opinión, ese era Greed... y Greed decidió coser sus labios y ahogar las réplicas.

Todos ellos sufrieron en carne propia el abandono y los abusos, pero Rage contaba con una espina extra, la pérdida de su hermano. Kirian había intentado salvar a Darren del mismo destino, pero ¿quién demonios velaba por él? Nadie. Nadie se había preocupado por un huérfano más, por un niño abusado, por un pequeño atrapado en la red de pedofilia. Kirian había muerto porque no se cruzó con ninguna Cadence que diera todo por salvarlo, que arriesgara su vida. Darren fue afortunado de una manera en extremo desgraciada, pero afortunado al fin. Sin Kirian, no tenía nada que perder, nada con qué manipularlo; y eso lo había forzado a encontrar la entereza para huir, y darse de bruces con Nessa y Daniel.

Dashi, ¿Dashi contaba con alguien? Ahora sí, gracias a la impulsividad de una chica texana, un niño huérfano cambiaba su suerte. Techo, comida, ropa, cama y, sobre todo, protección.

—Ya no quedan dudas. —Desire puso fin a las cavilaciones y a los oscuros recuerdos del pasado, de un pasado que no podía cambiarse, aunque sí, vengarse—. Están metidos los chinos hasta las narices.

—¿Cuál es el panorama? —Rage ocupó el sitio que hasta hace unos minutos era de Cadence. Su perfume a jazmines perduraba como un aura que lo reconfortaba.

—Desolador... —Greed dejó las sombras—. Hay mucho dinero en juego, ya sabemos cómo compra lealtades.

—Sí, pero todo tiene un límite, y ese es la muerte. Traicionan a todos por conseguir dinero, dan todo su dinero para que no los maten... —Una oportuna reformulación de la famosa frase del dinero y la salud. Solo que Rage era su maldita enfermedad.

—Y llegaremos a esa parte, Rage —intervino Pride, tan ansioso como el sicario por poder desterrar a esos malnacidos—, cuando sepamos a quiénes tenemos que atravesarles el cráneo.

—A los chinos...

—¿A Todos? —Desire jugó con su moral, podía ser que fuera una zona oscura, pero al menos era una zona en la mente de Rage. Otros ni siquiera la tenían—. ¿Todos los chinos?, son millones. Y si matas a uno, llega el reemplazo.

—¿Quieres pactar? —La pregunta de Rage puso en manifiesto que el problema *Rubia country* lo había mantenido lejos de *Redemption* por demasiado tiempo.

—Con quienes están ahora, no. Esos son los culpables de la muerte de Daniel, no habrá perdón. Con los que vengan, sí. Tenemos que hacer lo que Daniel hizo hace veintidós años... volver a tejer los hilos de la paz.

El gruñido de Pride mostró disconformidad. Greed se mantenía ajeno a la parte política del asunto, él solo se encargaba de mantener la balanza comercial. Un pacto debía mostrar beneficios económicos, de lo contrario, tarde o temprano, las traiciones acaecerían sobre ellos.

—¿Qué sucede, Pride? —Rara vez no estaban los cuatro de acuerdo, sobre todo porque no pisaban su área de control. Nadie le decía a Rage cómo matar, ni a Greed cómo administrar, ni a Pride cómo conseguir información, ni a Desire cómo gestionar el resultado de las tres actividades. Ronan y Erin contaban con dotes de liderazgo, lo que faltaba era que ellos se dividieran, eso sí sería el fin tal y como lo conocían.

—Sucede que Desire está siendo demasiado optimista.

—¿Desire y optimismo en la misma oración? Eso es nuevo. —Greed bromeó y ocupó el lugar junto a su hermana. No la tocó, aunque todo en ella clamaba por una dosis de consuelo humano. La soledad era una maldita hija de perra, y ellos estaban solos desde hacía demasiado tiempo. La imagen de Cadence volvió a manifestarse en la mente de Rage, era una especie de faro en mitad de la oscura noche.

—¿Sabes?, yo también tengo mis informantes. La fiscal esa...

—¡Joder con la fiscal! —Rage estaba harto de esa maldita mujer.

—Sí, joder con la fiscal —coincidió Pride—, la muy maldita tiene a Kevin, le ofreció un pacto para que me delatara.

—Kevin jamás te delatará... —Greed dijo lo evidente. Kevin adoraba a Ronan como si fuera un padre. Es lo que ocurre cuando alguien al fin te da una mano en una vida miserable.

—Y por eso se pudrirá en la cárcel, o peor, estará allí cuando la guerra se desate y... —*Y lo matarán.* No necesitó decirlo—. Fue a por Kevin para llegar a mí...

—Y tú estás listo para entregarte, Ronan. —Que Erin hubiera usado su nombre real no pasó desapercibido para nadie.

—Pues sí, es solo un crío, Erin.

—Exacto, es solo uno. ¿Y los Dashi que restan afuera?, ¿qué hay de ellos?,

¿Los Ronan, los Aiden, los Darren...?

—Las Erin... Empieza a contarte entre las víctimas —Ronan fue duro, metió el dedo en la llaga—, porque lo fuiste, y de nosotros, la única que ha salido del orfanato. La única que conoce el verdadero rostro de esto. Así que, si quieres que deje a Kevin y haga un pacto con la jodida fiscal, ¡ten el maldito tino de pedírmelo por ti!

—¡Hazlo por mí, Ronan! —El cuerpo de Desire se propulsó fuera del sofá, se tensó, y por un instante, una fracción de segundos, la mano de Aiden se alzó para tomar la de ella. El movimiento no fue desapercibido por nadie, de igual modo que la pausa a mitad de camino. Los ánimos se calmaron de inmediato. El asunto se volvía más y más personal.

—¿Crees que va a funcionar, Desire? —Rage encauzó la conversación.

—Inara Washburne es una buena mujer.

—Ese es el problema que no ves, hermana. —Greed exteriorizó su punto de vista—. Las buenas personas no tratan con gente como nosotros. No somos los buenos, por más que intentes mentirte cada noche frente al espejo. Lo tiene a Pride de los cojones, porque Pride está hasta el cuello de mierda... no porque sea un santo en malas circunstancias.

—Por eso hay que mostrarle quiénes están en el otro platillo...

—Coincido con los demás, Desire —Rage tuvo que expresarlo—, estás siendo demasiado optimista.

—Esperaba que tú lo entendieras... —El sarcasmo se coló en la voz de Erin, Rage alzó las cejas, ¿justo él, que era el primero en desear mandar a los malparidos al demonio?—, sí, tú. ¿Acaso no encontraste a la niña más buena de todo Los Ángeles?

—Erin... —La reprimenda salió de labios de Pride.

—No, no voy a meterme en terrenos personales. Solo digo que la gente buena hace cosas malas si las circunstancias lo ameritan. Como mentir a la policía, como cubrir a un sicario... ¿Por qué están tan seguros de que Inara Washburne no será igual?

—¿Y tú, por qué estás tan segura de que sí? —La inquisición tuvo un matiz de curiosidad para Ronan.

—Porque sé algo de ella, ¿bien? Y no, no te lo diré, Pride, porque lo usarás para sacar a Kevin. Ese crío te apaga la razón, eres capaz de disparar una bazuca para matar una mosca.

—¿Tienes una bazuca contra la fiscal de Los Ángeles y piensas guardártela? —Rage enfureció.

—Sí, pienso guardarla para cuando estemos en guerra, y aún no lo estamos. ¿Alguna decisión más que deseen cuestionar?, es el momento. ¿O ya podemos dedicarnos al trabajo?, ¡joder, chicos!

El plan de Desire era renovar el pacto de Daniel, y tenía días estudiando *historia*; una historia que los incluía a ellos como actores secundarios y que, ahora, les otorgaba el protagonismo.

Greed recordaba algunos detalles, pues había sido quien escuchó las conversaciones cuando era niño; la manía de esconderse para que nadie lo viera ni tocara lo había llevado a estar en el lugar y momento correcto más veces de las que podía contar. Con esa información, Desire se encargó de formar el plano completo de lo acontecido veintidós años atrás.

Daniel traicionó al anterior jefe de la mafia, lo mató utilizando a una de las putas de Nessa, se hizo con el poder y desató una guerra de mafias. Porque los buenos, en el mundo de Rage, no eran puros y santos; eran unos malditos bastardos, listos como el demonio, pero que contaban con algo que no todos tenían en ese terreno de sombras: límite. Y Daniel se reveló a su jefe por mantener esos límites. Nada de pedofilia, nada de trata, nada de droga adulterada, nada de tráfico de órganos. Matar, traer cocaína de Colombia, lavar dinero, juego ilegal, prostitución... bueno, existían desde que el mundo era mundo, ¿quién podía culparlo por hacer dinero de ello? Aquello que un hombre pudiera querer y se pudiera dar entre partes interesadas era negocio, y el dinero emanaba como fuente cuando uno propiciaba el espacio y lugar para hacer negocios; sí, hasta en el fisco las ganancias se hallaban en ser intermediario. Pero las dos partes debían mostrar consenso, de lo contrario, no era negocio. Ese era el jodido límite de Daniel, y a ese punto quería regresar Desire.

Y para obtenerlo, debía seguir los mismos pasos que su antecesor. Desatar una guerra, matar a los malditos traicioneros y motivar a los aliados a una mesa de negociación. Una mesa que contaba con fiscales, policías, políticos y otros jefes de la mafia. Todos, de ser posible, salvo uno: Huang Liu. Ese era el límite de Erin, él y quien sospechaba estaba haciendo negocios con esa fracción china.

—Entonces, ¿cómo lo conseguimos? —Rage fue al grano.

—Contigo, por supuesto.

—El plan me gusta... —bromeó. Su organismo estaba necesitado de acción, de acción sobre el cuerpo de una rubia en tejanos. Como eso no era posible...

—Sullivan.

Sullivan sería un buen reemplazo.

—¿Qué debo hacer?

—Hmmm, convencerlo con buenos argumentos de que le conviene pactar con nosotros y no con quien sea que lo esté haciendo. Y claro, esperar que muestre su cooperación dándonos su nombre.

—Dalo por hecho. —*Pain y Hate* crujieron con satisfacción.

CAPÍTULO 9

No podía respirar, tenía una toalla húmeda sobre el rostro y un suministro constante de agua lo empapaba. Era como ahogarse en una tina de baño, peor, en un diminuto charco lodoso en la puta acera. La cabeza pendía hacia atrás contra su voluntad y, aunque se esforzara, luchara, el agua le entraba por las fosas nasales.

—Si te resistes es peor... intenta relajarte.

La voz resonó en los oídos del hombre como un eco fantasmal. No, como una voz perteneciente a otro plano, a otra dimensión. Estaba muy al tanto de quién se encontraba al otro lado, y que la voz se distorsionara de tal manera era el indicador de que sus sentidos estaban siendo afectados por la falta de oxígeno.

La pausa esperada llegó. No sería tortura sin ellas.

—¿Relajarme, maldito hijo de perra? ¡Me encantaría poder hacer el puto yoga, por desgracia no puedo! —hizo alusión a su postura: manos hacia atrás, amarradas contra el respaldo de madera y las piernas atadas a las patas.

Rage dejó caer la toalla, depositó el bidón de agua en el suelo y acercó una silla para tomar asiento frente a él.

—¿Sabes?, dicen que todo es una cuestión mental, Sullivan... el yoga es una forma de vida.

—¡Vete a la mierda, tú y el puto yoga! ¿Qué coño es esto? —La calma en Rage podía ser desconcertante, y ciertamente, en ese momento, lo era.

—¡Pues una conversación entre dos viejos amigos! ¡¿Qué más?!

—Me refiero a... ¡qué mierda es todo este jueguito! ¡¿Quieres meterme un puto pez en la boca también?! —Neal Sullivan estaba furioso, no aceptaba esa clase de mariconadas—. ¡¿No quieres romperte las uñas, maldito afeminado?!

Rage se quebró en una carcajada.

—Estoy probando nuevos métodos.

Si Neal Sullivan conociera los motivos que empujaban al matón mafioso a la delicadeza, se ahogaría él mismo o se colgaría del cableado de la fábrica abandonada en la que estaban. Rage se guardaría el secreto para sí, no era buena publicidad gritar a los cuatro vientos que se abstenía de molerlo a golpes para no provocar hematomas o inflamaciones en sus manos porque

tenía una chica country en su apartamento que, al verlas, lo enloquecería con preguntas e indirectas.

—¡Pruébalos con otros! Maldito infeliz, si tan solo Daniel te vie...

No tuvo ni que finalizar la oración, el puño de Rage le desvió el tabique nasal de un solo golpe.

—¿Satisfecho?

Sullivan sorbió su propia sangre, comenzaba a brotar.

—No, pero es un inicio.

—Lo mismo digo. —Tomó el bidón de agua y lo vació en el rostro del hombre para limpiar la sangre.

—¡Hijo de una gran perra! —Sacudió la cabeza—. Estoy grande para estas cosas. —Era verdad, estaba por alcanzar la quinta década de vida. Miró en derredor—. ¿Dónde mierda estamos?

Estaba oscuro, intuía que era una fábrica, no reconocía bien cuál. Utilizaban las fábricas abandonadas como depósitos, contaban con la colaboración policial para ello. Todo se compraba con una buena suma de dinero.

—¿No lo recuerdas? Mira bien...

—Todas las putas fábricas de Los Ángeles son iguales, Rage.

—Lo serán para ti, pero no para nosotros... —Se puso de pie dejando caer la silla—. Voy a ponerlo en perspectiva para ti. —Levantó la palanca en el tablero de iluminación.

Los ganchos, las cintas de tracción... Era el matadero ubicado en la 6th St y Crocker. El lugar en dónde habían asesinado a Daniel.

—¡Mierda!

—Eso mismo... ¡Mierda! ¿Todo volvió a ti, verdad?

—Pensé que el asunto había quedado en el olvido.

Rage se aferró al cuchillo de combate que cargaba en la cintura. Lo desenfundó y se lo clavó en el muslo derecho. Ahí lo dejó. Sullivan gritó como un cerdo destripado.

—Piensa de nuevo, Neal. —Se acuclilló para poder hacer contacto visual—. Esto ocurre por decantación, lo sabes, son las reglas básicas del juego...

Una vez que Sullivan recuperó la entereza, habló:

—Las reglas, ese fue el maldito problema de Daniel... las putas reglas.

Rage extrajo el cuchillo del muslo de Sullivan solo para clavarlo en la otra pierna.

—¡Mal nacido! ¡Hijo de una gran puta! —Maldijo a los gritos para ocultar

el dolor. Apretó los dientes.

—Creo que no me estás entendiendo Sullivan, no estamos aquí para rememorar motivos... sino un nombre.

Existía solo un motivo, traición, movida por la ambición. Nada más.

—Y eso es lo que nos diferencia a nosotros de ustedes. Puedo enumerar un sinfín de motivos, lo de Daniel no fue personal, solo una medida a tomar en pos de un beneficio mayor.

El cuchillo volvió a las manos de Rage, el metal parecía ansioso de incrustarse en la carne. Lo colocó a la altura de los ojos de Sullivan, la sangre recorría el borde filoso hasta desembocar en el mango de hueso labrado. Los guantes de cuero negro impidieron que la piel de Rage entrara en contacto con el tibio fluido carmesí.

—Fue personal para nosotros, deberías saberlo... —El cuchillo impactó sobre la madera, en el pequeño espacio entre la separación de sus piernas, a centímetros de los genitales de Neal.

—¡Mierda! —reemplazó los sonoros insultos por silenciosas plegarias—. ¡Ya márame de una vez, o piensas hacerme arder como a Finn!

—No, tú no mereces el esfuerzo, además... ¿quién te dijo que vas a morir? Sullivan rio.

Las fachadas caían, como un suceso propio de la naturaleza. Ya no había más rostros fingiendo lealtad, el enemigo no tendría que ser tratado como amigo.

—Yo no me dejaría vivo —convino el hombre.

—Yo no soy tú, es más, acabas de hacer notoria la línea que los separa a ustedes de nosotros, ¿no es así? —Rage estaba poniendo todo el esfuerzo posible para no entrar en conflicto consigo mismo y desatar la neblina roja. No podía volverla a cagar. Y podía olerlo, estaba a pasos de hacerlo. ¡Mierda, estaba cada vez más susceptible! ¿Qué demonios le ocurría? Sullivan estaba en lo cierto, parecía un maldito afeminado, en todos los aspectos—. Dame el beneficio de la duda, Neal. Si me das el nombre que los dos sabemos que busco, puedes marcharte... nos eres funcional, serías algo así como la bandera de largada. Una vez que estés lejos de aquí, inicia el primer round.

—No te creo.

—¿Tienes otra alternativa?

—Morir sin decir una puta palabra.

—Ok... si así lo quieres.

Desencajó el cuchillo de la madera, limpió los restos de sangre en la

camisa de Sullivan, y lo volvió a guardar en la funda de la cintura. Fue hasta una de las esquinas, se perdió en la oscuridad ante los ojos de Neal, y regresó trayendo consigo un trozo de cadena oxidada, gruesa, el tramo no debería de medir más de un metro.

—¿Qué mierda, Rage?

—Lo pides, lo tienes. —Enrolló parte de la cadena en su mano, y la agitó como un látigo. Impactó sin piedad en el estómago del hombre. El dolor fue tan profundo que ni emitir quejido pudo—. Sé que Finn, junto a Callaghan, fueron los ejecutores. —Volvió a agitar la cadena, dio en el mismo lugar. Sullivan escupió sangre—. ¿Quién dio la orden? ¿Fue Crowley?

Patrick Crowley detestaba a Daniel desde mucho antes de la tregua. Le había arruinado el negocio de las niñas importadas para la prostitución, un negocio de millones de dólares. Una niña virgen cotizaba alto en el mercado de la perversión.

—¡A Crowley no le dan ni los cojones ni el cerebro! —Se dio el permiso de reír. La cadena se estrelló contra su mandíbula. Neal escupió dos, no, tres de sus dientes—. ¡Tan movidos por la venganza están que no pueden siquiera ver más allá de sus narices! Piensa, Rage. ¿Crees que esto se trata de valores o resentimientos? Apreciaba a Daniel, pero el aprecio no te llena los bolsillos.

—¡No vuelvas a nombrarlo, me oíste, maldito bastardo! —Lo tomó de la mandíbula, la aprisionó hasta robarle un grito. El control se escapaba de él, la imagen del cuerpo de Daniel, colgado en uno de esos ganchos para cerdos, se reproducía en su mente como una condenada película. Los puños se le tensaron, parecía que la presión interna, la furia, desgarraría el cuero de los guantes—. ¿Dinero? ¿De puto dinero se trató? ¡Todos han recibido su parte, siempre!

—No se trata solo de eso, Rage... —habló como pudo considerando que la mano del sicario no liberaba su dolorida mandíbula.

—Aleccióname, hijo de perra, ¿de qué se trata?

—No puedes crear las reglas y jugar... ¿entiendes? No puedes cocinar el pastel y pretender comértelo todo. ¡A nadie le gustan las migajas! Los tiempos cambian, las necesidades también...

—Y también las lealtades —gruñó Rage empujando la silla.

Sullivan cayó hacia atrás, el sonido de su cabeza al golpear el pavimento se perpetuó en la vacía soledad de la fábrica. La vista se le nubló por unos cuantos segundos. La muerte estaba golpeando a su puerta, si quería sobrevivir

debía de confiar en las palabras del sicario, un nombre a cambio de un día más. De ahí en adelante, quedaba a su cuenta.

—No existen las lealtades en la clase de vida que llevamos, solo conveniencias... y cuando perdimos la conveniencia, perdimos la buena voluntad.

—¿A qué te refieres? —Tomándolo de la camisa, regresó la silla a la verticalidad.

Existía un punto de quiebre, no eran necios, sin embargo, no indagaron pues analizaban el cuadro general, no el individual. Claramente, todo se trataba de este último.

—¿Crees que Daniel no sabía que tras su espalda ocurrían cosas que se escapaban de su control? —La mirada de Rage, teñida de rojo, le alertó que si quería conservar la vida tenía que hablar sin rodeos—. Los albaneses tienen un contacto en el puerto, hace años que abastecen de armas a los chinos y a Crowley. Los intereses en común crecieron... la mutua dependencia también.

—Crowley detesta a los chinos.

—Verdad, y los chinos detestan a los albaneses. Creo que es una cuestión idiomática. —Alzó los hombros como pudo. Estaba a pasos de perder la conciencia por la pérdida de sangre—. Necesitaban un nexo, para poder generar negocios juntos y fagocitar a Daniel... alguien que conociera la dinámica de sus reglas, sus contactos... alguien que supiera manejar los números para hacerlos rentables.

—Oscar... —masculló Rage con los dientes tan apretujados que Neal pudo oírlos rechinar. La puta pieza del rompecabezas que faltaba.

La neblina roja se disipó. *No la cagues, tienes lo que viniste a buscar.*

—Si tu hermanito no hubiese metido sus narices...

Se refería a Greed, él había detectado la sutil filtración de dinero en los libros contables, unos libros que habían estado a cargo de Oscar Mullan durante años. Daniel confiaba en él, pero no tanto como en Aiden, uno de los niños que había puesto bajo su resguardo. La palabra y la exposición de Greed dilapidó en días la amistad de toda una vida entre los hombres. Fue esa amistad, y el contexto en el que se develó la traición, lo que hizo que la cabeza de Mullan no rodara. Las décadas compartidas fueron el pasaporte a la redención del hombre, y esa redención fue la condena definitiva de Daniel.

Oscar Mullan, olvidado, enterrado en el pasado. Una sombra... una sombra que debía pagar por los pecados cometidos.

Recapturando el cuchillo entre sus manos, cortó las sogas que lo ataban a

la silla para liberarlo.

—Dile a Oscar que dé su último respiro...

—Yo no estaría tan seguro, los albaneses tienen las armas, y Huang Liu... bueno, el desgraciado tiene matones por todos lados, estos putos chinos se reproducen más rápido que el moho.

—Huang Liu nunca fue ni será un problema... —sentenció a modo de despedida—. Recuérdaselo de mi parte.

Los dedos le crujieron, casi que podía llegar a considerarse a esa melodía como un reproche. Sus articulaciones encontraban la razón de su ser moliendo a golpes a todo aquello que se encontraran en el camino.

Si la circunstancia fuese otra, si no fuese que pretendía disimular las apariencias frente a su chica country y el pequeño Dashi, la hubiese vuelto a cagar. A cagar a lo grande. Sullivan se merecía el contacto con sus puños hasta que los nudillos le nublaran la vista y le hicieran escupir el resto de los dientes. Pero un Neal Sullivan muerto implicaba extender la labor del día, limpiar más evidencia de la necesaria, deshacerse del cuerpo, o lo que era más complicado, plantarlo en un lugar estratégico para que el mensaje de su muerte alcanzara a los destinatarios correctos. Demasiado. En otra ocasión..., se dijo. Le obsequiaría ese privilegio a Crowley, a Mullan. ¡A cuánto mal nacido se le cruzara!

Las risas se hicieron oír desde el elevador. Fue sutil en el ingreso a su apartamento, no quería ser el artífice del declive de los buenos ánimos. No lo fue. Ni Dashi ni Cadence cayeron en cuenta de su presencia. Rupert fue el encargado de delatarlo, del regazo del pequeño, saltó a la alfombra, y de ahí, directo a él. El felino se frotó en su pantorrilla izquierda como si fuesen grandes amigos. Dashi siguió el camino del animal con la mirada, una que decantó en Rage. El niño sonrió, y Darren, mafioso de profesión, con especialización en asesinatos por encargo, le correspondió la sonrisa. Tal vez no era tarde para Dashi. Tal vez no le habían arrebatado del todo la infancia. Recordó las palabras de Nessa... *Una vida era suficiente. Con una bastaba, porque esa vida, de una u otra forma, se convertiría en un nuevo principio.*

Cadence era el nuevo principio del pequeñín...

Los ojos de la muchacha siguieron a los de Dashi para colisionar sin medida con los de Rage. Que comenzaran a entenderse con tan solo una mirada ponía en jaque al temple inquebrantable del sicario. Si las miradas pudieran subtitularse, la de ellos dirían algo así:

—¿Qué tal tu día, cariño?

—Lo estándar, torturé a un hombre para conseguir información. ¿Tú?

—Nada del otro mundo, aquí, con el niño, refugiados para que no nos asesinen.

—Perfecto, ¿qué hay para cenar?

La realidad del momento no fue muy lejana a los pensamientos de Rage.

—Te estábamos esperando, preparé macarrones con queso.

Rage arrojó la chaqueta y la tarjeta llave sobre la mesa principal.

—No era necesario que me esperaran —intentó que su voz sonara con total desinterés.

Aunque lo ocultara a la perfección, la preocupación fue lo que lo regresó a casa. Cadence y el niño habían estado bajo el resguardo de Nessa mientras él resolvía el asunto Sullivan, y *Redemption* no era el lugar adecuado para Dashi, menos que menos, para la inocente chica country en shorts vaqueros, musculosa y botas que tenía frente a él. Sin duda, la sobreprotección se le estaba yendo de las manos.

—Dashi así lo quiso. —Cadence no daría el brazo a torcer. Si él expresaba indiferencia, ella también. Atacaba y se relacionaba de la misma manera.

—¿Dashi? ¿Desde cuándo ha aprendido tanto inglés el crío? —fue irónico.

—No le es necesario... —Abandonó la comodidad del sofá con el móvil en la mano—. El traductor de Google lo hace por él. Desde que se lo enseñé no ha parado de hablar.

Google *traslate*, ¿por qué mierda no lo había pensado antes? ¡*Por poner tu maldita atención en las piernas de Cadence!* La razón intentaba mantenerse a flote, tarea que le estaba siendo más difícil cada día. Entre la ira que lo gobernaba y el deseo que lo provocaba, la razón se encontraba perdida. Puro desasosiego.

—¿Qué te ha contado? —Siguió los pasos de Cadence al otro lado de la barra de la cocina.

—No mucho... lo intenté. —Sintió la mirada de reojo de Rage quemarle la mejilla—. No me mires de esa manera... —Apiló tres platos y se los entregó.

—¿Cómo te miro, Cadence? —Tomó los platos por puro automatismo.

—Ya sabes cómo... con esa mirada de: *pudiste haberlo intentado un poco más, chica country*. —Hasta le imitó la voz.

No podía creerlo, le estaba tomando el pelo con total descaro. ¡*Agggg, Cadence, mi dulce... Cadence!* Por dentro ardía.

Ella fue hasta el refrigerador, capturó un trozo de queso —el tipo de queso que se utiliza para aderezo de pastas—, y cogió un rallador de uno de los muebles bajo la encimera. Cerró la portezuela con una suave patada.

—Repito, lo intenté... —Cadence habló en vano. La claridad mental de Rage se había quedado prendada al suave movimiento de su cintura...

Cadence Hazel traspasaba el límite del deseo. Construía un inesperado anhelo en él, instauraba una demanda en su cuerpo que iba más allá de la satisfacción de meterse entre sus piernas.

Esa cocina, cada maldita pared de ese apartamento, no albergaba recuerdo alguno similar. La soledad de una vida dedicada al servicio de la muerte y la consecuencia de un pasado que marcó en su piel la necesidad de distancia física y emocional no concebían como posible lo que ahí estaba ocurriendo.

—¿Me has oído? —Cadence se paró en seco para enfrentarlo y los cuerpos se chocaron.

—Lo siento... —balbuceó. Él no balbuceaba.

—Te he dicho que cada vez que le preguntaba cómo había llegado a ese hotel, sus dedos se anudaban a la tela de la camiseta y sus ojitos pestañeaban... No tengo intenciones de forzarlo, si hay algo que quiere olvidar, es mejor que lo olvide, ¿no lo crees así?

—Hay cosas que no se olvidan jamás, Cadence. —Sin proponérselo, esa oración revelaba la verdad oculta en sus tatuajes—. Aun así, has hecho bien...

Los cuerpos estaban separados solo por la circunferencia de los platos. Las miradas, enfrentadas, no se desafiaban como ya lo habían hecho, continuaban vestidas de complicidad. Los pechos se elevaban en un armonioso ritmo, las mismas sensaciones golpearon dentro de ellos.

—Ten... —Sin apartar sus ojos de ese profundo océano llamado Rage, abrió la cajonera a la derecha, y con una destreza sorprendente, cogió tres tenedores y los colocó sobre la vajilla que él sostenía —. Ve a la mesa —le ordenó.

—Vaya, veo que ya te sientes como en tu casa —resopló él en un falso fastidio.

—Viendo y considerando que mi estadía aquí va a prolongarse más de lo esperado, sí... me he tomado la molestia de hacerla propia. ¿Algún problema? —lo provocó.

—Mientras no cuelgues tus bragas en mi terraza, estamos bien...

La risa de Dashi le hizo retornar al punto de importancia. Era mejor aprovecharse de la escapatoria que el niño le daba. Fue junto a él, depositó la

vajilla en la mesa ratona y la distribuyó sobre los individuales de tela que funcionaban como protectores para que el calor de los platos no dañara la madera. No había mucho que pensar, se cenaría frente a la TV. Rage estaba acostumbrado a esa rutina, la gran mesa con sillas a mitad del living cumplía una función decorativa, llenaba el espacio vacío. Y Darren estaba repleto de ellos, de malditos vacíos.

Cadence los acompañó cargando consigo la fuente con macarrones con queso que había atesorado tibia dentro del microondas a la espera del dueño de casa. Su trasero se dejó caer en el sofá sin contar con que el macizo y fornido cuerpo de Rage había hundido por demás a los mullidos almohadones. El efecto no pudo evitarse, su cuerpo se adosó al del sicario. A Dashi le ocurrió lo mismo. Rage estaba rodeado, y la incomodidad que nacía de la cercanía inesperada le hizo ir en busca de un plan de contención. Sirvió los macarrones, de lo contrario, los apartaría a codazos. Luchaba contra la común reacción de su cuerpo que detestaba el contacto; sin embargo, una sensación que no hallaba palabra ni expresión se manifestaba queriendo más y más de ello.

Cadence tomó el control de la TV para darle *play* a la película animada que estaba en pausa.

—¿Te molesta? —Le consultó antes de reactivarla.

—En lo absoluto. —Metió una buena porción de macarrones en su boca.

¡Joder, estaban condenadamente deliciosos! Disimuló. No iba a estimular el ego culinario de su chica country. *¿Su chica country? Mmmm... Cállate y come macarrones.*

—Dashi... —Le entregó una servilleta de tela al pequeño. Él ya había adquirido la práctica, y sin más explicación, la acomodó sobre el regazo.

—Señor Rage. —Hizo lo mismo con él. El sarcasmo realzó cada letra.

Él bufó, por el tono en su voz, y por la acción. *¡Lo que le faltaba, que lo trataran como a un niño!* A pesar de ello, imitó a Dashi.

—El señor está demás —masculló antes de que la boca se le inundara con otra ración de macarrones.

—Diría que *Rage* también lo está, pero... —Con ese comentario Cadence se ganó una mirada de reojo con otro evidente subtítulo: *No me presiones, rubia.*

Dashi saltó sobre el cojín, ajeno al intercambio entre ellos. Toy Story 3 era más interesante que las indirectas de los adultos.

—¿Qué se supone que estamos viendo? —Darren intentó cambiar la ruta

de la conversación, hablar de la estúpida película, por ejemplo.

El plato de Cadence golpeó sobre la mesa para escenificar el estado de shock.

—¡Por los cielos! ¡Es *Toy Story*, todo el mundo ha visto *Toy Story*! —giró en el sofá para enfrentarlo.

—No todos, yo no, y podría hacerte una lista de muchos otros más. Para algunos, los dibujos animados no son una prioridad de vida. —Él continuó con la mirada en la pantalla y con las manos aferradas al plato y al tenedor.

—No son simples dibujos, son películas animadas... ¿alguna has tenido que ver?

Si hasta su padre, ferviente detractor de la industria televisiva y cinematográfica, se había rendido a *Cars*. Rage no podía ser una excepción tan grande.

—No... —Habló con la boca repleta. Al diablo las formas, lo estaba impacientando—. Nunca.

—¿Nunca? ¿Acaso no tuviste infancia?!

La historia del hombre con la que ella contaba era por demás escasa, aunque suficiente como para intuir que con su pregunta idiota se estaba introduciendo en un terreno más que pantanoso.

—No, Cadence... —La poca paciencia que poseía se desinfló como un globo pinchado. Dejó los macarrones en la mesa, se aseguró de no golpear el plato para no alterar al pequeño. De no ser por él, hubiese quebrado la vajilla en dos—, no la tuve. ¡No todos tuvimos la misma suerte que Dashi!

¡Tú y tu maldita manía de hurgar en la vida de los demás, Cadence! Cientos de veces se lo echó en cara su madre, no es de buena educación ser una metiche, niña. *¡Mierda, nunca aprendería!*

—Lo sien... lo siento, yo... —Primero balbuceó, luego recobró la entereza. ¿Qué tenía que aprender? Aprender a tolerar, a aceptar, a sobrevivir tragándose los sentimientos como si fuesen putos macarrones—, yo solo intentaba entablar una conversación contigo. Esto... no es para nada sencillo, ¿lo sabes, no? —Abandonó el plato en la mesa, se cruzó de brazos y acomodó la espalda contra el respaldo del sofá—. Lo parece, pero no lo es. Solo soy una buena actriz...

¿Lo era? ¿Cuán buena actriz era su chica country? Saberla fingiendo ante él se comparaba a un golpe de puño directo al rostro. Él tenía un pasado que condicionó su vida convirtiendo a la ira en un arma de defensa. Una ira que probó su sabor al derramar sangre. *No vas a morir, no voy a asesinarte,*

Cadence. Ese era el estilo de consuelo que él podía brindarle. Nada más. Ni siquiera palabras...

La espalda ancha de Rage hizo lo mismo que la de ella, se refugió en el respaldo. Sin más alternativa que el silencio, dedicaron la atención a la pantalla.

—Buzz... —Dashi enloquecía cuando el personaje animado se robaba el protagonismo. Tanto Darren como Cadence pensaron en la suerte que tenían al contar con el pequeño árbitro de humores—. Buzz... —repitió, y agregó—: Rage... Rage Lightyear.

Cadence captó la comparación de inmediato. La carcajada no tardó en abandonar la garganta.

—¿Qué es lo gracioso? —demandó él con una de las cejas en lo alto consciente de que era el centro de burla.

—Tú... Buzz, Dashi tiene razón. —Señaló la película; puso la imagen en pausa: Buzz Lightyear en una de sus poses características, puños a la cintura, pecho hacia afuera, cabeza en lo alto y ceja alzada—. Oh, no, detente... —Estaba tentada, la ceja, el color de ojos, la expresión. Rage era el puto Buzz con barba y sin traje de astronauta, como si la decadencia lo hubiese tomado prisionero tras el despido de Pixar—. ¡Ya deja de hacer eso!

—¿Que deje de hacer qué, mujer? —Lo iba a enloquecer. No paraba de reírse de él. La risa de Dashi se le sumó.

—¡Maldición... de ser Rage, deja de ser Rage por un momento! —pidió entre carcajadas.

¿Cuánto tiempo puede un espíritu dañado resistirse a la contagiosa melodía de la risa? Encontró el reflejo de la expresión de su rostro en el borde superior oscuro de la pantalla. *¡Joder, si se quitaba la barba! ¡Mierda!*

¿Cuánto tiempo...? No demasiado. Una carcajada llevó a la otra, y a otra... y otra...

Un estómago saciado y un corazón satisfecho encuentran la calma en un abrir y cerrar de ojos. En especial para Dashi, que no había contado con esos privilegios desde hacía tiempo. La cabeza del pequeño se rindió al sueño en el regazo de Rage. Alzándolo en brazos, lo recostó en la habitación principal. No más Rage Lightyear por esa noche.

Cadence levantó los restos de la cena. Los colocó dentro del fregadero, esperó a que el agua se templara para limpiar los desechos grasosos de los platos antes de colocarlos en el lavavajillas.

—Creo que el niño va a soñar con ese condenado personaje... —Rage regresó y le hizo compañía junto al fregadero.

—No tengas la menor duda... vio todas las películas hoy, y luego las repitió. Le prometí que iríamos al cine a ver la nueva.

Darren resopló. Todavía había ciertas lagunas mentales en Cadence, no lograba ver la magnitud real de los hechos. No estaban seguros fuera del apartamento, no estaban a salvo sin él.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, Cadence.

Una vez más, el estilo de vida tras lujosas rejas salía a la luz.

—¡Es solo un cine! —Exprimió con fuerza la esponjilla de limpieza que tenía entre las manos.

—No, no lo es —dijo cruzándose de brazos ya sin cejas alzadas que se prestaran a la risa—. Es una puta sentencia de muerte, eso es lo que es. ¿Crees que se han olvidado de ti o del niño?

—Sí... no... —Cerró el grifo, el enfado crecía en ella—. No lo sé.

No existía mujer que lo alterara más. Se arrancaría la barba de un tirón solo para saciar a la furia que se expandía en sus extremidades.

—Pues es tiempo que lo sepas de una condenada vez, Cadence. ¡Soy tu puta sombra! —El cuerpo de Rage demandó la cercanía. Entraba en un conflicto cuando de ella se trataba, se ubicaba entre la espada y la pared, tenía dos opciones: o la mataba él por su falta de seso, o mataba al resto del mundo para evitar que la dañaran—. ¡Cielos, si hasta Dashi lo entiende, porque no puedes hacerlo tú, mierda!

—¡Házmelo entender, entonces! —La hebilla con forma de estrella del cinturón de Cadence rozó la masculinidad de Rage que se encontraba decidida a esconderse tras la tela de los tejanos.

—¿Qué haces?

—¿Qué parece que hago? —La mano de Cadence tiró de su cinturón para acercarlo a ella. Los cuerpos chocaron contra la encimera del fregadero.

Sí, estaba loca, lo reconocía. Había un término para ello, uno psicológico, no recordaba cómo se llamaba. El vínculo entre el secuestrador y su víctima se expandía alcanzando el límite del delirio sentimental y... bla bla...

Él no era un secuestrador. Ella no era su víctima. Tan solo una muchacha sin seso, como a Rage le gustaba catalogarla. A la mierda todo, conocía ese cuerpo desnudo, ahora quería sentirlo. ¿Quién podría juzgarla? Combatir el estrés era fundamental dada la situación.

—¡Estás loca! —dijo apartando su mano, pero sin tomar distancia. Algo se

lo impedía.

¡El maldito deseo, idiota! Cierra tu boca y hazle caso...

—Eso ya es noticia del periódico pasado... dime algo que no sepa. —No cedió, empujó el cuerpo de Rage con el suyo, e introdujo la mano en su pantalón—. No te preocupes, no voy a romperme porque me folles duro.

La palabra follar en los labios de Cadence fue como una mamada preliminar para Rage. La erección comenzó a hacer contacto con la mano de su chica country.

—¿De qué hablas? —La tomó de la barbilla con la presión justa, la forzó a mirarlo.

—Las oí hablar en *Redemption* sobre mí... que me romperías en cuanto me pusieses en cuatro, y desde que lo oí, pretendo llevarles la contra.

La invitación sexual más extraña del universo, pensó Cadence. Loren estaría feliz, sus enseñanzas finalmente servían de algo.

—¿Quieres follar duro? —Él ya estaba duro. La pregunta fue un formalismo.

—Quiero follar contigo... y si a ti te gusta de esa manera, estoy abierta a la experiencia.

Ni una sola de esas palabras parecía formar parte del vocabulario de la rubia country llamada Cadence Hazel. Rage no jugaba en esos términos, no le gustaba la desventaja en esa clase de ámbitos, pero ya no podía echarse atrás, la invitación había sido aceptada por su cuerpo. ¡Mierda!

—Desnúdate —fue la primera orden que abandonó su boca contraída por el deseo.

—¿Aquí?

—Aquí y ahora.

El concepto de *follar duro* incluía todo, pensó. Follar contra la encimera de mármol y las alacenas potenciaría el concepto. *¡Al diablo, no era una puritana!* Se quitó la camiseta de tirantes con rápida habilidad, desprendió la presilla del sostén blanco de algodón y lo arrojó a sus pies.

Los dedos de Rage crujieron cuando las manos se cerraron en puño. Los pechos de Cadence, rellenos, jóvenes y erguidos, con sus pezones enrojecidos y erectos, eran como una gota de agua en el desierto para un sediento. Beber de ellos, hundir el rostro en la pequeña planicie que los separaba. No lo hizo, y la palpitación en su miembro fue intolerable. Si cambiaba las reglas, le permitiría el control del juego a ella.

—Quítate todo... —gruñó entre dientes. Cadence desabrochó el cinturón y

el botón del short—. Todo menos las botas, déjatelas puestas. —Contaba con una que otra fantasía en su nombre, y estaban en tiempo de revancha. Se las cobraría.

Que él la contemplara ocultando la lujuria en los ojos bastaba para hacerla humedecerse ansiosa de recibirlo. El pantaloncillo, junto a sus bragas, descendió hasta rozar los tacos de las botas, elevó las piernas un par de centímetros para hacerse a un lado, condenando a las prendas al frío del piso.

—Gírate —fue la última orden.

Privarse del placer extra que sus ojos le entregarían era un pecado. Cadence se lo haría pagar en cuanto pudiera. No era ajena a lo que le sucedía a su cuerpo, podía sentir que su sexo latía a la espera del pene de Rage. Giró expectante. La cercanía de su cuerpo fue precedida por el aroma de su perfume, uno que ella ya reconocía. Inspiró profundo... y la inspiración se detuvo cuando las manos de él se aferraron a su cadera. Por instinto elevó el trasero a modo de bienvenida. Podría aceptar la descortesía del juego preliminar si es que...

¡Mierda... Oh... Maldito hijo de una gran perra!

La mano izquierda del maldito atacó por la vanguardia a su sexo, y la derecha, tomó de sorpresa a su retaguardia. Se aferró a los bordes del mármol para no perder el equilibrio. Mientras introducía el grueso pulgar dentro de ella acrecentando su humedad y dilatándola, sus otros dedos separaban los labios vaginales para liberar al clítoris de la carnosa prisión y torturarlo. Maldición, le faltaban manos a ese puto sicario, no tenía las suficientes, y Cadence utilizó las suyas para abrazarse al placer. Se sostuvo con una de ellas, y con la otra se acarició los pechos imaginando que era él quien lo hacía. Gimió, y se mordió los labios para contener los gemidos siguientes. Echó la cabeza hacia atrás, golpeó contra su pecho. Ese mínimo contacto la excitó más, comenzaba a comprender que no obtendría todo de él, pero que, a cambio, él la compensaría con creces. Quitó el pulgar, y lo reemplazó por dos dedos dentro de ella. *Oh... ¡Dios!* Pellizcó su propio pezón, y abandonó la caricia en camino directo a su sexo, sus dedos se confundieron con los de Rage en esa frenética danza sobre el punto álgido del placer.

—No te corras, Cadence. No todavía.

—No... no lo haré —dijo entre ahogados jadeos.

A él le excitaba el sexo duro, y a ella le excitaba ver la expresión del hombre que tenía entre sus piernas. Podía postergar el orgasmo hasta que eso ocurriese.

—Tú continúa —dijo apartando la mano y motivándola a que continuara con la masturbación. Buscó el condón en el bolsillo del tejano, rasgó el envoltorio, se bajó el pantalón y la ropa interior hasta el anclaje de sus nalgas, enfundó el pene duro y caliente en la protección, y la penetró de una sola embestida.

La fuerza de la penetración le hizo perder el equilibrio. Él la sostuvo de los cabellos, al tiempo que hizo su cabeza hacia atrás para murmurarle con el fuego en la voz:

—A esto le llamo yo follar duro, chica country.

No le tuvo piedad, tenía que hacerle entender que solo con él estaba a salvo... solo con él.

La humedad con la que lo recibía le permitía deslizarse en su interior hasta alcanzar la mayor profundidad. Con la mano libre aprisionó su cadera. La presión de sus dedos dejaría una huella, no le importó, empujó, dejó que el peso de su cuerpo impactara dentro de ella, contra ella...

El cuerpo de Cadence comenzaba a rendirse, estaba a punto de convulsionar. Las manos de la muchacha perdieron el control y buscaron soporte sobre el fregadero.

—Oh... Rage —gimió sin poder contenerlo en la garganta.

No te corras... No te corras. Ahora, el destinatario de esa demanda era él. Liberó los cabellos de Cadence para que sus dedos regresaran a la humedad vaginal de la chica country. La excitación lo desbordó al comprender que el cuerpo de la mujer que tenía a su merced no se saciaba con facilidad. Quería recorrer ese clítoris con su lengua, saborearla. *¡Mierda, mierda! Ya calla.*

Embistió con fiereza, cada rabiosa penetración expresaba la naturaleza salvaje de su alias... *Rage, Ira.*

El escurridor de vajilla fue una víctima colateral, Cadence lo sostuvo antes de que cayera al suelo y provocara un estallido masivo. La única gota de cordura le recorrió la frente.

—Espera... espera. —Apartó la mano de Rage de su vagina—. ¡Detente! —Utilizó a sus caderas como elemento de empuje para separar los cuerpos.

—¿Qué demoni..? —El deseo y la frustración se hicieron íntimos amigos en ese instante.

¿La habría dañado? Idiota... maldito idiota.

Los cuerpos se separaron sin estar satisfechos. Cadence dejó escapar una pícaro risa, se giró a él llevándose el índice derecho a los labios en señal de silencio.

—Despertaremos al niño... —susurró cambiando la acción de su dedo. Ya no indicaba silencio, sino invitación.

Los tacones de sus botas marcaron el camino, desnuda, con el rostro y los pechos perlados resultado de la sensual actividad, giró una y otra vez. Era un maldito y provocador trompo... trasero, pechos, trasero, pechos... y esa abundante cabellera rubia que enloquecía a Rage.

—Ven... —lo invitó cuando estuvo junto al sofá.

Era jodidamente sexy... Maldición. Si no volvía a penetrarla, se correría en el puto condón frente a sus narices. *¿Qué demonios?*

Quizá fue porque la excitación lo dominaba y le nublabo algo más que el pensamiento. Quizás, además de jodidamente sexy, era una hábil manipuladora. Como fuese, las costumbres de Rage fueron arrancadas de raíz por esa rubia texana. Con un solo movimiento, lo tomó de la camiseta y lo empujó hasta hacerlo caer de nalgas al sofá. Para que no opusiera resistencia al cambio de roles, se sentó a horcajadas sobre él.

—¿En qué estábamos...? —Tomó el pene erecto de Rage con la mano y lo guio hasta la abertura de su cavidad. La gravedad y sus caderas hicieron lo demás.

Los dos gimieron cuando los cuerpos volvieron a ensamblarse. Darren no pudo manifestarse en contra de tal... tal... *Oh, Cadence.* Se reservaría la sensación para sí. Rage ya no era Rage. Lo habían tomado por asalto.

Los movimientos de Cadence eran letales, profundos... y las expresiones en su rostro eran una puta droga. Verla morderse los labios y entrecerrar los ojos elevaba muy por lo alto al límite de la excitación.

Las manos de Cadence fueron en busca de las de él... era tiempo de pagar. Las colocó en sus pechos. Él los acarició, rozó los pezones y movido por la locura que significaba tenerla cabalgando sobre él, los lamió. Jugó con ellos.

—Sí... sí... —gimió ella—. Ahora si voy a correrme, Rage. —Estallaría, con los labios del hombre en sus pezones, con su miembro dentro de ella, y con el roce de su clítoris contra el vello que le cubría la pelvis— ¿Puedo correrme? —suplicaba.

—No... —dijo entrelazando los dedos en su cabellera para atraerla a él.

Las reglas habían sido rotas. Se enfrentaría a eso más tarde, una vez que estuviera saciado de ella. Entre los restos de esas reglas, yacían las necesidades pendientes, anheladas y acalladas...

Se elevó con ella aprisionada a su cintura, y giró para hacerla recostar a lo largo en el sofá. El peso del cuerpo de Rage fue la nueva prisión de Cadence.

—Mírame. —Las órdenes se hicieron nuevamente voz en él.

Los ojos verdes de Cadence, opacados por el brillo de la lujuriosa ansia, obedecieron. En los de Rage encontró la verdad que él callaba, la naturaleza de su ser, la oscuridad que lo convirtió en el hombre que era.

Fue suave, pero persistente, el vaivén de caderas fue compartido. Los gemidos también.

La besó con delicadeza, por temor a romperla... Mentira. Por temor a romperse.

Murmuró sobre sus labios.

—Córrete, Cadence... hazlo, córrete por mí.

Ella cerró los ojos. Ahogó el grito en la garganta, y se desarmó bajo su cuerpo. Él estalló al mismo tiempo, derramándose, perdiéndose en un placer fuera de lo común.

Mierda... la había vuelto a cagar. Y todo por ella, por Cadence Hazel. Muchacha sin seso... Sería su perdición, o tal vez su... redención.

CAPÍTULO 10

22 años antes...

Desde que Darren era un *angelito* todo cambió en su vida. Era demasiado chico para entender lo que sucedía, y las preguntas que se arremolinaban en su mente no tendrían respuestas en demasiados años.

Perdonaba a Kirian, claro que sí, y a veces pensaba en seguir sus pasos, pero siempre cambiaba de parecer. Sus penurias no se comparaban a las de su hermano, porque podía seguir los consejos de Ronan: nunca dejar el orfanato.

Darren no imaginaba peor infierno que el que vivía; solo sabía que tal cosa existía, porque creía en Ronan, y creía en él porque era fuerte, recibía palizas a diario y defendía a los más pequeños; y porque le explicaba las cosas de un modo que Darren, con sus seis años, entendía.

—No te burles... —dijo el pequeño Foley a su nuevo amigo.

Otro de los muchachos, Karl, lo había tomado de punto por el nuevo peinado, y Ronan lo había defendido; como era habitual.

—No lo hago, aunque te ves ridículo.

—Ya lo sé, no sé en qué pensaba. —La mano de Ronan le despeinó los desprolijos cabellos rubios.

—Yo sí sé, así que déjalo... no le des más importancia.

Darren se había hecho con las tijeras en un descuido de uno de los guardias y, en lugar de lastimarse adrede, como había pensado en un inicio, se cortó el cabello casi al ras. En cuanto vinieran los de la congregación a cumplir con las horas de servicio comunitario, lo raparían por completo para emparejar el desastre cometido. El niño quiso hacer desaparecer sus mechones de cabello para que el sacerdote ya no lo llamara: mi angelito rubio.

Ronan lo sabía. Karl también.

Todos allí conocían lo que sucedía, y lo sufrían. Una decena de niños al servicio de la depravación más oscura.

—Karl me tiene cansado, ¿sabes?, quizá la próxima vez que me haga con las tijeras... —Darren quería mostrarse fuerte, volverse un matón, sobrevivir.

—Karl ha dejado el orfanato un par de veces, Darren. Déjalo en paz... Solo defiéndete cuando te ataca, pero no lo ataques si no hace nada.

—¿Por qué?, él vive metiéndose con los más pequeños.

—Hace eso para sentirse en control de algo, es lo único que tiene... ha dejado el orfanato —repitió en un susurro. La peor de las pesadillas, el mayor de los temores, lo que sucedía cuando dejaban de ser los preferidos del padre Peter.

—Pero tú no lo haces... —insistió Darren. Era indispensable para él trazar una línea entre buenos y malos, una separación que se volvía borrosa cada día.

—Sí lo hago, eso es exactamente lo que hago cuando te defiende a ti o a los demás. Impongo reglas, me proclamo líder... Es necesario, es... lo que me ayuda a creer que no estoy del todo a merced del sacerdote.

Los ojos celestes de Darren se fijaron en Ronan con desconcierto. Hacía días que estaba con ese humor, demasiado melancólico y filosófico para un niño de su edad. El más pequeño no entendía nada de lo que el otro decía.

—¿De dónde sacas esas explicaciones? —preguntó—, ¿cómo haces para saber lo que sentimos? Hablas como un adulto, pero no eres un adulto. Los adultos son malos, así que espero que no te vuelvas uno.

—De aquí —dijo Ronan y alzó su camiseta para revelar lo que escondía entre la cinturilla del pantalón. Un libro.

—P-si-cooo... —Darren aún no leía de corrido. Ronan lo hizo por él.

—Psicología: Los niños adultos. Consecuencias del abuso. —Era un texto demasiado elevado para la edad de Ronan, y la mayoría de las palabras escapaban de su comprensión; otras, en cambio, daban de lleno y explicaban lo que sentía, sobre todo, la culpa y la vergüenza. Era la herramienta para entenderse y entender a los demás, incluso a Karl y su afición por hacer daño. No solo molestaba a los más pequeños, también lo había visto torturar animales como palomas o ratas. Repetía el patrón, y a Ronan lo asustaba que a él pudiera sucederle lo mismo, volverse un ser tan vil como el sacerdote.

—¿Cómo has dado con él? Aquí no hay libros... —Darren fue preso de la curiosidad. Nunca le habían gustado los libros, pero ahora, que estaban casi prohibidos, quería tener una enorme biblioteca repleta de cuentos.

—Erin...

—¿Quién?

—Erin... una de las niñas del otro pabellón. Ella, bueno, ella ha salido. Casi todas las niñas salen, solo que Erin consigue cosas que intercambia cuando regresa. Como este libro...

—¿Hablas con niñas?

—Erin es mi amiga. —Quizá había sido el modo, colmado de celo y

posesión con que lo había dicho, que hizo a Darren malinterpretar lo oído.

—¿Te gusta una niña? *Puaj...*

Ronan enfureció, su temperamento explotó como nunca antes le sucedió, y por poco golpea a Darren. La expresión de miedo del pequeño lo detuvo.

—¡No, no me gusta Erin! Y ya cierra la maldita boca. —Le dio un empujón y se marchó, para estar solo. Darren divisó una lágrima y desesperó.

—Ronan, ¡Ronan!, perdona, no quería molestarte. —No lo encontró por un buen rato. A Darren no le gustaban las lágrimas, le recordaban a Kirian. Para él, la gente lloraba solo antes de morir, y la idea de perder a su amigo lo angustiaba. Lo buscó por todos lados, hasta encontrarlo en la mugrosa lavandería, entre las sábanas sucias.

Ronan estaba sentado en el suelo, y se abrazaba a las rodillas. Podía ser que intentara actuar como adulto, incluso que los libros lo ayudaran a repetir palabras de las personas grandes, pero no lo era. Era un niño, un niño en transición a la adolescencia. Un pequeño abusado que sentía que el cuerpo lo traicionaba cuando despertaba con una erección o cuando se hallaba a sí mismo disfrutando de la imagen de una muchacha. Se sentía sucio, igual que Darren con sus cabellos rubios. Lo entendía a él, porque ya había pasado por esa etapa, pero ¿quién le explicaría a Ronan por lo que él transitaba?, ¿quién le diría que eso era normal?, ¿cuál era la diferencia entre un sano despertar sexual y una perversión?

Sí, Erin le parecía bonita, sin embargo, no pensaba en ella en esos términos. Jamás. Porque Erin se sentía del mismo asqueroso modo que él, aunque le había dicho que tenía ganas de que al fin le tocara el periodo, porque cuando eso sucediera dejaría de ser niña y entonces no la abusarían más.

—Ronan, no llores —pidió Darren—, por favor, no quise molestarte. Puedes darme un golpe, te autorizo, como hacía Kirian cuando me comportaba como un tonto.

—No quiero pegarte, Darren. —El pequeño se sentó junto al más grande—. Aunque estás en deuda conmigo y pienso cobrármelas.

—Bien, es lo justo. —A Darren la idea le agradó, Ronan ya no lloraba, eso era bueno.

—Le debo un favor a Erin, y no pude cumplirlo. A cambio de los libros, me pidió que hiciera algo...

—¿Qué?

—Que cuidara a su hermano.

—Y hazlo...

—No puedo, su hermano me teme y escapa de mí; es demasiado desconfiado y yo, demasiado amenazador. Así que tienes que acercarte tú a él, para cuidarlo...

—¿Yo?, pero si yo... —Se calló. Sí, lo haría, porque esa era la línea que dibujaba Ronan, que lo hacía estar en control. Lo que separaba a los que ayudaban de los otros que atacaban—. ¿Quién es su hermano?

—Aiden...

—¿El Raro?! —Ronan rio. Sí, Aiden era raro.

—Ese mismo. Darren, debes cuidar a Aiden y convencerlo de que él también debe hacer lo posible para no dejar el orfanato. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo... —dijo de mala gana.

Aiden, justo Aiden.

Si a Darren le preguntaran cómo era el orfanato, diría que es un sitio lúgubre, opresor, deprimente. Le recordaba al invierno, pero no al de días nevados y Santa Claus, sino a los de días nublados y grises, con lluvia y sin nada que hacer.

Si le hicieran la misma pregunta a Aiden, diría que era un edificio de dos plantas, de cuarenta y seis metros y medio de frente por cincuenta y tres de fondo, que el patio contaba con doscientos nueve metros, cubiertos con 3344 baldosas, 1672 blancas y 1672 negras. Que el pabellón en el que dormían tenía ocho rajaduras, tres grandes y cinco pequeñas, y que podía llegarse desde allí hasta la puerta en ciento trece pasos.

Aiden era raro. Y Darren había hecho una promesa.

El pequeño hermano de Erin era desconfiado, retraído y silencioso. Algo pendenciero, también, sobre todo, si lo mirabas fijo por largo tiempo. Aunque no le ganaba a Darren en eso; el niño Foley había aprendido a defenderse junto a Ronan, y debía enseñar lo mismo a Aiden.

—¿Qué miras? —La pregunta de Aiden estaba henchida de desafío. Iban a terminar a los golpes, y por eso Ronan no quería hacer la tarea; si el chico de doce años se medía con ese de cinco, las cosas terminarían mal. Pero entre ellos no había tanta diferencia física, Darren era apenas más alto y más corpulento.

—Te bañas vestido. —Señaló otra de sus rarezas.

—Y tú te cortas el pelo de manera horrible.

—Ronan dice que tengo mis motivos. ¿Tú, tienes los tuyos?

—Sí... ahora vete.

—No.

Aiden, empapado por la ducha, con las prendas chorreando agua, se arrojó sobre Darren para empezar la pelea.

—¡Dije que no me mires! —Tras varios golpes sin importancia, Aiden regresó a la ducha a fregarse la piel con violencia, para quitarse el contacto de las manos de Darren. Empezó a repetir números, los pasos del patio al pabellón, del pabellón al comedor, del comedor a la salida... cuando llegó a los pasos desde el pabellón al despacho del sacerdote, el modo en el que se frotaba le lastimaba la piel. Darren empezó a asustarse, intentó detenerlo, y solo consiguió que la mirada azul del pequeño lo helara. Aiden dejó de contar por unos segundos, y reinició la enumeración mientras lavaba la muñeca, justo donde los dedos del otro niño lo habían tocado.

Darren lo entendió, a su manera, lo hizo. Con los años las piezas encajarían mejor. Aiden ya había conocido el despacho del padre, se sentía sucio todo el tiempo; no quería que lo miraran, porque el sacerdote los hacía desnudarse y ese era el inicio del martirio. Darren era su angelito rubio...

—También te dice angelito...

—Veintiocho pasos de los baños al pabellón, catorce pasos de la puerta a mi cama...

—No eres rubio... —remarcó lo evidente. Aiden tenía el cabello negro, al igual que las largas pestañas que enmarcaban sus ojos azul zafiro—. No tiene nada que ver con ser rubio...

Darren se dejó caer en el suelo, y el agua de la ducha lo empapó también. Se sentía derrotado, quizá tendría que haberlo entendido antes de Aiden, nada de lo que hiciera podía cambiar su suerte. *Y... suceda lo que suceda en ese despacho, no es tu culpa, Darren*, las palabras de Ronan cobraron real significado.

— *Y... suceda lo que suceda en ese despacho, no es tu culpa, Aiden...* — repitió y el niño dejó de refregarse por un instante. Hicieron contacto visual, y el más pequeño cerró el grifo.

—Dije que no me miraras. —Darren bajó la vista, respetó la necesidad del otro—. ¿Qué quieres?

—Tienes una hermana, Erin... Ella le pidió a Ronan que te cuidara, pero como no dejas que se te acerque...

—Ronan tiene fuerza.

—Pero no la usa contra los niños. —Los hombros de Aiden se encogieron.

—Eso yo no lo sé, prefiero estar solo.

—Lo dices porque no lo estás, porque tu hermana está al otro lado... igual —Se puso de pie—, le prometí a Ronan que te cuidaría, así que no puedes deshacerte de mí. Es mejor que te acostumbres.

—No puedes cuidarme... cuarenta y siete pasos del pabellón al corredor, cincuenta y ocho al despacho, cinco a la butaca... —Darren quiso vomitar.

—Lo que ocurre en el despacho no es lo peor, o eso dice Ronan. ¿Y sabes qué?, no deseo comprobarlo, prefiero creerle. ¿Tú?

Aiden siguió contando cosas al azar. Estaba empapado, pero no se iba a secar hasta que Darren no se fuera, no podía desvestirse frente a él. Cuando el pequeño Foley se cansó de escuchar números, se alejó dispuesto a secarse, él no estaba tan húmedo.

—No permitas que te saquen del orfanato, ese es el consejo. Si lo intentan, lucha, y si necesitas ayuda, me dices. —Con esas palabras, se alejó del niño raro al que había prometido proteger, sin saber por qué asumía la deuda de Ronan como suya, en qué momento se habían convertido en leales hermanos.

—Siete metros desde la puerta del despacho a la capilla, dos cerraduras, cinco metros hasta el altar, tres y medio más hasta la puerta lateral, dos cerraduras más...

Darren se detuvo.

—¿Qué?

—Doce minutos caminando, ocho minutos corriendo...

Aiden era raro, sí, pero el muy listo había cronometrado el tiempo para escapar.

—Tú mantente seguro, tengo que hablar con Ronan. —Aiden enumeró los azulejos del baño por respuesta.

Actualidad...

Nessa vio llegar a Rage y bufó; era el segundo día de esa actitud que a los demás le era indiferente. No a ella.

Los adoraba; Diane, la mujer que amaba, solía decir que una madre no elegía entre sus niños. Diane era demasiado buena, no era casual su vocación al servicio de Dios. Una vocación que había dejado por amor a Nessa y por los horrores acontecidos en la época de Daniel. Diane había plasmado sus dones, porque *demonios*, sí que eran dones, al servicio social, y Nessa, enamorada hasta la médula de su monjita, como le decía en broma, le había

seguido los pasos.

Juntas habían rescatado más niños de las calles y prostitutas de los vicios que todo el servicio social de América junto. Sin embargo, para Nessa, esos cuatro niños serían siempre especiales. Los conocía como si su útero los hubiera alojado por nueve meses.

Rage huía. Lo sentía en la piel. Seguía la rutina de Greed, volvía a caminar a la par de su hermano como en el pasado, cuando se necesitaban tanto como dos siameses.

De Greed no le sorprendía; le dolía, claro, pero no le sorprendía. Aiden pasaba gran cantidad de horas en *Redemption*; escapaba de la soledad de su hogar, escapaba del gentío del local. Escapaba de los demás; escapaba de sí mismo. Eso era lo que Greed hacía desde sus cinco años: escapar.

Darren... no, Darren enfrentaba las cosas; el brote de ira no molestaba a Nessa, era la cruz que cargaba su niño. ¿Perder los estribos?, claro; ¿mostrarse sobreprotector?, por supuesto; ¿emanar violencia de cada poro para sobrevivir?, eso era Darren, eso era Rage. Rage podía ser muchas cosas, menos Greed. Y que se comportara como él, preocupaba a Nessa.

La explicación era evidente, huía de su apartamento; seguía con su entrenamiento de combate, se bañaba en el gimnasio y aparecía por la noche en el club. Hablaba con sus hermanos, planeaban algunos asuntos y luego se quedaba en silencio, junto a Aiden, mientras éste desarrollaba algún nuevo software o medía sus habilidades en encriptación.

No era bueno para su salud mental.

¿Huía de Dashi o de Cadence? Podía ser del niño, de los recuerdos que un pequeño en situación vulnerable despertaba en él. Podía... no lo era. Escapaba de Cadence; no del pasado, del futuro. Y Nessa se comería su propio corazón antes de permitir que uno de sus niños arruinara la única posibilidad de ser feliz. La gente común podía tener varias oportunidades, ellos... ellos solo una.

—Rage... —El sicario se encontraba con los pies en una mesa, junto a Greed. El contador no le prestaba la más mínima atención, tenía una taza de café a su lado, no requería de más. Darren estaba envuelto por el aura de la impaciencia y la energía contenida, no era un hombre hecho para la inactividad. Leía un libro sin concentrarse en las palabras, tamborileaba los dedos sobre el apoyabrazos del sofá y miraba cada tanto a Aiden de soslayo con la esperanza de poder cruzar palabra—, estaba pensando en Dashi — mintió Nessa.

—¿A sí? —Greed solo alzó la vista un segundo, se aseguró de que no lo necesitaran y volvió a la pantalla del ordenador.

—Sí, la verdad es que no he podido compartir mucho tiempo con el pequeño, y ya sabes, se me dan bien. Me gustaría ir de compras con él, quizá al cine...

—No, es peligroso.

—Le pediré a alguno de los muchachos que me escolte, ya sabes, los mismos que me acompañaron a la comisaría para proteger a Cadence... —El nombre de la muchacha cumplió el objetivo, los dientes de Rage rechinaron.

—Lo pensaré.

—Podríamos ir ahora a tu apartamento, me llevo al niño a un día de paseo y tú...

—Y yo, ¿qué? —insistió. Nessa pensó en cómo abordar el tema, Greed no recurrió al tacto.

—Y tú follas con Cadence y te quitas esa actitud de león enjaulado que nos pone a todos nerviosos —reclamó el contable.

—¿Desde cuándo te pongo nervioso?

—Desde que no follas.

—¿Quién dijo que no follo?, podría ir con Dalila...

—Exacto —afirmó él. Nessa contempló a los dos hermanos pelear, con la resignación que las madres tienen por la mañana, cuando sus hijos discuten por quién usará el mando a distancia del televisor—. Podrías ir con Dalila, pero no vas con ella, porque quieres follar con Cadence.

—Que te den, Greed.

—Que te den a ti, y de paso dejas de tocarme los cojones, que yo sí estoy trabajando.

—¿Terminaron de pelear?, ¿puedo ir a por Dashi para un paseo?

Rage tomó la chaqueta de cuero por respuesta, su paz en *Redemption* había tocado el fin, el puñetero de Aiden lo había conseguido. Si algo lo ponía de peor humor que no follar, era pelear con Greed.

Maldijo a Cadence en varios idiomas, mientras abandonaba el lugar con Nessa.

La había mirado a los ojos mientras se la tiraba... ¿se la tiraba?, ¿por qué demonios empezaba a sonarle mal esa palabra? Quizá porque él no se la había tirado, sino que ella había tomado las riendas.

¡Mierda!

Sus ojos verdes fijos en los de él, los labios suaves y cálidos sobre los

suyos, el cuerpo delgado y flexible montándolo.

¡Mierda!

Tenía una erección; llevaba a la misma como una nueva amiga a todos lados. La deseaba demasiado, lo ponía nervioso, irritable; no era bueno para la bestia que dormía en el interior.

No es la bestia la que te preocupa...

No, no era Rage, era Darren. Rage llevaba años despierto, Darren era el que dormía en las sombras, era el que abría los ojos para contemplar a Cadence, el que buscaba la boca de ella para perderse y el que desesperaba por derramarse en su interior. Era Darren el que se abría paso...

—Espero que no te moleste... —le dijo a Nessa cuando aceleró su Aston Martin. La velocidad le limpiaría la mente.

—No, me agrada un poco de aventura. ¿A ti?

—Deja de vueltas, Nessa...

—Es una buena muchacha, Rage; inocente, sí, pero no tonta. ¿Has visto dónde vivía antes del altercado?

—*Altercado*, lindo modo de llamar a mi ataque de ira. Sí, lo he visto, ¿tú?

—Si hubieras regresado a tu apartamento, sabrías la respuesta. Tras declarar, la policía la acompañó al tráiler para que recuperara sus cosas, declaró que pasaría una temporada conmigo y mis muchachas.

—Ya había ido a por sus cosas...

—Pero olvidaste la guitarra. Rage... ¿qué ha ocurrido con Cadence?

—No estoy listo para hablar de eso, Nessa. Déjalo estar.

La mujer así lo hizo, de todos modos, tenía la respuesta. Cadence bajaba las defensas, era buena, y en cuanto supiera más de Darren nada quedaría de ella en pie. Darren... él debía recuperar parte del territorio conquistado por Rage, comulgar con el hombre que era ahora y aceptarse. Quizá si Cadence le demostraba que era digno de amor, podría lograrlo. Y Nessa intentaría ayudar, porque era una madre para él, y eso es lo que las madres hacen. ¿Y las abuelas?, las abuelas malcrían, eso haría con Dashi. Irían con Diane y el niño al cine, le comprarían dulces y palomitas, y lo llevarían a los juegos hasta que todos terminaran agotados.

Sobre todo, hasta que Rage y Cadence terminaran agotados. Nessa sonrió.

Cadence probó un par de notas más en su guitarra, ajustó una de las cuerdas y volvió a intentarlo. El móvil sonó, un mensaje de Loren.

Tenía un móvil nuevo, de última generación, mejor del que jamás podría

pagar. Uno de los *juguetes* de Greed. Ya había hablado con su madre y con su padre, para tranquilizarlos. La policía los había contactado cuando ella debía declarar; les contó una mentira, otra de tantas.

«*Estoy bien, me encontraba en una audición, mi compañera de trabajo me cubrió... No, no perdí el empleo, lo dejé para tener tiempo para las audiciones. Aún me queda dinero, Eric lo ha administrado bien, sí... es un excelente manager*». Por poco se ahoga con las palabras. A Loren no pudo embaucarla tan fácil.

—Tú te estás viendo con un hombre... —sentenció su amiga.

—Sí.

Desde esa conversación, Loren no dejaba de tirarle de la lengua. Ella había dejado a Mark, por imbécil, y se veía con un tal Sebastián, que al parecer follaba bien, siempre y cuando no estuviera colado.

—Loren... —grabó un audio en respuesta al anterior—. El problema es que siento que solo puedo llegar a él en la cama, ¿lo entiendes?

—Como todos los hombres, querida. Fóllalo bien y verás cómo no quedan más secretos. Las mujeres somos las complicadas...

Conversaron por ese medio por un buen rato, mientras Dashi jugaba a armar una carpa en el living y los gatos se lo impedían, cazando cada objeto que el pequeño arrastraba. Cadence le había prometido que comerían bajo el improvisado techo de sábanas cuando terminara de construirla. Regresó a las palabras de Loren, se le complicaba explicar sus sentimientos sin revelar la identidad de Rage ni las circunstancias en las que lo había conocido.

El sexo había sido bueno, el mejor de su vida —aunque la vara estaba muy por debajo—, solo que, a ella, eso de solo follar no le funcionaba muy bien. Lo había intentado, y siempre tropezaba con la misma piedra. Eric era un claro ejemplo; necesitaba crear un vínculo emocional para sentirse contenida y permitirse la exploración de su sexualidad en compañía. De lo contrario, la autosatisfacción se volvía su aliada. Loren decía que era mejor que el mal sexo, pero lo de Cadence supo ser ausencia de sexo.

Rage había roto esa racha, y hubiera sido la definición de fantástico si no fuera porque ella se sintió morir en sus brazos, se perdió en esos ojos azules y explotó en un orgasmo devastador, mientras él luchaba por distanciarse... mientras más hondo la penetraba físicamente, más lejos estaban sus emociones.

Al menos no has llorado..., se dijo con ánimo. Resguardó esa cuota de dignidad, una que quería arrojar a la basura en cuanto volviera a estar a solas

con él. Quería pedirle, rogarle, suplicarle, que la volviera a follar; sin mirarla, sin besarla, sin tocarla si era necesario, pero que la volviera a follar. Aunque se sintiera más sola después, aunque quisiera llorar... Lo necesitaba, todo su cuerpo clamaba por él.

Desde aquella noche, las horas compartidas eran escasas, y en ellas, Cadence solo podía sentir el modo en que la piel se le erizaba por su cercanía, el ansia de tocarlo, de besarlo, rodearlo con las piernas por la cintura y demandarle que la penetrara, que se hundiera en ella y la hiciera gritar. Sentía sus pezones endurecerse, reclamar las manos tatuadas de Rage sobre ellos, y la entrepierna se le humedecía y palpitaba. Ojalá quedara allí todo... en lo físico, porque lo demás...

La puerta se abrió, Dashi detuvo la construcción de la carpa y ella su tarea de afinar las cuerdas de la guitarra.

—Dashi, ¿quieres ir a pasear con Nessa? —preguntó Rage, sin detenerse en saludarla. Las reacciones de su cuerpo volvieron a azotarlas, junto a la desesperación de desearlo tanto.

Nessa se acercó para brindarle un beso y una caricia, al hacerlo, susurró:

—Tenle paciencia...

Pero Cadence no quería ser paciente, toda su vida había esperado por experimentar esas sensaciones. Dolían, dolía el pecho, el cuerpo, dolía saber que era temporal y producto de circunstancias extremas... Dolía, y eso significaba estar viva.

La chica inocente de Texas que arribó a Los Ángeles tras un sueño al fin despertaba, abría los ojos para vivir, y la vida era un vaivén de emociones, en las que lo bueno se disfrutaba en contraposición de lo malo.

El dolor de su cuerpo reclamaba su compensación en el placer, y el de su pecho, ese que no estaba dispuesta a reconocer aún, brillaba con la luz de un sentimiento que era el opuesto al desprecio e indiferencia en los ojos de Rage.

Porque era eso lo que allí se traslucía, ¿verdad?

Paciencia... no, no podía ser paciente, y algo en su interior le decía que tampoco debía serlo. Rage no era de los que perdían el tiempo.

Dashi fue a cambiarse con la ayuda de Nessa, mientras esperaban a que un auto de *Redemption* llegara con algunos muchachos de seguridad. Irían a buscar a Diane de camino al cine; el niño estaba entusiasmado, tanto que balbuceaba algunas palabras en inglés mezclado con su idioma natal. Aprendía rápido. Ella volvió la atención a la guitarra, para no delatar el tornado de emociones que la convulsionaba cuando Rage la miraba.

Rage no podía quitarle los ojos de encima, debían hablar, pero no quería hacerlo. Lo que deseaba era perderse una vez más en el interior de ese cuerpo y olvidarse de todo. De su vida miserable, de su trabajo, de las deudas de sangre...

Quería besarla.

Sintió que la ira se abría camino en su interior, una neblina roja que sustituía al deseo. Debió alejarse un segundo, Cadence le quitaba la razón, y sin ella, era solo Rage. No podía permitírselo, o la lastimaría.

¡Mierda! No quería lastimarla, le importaba.

Cadence Hazel le importaba y él estaba jodido. Muy, muy jodido.

Y ella también lo estaba, porque él no era capaz de dejarla en paz, de regresar a *Redemption* y buscar a Dalila.

No era capaz de reemplazarla.

—Estás jodida, Cadence... —le dijo sin pensar. Ella lo oyó.

—Lo sé, pensaba exactamente en eso.

—No tengo la fuerza para dejarte ir.

—Sí la tienes. —Los ojos verdes de Cadence se alzaron hacia él, Rage estaba a menos de un metro de distancia, su intento de alejarse había fracasado por completo—. Sé que tienes la fuerza para afrontar cualquier cosa, ya lo has hecho, ¿verdad? —Rage se encontró asintiendo de manera mecánica—, si me retienes a tu lado es porque quieres.

—Sí...

—Eso es mucho mejor. —Cadence se mordió los labios, y Rage la obligó con el pulgar a soltar el agarre. La suave caricia la hizo suspirar—. Eso es mejor, ¿quieres que me quede?

—Sí.

Dashi y Nessa se despidieron ajenos a la tensión; al menos el pequeño, Nessa tenía la capacidad de disimular.

La soledad los envolvió, se hizo pesada, una invitación. Cadence dejó la guitarra a un lado, y Rage se deleitó del cuadro completo de su chica country. Falda vaquera, el cinturón de sheriff, la camiseta de tirantes... las botas estaban a un lado; sus delicados pies, descalzos, mostraban las uñas pintadas tras una sesión de extremo aburrimiento. El cabello caía desde una coleta en lo alto, algo floja, que dejaba mechones sueltos.

—Cadence... —fue lo único que salió de sus labios.

—Rage...

—Darren —corrigió, y ella cerró los ojos con firmeza, para no revelar la

emoción—. Ese es mi nombre, Darren Foley.

—Darren Foley... Cadence Hazel —se presentó como si fuera la primera vez, y extendió la mano. Él se la estrechó, y con el agarre de sus dedos, tiró de ella para ponerla de pie. El ansia de besarla lo dominaba y aterraba en partes iguales; Cadence podía ver la batalla interior en sus ojos celestes, en ese cuerpo tatuado, firme y musculoso que despertaba en ella todas las pasiones.

Anhelaba el beso tanto como él, y más.

—Darren —lo llamó. Las piezas caían en su sitio y se formaba la imagen fragmentada que era Rage. Dashi, la ira, su trabajo, ella, el sexo duro. Darren Foley había sufrido demasiado, y ella quería juntar esas piezas una vez más, para mostrarle el resultado, uno que adivinaba. Darren Foley era un hombre hermoso, en todos los sentidos; con sus partes oscuras y las luminosas, con los contrastes, con el pasado de dolor, el presente de delito y un futuro incierto, pero determinado por la historia sobre sus hombros. Un futuro en el que ella no estaba segura de hallar lugar. Tenían el presente—. Rage... te deseo, lo sabes. Lo sientes. No tienes ninguna duda al respecto...

—Me deseas... —La idea de sentirse deseado lo abrumaba, por momentos, hasta lo asqueaba. Sus puños se cerraron a ambos lados, y solo las palabras de Cadence le impidieron huir una vez más: *Eres fuerte*. Lo era, podía soportarlo. El sexo era una necesidad; Cadence lo obligaba a experimentar el acto a otro nivel, al del deseo.

—Sí, y eso implica que quiero estar contigo, que voy a disfrutar estar contigo. Eres mi fantasía, Rage, tu cercanía es sinónimo de placer para mí...

—Le tomó la mano y la apoyó en su muslo. Darren ascendió por la suave piel, con los ojos cerrados para no ver, hasta llegar a la entrepierna de Cadence. Hizo el elástico de la braga a un lado para sentir con las yemas los labios de la vagina, la humedad entre ellos y el palpitar del clítoris. Cadence gimió, se mordió los labios, desesperada, por contener la reacción—. ¿Lo sientes, Darren?

—Sí.

—Todo lo que pase entre nosotros será por placer, y por eso, tienes que decírmelo, guíame... guíame, Darren, en tu placer.

El dedo de Rage se hundió en el estrecho canal de Cadence, la escuchó contener la respiración por el deleite y él mismo quiso perderse en ese goce.

A Rage no le gustaba que lo acariciaran, que lo besaran, que lo observaran. Le apetecía el sexo duro, sin vínculos. Pero jamás se había preguntado qué ansiaba Darren Foley.

La reciprocidad de Cadence era fundamental, la humedad que palpaba, los quejidos de deleite... Un escenario que borraba el concepto de abuso, de manipulación, de imposición. Eran dos adultos que clamaban el uno por el otro, y eso era lo que Darren quería. Necesitaba.

El velo de ira se desvaneció, permitiéndole abrir los ojos para observar la pasión en el rostro de Cadence.

—Quiero que vayamos a la cama —expresó, al tiempo que retiraba el dedo del interior de la mujer—, y quiero tu cuerpo desnudo.

La tenue sonrisa de Cadence lo enardeció. La sensación de gloria recorrió su cuerpo por completo.

Siguió los pasos de ella sin recoger las prendas que se quitaba al andar. La espalda de Cadence quedó desnuda, Rage pudo ver los lunares, las pecas, y la forma en que se estrechaba en la cintura. La falda cayó al piso, y las piernas largas y torneadas de ella la dejaron allí en un paso. Quedaban las bragas...

—¿De frente o de espalda? —preguntó con voz ronca.

—De frente —pidió Darren, desconociendo su reclamo.

Cadence se volteó en el umbral de la habitación principal. La mirada de hielo de Rage la recorrió por completo, desde sus labios rojos por tanto morderse, sus senos firmes de pezones rosas y enhiestos, el vientre plano y...

Los pulgares se engancharon en el elástico de la braga y comenzaron a descenderla, revelando la pelvis parcialmente depilada. A la altura de las rodillas dejó que cayeran por fuerza de la gravedad y retrocedió, dejando allí la prenda.

Darren avanzó, la recogió y la aprisionó con fuerza entre sus dedos. Olía a Cadence, a su femineidad y a su deseo. Se sintió arder, su polla dolía y sus testículos pesaban, debía quitarse los tejanos o, al menos, desabrocharlos. Desnudarse de frente, como había hecho Cadence, se le presentaba como un desafío. Desnudarse para el placer de otro...

La neblina regresaba...

—Rage... —Ella lo llamó, y su voz consiguió traerlo al presente. Era Darren, era Rage, era el hombre que Cadence ansiaba.

Arrojó las bragas de Cadence a un lado. Se quitó la camiseta, los zapatos, los calcetines... desabrochó el tejano y tuvo que acomodar la erección para que no quedara aprisionada.

—Si quisiera tomarte por detrás... —susurró Darren. Cadence se giró, le dio la espalda y se subió a la cama con las rodillas y las palmas sobre el colchón, completamente expuesta a él.

No iba a negarse esa imagen. Se acercó y pasó la mano por la piel, por las nalgas firmes. Hundió los dedos en la carne con fuerza, sacando un gemido de labios de Cadence, uno que no era de completo dolor. La iba a tomar, perderse ahí, pero entonces, ¿dónde estaría esa fuerza que ella veía en él?

Estaba cansado de ser valiente con todo para ser cobarde con ella. Le temía, claro que sí, le temía porque Cadence tenía el poder de sanarlo, pero dolería... dolería porque sanar implicaba abrir una puerta cerrada veintidós años atrás.

La tomó por la cintura y la hizo voltearse. La mirada verde, de pupilas dilatadas, se fijó en él y Darren no le rehuyó. Se perdió en sus ojos.

—Tócame —le pidió con más pasión que miedo, y con una dosis de sorpresa—, tócame, Cadence.

Ella se incorporó, el cuerpo de Rage estaba de pie junto a la cama y exponía su completa belleza. La mano fue vacilante; con cautela, se posó en el pecho. Un tatuaje de un inmenso león escondía la musculatura de los pectorales, y se extendía hacia el vientre. Algunas imágenes eran pequeñas, otras ocupaban varios centímetros de piel. Todo él era una magnífica obra de arte que al fin dejaba su museo y se mostraba para deleite de los mortales. Para su deleite.

Continuó con la caricia por el vientre plano, y buscó en los ojos de Rage la seguridad de que recibía placer.

—Sigue... —pidió él, y ella sintió que el estremecimiento le arrancaría un precoz orgasmo. Podía tocarlo, saborearlo, y todo despertando la pasión dormida de ese hombre. Pasión y confianza.

La mano de Cadence rozó el pene por encima de las prendas, y por un instante, Darren se retrajo. Cerró los ojos, gruñó.

—Puedo detenerme cuando quieras... —La promesa de Cadence lo inundó de valor.

—Lo sé, solo que no quiero que lo hagas. No quiero que te detengas... necesito asegurarme... —Rage tomó el mando... el control lo tenía en cada momento. Cadence jamás le quitaría el control en esa situación y, si tomaba las riendas, era para el goce mutuo. No podría imponerse con él, nunca, y por un instante se preguntó si estaba dispuesta a esa renuncia.

—Sí... —La afirmación nació de un grito de placer. La mano de Rage estaba en su pelvis, confirmaba la reacción física de Cadence a la exploración de su cuerpo.

La instó a recostarse sobre el colchón, para darse un festín. Aún no se

atreví a invadir su boca, a compartir un nuevo beso. El anterior lo había devastado, al punto de escapar de ella. Y no quería escapar. Posó la boca en el cuello de Cadence y desde allí descendió, usando la lengua y los dientes, por toda la piel.

Suave, sensible, deliciosa...

La saboreó entera, hasta llegar a sus senos redondos y turgentes que lo invitaban a la exploración. Se llevó uno de ellos a la boca, la succión la hizo gemir, gritar, y siguió hasta que de los ruegos nació su nombre...

—Darren... por favor, Darren. —Le brindó las mismas atenciones al otro seno antes de descender y obligarla a abrir las piernas para él.

—Necesito probarte, Cadence.

—Sí...

Ella no podía pensar en otra cosa, Darren le abrió los labios vaginales con la lengua, y saboreó la humedad natural de la mujer. Se centró en el punto exacto del placer, en la cima que latía y reclamaba el castigo de sus besos. La penetró con un dedo, luego dos, y siguió hasta que las manos de Cadence se aferraron a su cabello, sin pensar en lo que hacía, hasta que la pelvis se alzó y por poco explota...

—Aún no —demandó. Cadence ahogó la protesta, la queja. Se mordió con fuerza y se arqueó hacia él, como una gatita que necesitaba más caricias. Las manos de Rage la recorrieron por completo, erizando la piel a su camino—. Anhele ir más lejos, dime que estás dispuesta.

Disposición era el segundo nombre de Cadence en esos momentos. No creía que existiera una sola petición sexual a la que no estuviera dispuesta de manera deseosa, lo único que no contemplaría era finalizar sin que ambos estallaran en el mejor orgasmo de sus vidas.

—Sí, Darren. —Lo observó titubear y lo supo, adivinó sus deseos. Se irguió, de nuevo sentada en el borde de la cama y posó la mano en la cinturilla de los tejanos. Rage los descendió un par de centímetros, y Cadence se encargó de la tela del bóxer, hasta desnudar el pene.

Estaba duro, y el glande brillaba, perlado por el preseminal. La invitaba a una exploración, y Cadence jamás deseó más algo como llevarse la polla de Rage a la boca y darle placer. Admiró su propia fuerza de voluntad. Aguardó a que fuera él quien le guiara la mano en una caricia; tomó la de ella y la posó sobre el pene, la hizo rodearlo con los dedos y reguló la presión de ellos hasta enseñarle cómo le gustaba.

Tocarlo fue una experiencia sublime, arrancar de su garganta gruñidos de

placer y espantar los miedos y fantasmas del pasado. Cuando su nombre escapó entre esos quejidos, supo que alcanzaba el momento en que la acción era reclamada.

Lo introdujo en su boca.

Nunca se había considerado buena en esas artes, era una práctica que hacía solo para complacer al otro, sin recibir placer; Darren acababa de cambiarlo, la había cambiado a ella, de un modo profundo, intrínseco. En su intención de borrar un pasado de abusos, también había lavado el de ella, el de relaciones funestas, el de querer agradar a los demás, el de menoscabar su personalidad por ganarse la simpatía, el cariño, de personas indignas de tal esfuerzo.

No más.

Dejó de ser la inocente Cadence para convertirse en ella misma. Y ella era exactamente lo que Darren Foley necesitaba. Con esa certeza, con esa determinación, lo tomó tan hondo como pudo en su boca y gozó de sentirlo contra el paladar.

Las manos de Rage se aferraron a su cabello, tiraron con algo de violencia de la coleta, sin provocar dolor, sino más placer. Y ella lo compensó succionando, lamiendo, follándolo duro con los labios, como a él le gustaba.

Estaba perdida, perdida en él. Un tirón más la separó de su tarea, Rage le alzó el rostro y ella pudo ver en sus ojos dilatados la expresión auténtica del hombre que era. Ira, fuego, violencia contenida.

Y con todo eso, la besó. La besó en los labios, se los mordió. Invadió la cavidad de su boca con la lengua, robándole la respiración, ahogando sus quejidos. Los brazos, arte de músculo y tinta, la alzaron en un rápido movimiento y la obligaron a que lo rodeara con los suyos por el cuello. Las piernas se aferraron a la cintura, y la polla de Rage ocupó el lugar privilegiado en la entrada del cuerpo de Cadence.

—¡Mierda! —gruñó. Ella no pudo estar más de acuerdo. Quería dejarse caer...

—El condón...

Se sonrieron, él la volvió a besar antes de arrojarla a la cama sin miramientos. Le abrió las piernas, extendió la mano hacia la mesa de noche y, en un tiempo que envidiaría un deportista olímpico, tenía la polla enfundada en látex.

—Quiero tomarte por detrás, Cadence... —Sí, quería hacerlo, pero no porque no pudiera mirarla a los ojos, o besarla o compartir sus alientos. Sino porque sería un nuevo comienzo, con ella; sería borrar el sexo del pasado y

reemplazarlo por lo que ellos compartían.

¿Qué significaba?

No quería analizarlo. No podía. Apenas si conseguía contener el orgasmo. Cadence se giró, y él la acomodó de frente al espejo del tocador, de modo de poder verla mientras la tomaba. Se posicionó detrás, introdujo la punta del pene antes de hundirse por completo. Ella gimió, él gruñó, y los embistes se volvieron desenfrenados.

Las miradas conectaron en el reflejo; Rage la tomó del cuello, con suavidad, y la hizo enderezarse. Llevó la mano al punto en que sus cuerpos se unían y la obligó a acompañarlo en el naufragio de placer.

Los pensamientos los abandonaron, y cuando el orgasmo de ella se coronó con el de él, las bocas se unieron, desesperadas, ansiosas de reencontrarse, y se fusionaron en una primitiva danza de lenguas. Una danza eterna...

CAPÍTULO 11

Aprovechar la tarde para el sexo se consagró con una sensación de irrealidad. Algo así como hacían los padres cuando los niños no estaban en casa.

Rage le impidió vestirse; tras el devastador orgasmo se recostaron a recuperar las respiraciones. Actividad que él volvió sensual con sus caricias.

La adolescencia arrebatara a Darren regresaba por un día, solo por uno, y se permitió disfrutarlo. Le fue difícil. Por momentos la desnudez se le hacía insoportable al igual que los recuerdos, pero el cuerpo relajado y perlado por el sudor de Cadence le recordaba que existía otro mundo y que él podía habitar los dos.

Era la primera muchacha con quien compartía la cama post sexo. La experiencia era enriquecedora.

Cadence estaba bocabajo, con el rostro de lado para mirarlo y la piel sin cubrir por las sábanas. Lo observaba sin ser partícipe aún, regalándole el momento a él y a su curiosidad.

La columna, por allí pasó el dedo hasta llegar al coxis. Le corrió la deshecha coleta antes de acomodarse sobre ella y besarle el cuello; el punto de partida para una carrera de labios sobre la espalda. La sintió estremecerse, y alzó la mirada para comprobar que Cadence se mordía apenas para no gemir a viva voz. Los sonidos del sexo quedarían para cuando la penetrara, e iba a hacerlo.

Con las dos manos le masajéo las nalgas, para luego alzarlas y exponerlas a él. La costumbre, quizá, o el instinto, lo llamaba a tomarla de ese modo; batalló con él mismo para no hacerlo. Quería disfrutar de la nueva experiencia con su chica country. La hizo girar en sus brazos.

Cadence gimió.

El cuerpo de Rage la hipnotizaba, nunca había conocido a un ser tan perfecto. Le resultó difícil ahogar la idea de que ese cuerpo trabajado, musculoso, fuerte, de tendones elásticos y con la capacidad de maniobrarla como si fuera una muñeca, era una máquina perfecta de matar.

La estética era un efecto secundario, el principal era la eficacia. Y ella lo había visto en acción.

—Cadence... —le susurró al ver que ella era quien ahora cerraba los

ojos. Los abrió a media asta, solo para contemplarlo y asentir. Sí, lo deseaba, lo deseaba con cada poro, con cada respiración. Sentía la ausencia de Rage en su interior como una tortura, y a la falta de roce de pieles como una pérdida de tiempo.

Deseaba a un asesino.

Y se rindió.

No había mañana entre ellos, no existiría una escena de Darren en la cocina de su madre en Texas o arreglando motores con su padre el día de acción de gracias. No tendría a sus sobrinos correteando alrededor, mirando con curiosidad y recelo cada uno de sus tatuajes; ni a las tías preguntándole qué hacía para ganarse la vida y si le parecía bien que su novia quisiera ser actriz.

Eran vidas opuestas, como líneas enredadas que, en determinado punto se tocan, solo para después separarse.

Ese leve contacto se convirtió en el mejor momento de la existencia de Cadence.

Lo viviría, se quitaría los prejuicios como se había quitado la ropa, se desnudaría de ellos para Rage y le regalaría sus días, su cuerpo, toda ella por ese tiempo. Y quizás, así, su paso en las sábanas y vida de Darren Foley no sería en vano ni olvidable; cada uno recordaría al otro como a la persona que lo había cambiado para bien.

Recordó la frase que había leído hacía mucho, en un libro de Haruki Murakami:

«...Y cuando la tormenta de arena haya pasado, tú no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa sí quedará clara. Y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma persona que penetró en ella».

Se dejó transportar por esa tormenta que era Rage, que era Darren Foley. Los labios del hombre descubrían cada porción de piel, la saboreaban; se deleitó del aroma de mujer satisfecha y deseosa de más. Le abrió las piernas para perderse entre ellas con su lengua. Lamió, cambiando la presión y velocidad, arrancando gemidos de Cadence y orgasmos. Uno y otro, y recién cuando estaba en la cima del tercero, se colocó el condón para perderse en su interior. Los embistes fueron violentos, feroces. Las piernas de Cadence se sostenían en los hombros de él, y su flexibilidad le permitía acercar el torso de Rage hasta casi el suyo. También la invitaban a clavar las uñas en sus

pectorales, en esa masa de músculos tersa y firme.

No tardó en correrse por tercera vez consecutiva, cuarta en la tarde, y el escozor en su vagina le resultó el más sabroso de los malestares.

El orgasmo de Rage era un espectáculo sublime de ver, abrió los ojos para ser espectadora y se estremeció con un goce relajado ante el gruñido que escapaba de la garganta de Darren, ante la imagen de su cuerpo tenso y el brío de sus estocadas finales.

Cadence tuvo que morderse el labio inferior, y lo hizo con vigor y voluntad, para no dejar escapar las cursis declaraciones que le nacían desde el pecho y empujaban por salir de sus cuerdas vocales.

No... era temporal, tenían que salir de esa tormenta renovados, no más rotos de lo que habían entrado. Por eso y más, las palabras debían quedarse en el aullar del viento.

En esa ocasión, Cadence se acurrucó a él al terminar, ignorando parte de su incomodidad. Rage fue serenándose a cada segundo, hasta que se habituó a la agradable sensación de tenerla en brazos. El silencio se instauró entre ellos por varios minutos, los suficientes para que ella juntara el valor de hablar, de ir más lejos.

—¿Qué edad tenías? —inquirió. No necesitaba detallar más, la pregunta estaba en el aire. Rage había desnudado más que su cuerpo a ella.

—Seis cuando empezó.

¿Y cuándo terminó?, no vayas tan lejos, se dijo.

—Lo siento, Darren. Lo siento mucho. —Deslizó la mano por el pecho; dibujó el león que allí rugía y siguió por el resto de los tatuajes. Comprendía de mejor manera a la fiera que pujaba dentro de Rage, a ese ser que había explotado en ira con Dashi... con el destino que tendría el pobre niño, uno que había marcado a Darren en lo más hondo.

Habían salvado a Dashi, y al comprender la magnitud de su acto, sintió que todo valía la pena: la mentira a la policía, la muerte de dos hombres de modo horrendo, su vida truncada por completo...

—Me gustan tus tatuajes. —Dirigió la conversación al terreno banal, para darse un respiro.

—Los diseños son míos, las agujas en el caso de mi cuerpo son de mi entrenador. Es una mierda no poder tatuarme solo...

—¿Sabes tatuar? Siempre quise uno... —Rage sonrió y buscó su mirada.

—¿Tatuajes, tú?, ya imagino una mariposa o quizá un hada... —Cadence se sonrojó, ¿cómo lo había adivinado?

Eres un Spoiler con botas...

Río a carcajada limpia.

—Pues me gustaría que me hicieras una mariposa en la espalda, hoy me resulta más representativa que un hada. —Sí, en brazos de él comenzaba su metamorfosis—. Y cuando te canses de tu trabajo actual... —Lo dijo en tono bromista, y Darren se sumó a las carcajadas.

Me gusta mi trabajo...

Sí, siempre sería una parte de él. Realidades opuestas. Aunque, si lo pensaba, ¿qué diferencia existía entre un sicario y un militar que iba al frente de batalla? Nunca antes lo había analizado; había esquivado a ambos. La muerte le resultaba repugnante, al igual que la pedofilia, la violación, la prostitución forzada...

Rage era un soldado, uno que también luchaba una guerra, y Cadence esperaba que fuera para el bando de los buenos.

—Los tatuajes son solo un pasatiempo, uno muy necesario en un inicio, ahora es algo con lo que me distraigo cuando estoy cansado.

Arte del dolor... sí, eso proclamaban todos sus dibujos.

—¿Por qué necesario? —La declaración le resultó extraña, y la expresión de Darren confesó que sus palabras habían sido impensadas. No quería hablar de ello, se le había escapado.

La confianza y la paciencia con la que Cadence trazaba un sendero en su corazón lo habían hecho bajar las barreras hasta ese punto. Meditó si decir más o no, y el silencio de ella lo acompañó. No presionaba, eso lo ayudó a abrirse aún más.

—Greed... por eso era necesario. —El silencio continuó, hasta hacerse pesado, y cuando Cadence pensó que Rage no diría más, se explicó—: Greed no soporta que lo vean, ni verse. Los tatuajes nos ayudaron a tener control de nuestra apariencia, algo que...

—Que se les fue arrebatado... —No llorar requirió de una entereza que Cadence no sabía que tenía. Los ojos le ardían, la garganta también, pero no derramó ni una lágrima. No les daría agua salada a las heridas de Darren, de qué servía, no las cambiarían. Se dejaría el llanto para el adiós.

—Sí. Con los tatuajes controlamos nuestra apariencia y la apreciación de los demás. Fue idea de Ai... Greed —se corrigió, el nombre de su hermano era algo que le pertenecía solo a él, Aiden era el único que podía decidir con quién lo compartía—. Pero existía un obstáculo más, aún existe, y es que Greed no tolera que nadie lo toque, salvo yo.

Cadence no indagó, las líneas que unían la vida de Greed y Rage no se cruzaban solo en un punto, estaban enredadas por completo.

—Tuve que aprender, por suerte se me da bien. Igual tatuar a Greed es una completa mierda... —El deje de cariñoso humor le volvió a teñir la voz—. Porque eso de que yo pueda tocarlo tiene un jodido límite, así que, además, toma un ansiolítico. Terminamos los dos con un genio de mil demonios.

—Por lo visto, tu trabajo está terminado. Dudo que le quede piel sin tatuar... —Recordó la imagen intimidante de Greed, tenía el cabello negro rapado y se podía ver que hasta el cuero cabelludo lucía la impronta del arte de Rage.

—Le queda el rostro...

—¡Mierda! —No importaba el esfuerzo que hiciera, jamás comprendería la magnitud del infierno vivido por ellos de pequeños.

—Sí, mierda, los cuatro estamos muy jodidos.

Los cuatro... Cuatro vidas truncadas. El esfuerzo por no llorar le dolía. Acarició la barba de Rage y hundió allí los dedos.

—No, no lo están... no del todo. —Cadence sonrió, porque, ¡joder!, en gran parte sí que lo estaban—. Hasta hace unos días no podías mirarme a los ojos, ahora lo haces. Me miras... —Se elevó hasta robarle un beso, el primero fuera de la pasión del sexo. Los labios de Rage se abrieron, su lengua salió al encuentro de la de Cadence. El beso fue suave, con un juego erótico de promesas—. Me besas... Eres fuerte, muy fuerte, y estoy segura de que Greed también lo es. Solo debe hallar a esa persona que se lo recuerde...

Lo dijo sin pensar, de igual modo que su nuevo intento de besarlo. Uno que encontró el vacío por respuesta.

¡Mierda, Cadence, eres idiota!, había hablado de sentimientos; sin usar «la palabra», pero la muy desgraciada resonaba como un eco mudo.

Rage puso distancia de inmediato.

—Tenemos que ir a recoger a Dashi... es tarde. Usa este baño, iré al otro. —Sin más, se alejó de ella.

Si no estuviera maldiciéndose a sí misma, concentrada en la propia estupidez, hubiera notado que Rage se marchaba desnudo, no se cubría. Hubiese visto que su expresión no era de ira, de velo rojo enceguecedor.

No.

Rage se alejaba porque Cadence daba en el clavo; ella lo había ayudado a superar uno de sus fantasmas, quizás hasta más de uno. Ella y solo ella. Cadence Hazel y su poder de alterar la existencia de la gente.

Pero Rage, Darren, lo sabía. Y Greed también.

Milagro, según Aiden, los hombres llamaban milagro a lo que era probabilísticamente imposible. ¿Y qué probabilidades tenía alguno de ellos de encontrar a alguien como Cadence?

Si existía tal posibilidad, él, al hallarla, les había arrebatado el milagro a sus hermanos. Porque cuatro... cuatro personas con la posibilidad asombrosa de sanar a otros, eso era algo que no había visto en sus casi veintinueve años de vida. De hecho, si no hubiera conocido a Cadence, seguiría pensando que no existía.

Alejarse para recomponerse. Cuando regresó, Cadence aún estaba en la ducha. Ingresó al cuarto de baño, para cobijarla con la toalla una vez saliera.

Así lo hizo, y ella se dejó abrazar.

—Cadence... —les quitó el dramatismo a las palabras, en un intento de borrar el manto de melancolía que caía sobre ellos producto de las confesiones—. Tus uñas me dicen que estás demasiado aburrida.

—¿Mis uñas?, ¿qué tienen mis uñas?

—Estrellas... —Ella rompió en risas. Un perfecto *Nail art* las decoraba—. Tienes una fascinación con las estrellas.

—Y eso que no viste mi uniforme de porrista de la prepa...

—¿Porrista?, no dejas de sorprenderme.

—Y por sorprenderte te refieres a que no puedo ser más spoiler.

—Exacto, mi chica country. —Le depositó un suave beso en el hombro, antes de que ella comenzara a vestirse—. Bien, pensé que, para que no te veas en la tediosa tarea de pintar cada uña con diminutas estrellas, podríamos hablar con Nessa para que presentes un show.

—¿Qué? —La sorpresa y la ilusión se dieron lugar al mismo tiempo. Desde que había puesto un pie en Los Ángeles que no actuaba ni cantaba en público.

—En la terraza, como le llamamos al último piso de *Redemption*, el único espacio más o menos decente. —Eso la hizo reír.

—Y con más o menos decente quieres decir...

—Decente en apariencia.

Una vez más, Cadence rio. Una risa extraña, de quien comienza a naturalizar el hecho de estar rodeada de mafiosos.

—¿Qué significa eso? Sé más específico.

—Es el lugar en donde la gente se reúne para hacer negocios...

—Negocios ilegales.

—En su mayoría... —asintió—. Por eso es que se presenta como un ambiente propicio: cena, show tranquilo, escorts de lujo...

—Creo que es la primera vez que, habiendo esas tres vacantes, me ofrecen la del show. —Era cierto, y aunque intentó bromear al respecto, la expresión de Rage le dijo que no le hacía mucha gracia que le hubieran ofrecido vender sus servicios.

—Bien, si estás de acuerdo... sería una vez por semana, no más, porque rotamos los artistas, pero...

—Estoy de acuerdo siempre y cuando haga una audición y realmente les agrade mi performance...

—Cadence... —fue el reclamo con fastidio.

—No quiero ganarme el puesto por ser la que se folla al jefe. Así que, o audición objetiva o nada.

Iba a discutir, se lo vio en la mirada. E iba a hacerlo porque no quería perder a Cadence, no quería que ella se aburriera o que decidiera arriesgarse a salir del apartamento. Pero discutir implicaba decir muchas cosas, y decir era sinónimo de confesiones, de revelar más de lo que estaba listo. Sin otra alternativa, apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—No creas que siempre te saldrás con la tuya, Cadence, que no se te haga costumbre. —La encandiladora sonrisa de la muchacha lo hizo maldecir.

¡Demonios, sí se saldría con la suya siempre!

Terminaron de vestirse; con las infaltables botas tejanas, la falda y una camiseta de tirantes, Cadence tomó la guitarra dispuesta a auditar.

—Antes... tengo un presente para ti. No es personal... solo necesario. — Cadence rodó los ojos ante la falta de tacto de Rage, nada podía dejarlo en un simple regalo y ya; no, debía explicar la falta de nobles intenciones. No lo rebatió, porque la curiosidad y el hecho de poder llevarse algún recuerdo tangible de esos días compartidos la hizo emocionar. Rage le alcanzó una bolsa de cartón, con la marca de una reconocida tienda de diseño a medida. En el interior, una chaqueta de cuero negra de su talle, tan suave y hermosa que Cadence chilló como una niña—. Te debo el viaje en motocicleta.

—¡Rage! Es hermosa. —Se lanzó a sus brazos.

—Póntela, porque vamos a *Redemption* en mi chica. Volveremos en alguno de los autos, por Dashi, pero coronemos nuestro día sin niños con un paseo...

No había mejor invitación. Cadence se puso la chaqueta, Rage se rio a carcajadas cuando, una vez en el elevador, le quitó la etiqueta que todavía le colgaba. Ella solo miraba su reflejo en el espejo, con una sonrisa que cortaba

el aliento.

La tibieza que esa imagen le provocó lo hizo volverse taciturno. Al menos hasta que Cadence tuviera una nueva oportunidad de rescatarlo de las sombras y arrojarlo a la luz.

Era temprano, aunque ya se divisaba una hilera de interesados en ingresar. Le parecía increíble que alguien pudiera perder horas en la acera para pertenecer a un sitio. *A Redemption.*

Ingresaron, Cadence saludó a Norton y le preguntó si al fin había conseguido que su novio lo perdonara. Rage se sorprendió de que Cadence ya conociera los pormenores personales de los empleados.

—Me ha comentado Nessa que Norton fue expulsado de su casa cuando el padre supo que era gay... —Rage conocía la historia, al menos el chico de seguridad había sido lo suficientemente mayor como para valerse por sus medios en las calles de Los Ángeles. Terminó en una pandilla, y la abandonó al entrar a trabajar para ellos. Era bueno en combate, algo que aprendes cuando eres homosexual en un entorno homofóbico, y era leal con quienes no lo discriminaban.

—Sí, compartió celda con Pride tras una redada. Solo que si tiene o no novio no es de mi incumbencia.

—Debería, el pobrecito está viniendo a trabajar con el corazón roto. Y encima tiene que verlo todo el tiempo... —La pareja de Norton era uno de los bármanes.

—Podemos despedir al barman... ¿te parece?, así no sufre el pobrecito de Norton.

—No tienes corazón, Rage —le recriminó con el humor intacto.

—Si quieres mi honesta opinión de vieja cotilla que observa todo desde la acristalada oficina... el novio de Norton no lo merece. Es un niño pijo que quiere conseguir un puesto en un crucero, para servir tragos, tirarse algún *Sugar Daddy* y recorrer el mundo. No es de los nuestros...

Los nuestros. Cadence tampoco era de los suyos. Sabía a lo que se refería, a niños mimados que no conocían de carencias. Rage notó su metida de pata, y apretó la mandíbula. No se disculparía por tener razón, y bien haría en recordar que su relación era temporal. Nadie que podía salir del infierno se quedaba en él, y Cadence se iría, al igual que el barman, a cumplir su sueño mientras dejaban a un demonio arder en las llamas de su penosa existencia.

—Busca a Nessa... —le ordenó de mala manera—, tengo asuntos que

tratar con Pride. —Y la dejó sola.

Rage llegó casi del mismo mal humor con el que se había marchado, lo que le granjeó una ceja alzada de Greed.

—¿Sigues con tus malditos juguetes? —le preguntó al contable.

—¿Y tú sigues sin follar?

—Solo te responderé para que dejes de tocarme los cojones. Sí, follé, y sabes qué, tu receta de abuela no funciona. Ya ves, sigo de un jodido mal humor.

—Prueba con la meditación, te lo dice alguien que no folla y consigue controlar su jodido temperamento sin hacer de su compañía algo insoportable para los demás...

—Lo de insoportable, déjame refutarlo. Hoy lo estás.

—No, ese eres tú...

Pride reía desde el umbral de la oficina.

—No tienes hermanitos si no debes separarlos de sus trifulcas de tanto en tanto —dijo, cortando la pelea—. ¿Quién comenzó?

Dos hombres adultos, cercanos a la treintena, alzaron los dedos delatores el uno contra el otro. Tras ello, las carcajadas nacieron para distender el ambiente.

—Rage. Tiene problemas de falda que no quiere reconocer. Nada nuevo, ni que no sepamos. —Greed aprovechó a hundir el dedo en la llaga, Rage gruñó y Pride sonrió.

—Con eso nadie puede ayudarte; nadie es bueno aquí con las faldas. —Uno no follaba porque odiaba el contacto, y el otro buscaba rostros anónimos cada noche, con el afán de olvidar cada mañana. Si uno de ellos se aproximaba siquiera a tener experiencia con relaciones normales, ese era Rage, y su experiencia se limitaba a la reciente tarde. Vaya novatos—. En lo que soy bueno es en limpiar tus cagadas, Rage. —Le arrojó un sobre marrón.

Darren lo abrió y reveló el contenido.

—¡Joder, Pride!, eres un maldito genio, espero que no te haya valido las pelotas.

—No, al contrario, muestras de buena fe. Los ucranianos están con nosotros, quizá aprovechen la movida de Desire para pactar con los rusos, quieren que mediemos cuando eso suceda...

—Si sucede.

—Si no, estaremos muertos; de modo que no será nuestro puñetero problema. Por lo pronto, felicidades, malnacido, eres oficialmente el tutor de

un niño ucraniano. —La idea los hizo romper en carcajadas.

Los rasgos de Dashi eran inconfundiblemente chinos, pero no podían conseguir su documentación falsa a través de la mafia de ese país, sus peores enemigos. Los ucranianos no les caían simpáticos, solían ser los mayores tratantes de blancas del mundo, y por tal motivo, también los mejores falsificadores de identidades. La hora de pactar con ellos sería dura, no envidiaba a Desire.

Un flanco a la vez, se dijo. Al menos Dashi ya era *oficialmente* americano. No podrían extraditarlo, estaba al amparo de la ley estadounidense.

—Brindemos —propuso Greed—. Ya me harté del café, y sacar a un niño de las garras de Huang Liu amerita celebración.

—Me uno con fervor, hermanito. —La voz de Desire fue un aviso de su presencia. A los pocos pasos, la melena renegrada y los ojos verdes de Erin invadieron el despacho. Cuatro vasos de whisky chocaron como un ritual, todas las batallas se festejaban, por muy pequeñas que fueran. Así siempre fueron las guerras.

Dashi y Nessa aguardaban en una de las mesas, cerca del escenario. El pequeño con un vaso de leche y galletas untadas en Nutella, y Nessa con su vaso de Guinness tirada.

Cadence se preparaba en los camarines para dar la audición, mientras maldecía a Rage por engañarla. El único jurado era Nessa, y de imparcial tenía poco. Daría lo mejor de ella, aunque valiera de poco, solo por su orgullo.

Tenía un repertorio de canciones countries, algunas eran *covers* de temas de moda. Creía que podía dar con el espacio y ambiente que allí brindaban, música de fondo para conversar de negocios turbios.

Sabía por Nessa que su audiencia contaría incluso de senadores, jueces y demás personas de gran relevancia. *Redemption* hacía alarde de eso, elevando el nivel de exclusivo. Pero si entrar a la disco era algo que pocos conseguían, la terraza era un símbolo de poder y estatus.

Los irlandeses eran fuertes en Los Ángeles, Daniel se había encargado de eso, y sus discípulos honraban el legado.

Tomó aire, se dispuso a salir, una mano la aferró por la muñeca y la detuvo.

Dalila.

La reconoció de inmediato; Cadence se odió por sentir celos, no le

correspondía. Demasiado tarde, el maldito sentimiento allí estaba y, pronto comprobó, era correspondido por Dalila.

—No puedes darle lo que necesita... —Las palabras salieron de entre los dientes apretados de la prostituta—. No lo entiendes. No eres más que una niña mimada que juega con ser puta...

Cadence se soltó del agarre, podía decirle lo que quisiera, pero la violencia física era inaceptable. Y lo que Dalila había dicho dolía más que una bofetada, porque se asemejaba a la conversación sobre Norton.

—Puede que no sea lo que él necesita, pero sí puedo asegurar, jurar, que no estoy jugando —dijo y la voz le sonó firme.

—Rage es mío, ¿lo entiendes?, cuando apenas si podía mirar a una puta a los ojos, me miró a mí. Es mío, y no voy a dejar que la novedad que resulta tu culito parado me quite lo que me pertenece.

—No quito ni robo, Dalila, y me apena que pienses así. —En esa ocasión, transmitió fastidio, no pudo evitarlo—. Darren no es de nadie, ni tuyo ni mío. Es un ser humano libre, y bien harías en recordarlo, si tanto dices conocerlo. Follar con alguien, saber cómo le gusta que se la mamen, no es conocer a alguien.

El rostro de Dalila se tiñó de rojo, empezando por las orejas, que ardían casi en llamas, hasta el pecho que se veía a través del profundo escote del vestido de cóctel.

—¿Darren?, ¿Mamada? —Las preguntas musitadas en un chirriar de dientes fueron incomprendidas por Cadence.

No indagó, lo que Dalila pudiera decirle ya no le importaba. Le daba pena, claro que sí, porque la vida tenía que golpearte muy duro para que terminaras en la prostitución. Y esa pena, esa empatía, le impidió ser mala con la muchacha. Ahogó las réplicas, y en cambio, explicó lo que para ella era evidente:

—No estaré siempre con Darren, lo sé mejor que tú. Y él también lo sabe... —Dolía, ¡Demonios, cómo dolía!—. Pero tampoco tú estarás siempre a su lado, y no es tu culpa, ni mía, ni de Darren. Es simplemente la jodida vida. Así que, mientras antes asumas que las personas no son de nadie, que son libres, antes dejarás de sufrir por lo inevitable.

Intentó convencerse a sí misma con esa declaración. Era mentira, sufriría igual por lo inevitable, pero lo haría siempre aferrándose a los buenos recuerdos. Dejó a Dalila sola, y cruzó la cortina hacia el escenario dispuesta a dar la mejor audición de su vida.

El público ahora sumaba tres.

CAPÍTULO 12

22 años antes...

En cuanto la puerta del pabellón se abrió en mitad de la noche, los ojos de Darren también lo hicieron.

No seré yo... No seré yo...

No, no lo era. Otros piecitos tocaron el suelo, otro fue el niño asustado. Uno que él conocía: Aiden.

—¡Aiden, no!

El pequeño mostraba un temple resignado, de quien sabe que le llegó la hora. El padre Peter esperaba por él y por otro niño más esa noche.

—No, Aiden. —Darren descendió de la cama y corrió hacia la puerta, para detenerlo.

—¿Darren? —La voz del padre le provocó escalofríos. Nunca se mostraba enojado, ni alterado. Siempre paciente, cariñoso... demasiado cariñoso. Darren ya no confiaba en él, ni en sus palabras; sabía lo que le traía aparejado.

Desnudarse, tocar, ser tocado... el asco le revolvió el estómago y, cuando tragó saliva, la bilis le supo agria en la boca.

—Darren, ven con Aiden si lo deseas... ven, solo saldremos a dar un paseo. —Aiden miraba la punta de sus pies descalzos, el otro niño se encontraba conmocionado. No era la primera vez que dejaba el orfanato.

Darren los siguió, no porque quisiera salir; creía a Ronan, si él decía que el exterior era peor que lo que sucedía en el despacho, le creería. Nunca se había equivocado con las advertencias. Los siguió por Aiden, porque prometió cuidarlo... porque... porque era su amigo ahora. Y a los amigos no se los abandona.

Uno... dos... tres... Aiden contaba los pasos. No salieron por la puerta principal, sino por la capilla. Allí los esperaba una furgoneta blanca, que tenía el logo de una lavandería, para disimular el verdadero contenido: niños y niñas.

—Aiden... no debemos subir ahí —desesperó Darren. Los ojos azules de quien, tras esa noche, sería su hermano se fijaron en los de él y traslucieron su profundo dolor y desesperación.

—Si no voy yo, irá Erin. No quiero que le suceda nada a Erin, ella me cuidaba cuando la abuela enfermó... se lo debo... —Y puso un pie en el guardabarros trasero del vehículo para entrar en ese lugar oscuro que le quitaría el último vestigio de humanidad.

Las manos de Darren lo retuvieron y, cuando se volteó para zafarse, Aiden vio por primera vez a Rage. La neblina roja de ira, un sentimiento tan ajeno para un niño como lo era la vida a la que se enfrentaban.

—Darren...

El padre Peter intentó hacerlo ingresar a la furgoneta, le hablaba, le decía palabras dulces, como siempre hacía cuando quería conseguir favores sexuales de los pequeños.

Nada traspasaba la neblina roja.

Aiden subía para salvar a su hermana; como Kirian lo había hecho para salvarlo a él. Pero no era cierto, no había salvación, no con esos monstruos.

No se trataba de los cabellos rubios de Darren, que ahora estaban rapados, ni de los hermanos, ni del comportamiento... todo se reducía a que ellos eran niños, indefensos, a manos de adultos crueles, pervertidos y viles.

Pateó, gritó, mordió. Más fuerte, incansable. Se retorció en los brazos del sacerdote, y cuando éste lo quiso inmovilizar, Darren le clavó los filosos dientes en el brazo hasta arrancarle un pedazo de piel.

Recibió una bofetada que le adormeció el rostro, pero no lo detuvo. Volvió a incorporarse, a pelear. Aiden tardó unos segundos en reaccionar, hasta que Darren le extendió la mano y él se la tomó. Lo tocó, con ansiedad, sin asco. Se atrevió al contacto con otro niño, no le temía a Darren, a su ira. Eran amigos, eran hermanos. Y tenían un fuerte enemigo.

—Pelea, Aiden... —ordenó Rage, porque ya era Rage—, pelea, Aiden. No debemos salir de aquí, una paliza es mejor —repitió el consejo de Ronan.

Y pelearon. ¡Demonios si pelearon!, lucharon como solo los condenados pueden hacerlo.

Los enemigos eran adultos, fuertes, armados. Los redujeron, no sin antes terminar con los brazos ensangrentados por los arañazos y las mordidas, y las piernas amoratadas por las patadas de esos desesperados pies que buscaban escapar.

Les dieron una paliza terrible a sus diminutos cuerpos, una paliza que los hizo terminar en la enfermería. Darren, desde su cama con olor a antiséptico, le sonrió a Aiden. Una sonrisa roja de sangre, acompañada de una mirada que ya no era de ira.

—Estamos en la enfermería, no dejamos el orfanato...

Uno... dos... tres...

—Aiden, deja de contar, esto es mejor que lo que se encuentra afuera, ¿recuerdas?, es mejor. —Intentaba convencerse, porque dolía como mil demonios.

Aiden contaba los cinturonzos recibidos: diecisiete. Una vez, otra vez... hasta llegar a diecisiete.

—Nos hemos salvado...

—...Cinco... seis... —se detuvo—. No, Darren, solo lo hemos postergado. Solo nos salvaremos cuando tengamos la edad de Ronan o Erin... Siete... ocho...

—¿De qué hablas?

—Los escuché. —Darren no preguntó cómo, en el afán de Aiden de no ser visto, había desarrollado una capacidad asombrosa de esconderse. Nadie lo notaba, y había atestiguado varios horrores desde sus escondrijos. También oía demasiado.

—¿Qué escuchaste?

—Ronan tiene vello... eso no gusta, el vello no es de angelitos. Y Erin... Erin está creciendo, le llaman el cuerpo de Eva; entendí que sangrará, que cuando eso ocurra...

—¿Aiden?

—Ronan y Erin se irán del orfanato el mes próximo, quedaremos solos. Nosotros tenemos muchos años de ser angelitos... —Tomó aire y prosiguió—: nueve... diez... once...

Darren quiso sentir de nuevo el velo rojo, era mejor que la desesperanza. A él le quedaban seis años o siete para llegar a la edad de Ronan, demasiado tiempo para ser un angelito. Aiden tenía razón, solo lo habían postergado.

Hizo fuerza, pensó en Kirian y con él en mente, la niebla roja regresó. Rechinó los dientes, y eso le remitió el dolor, por lo menos por unos momentos.

—Aiden... —Extendió la mano, le exigió a su nuevo hermano que enfrentara el miedo de tocarlo, porque debían ser fuertes. El niño vaciló unos segundos; le fue difícil, pero lo consiguió, enredó los dedos en los de Darren y contuvo los espasmos del ataque de pánico respirando profundo por la garganta y contando... siempre contando... Uno, dos, tres...—. Aiden, no cuentes latigazos. Enumera los pasos, los minutos, las cerraduras... Desde el pabellón de niños hasta el corredor central, desde el pabellón de niñas hasta

el corredor central, desde allí hasta la capilla, y de la capilla hasta la salida. Cuenta, Aiden...

—Cuarenta y seis pasos, setenta y tres, treinta y uno, dos cerraduras, doce pasos...

Iban a huir. No esperarían a que ellos los liberaran, iban a huir y lo iban a hacer a su manera. Por primera vez, los números de Aiden sí le trajeron paz.

Actualidad...

—No más dulces por la noche... —La queja de Rage tenía su razón en lo mucho que les había costado hacer dormir a Dashi.

—Helado de galletas, ¡por Dios, Rage!, vamos, disfruta la vida.

—Eso es lo que pretendo, pero un niño me lo impide.

Cadence se sentó de un salto en la barra de la cocina y devoró el helado.

—Hasta que no vea el fondo, no iremos a dormir —exclamó. Dashi ya estaba en su habitación, el cansancio lo había vencido por encima de la dosis de azúcar.

—Entonces, permíteme ayudarte. —Darren intentó hacerse con el pote, ella huyó al sofá, para comer sola—. Eres una chiquilina.

—¿Recién lo notas? —Contenía las carcajadas para no despertar al pequeño, pero la sonrisa en labios de Darren la invitaba a reír, a manifestar la felicidad.

Otra cucharada, otra vez se lanzó a correr. Rage la persiguió, le tendió una trampa como un depredador a su presa. Cadence, sola, se arrinconó en la habitación. O se encerraba en el baño o se rendía...

Rendirse era la mejor opción.

Rage se acercó con fingido sigilo, hasta apresarla entre su cuerpo y la pared. Abrió la boca, exigiendo su premio, y Cadence guio una cuchara repleta de helado con galletas hacia ella. Él lo saboreó, le quitó el pote y se alejó.

—¿Quieres jugar con el helado? —preguntó con picardía, recordando una famosa escena con sabor a vainilla.

—¿Y arruinarlo? ¡Jamás!, pienso terminarlo. —Rage se quitó los zapatos, la camiseta había abandonado su pecho hacía horas, y se arrojó en la cama con el pote en las manos dispuesto a disfrutar de su dosis de azúcar.

—Eso es injusto... —Ella gateó sobre el colchón, hasta acomodarse a su lado. Él solo le convidó una cucharada, con el egoísmo del goloso, y reanudó la tarea de degustación.

—La vida no es justa, mi chica country, para nada justa. Un día tienes helado de galleta para ti solo en el refri y al siguiente, boom, un niño y una muchacha sin control sobre su apetito te lo arrebatan.

—¡Sí tú no tenías helado de galletas!, decías de pedir pistacho... —La expresión de Cadence manifestó lo que pensaba del pistacho.

—Soy un hombre flexible. —Terminó de rascar el fondo con la cuchara y lo dejó en la mesa de noche, lo arrojaría al cesto más tarde, tras degustar su segundo postre.

—¿Cuán flexible? —Se entendieron sin palabras. La conversación había cambiado el foco—. Tengo entendido que los hombres muy musculosos pierden flexibilidad.

—Esos son los que consumen anabólicos. No me insultes. —Fingió ofenderse.

—Tendrás que probarlo...

Una invitación a ser creativo. La mayoría de las poses demandaban a la mujer ser flexible y al hombre ser fuerte. Se divirtieron mientras recapitulaban las posiciones más absurdas y menos prácticas del mundo; sin embargo, cuando comenzaron con las preliminares, el humor fue reemplazado por deseo.

Cadence estaba bocabajo, con la almohada a la altura de su pelvis, expuesta para Darren. Ahogaba los gemidos contra el colchón, mientras él la lamía por detrás y la preparaba más de lo que ya estaba.

—Darren... Darren... —Se aferró a las sábanas cuando la lengua de Rage le rozó el clítoris. Estaba al límite, le dolían los pezones por el deseo y se los acarició para acompañar las sensaciones.

Los dedos de él la estimulaban por completo, desde el ano hasta la vagina; quería probarlo, quería hacerlo con él. Algo le gritaba que además de placentero sería sanador. Se arqueó, elevándose hacia él en el instante en que su lengua pasaba por su ano.

—Cadence... —La voz de Rage sonó ronca, desesperada y algo asustada.

—Sí, hazlo, Darren. Prueba mi límite, confía en mí, confía en ti... jamás nos dañaríamos. —Necesitaba hacerlo, purificar los horribles recuerdos, reemplazar los conceptos.

Necesitaba limpiar las perversiones, todas ellas. No se trataba de que el acto sexual fuera sucio, lo sucio era la violación, el abuso, la manipulación.

Los cuerpos no eran enemigos, su erección no era algo de qué avergonzarse, como tampoco la humedad de Cadence. No había nada antinatural en desearse, en ser libres para compartirse el uno con el otro.

Hundió el dedo en la vagina, se deleitó de la lubricación natural. Deslizarse con tanta facilidad por el canal, arrancar los jadeos desesperados de ella, era la gloria. Con los dedos empapados, ascendió hasta otra entrada, una más estrecha y, adivinó, virgen.

—Sí... —corroboró ella—, sí, Darren.

Introdujo el dedo medio en el ano de Cadence, y recibió un gemido de agrado por respuesta. No hubo dolor, ni asco, ni la necesidad de huir. Solo goce. Ella se elevó hacia su mano, se movió buscando que la follara con el dedo, en un frenesí desconocido para ambos.

Darren la hizo voltearse, jamás necesitó tanto mirar a alguien a los ojos como en esos momentos. Cadence lo invitaba a la laguna verde de su iris, a sus pupilas dilatadas, a sus labios rojos y anhelantes.

La besó con fervor, mientras continuaba el vaivén de su dedo, profanando territorio inexplorado, tanto en lo físico como en lo emocional.

—Darren... necesito más. —Se arqueó a él, desesperada por dejarse caer en la hoguera del placer. Rage se lo brindó, acompañó su incursión con la lengua en su clítoris, estimulando todos los puntos de excitación de Cadence hasta que ella no pudo más.

Gritó su nombre, tan fuerte que, tras los espasmos del orgasmo, rio.

—Despertaremos a Dashi... —se burló él, satisfecho con lo conseguido. Su chica country había olvidado todo por el disfrute que le brindaba; las formas, los miedos, hasta dónde se hallaba. Solo habían sido ellos dos en el mundo.

—Esto se ha vuelto una competencia, debo conseguir lo mismo de ti... —Puso su palma en el pecho de él y lo empujó contra el colchón. Se apoderó de la situación, con la rendición de Rage.

Lo besó, bebió de sus labios la humedad de mujer que le había quedado. Lo invadió con la lengua, le mordisqueó los labios, hasta saciar la necesidad de besos post orgasmo. Era una parte fundamental de su nueva rutina sexual, era el momento en que podía hacerlo sin que él se mostrara esquivo o temeroso de vínculos emocionales. Allí, en la tormenta de lujuria, los labios le pertenecían.

Bajó por el mentón, succionó la piel y lo sintió reír. Una risa ronca, gutural, que por poco le arranca un nuevo orgasmo.

—Demonios, Darren, es mi turno... —se quejó Cadence del poder que Rage ejercía sobre ella.

—Solo sigue. No te detengas... —La marca de los labios de su chica

country se perderían entre las rosas rojas del tatuaje que decoraba su yugular. Pero él sabría que estaba allí, y recordaría el placer que le había provocado.

Los pectorales, el vientre, hasta llegar a su latiente polla. Cadence la tomó en su boca, tanto como le cupo, y Rage gruñó por las sensaciones. Alzó la cabeza lo suficiente como para ver la larga melena rubia moverse sobre la dura erección, y la dejó caer con rendición sobre el colchón.

—Cadence, ¡demonios, Cadence! —La mano de ella le tomó los testículos, se los masajeó mientras seguía con sus labios generando succión en torno al pene.

Lo conocía, ya conocía ese cuerpo, sus sensaciones. Supo cuando estaba por correrse, por el modo en que los abdominales se tensaban, marcando cada cuadrado. Las venas del cuello se dibujaban, y su cabeza se hacía hacia atrás.

Los dedos de Rage se aferraron a su cabellera, la invitaban a hacerse a un lado, a finalizar solo con la mano.

Cadence no pensaba hacerlo. Bebería de su placer como él había hecho con el de ella.

Rage se corrió en su boca, incapaz de una advertencia más. Cadence lo recibió tanto como pudo antes de hacerse a un lado. El resto de la eyaculación cayó en el vientre de él. Ella terminó la tarea lamiendo el glande mientras lo obligaba al contacto visual.

Mírame, Darren, esto maravilloso que ha sucedido entre nosotros nada tiene que ver con el pasado.

Sobraban las palabras.

Darren la hizo acunarse en sus brazos, donde le permitió dormir. Él no podría hacerlo.

Simuló hasta que Cadence cayó rendida a los pies de Morfeo; cuando la respiración fue acompasada, abrió los ojos para fijarlos en ella.

Ansiaba mirarla.

Se sentía afortunado, tan nuevo como desconcertante.

¡Qué demonios!

No podía dejar de pensar en el tiempo juntos, en qué ocurriría con ellos cuando el riesgo disminuyera. No quería perderla, tampoco podía dejar de ser él, de ser Rage.

Había hecho un pacto, uno marcado en sangre y que aún adeudaba. Y sí, Cadence era importante para él, pero también lo eran Ronan, Aiden, Erin, Daniel y Nessa. Sin ellos, no existiría Cadence en su vida; sin ellos, hubiera

saltado del campanario como lo hizo Kirian.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Eso le permitió ver la luz roja junto a la mesa de noche, allí, donde el pote de helado vacío aguardaba para ser arrojado al cesto.

Era la alerta de seguridad; el último refuerzo.

Agradeció la paranoia de Greed, un nivel tan excesivo de control.

El apartamento tenía tres alarmas: la sonora, la insonora y esa...

Si la luz roja parpadeaba, significaba que las dos primeras habían sido violadas. Significaba serios... serios problemas.

Se deslizó fuera del colchón, se calzó los tejanos y capturó el arma escondida bajo la cama. Constató de manera rápida que tuviera balas, aunque el peso ya se lo indicaba.

Avanzó con sigilo, no se oía nada. Lo único que advertía intrusos era esa luz.

Desactivar los sistemas de seguridad de Greed no era tarea sencilla, ni siquiera el FBI lo había conseguido. Quien fuera que estuviera allí no era de «los buenos».

Caminó por el corredor, vio una sombra, apenas perceptible, perderse en la habitación de Dashi.

¡Mierda!

La ira le nació de inmediato; la forma en que su corazón salió disparado, la adrenalina por las venas y la mente funcional lo puso en modo Rage.

Continuó, un paso a la vez, con la espalda a la pared y el arma por lo bajo. No podría disparar a oscuras, por temor a lastimar a Dashi, pero tampoco dejaría el arma. Era una esperanza vacía creer que quien fuera que se adentraba allí se asustaría con la visión de una pistola.

Ha desactivado los sistemas de Greed.

Sabía que eso implicaba que en *Redemption* ya estaban enterados, pero, por muy rápidos que fueran, no llegarían antes de quince minutos. Quince jodidos minutos que podían costarle la vida a Dashi.

Giró para divisar el umbral; fue rápido, veloz. Tanto que logró esquivar la patada que golpeó en el dintel.

¡Demonios!

Pocas personas podían dar tan alto, el muy malnacido era elástico, sabía pelear y comprendía que se enfrentaba a Rage.

¡Mierda, mierda y más mierda!

Era otro sicario, uno que iba a por Dashi. De lo contrario, se hubiera

adentrado en su habitación, en un intento de matarlo mientras dormía.

Porque, joder, si ibas a matar a Darren Foley querías hacerlo sin dar ventaja. Y ese hombre en la recámara de Dashi lo sabía: había estudiado el apartamento, desactivado la seguridad e ido directamente a por el pequeño.

El único detalle que se le había escapado era el tercer nivel de seguridad; uno que solo sabían ellos cuatro.

Se mantuvo a un lado de la puerta, agudizó el oído: Nada.

El desgraciado era por demás de silencioso. Ni su respiración se percibía, que era algo normal cuando alguien estaba nervioso. Hiperventilar ante la expectativa.

No... allí los dos eran depredadores.

Dashi despertó; dijo algo en chino, sonaba asustado y eso alcanzaba para despertar la fiera de Rage. El otro sicario solo dijo *Shh...* delatando su posición.

Rage entró a la habitación, consciente de que el adversario quedaría a su derecha. Un impacto rápido hizo volar el arma lejos suyo, algo con lo que contaba, pero le permitió a él encestar un mejor golpe. En un trompo, lanzó una patada alta que recortó su cuerpo en las sombras como una perfecta línea recta a cuarenta y cinco grados. El hombre, vestido por completo de negro, incluyendo el rostro cubierto, se arrojó hacia atrás para esquivarla.

Rage lo arrinconó, despejando la puerta. Era un juego peligroso, porque también él quedaba cerca y con espacio reducido; no importaba, la vida de Dashi era primordial.

—Cadence... —le ordenó, y el niño corrió fuera de la habitación para ir a despertarla.

La lucha era tan silenciosa que podía darse en un hospital, en la sala de cuidados intensivos, que nadie se quejaría.

No emitían gruñidos, ni quejidos, ni sus respiraciones se agitaban. No... era una coordinada danza de muerte.

Rage nunca había tenido un contrincante igual; y supo que estaba en desventaja. No física, no en frialdad. Estaba en desventaja porque lo que se ponía en la balanza eran dos de las personas más significativas de su vida.

El sicario de negro golpeaba sin control, sus movimientos ponían en manifiesto la destreza de las artes marciales. Rage se había desarrollado más en las israelíes y en las rusas.

Y ambos conocían las tailandesas.

Era imposible cubrir tantos golpes, recibió uno en el pecho que lo lanzó

casi un metro hacia atrás. Su espalda se estampó contra el armario de Dashi, un carrusel de luces infantiles se puso en funcionamiento.

Cadence se hizo presente en el epicentro de la pelea.

—¡Rage! —Iba con Dashi enroscado de su cintura.

—¡Corre, Cadence, corre hasta *Redemption!*

El sicario fue tras ellos, Rage lo detuvo barriendo sus piernas con una patada baja y ganando su espalda en una llave incompleta. El otro había adivinado la intención e impedido que completara el agarre, la mano entre el antebrazo y el cuello conseguía que el ahorque no fuera total. Se impulsó hacia atrás, haciendo que el cuerpo de Rage diera contra la pared del corredor. Una, dos, tres...

Rage aguantó, aguantó tanto como pudo, a sabiendas de que cada segundo le daba a Cadence la posibilidad de escapar y de ganar ventaja por si no podía detenerlo.

En esos momentos deseaba tener a Greed a su lado, él sabría exactamente cuántos pasos y minutos requería Cadence para llegar al garaje y salir de allí haciendo rugir el motor del Aston Martin.

Tras varios golpes más, el invasor posó las plantas de los pies en la pared opuesta del corredor y reptó por ella hasta quedar horizontal y conseguir un mejor ángulo para zafar el medio ahorque.

Lo consiguió, se deshizo de la presión de Rage en la yugular, y antes de que éste pudiera golpearlo, hizo un giro de codo que impactó en la sien del irlandés. La sangre del corte salpicó la pared. El siguiente movimiento del adversario cortó el aire sin dar en él. El sonido fue similar al de un látigo, evidenciando el entrenamiento del muy malnacido. Rage se propulsó con todo el cuerpo hacia arriba, dando de lleno en la mandíbula de su contrincante. La misma crujió, pero no logró que el hijo de perra perdiera ímpetu. Por el contrario, retribuyó la cortesía con dos veloces movimientos de palma abierta, uno de los cuales dio en la garganta de Rage, el otro falló. Sin embargo, perdió parte del aire. Con esa debilidad, arremetió contra el otro y equivocó la llave, el sicario enemigo consiguió descolocar el hombro de Darren.

No hubo quejas, ni gritos. Solo el ahogado *crack* de la articulación al salir de lugar. Otro podría quedar fuera de combate, no Rage. Él aprovechó la flexibilidad que le daban los tendones —*¡Demonios, sabía cuánto dolería al enfriarse!*— y se giró hasta dar con el codo en la mandíbula.

Segundo golpe en el mismo sitio. El desgraciado era imparable.

La sangre que emanaba de los labios, de las narices y de los cortes

producto de los golpes embarraba el piso haciéndolos resbalar. Rage estaba casi desnudo, descalzo y con los tejanos; el otro vestido de negro con ropa ligera, de deporte.

Las zapatillas le permitieron al invasor mejor tracción, y escapó hacia la cocina. Rage buscó el arma que había quedado en la habitación. Intentó dar con la sombra del asaltante... el apartamento volvía a estar en un letal silencio.

Lo sabía, el muy hijo de perra estaba en algún punto del living; si Rage salía del reparo del corredor, un cuchillo volaría por los aires y le daría de lleno. No dudaba en la puntería del desgraciado, era lo que él haría en su lugar, y compartían entrenamiento y destreza.

Una leve brisa le dijo que se movía. Rage accionó el interruptor de luz... La mano del sicario se asomó por el ángulo de quiebre de la pared, el cuchillo de cocina quedó clavado en el yeso de la misma. El irlandés aprovechó para tomarlo de la muñeca y quebrarla, tampoco escuchó quejas, solo el sonido de los huesos al romperse.

Pero pudo ver algo más, una frase en chino, tatuada en la piel, no de modo artístico, sino similar a la que cargaban los sobrevivientes del holocausto: 为709 颠覆案 .

Lo único reconocible era el número.

La distracción ante ese detalle le costó el impacto de su cabeza contra la pared.

¡Demonios, Rage, ¿cuándo has olvidado que las personas tienen dos brazos?!

Consiguió obligarlo a soltar el cuchillo, pero no atraparlo. El sicario se escurrió hacia el living, y en cuanto Rage quiso avanzar, con el arma en alto, recibió un leve corte de otra arma blanca.

—Me cago... —no pudo evitar mascullar. Él y su jodida manía de que los cuchillos estén perfectamente afilados. Tuvo que retroceder, otorgándole la delantera al invasor—. Podemos seguir toda la jodida noche... —Rompió con el silencio—, o por lo menos, hasta que lleguen los refuerzos.

No hubo respuesta, pero Rage supo que lo oía.

—Sí, se te escapó un detalle, ¿sabes?, los cuatro hermanos irlandeses somos jodidamente paranoicos... No contamos todo, no decimos todo y, lo más importante, no olvidamos. ¿Qué quieres con Dashi?, ¿venderlo al mercado negro?, ¿follártelo como el maldito perverso que eres?, ¿matarlo? —Nada. Apenas una leve respiración. Rage se asomó, un cuchillo se clavó en el

espacio que dejó vacío al retroceder a tiempo. *¡Mierda!, era bueno*—. No importa si me eliminas, si al fin lo consigues, no te servirá de nada, porque nos tendrás que matar a los cuatro para llegar a él. Y cada uno de nosotros te esperará, de pie, preparado.

Un movimiento, sin respuesta.

—Ya vi que eres chino... ¿trabajas para Huang Liu?, pues si sales vivo de aquí dile que nadie se mete con el hijo de Rage. Y si duda de si es mi hijo ahora, solo tiene que ir a preguntarle a los malditos ucranianos...

Otro movimiento, Rage avanzó fuera de la protección de la pared, el filo del último lanzamiento le rozó apenas el brazo. No había sido con intención de matarlo, sino de ganar tiempo para huir.

El desgraciado había huido, cuando podría haberlo matado. Rage fue tras sus pasos, el hijo de perra había *hackeado* los elevadores con la misma tecnología con la que había violado la seguridad de Greed.

Lo intentó por las escaleras. *¡Mierda que lo intentó!*, y solo alcanzó a ver la sombra del sicario perderse en una motocicleta en las calles de Los Ángeles y a los carros de *Redemption* llegar tarde, quince segundos que le dieron la victoria al jodido chino.

Victoria temporal, se prometió. Porque sus palabras eran ciertas, nadie se metía con la familia de Darren Foley... Y Dashi y Cadence lo eran. *¡Sí, joder, lo eran!*

—Te llevamos, Rage. —Norton era el único que se atrevió a acercarse a la figura ensangrentada que era el jefe de *Redemption*.

—No, me seguirán, eso harán. Y harás de chica de los recados, sube a mi apartamento y busca ropa...

Sin más órdenes, descalzo, lastimado y con solo los tejanos cubriendo su cuerpo, se montó a la Ducati y condujo como un demonio en llamas por las calles de la ciudad hasta llegar a *Redemption*. Como Norton no estaba en la puerta, se encontraba custodiada por dos hombres de seguridad que, en esos instantes, no permitían el ingreso de nadie.

Salvo Rage.

Los pies descalzos del sicario se posaron sobre el sucio suelo; ya era medianoche y eso implicaba que el local estaba en auge. En su interior, los que iban por droga, putas y juego desconocían lo sucedido... ¿Los demás?

¿Los habían traicionado?

Pride lo recibió a mitad de camino, él bajaba de la oficina para ir a la

escena; temía que Rage fuera... bueno, Rage.

—¡Joder!, ¿qué ha sucedido? —Pride intentó retenerlo.

—¿Cadence, Dashi?, hazte a un lado, déjame verlos...

—Ellos están bien.

—¡Demonios, Pride!, no te pregunté cómo estaban, te dije que quería verlos.

—Tú necesitas atención, ¡Mierda!, ese malnacido te ha dado una buena. — Intentó que lo siguiera hacia la terraza, donde se hallaba Nessa y los camarinos, un buen lugar para darle los primeros auxilios.

Rage estaba fuera de sí. Lo dejó con la palabra en la boca y, sin importarle su aspecto, que llamaba miradas al estar casi desnudo, ni sus pies que se posaban sobre restos de vaya uno a saber qué, recorrió el antro en busca de sosiego.

En busca de ellos...

Pride no podía hacer más que seguirlo.

—Están con Nessa, pero tú...

Era imposible hacerlo entrar en razón.

—¡Mierda! —Desire intentaba lidiar con otro alterado: Greed—. Joder, Rage, habla con Greed...

—No ahora —recomendó Pride. Rage se marchó por las escaleras de servicio hasta la terraza.

—Greed quiere ver al mundo arder —se quejó la mujer. El contable estaba fuera de sí porque hubieran violado su sistema; aseguraba que el único modo de conseguirlo era robando información y que, el hecho de que desconocieran solo el tercer nivel era prueba de eso. Estaba a un *click* de desatar una guerra.

—Y Rage lleva la cerilla.

Darren corrió hasta dar con el camarino.

—¡Fuera! —demandó.

Los artistas y las escorts abandonaron el lugar, no antes de atestiguar el encuentro. En cuanto su voz rugió, Cadence, que allí se encontraba, se lanzó a sus brazos, sin importarle la sangre, las heridas. Lo rodeó con los suyos por el cuello, y las piernas lo hicieron en la cintura. La falda vaquera quedó completamente alzada sin que el pudor la apresara. No, solo necesitaba sentirlo vivo.

Lo besó con desenfreno, y él hizo lo mismo. Las bocas se abrieron, las lenguas danzaron y solo se separaron para no traumar más a Dashi que los miraba con una dosis de repulsión infantil y una sonrisa feliz. Todo eso en su

cuerpecito de pocos años. Rage bajó a Cadence, para acercarse a él y abrazarlo.

—¿Estás bien, pequeño?, ¿te ha hecho daño?

El niño asintió primero, negó después. Dijo algo en su idioma, que repitió cuando Nessa puso el traductor.

No me hizo daño, me habló en mi idioma, quería que fuera con él.

Esa fue toda la información que pudieron obtener entre balbuceos. No deseaban ponerlo más nervioso. Cadence lloraba, las lágrimas brotaban de sus ojos sin control. Primero por el miedo, luego la desesperación y, en esos momentos, por el alivio. Nessa le alcanzó una *Coca-Cola* del bar, con una rodaja de limón.

—Bien, Dashi —dijo la mujer—, has sido muy valiente. Y muy, muy listo. Ahora iremos a por tu premio, ¿te parece? Así Cadence se encarga de Rage, que tiene más heridas de las que el muy imbé... tontuelo —se corrigió en deferencia al niño— quiere admitir.

—Helado de galleta —pidió el niño.

—¡Ah!, esa sí la has aprendido en inglés. —*Cookie Ice-Cream* repetía ajeno al verdadero riesgo corrido. O quizá, pesó Cadence a punto de volver a romper en un mar de lágrimas, esa había sido su existencia por cuatro años y estaba acostumbrado. Como le había ocurrido a Darren Foley, a su Darren, al niño sin infancia que desconocía *Toy Story*.

Una vez a solas, volvieron a besarse. Rage le secó las lágrimas con el pulgar, y consiguió dejar una impronta de sangre en su mejilla.

—¡Maldición!, Nessa tiene razón, estoy herido.

—Déjame curarte, recuerdas, soy una chica country, soy de Texas. — Intentó sonreír, lo logró. Darren estaba vivo, ellos estaban vivos.

El peligro real la azotaba al rostro, la nueva vida la había ido a buscar al apartamento. Rage era la única protección que tenían, solo que... no quería que volviera a arriesgarse así. ¿Si lo mataban?, oh, si lo mataban, ella no sabría cómo continuar.

¡Demonios!, no podía negar sus sentimientos. Acallarlos, sí; morderse para no decirlos, también. ¿Negarlos?, no. Estaban ahí, en el terror que la dominaba y, a la vez, les permitía a sus manos no temblar para ser funcionales. Las lágrimas se evaporaban, los espasmos remitían y ella... ella hacía lo que debía hacer por Rage. Porque, ¡joder!, lo amaba.

Limpió cada herida con antiséptico y las analizó una a una.

El codazo en la frente le había cortado la ceja rubia, una zona que

sangraba mucho sin conseguir heridas peligrosas. El hueso frontal era duro y protegía lo más importante, bastó con poner adhesivos tisulares.

—Para el hombro puedo llamar a alguno de los hombres... —sugirió.

—No, no quiero a nadie más que ti. Además, no lo necesito, solo está dislocado.

—¡Solo dislocado! ¡Solo...! —Él le sonrió, y ella quiso abofetear su ya magullado rostro. No lo hizo, porque Rage le indicó cómo sostener su brazo y, con la pared del camerino como guía y el cuerpo de Cadence como soporte, lo volvió a su sitio de un violento movimiento.

El *crack* le revolvió el estómago a la muchacha, pero no vomitó.

—¿Estás seguro de que ha quedado en su sitio? Podrías haberlo empeorado —se quejó. Rage movió el brazo y probó los límites.

—Sí, quedó bien. Dolerá hasta que se desinflame, nada importante.

No iba a discutir, era evidente que Rage no era la definición de *hombre racional*.

Restaba el corte de cuchillo en el brazo, el que podría haberlo matado si el sicario chino no hubiera priorizado huir. ¿Por qué?, eso era algo que no abandonaba la mente de Darren, ¿por qué le había escapado cuando tenía la balanza a su favor?

Quería a Dashi, de eso no cabían dudas, había ido a por él de manera directa. ¿Sería testigo de algo?, era lo más probable. El niño podría reconocer rostros, quizá, al igual que Greed cuando era pequeño, había escuchado demasiado. Sí, todo eso tenía sentido, pero no el hecho de que le hubiera perdonado la vida a él. Menos si se trataba de un chino vinculado a Huang Liu, un jefe que ya sabía que le pisaban los talones, del que conocían sus negociaciones y su posible participación en la muerte de Daniel.

No, Huang Liu sabía que para él no existiría el perdón de los irlandeses. Entonces, ¿por qué lo había perdonado a él?

Demasiados cabos sueltos, demasiados asuntos que no encajaban. Lo importante era que estaba vivo, él, Cadence y Dashi.

Las manos de su chica country lo sanaban, lo cosían con delicados puntos de sutura que apenas le dolían. Extremaba la delicadeza, y eso lo enterneció. Cuando terminó, alzó la mirada a ella, indagó en esos ojos verdes que se mostraban felices de tenerlo a su lado.

Podía leer cada sentimiento de Cadence; su chica era fino cristal, tan transparente que podías verlo todo. La inmensidad de lo que allí se reflejaba lo hizo perder la cabeza, perderla de verdad.

No era la funcional ira; era su opuesto.

La besó. La tomó con fuerza de la nuca y la obligó a apoyar los rojos labios sobre los suyos. Le abrió la boca con la lengua, para invadirla y Cadence, rendida, se dejó hacer.

No le importaba batallar contra los sentimientos, contra las palabras no dichas que a ambos aturdían. Ella se rendía a Rage, a Darren, al infierno que significaba estar con él.

—Cadence... —La súplica estuvo cargada de resignación. Una que nacía de saber que no la dejaría ir jamás, que el egoísmo del niño que fue, del niño que jamás tuvo nada, le impediría renunciar a ella en el presente.

—Darren.

Las bocas volvieron a unirse, las piernas de ella lo rodearon como habían hecho antes, y reanudaron el encuentro. Lenguas, besos, roces.

Las faldas alzadas, el trasero de ella sobre uno de los tocadores de artistas y las caderas de Rage aprisionadas entre los muslos de Cadence.

No podía esperar, no existirían las previas. Desabrochó el tejjano, no tenía ropa interior debajo; le hizo a un lado las bragas y, sin más, la penetró.

Ella gimió, estaba lista sin necesidad de caricias. Su cuerpo clamaba por el de Rage, desesperado. Necesitaba sentirlo vivo, y allí, embistiendo en su interior, estaba más vivo que nunca.

Se aferró a su espalda con las uñas. Las bocas, juntas, compartían el aliento y la polla de Rage se movía sin barreras dentro de su vagina.

¡Qué demonios!

No hubo tiempos de remordimientos por lo insensato de dejar la protección. Solo placer; se aferró con más fuerza. Rage le rasgó la camiseta, desnudando sus senos y se llevó uno de los pezones a la boca. Los mordió, la hizo gritar.

—¡Darren!, ¡Darren, no pares! —Se iba a correr. La pelvis de él le generaba un delicioso roce en cada estocada, la estimulaba lo suficiente, de todos modos, Rage se lo demandó.

—Tócate, quiero ver cómo te corres con mi polla adentro, quiero verte hacerlo.

Lo complació, deslizó sus dedos finos al punto en que los cuerpos se unían y mientras él se hundía en su humedad, el dedo índice y medio de Cadence estimuló el clítoris.

La mano de Rage se enredó en los cabellos rubios de Cadence y le alzaron el rostro de un tirón; sabía lo que él demandaba, la completa rendición, el

reflejo de todos sus sentimientos en los iris verdes.

Y ella se lo entregó.

—Darren... —El nombre se volvió suspiro, un suspiro de completo goce mientras se corría en torno a la polla dura de Rage. Se estremeció, con la mirada fija en los ojos celestes del sicario; de un asesino que ella amaba. Esa era su vida ahora; esa era Cadence Hazel ahora.

Rage se corrió en su interior, derramó hasta la última gota en un gruñido de placer que resonó en todo el camerino. Y, cuando los espasmos alcanzaron el fin, se perdió en los labios de Cadence en un profundo beso.

A unos metros de allí, sin que se dieran cuenta, Dalila observaba la comunión de sus cuerpos con los ojos rebosantes de odio y desprecio.

CAPÍTULO 13

La carrera artística de Cadence en los escenarios del club nocturno mafioso más concurrido de Los Ángeles se vio truncada por los acontecimientos violentos de noches pasadas, y por la ira contenida de Rage. Si no estaban a salvo en su apartamento, no lo estaban en ningún otro sitio. El penthouse retomó su rol inicial en la relación: convertirse en una prisión de lujo. Prisión en función de su bienestar y el de Dashi. Por supuesto, el sistema de seguridad fue reforzado. Cámaras y sensores de movimiento por todos lados. Cadence se sentía como la participante de uno de esos programas televisivos *big brother*, cada vez que se servía un vaso de agua en la cocina lo elevaba a modo de saludo... Podía jurar que del otro lado estaban los ojos de Greed, monitoreando todo. Solo a él, Darren le encomendaría la tarea de ser sus ojos cuando no estaba en el apartamento.

Gracias a los cielos, la única habitación que no contaba con cámaras era la que compartían cada noche. Una cosa era que la observaran comer un emparedado de salami junto a Dashi frente a la TV, lo aceptaba, pero que le vieran el trasero desnudo moverse al ritmo de las penetraciones de Rage, no. Por suerte, ni siquiera fue una discusión a plantearse, Darren coincidió con ella al segundo.

Sentirse vigilada no le resultaba para nada agradable, a diferencia de Dashi que lo experimentaba como un juego. Cadence transitaba por diferentes tipos de estadios durante el día, a primera mañana lo consideraba una compañía, en especial cuando Rage ya se había marchado. En más de una oportunidad se había encontrado leyendo el horóscopo zodiacal en voz alta, o algún que otro fragmento de las noticias del periódico haciéndose a la idea de que Greed la oía. Lo que era peor, en su cabecita pensaba que la oía y lo disfrutaba. Era como una extraña forma de vincularse con uno de los hermanos del hombre que hacía que su corazón latiera descontrolado cada vez que la besaba, que la saciaba, cada vez que le susurraba su nombre cuando el placer compartido los extasiaba.

Pasado el mediodía, la intromisión destapaba la botella del fastidio, y por la tarde, ya embriagada de mal humor, se encerraba en la habitación en busca de una mínima dosis de privacidad. Sus encierros rebeldes solían coincidir

con las siestas del pequeño, lo que hacía del proceso algo sin culpa. Luego, al caer el sol, la compañía de Darren hacía trizas todo, el mal humor, las intenciones de reclamo; Cadence olvidaba todo, hasta su jaula de cristal. Pero hasta que el anochecer cayera, trayendo consigo a la cura para sus males, las horas se transformaban en eternas. Dentro de esas cuatro paredes, afinaba la guitarra, le enviaba audios con nuevas melodías a Loren y revisaba las publicaciones de Instagram de su madre. ¡Sí, el mundo estaba perdiendo el rumbo! Su madre con cuenta en Instagram era el principio del fin. Ver en imágenes a su familia, sus sobrinos, hasta a su padre —otro hecho inaudito, no se dejaba fotografiar desde los diecisiete años— solo exponía la realidad de su nueva cotidianidad. Una vida interrumpida, detenida en medio de una pelea entre mafias que le resultaba tan ajena como la nieve a un pez. Llegaría el punto en que la balanza no se compensaría con las noches en brazos de Darren, ni los días bajo la protección de Rage.

Sentada en canastilla en el medio de la cama, ahogó las cavilaciones rasgando las cuerdas de la guitarra. La melodía de *Tim McGraw, Please remember me*, resonó en la habitación, y el estribillo de la canción se escabulló por su garganta hasta salir por los labios:

You'll find better love
Vas a encontrar un mejor amor
Strong as it ever was
Fuerte como si siempre hubiese estado
Deep as the river runs
Profundo como el río que corre
Warm as the morning sun
Cálido como el sol de la mañana
Please remember me
Por favor, recuérdame

De no ser por el repentino repiqueteo del móvil sobre la mesa de noche, hubiese continuado hasta derramar la primera de muchas lágrimas. Estaba sensible. Culpaba a el encierro. A la puta vida. Observó de reojo la pantalla del aparatito: *Redemption calling*. No la sorprendía. Se tomó su tiempo, ajustó la coleta del cabello en lo alto, acomodó la guitarra junto a ella y aceptó la llamada.

—Estoy en la habitación, Greed —dijo adelantándose a las demandas que

oiría. Las conocía de memoria—. Sola... bueno, no sola, con mi guitarra. ¿Puedo tener mi momento a solas con ella? ¿Lo apruebas, Greed?

—¿Cadence? ¿Eres tú? —Una voz femenina y poco familiar abofeteó el rostro de Cadence. El silencio de su parte se hizo más extenso de lo esperado—. ¿Cadence? Lo siento, creo que me he equivocado de número.

—No, no... —Habló antes de que finalizara la comunicación—. Soy Cadence, solo que no sé quién...—No alcanzó a completar la oración.

—Harmony... ¿me recuerdas? ¿Del club? ¿De Redemption? —aclaró como si fuese necesario hacerlo. No lo era.

Harmony. Puso a trabajar la mente. Quería poner un rostro a la voz.

—Nos conocimos la noche en que hiciste la audición...

El detrás de escena había sido eclipsado por el ataque de Dalila, relegando lo demás al olvido. Los cabellos rojizos de Harmony regresaron al recuerdo de Cadence, luego sus labios tonos azul, hipnóticos. ¡Cómo para olvidarlo! Hasta se imaginó atreviéndose a ese labial. Imposible, se requería de ese tono de piel cobrizo para lucirlo como la muchacha lo hacía.

—Harmony, cierto... una de las muchachas de Nessa.

—Una de las tantas muchachas de Nessa, pero en secreto, su favorita — bromeó. Cadence fingió reír, qué más podía hacer.

—Dime, ¿puedo ayudarte en algo?

—Hablando de Nessa, tengo un mensaje de su parte para ti.

Extraño. Nessa solía ponerse en contacto con ella más de lo necesario. Cadence la comparaba a una mamá leona, siempre atenta a las necesidades de sus cachorros. Pensar en Rage como un cachorro indefenso la empujó a la risa auténtica. Se cubrió la boca para que Harmony no pensara que se estaba riendo de ella, o de alguna tontería similar.

—¿Cuál es ese mensaje? —Obtuvo solo silencio como respuesta. Esperó porque podía oír la respiración de la muchacha. Esperó, hasta que se cansó de hacerlo—. ¿Harmony?

—Sí, lo siento... —susurró. El tono de su voz cambió, pero Cadence lo pasó por alto—. Es que es una sorpresa, no quiero que me escuchen.

—¿De qué hablas?

—De Rage, van a hacer un festejo en su nombre...

¿Qué mierda? ¿Festejo? ¿Rage? Resopló sin poder contener al demonio sarcástico que la poseía.

—No entiendo nada de lo que dices, Harmony, ¿festejo?

—Sí, creo que es por motivo de su cumpleaños... o parecido. ¡Nunca se

sabe! Según Nessa, los jefes son muy reservados con respecto a esas cosas, pero a ella le importa un bledo, le gusta sorprenderlos.

Pensó en Clay, su hermano, y la famosa promesa hecha por su madre décadas atrás: *no volveré a hacerte una fiesta de cumpleaños jamás, niño malagradecido*. No era mal agradecido, solo era un simple antisocial que prefería encerrarse a jugar con la consola antes que beber cerveza con amigos falsos de la prepa. A pesar de ello, cada año, la tortura se hacía presente, y él aceptaba la triste realidad que traía consigo un pastel y la canción de cumpleaños.

Nessa, salvando las grandes diferencias de vida, tenía mucho en común con su madre. Pensar en que la mujer se tomara el permiso de pintar con un matiz blanco el paño oscuro de la realidad de Darren le resultaba encantador. En cierta forma, Nessa no perdía las esperanzas para con sus niños, así como ella tampoco lo hacía. Se esforzaba en pensar solo el presente junto a él, en olvidar el mañana. Pero comenzaba a añorar ese mañana...

—Me parece una idea estupenda, ¿qué puedo hacer por ella... por Rage?
—Al fin de cuentas, se trataba de él.

—Nessa pensaba en que podrías dar ese show postergado, ¿qué opinas?

¡Sí! No pudo evitarlo, saltó de la cama. Dio unos pasitos de baile.

—Otra estupenda idea...

—Tendrías que acercarte a probar sonido, han traído un nuevo equipo y lo conveniente sería...

No se dedicaba a la música, pero conocía los pormenores tras bambalinas; si pretendía que todo saliera perfecto, había que asegurar cada detalle.

—Que vaya para allá... —finalizó Cadence. En segundos, la condena que pesaba sobre sus hombros le arrebató las ganas de festejo—. Lo siento, no creo que sea posible...

—¿Cómo que no? Nessa cuenta contigo... está con Diane ultimando detalles.

—Lo siento, pero sin Rage... no puedo, no es correcto que abandone el departamento.

—¿Lo dices por una cuestión de seguridad o por otro motivo?

—Seguridad, por supuesto. —Bromeaba para sí con el hecho de ser una prisionera. No lo era. Solo que no se movía del maldito lugar sin la compañía de Darren, y eso ya se estaba convirtiendo en una mala costumbre.

—No te preocupes, Nessa se ha encargado del asunto... enviará un coche por ti.

La ausencia de vida propia tomó entre pinzas los datos relevantes de la conversación: Nessa, festejo, coche. Su análisis mental lo dio por válido.

No le avisaría a Darren, hacerlo pondría al descubierto los planes de la mujer. No se enojaría, pensó. Estaría segura, confiaba en Nessa. Los dos lo hacían, al punto tal en que Dashi pasaba más tiempo con la mujer que con ellos.

¡Dashi! ¿Cómo había olvidado al pequeño? Fue hasta la habitación para despertarlo. No tuvo que hacerlo, estaba recostado con *Tablet* en mano. Greed le había descargado una aplicación infantil para que aprendiera el idioma, y él estaba deseoso de aprenderlo. Sin decir una palabra, abrió la cajonera del armario, cogió unos cómodos pantalones y una camiseta con el escudo del Capitán América.

—Tú y yo nos vamos de paseo.

—Paseo —repitió él, y al igual que Cadence, saltó de la cama en un raptó de felicidad.

Todas las defensas fueron puestas bajo la lupa tras el enfrentamiento con el asesino de Huang Liu. No lo ponían en duda, la orden tenía que provenir de él. El hijo de perra de ojos rasgados pretendía controlar el territorio de Los Ángeles y estaba siendo amparado por otros clanes, al límite de arriesgarse a la osadía de invadir la privacidad de uno de los jefes de *Redemption*. Eso era una sentencia a muerte, y por lo visto, Liu no le temía a la muerte, o tenía al puto sistema de su lado para esquivar la condena. Como fuese, la seguridad fue reforzada, y Rage extendió la obsesión al cuerpo. Los entrenamientos eran incesantes, a primera hora de la mañana y a última de la tarde. El sol se asomaba acompañando a sus puños, y se ocultaba con la misma premisa.

Rage estuvo en desventaja, había probado el sabor de una pelea con un auténtico adversario, entrenado con la destreza, potencia y el sigilo que las artes marciales entregaban. Buscar la paridad de movimientos era fundamental. Le había tenido piedad, algo no concebido en la realidad que los rodeaba. En su lugar, él no lo habría hecho. El cuerpo del maldito oriental estaría pudriéndose bajo tierra.

Un golpe en la mandíbula le acomodó el cerebro, y regresó al momento. Estaba lanzando puñetazos al aire, sin poner la atención en el objetivo.

—Ey... muchacho. —La mano de su entrenador, ya libre de guante, lo abofeteó—. Alguien te busca. —El hombre cabeceó en dirección al bolso de

Rage, el móvil repiqueteaba ansioso.

Con los dientes, tiró del velcro que le aseguraba la protección a su muñeca, y dejó caer los guantes en la colchoneta del ring. Atravesó las cuerdas, y de un salto, estuvo junto a sus pertenencias: *Greed calling*.

—¿Dónde te encuentras? —La interrogación de Aiden fue inmediata.

—Con Sweeney. —Ese era el nombre de su entrenador.

—O sea que tu chica country está abandonando el apartamento sin ti.

Por un segundo, solo por uno, el corazón de Darren se detuvo.

—¡Eres un puto sabio, Greed! —dijo capturando el bolso. Con un gesto se despidió de Sweeney.

—Guarda el malhumor para tu rubia, ella fue la que se marchó.

—Y tú la dejaste. —El temperamento manipulaba a sus palabras.

—No soy un guardia cárcel... así me lo pediste tú, ¿recuerdas?

—Sí... sí —balbuceó al abandonar el gimnasio.

Él le había pedido que mantuviera la distancia, que se asegurara de que todo estaba bien en el apartamento cuando él no estaba, pero que le permitiera a Cadence una fingida idea de libertad porque confiaba en el criterio de su chica country.

¡Mierda! La perspectiva del peligro seguía escapándose de Cadence.

Montado en la Ducati, con la bandolera del bolso atravesando su pecho, sondeó en la información que Greed le brindaba. El nuevo móvil de Cadence poseía un rastreador que superaba en creces los simples recursos de los *GPS* vehiculares.

—¿Dónde demonios se ha metido?

—Por ahora, se encuentra como un florero en la puerta del edificio. —Hacía tiempo que había hackeado a la cámara principal, tenía acceso a ella—. Está a la espera con Dashi... —La pausa en Greed puso en alerta a Rage.

—¿Aiden? —gruñó enfurecido.

—Espera, maldición... se está subiendo a un auto, un Corolla negro. Parece uno de los nuestros.

—¿Parece o es? ¡Mierda, Aiden! —Colocó el móvil sobre el panel de la motocicleta para activar el altavoz. Se colocó el casco decidido a no perder más tiempo.

—Definitivamente, no lo es... comprobé la matrícula, es inexistente.

Las ruedas de la Ducati dejaron una marca gris en el pavimento. Atravesaría la ciudad cagándose en todas las putas advertencias.

—Guíame, Greed.

—Acaban de cruzar la *Avenida Maple* por el *Boulevard de Washington*. Maldición, se dirigía al otro extremo de la ciudad. ¿Qué mierda pretendía? ¡Mierda, Cadence!

Los rostros no le resultaron familiares, pero el automóvil sí. Era similar a los que utilizaban en el club. ¿O no? Importaba. No. Confiaba en Nessa. Bueno, en Harmony y las palabras de Nessa. Además, el cambio de aire le sentaría perfecto a los dos. Y un festejo, entre medio de tanta violencia y muerte, también. La bombilla mental de Cadence se encendió, aunque no de la manera en que Rage lo hubiese deseado. Llámela tradicionalista, muchacha consentida... para ella, un festejo requería, demandaba, un obsequio. Su Darren no sería la excepción. Él había tenido una vida plagada de excepciones. No más. El tiempo que ella estuviese junto a él tendría que hacer una diferencia.

—Disculpe, podríamos desviarnos al centro comercial —le dijo al hombre que cumplía la función de seguridad al lado del conductor, los dos vestían de negro, al igual que el personal de seguridad del club.

El hombre se limitó a aceptar.

—Gracias... —Cadence decidió indagar para quebrar la incomodidad dentro del vehículo. Dashi no se encontraba a gusto, podía sentirlo aferrarse más y más a su cintura—. No nos conocemos, ¿verdad? ¿Nunca nos vimos en el club?

El hombre tosió para afinar la garganta, coincidió en miradas con el que conducía el vehículo, y respondió:

—Usted no nos ha visto, pero nosotros sí la hemos visto a usted...

—Pensé que Norton vendría por nosotros...

—Norton tuvo un problema personal.

La ruta al centro comercial acababa de ser pasada por alto, y el corazón de Cadence se aceleró.

—Tendrían que haber tomado el giro en *Standford* —sugirió ocultando el temor que comenzaba a quebrarle la voz. La incomodidad cobraba un sentido mayor. Uno letal, con perfume a peligro. No se dirigían ni al centro comercial ni a *Redemption*.

—Tomaremos el siguiente —dijo él volteando hacia ella. Ahí se mantuvo. Con el codo apoyado junto a la cabecera de la butaca.

—¿Qué clase de problema personal tuvo Norton? —Suficiente, debía saber en qué aguas pantanosas se había metido. Sonrió para mantener una aparente calma. Envolvió a Dashi con su brazo izquierdo, lo acercó lo más que pudo a su cuerpo, como si con eso bastara para protegerlo. Con la mano libre, intentó dar con el móvil dentro del bolso que reposaba en su regazo.

¡Eres una idiota, Cadence!

—Ya sabes, el mismo de siempre. —Él fingió bromear. Cadence lo imitó, rio.

—¡Me imagino, esa muchacha no le da ni un minuto de respiro!

—¡Las mujeres nunca dan un minuto de respiro! ¿No es así, Sam? —Le habló a su compañero y ambos rieron.

Confirmado. Se había lanzado a los lobos como la grandísima idiota que era.

¡Rage va a matarme! Lo bien que haría... Te lo mereces, por idiota. Pero no él. Miró a Dashi, los dedos del pequeño se incrustaron en su brazo. Estaba atemorizado.

El silencio que traía consigo la verdad fue quebrado por el sonido del accionar automático del cierre de puertas. El hombre que no paraba de mirarla alzó las cejas confesando sus intenciones. En ese preciso instante, el móvil de Cadence sonó.

Antes de que ella pudiera recibir la llamada, él la capturó por la muñeca. La presión fue intolerable, gritó de dolor, y dejó que el aparatito cayera de su mano. Sus ojos lograron ver la pantalla: *Rage calling*.

—¿Cadence?! —La desesperación de Darren pudo sentirse a través del minúsculo auricular.

—Hola, en este momento... —El hombre jugó con su voz, simuló ser un mensaje automático del contestador—, no me encuentro disponible, deje su mensaje después de la señal... Pip,Pip, vete a la mierda, Rage.

—¡Rage! Lo siento... —gritó ella ganándose una sonora bofetada.

—¡Maldito hijo de perra, si te atreves a tocarle un pelo...!

—No es mi culpa, si no le enseñas modales a tu chica no me queda más que reprenderla. —Acarició el rostro de Cadence, limpió los restos de sangre de su labio. La bofetada se lo había rasgado—. Cállate, y luce bonita, ¿sí?

—¡Tú vas a lucir bonito, mis puños van a asegurarse de ello, malparido!

—Shhh, shhh... que te está oyendo el niño, con tantos insultos lo asustas. Vayamos al grano, ¿estás de acuerdo? —Observó de soslayo a el que conducía —, aquí Sam, el hermano de Finn, coincide conmigo... si quieres a la rubia y

al chinito, tienes que venir por ellos.

—Dime dónde...

—¿Y pretendes que te lo diga? ¡Dios, Oscar me dijo que eras mucho músculo y nada de cerebro, no le creí hasta ahora! —Cambió el tono de voz, dejó la faceta bromista a un lado. Hasta su mirada mutó, y Cadence sintió un escalofrío—. Averígualo, maldito irlandés. Tic, tac... si quieres verlos con vida. —Acercó el auricular a Cadence—. Despidete de tu *sugar daddy*, preciosa.

—¡Rage! —intentó ocultar las lágrimas. No pudo. Él volvió a abofetearla.

—Compórtate, maldita rubia malcriada.

Finalizó la conversación y arrojó el móvil fuera del vehículo.

El rastro de Cadence se detuvo a metros de la estación de Washington. No había nada más qué hacer, estaban ante un callejón sin salida. Rage restableció la comunicación con Greed.

—Dime que tienes algo, Aiden. ¡Por todos los cielos, dímelo!

—Le perdí el rastro... Lo siento.

Darren golpeó el tablero de la Ducati con tanta ira que el parabrisas, víctima del efecto rebote, se quebró a la mitad.

—¿Rage? ¿Rage? —La voz de Desire resonó en el aparatito—. ¿Te encuentras ahí?

—¿Dónde mierda más voy a estar, Desire? ¡Dímelo!

—Ven al club... puede que obtengamos algo de información.

—¿Qué información? Dame instrucciones, una coordenada, lo que sea...

Estaba desesperado, y la combinación con la ira que lo comandaba podía ser explosiva. No querían más muertos de los deseados.

—No es eso... ven, maldición. ¡Trae tu puto trasero aquí si quieres recuperarla!

La presencia de Harmony en la oficina principal lo desconcertó. Ira, desesperación y desconcierto, una tríada que no le era beneficiosa a nadie.

—Rage...

Pride se le interpuso. Sabía que alguien debería de contener a la fiera de un instante a otro, y solo él contaba con la fortaleza física para hacerlo. O, por lo menos, demorarlo... por un par de minutos. Dadas las condiciones actuales, segundos. Lo contendría por segundos.

—¿Greed? —Darren se dirigió solo a él. No hizo contacto con nadie más —. Sé que tienes algo, puedo notarlo...

—Tengo la punta del ovillo, nada más que eso.

—Lo ocurrido fue planeado. —Desire decidió formar parte de la conversación.

—¡Ni que lo digas! ¡Felicitaciones, eres una mente brillante! —Dio un paso, quería romper todo. Destrozar lo que estaba al alcance de su mano. Si no podía romper el cuello de Oscar Mullan, haría pedazos lo que se encontrara en su camino.

—Ey, nosotros no somos el enemigo. —Pride chocó contra su cuerpo.

—¡Hazte a un lado, Pride! —exigió con la furia quemándole la garganta.

—¡Hazme tú a un lado! —Si tenía que descargar la ira con alguien para así poder pensar con claridad y actuar, Pride estaba dispuesto a asumir el rol.

—Si tú lo pides...

—¡Por mil demonios, deténganse! —Nessa elevó la voz al límite del grito. Nessa nunca gritaba. Los rostros de los cuatro hermanos fueron en búsqueda de la mujer—. Harmony estaba a pasos de contarnos algo importante... Cierra tu boca, apaga los motores de tu temperamento y déjala que continúe, por el bien de Cadence y Dashi.

—¿Qué mierda tiene que ver Harmony en este asunto?

—Rage, lo siento... no pensé que iba a suceder esto, pensé... —Los sollozos no le permitieron continuar, ocultó el rostro entre las manos.

La incomprensión alzó las cejas de Rage. Desire giró la laptop de Greed para que viera las imágenes de video ahí expuestas: Harmony, haciendo un llamado telefónico desde la oficina, con la línea principal del club.

—Cadence recibió un llamado de aquí... por eso abandonó el departamento y se subió con tanta confianza al vehículo. —Aiden expuso la información.

—¿Qué?

—Que tu rubia no es tan idiota como pensamos, solo incauta y confiada — agregó Pride.

—Y tuvo sus motivos —finalizó Desire mirando a la muchacha que temblaba junto a Nessa.

—Habla, Harmony... te escuchamos.

—Se suponía que solo era una broma. Dalila detesta a Cadence... — Enjuagó las lágrimas, elevó la mirada—, ya todos saben por qué.

Sí, sí, la rubia texana le había quitado a Rage. Llevaban semanas oyendo

ese comentario burlón tras bambalinas.

Pride se hizo a un lado al notar que Darren se esforzaba en mantener la calma. No dañaría a Harmony, estaba seguro. Dalila era otro cantar. Avanzó hasta estar frente a la muchacha.

—Continúa...

—La idea era que abandonara el apartamento, que viniera aquí... la verdad, no me importaba qué pensaba hacer Dalila. ¿Qué daño podría hacerle aquí? ¡Ninguno, ¿verdad?! —Miró a Nessa, la culpa la estaba torturando.

—¿Por qué lo hiciste, Harmony? —preguntó la mujer. Broma con daño o sin daño, no se aceptaba esa clase de actitud en *Redemption*.

—¡Te he estado mintiendo, Nessa! Volví a consumir... —El crack era el peor enemigo de Harmony, y ella había vuelto a caer en sus redes. Limpias, eso se les exigía. Nada de adicciones. Las drogas eran el pasaporte que te empujaban fuera de *Redemption*—. Dalila lo sabía y me prometió mantener el secreto si hacía esto...

—Dalila... ¿dónde mierda se encuentra? —Era la pregunta lógica, y Rage no tardó en hacerla.

—¡Metida en algún hueco del club! Todavía no damos con ella —Pride lo puso al tanto.

—¿Me están tomando el pelo?! ¿Está frente a nuestras putas narices y no hemos dado con ella? —La carcajada furiosa que salió de su garganta los hizo sentir incómodos a todos.

El pitido de una alarma capturó la atención general. Desire y Greed se miraron, él no pudo evitar sonreír por lo bajo.

—Te lo dije... Rage es su puto imán.

Las cámaras captaron a Dalila saliendo al estacionamiento trasero. El intercomunicador resonó, Desire puso el llamado en altavoz.

—Dalila se encuentra en el estacionamiento —Era la voz de Norton—, estamos a la espera de órdenes.

—Ninguna orden... yo voy a por ella.

Rage se marchó de la oficina como alma que carga el diablo.

—Ya has oído, Norton —Le indicó Desire—, manténganse al margen. —Cortó la comunicación.

Un intercambio de miradas entre ella y Pride fue suficiente para que él reaccionara. Fue tras los pasos de Rage. Hizo extensiva la mirada a Greed, que se encontraba a su lado.

—¿Qué?

—Pride puede contenerlo, pero solo tú hacerlo entrar en razones... mueve tu trasero.

Las imágenes que se transmitían desde el estacionamiento los mantuvo a ambos cautivos. Dalila hablaba por su móvil, parecía estar a la espera de alguien. Una furgoneta oscura apareció en la escena...

—¿Qué demoni...? —balbucearon los dos prendidos a lo que veían.

La furgoneta abrió las puertas laterales, ella intentó correr. Un hombre salió en su búsqueda, la tomó de los cabellos y la arrastró por el suelo. Rage y Pride arribaron en el instante en que la arrojaban dentro del vehículo y arrancaban el motor.

—¡Mierda! —Greed fue en busca de su morral, tenía un pequeño arsenal tecnológico en él, y corrió para sumarse a sus hermanos en el estacionamiento.

Rage se montó a la Ducati, y Pride, a la suya; no perderían de vista a la furgoneta. Se calzaron los cascos y aceleraron cuanto pudieron, les ganaban por una calle de ventaja como mínimo.

No era el horario óptimo para una persecución en el centro de Los Ángeles. Los primeros bocinazos no se hicieron esperar. Se colaron entre los autobuses y los taxis. Recibieron más de un insulto. La luz del semáforo les jugó en contra, cuando estuvieron a un par de metros, la luz verde actúo como bandera de largada.

Pride alzó el brazo para comunicarse con Rage. Separarse era lo más lógico para poder flanquear a la camioneta. Si las cuentas mentales no les fallaban, se enfrentaban a un mínimo de tres hombres. Dos en la parte delantera, y uno atrás, el captor de Dalila. Rage se encargaría del conductor, y Pride del acompañante. No contaban con armas de fuego, pero Darren tenía los puños bien cargados, ansiosos, y un buen golpe, bien encestado, brindaría excelentes resultados. Ronan, por su parte, siempre cargaba con el tesoro personal que había cobrado más vidas de las imaginadas, su navaja. Atravesaría el cráneo del hijo de perra del copiloto.

Giraron sobre la avenida Central, y tuvieron que detenerse ante el maldito semáforo. La furgoneta les ganó el terreno, los malnacidos se valieron de un cruce de ambulancia para abrirse camino. Ellos quedaron en desventaja. Rage golpeó contra el manillar. Pride evaluó el alrededor, tenía informantes en el distrito, muchos de ellos eran contactos policiales. Los utilizaría de ser necesario. ¡Al diablo las normas de tránsito! Le hizo señas a Rage. Cruzaron la calle con la luz en rojo. Un Lexus plateado chocó contra un taxi ante la

movida de las motocicletas. Los insultos se multiplicaron. Los desoyeron, aceleraron. Marcaron el pavimento de la avenida con el frenético roce de las ruedas, y contribuyeron al bullicio ciudadano con el rugir de los motores.

Rage logró acercarse a la parte trasera de la camioneta. El acercamiento tuvo como resultado un maniobrar brusco por parte del conductor, intentaba empujarlo sobre la acera. La Ducati golpeó contra los autos estacionados y casi compromete la vida de un transeúnte.

¡Vamos, Pride, no me falles!, pensó Rage. Se había puesto en situación de vulnerabilidad para darle espacio a su hermano. Era el único lo suficientemente loco para hacer eso.

Pride accionó aún más el pedal de velocidad. La movida de ataque de los hombres, que confundieron con una momentánea victoria contra Darren, era en realidad una distracción para que Ronan sorprendiera al acompañante a quien le incrustó la navaja en el cuello.

La sangre brotó manchando el parabrisas. El descontrol dentro de la furgoneta comenzó a notarse, no mantenían el carril.

La portezuela corrediza se abrió de par en par. Pride pudo ver a Dalila, en apariencia, parecía desmayada, su captor sostenía una automática en su mano que no dudó en utilizar. Una lluvia de balas estalló contra Ronan. Él redujo la velocidad viéndose en la obligación de detenerse, el depósito de nafta estaba perdiendo líquido.

Darren se detuvo junto a Ronan.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo han dañado a mi bebé... ¡Ve, maldición, no los pierdas!

Las sirenas de la policía se oyeron a lo lejos. El espectáculo ya había sido deportado. Rage continuó al acecho. Los disparos se dirigieron a él, dieron en la cubierta de su rueda.

—¡Mierda! —No se detuvo, intentó controlar la Ducati. Mucho más no podía hacer de momento, aunque pretendía seguir con el plan de ser cebo hasta que los malnacidos vaciaran los cargadores y la pelea se diera pareja.

El sonido de otro motor, de otra motocicleta, lo puso en alerta. Reconocía ese rugir... la motocicleta de Greed. Tuvo que detenerse, se quitó el casco para comprobar que los sentidos no lo engañaban.

Greed estaba tomando un atajo, conducía por la acera.

—¡Maldito loco! —masculló entre dientes con satisfacción.

La furgoneta desapareció en la esquina siguiente. Greed tomó el giro a la par de ellos. Los disparos ya no se oían. O el plan de Rage había dado

resultado y ya no tenían balas, o desistieron ante la habilidad del joven *Redemption*. Era único. Sabía escabullirse, ocultarse, en todos los aspectos de su vida. ¡Era un puto fantasma!... hasta en motocicleta.

Una patrulla policial se detuvo ante Rage. Ronan, que se acercaba a pie, los enfrentó.

—Ferguson... justo a tiempo —le habló al jefe de la patrulla. Lo conocía—. ¿Crees que puedas ayudarnos? Una furgoneta ha secuestrado a una de nuestras chicas.

Ferguson resopló.

—¡Tú sí que sabes cómo cagarme el día, Pride!

—Se fueron en aquella dirección. —Señaló el camino opuesto para que no fueran una molestia para Greed—. ¡Vamos, mueve tu trasero, Ferguson... Proteger y servir! ¡Proteger y servir!

Ferguson le dio indicación al rookie que estaba a su mando, y siguieron el camino indicado. El intercambio de miradas entre el policía y Pride fue más que obvio: estaban en deuda. El uniformado utilizó el intercomunicador policial para compartir la información. Sin el placer de la fuerza policial frente a ellos, con móvil en mano, Ronan efectuó una llamada.

—Desire... tuvimos unos inconvenientes técnicos, envía asistencia. —Le brindó las coordenadas.

—¿Tienen a Dalila con ustedes?

—No, pero tenemos algo mejor.

—¿Qué?

—A Greed yendo tras ellos. —Un golpe en el hombro por parte de Rage lo motivó a desviar la atención a lo lejos. Aiden se acercaba—. Dame unos segundos...

—¿Los alcanzaste? —preguntó Rage ni bien detuvo la motocicleta.

Pride accionó el altavoz para que Desire oyera:

—Estoy aquí, ¿verdad? —exhibió una Tablet con el mapa de la ciudad. Un pequeño punto rojo se movía. Había colocado un rastreador en la furgoneta.

—Estoy recibiendo la información, Greed —Desire habló, todo decantaba en el servidor de *Redemption*—. Pride, Rage... Norton está en camino. Regresen al club para reagruparnos. ¡Vamos por esos malparidos de una vez por todas!

CAPÍTULO 14

Era una completa imbécil. Lo sabía, lo asumía y aceptaba su suerte. No existía el karma para ella, era acción y reacción: había sido estúpida y la fuerza contraria a tamaña estupidez era ese contenedor de hierro en el puerto de Los Ángeles.

Lo que lamentaba, además de toda su jodida vida con cada decisión tomada...

No seas fatalista, Cadence.

Recapituló sus pensamientos. No lamentaba todo, la mayoría de sus errores la habían llevado a brazos de Rage y, por más que en esos momentos sabía que iba a morir por el simple hecho de que su vida había colisionado con la del sicario, era incapaz de arrepentirse.

Reinició sus lamentos con otro punto de vista. No se arrepentía de toda su vida, sino las últimas horas. Lamentaba que Dashi estuviera con ella, porque el pequeño no era culpable de nada en absoluto.

Ni siquiera tiene un ex deplorable a quien culpar.

Dashi era el máximo exponente de la inocencia y después... después venía ella.

En un par de semanas había pasado de una vida protegida en una casa de Texas, con su bandera de Estados Unidos en la puerta, pavos en acción de gracia y estrellitas el 4 de julio —sí, según su madre, los fuegos artificiales eran peligrosos—, a una guerra de mafias.

¿Armas?, ¿quién no tiene un arma en Texas?, pero eso era cosa de hombres que salían a cazar una temporada para reforzar la dosis de testosterona. Nunca traían nada a casa, salvo latas de cerveza vacías.

Ahora veía los cañones de cerca, y, si era honesta, los deseaba. Lo sabía de un modo en el que no debía saberlo, en la mirada celeste de Rage, en los ojos azul zafiro de Greed, en el aura de peligro de Pride y, sobre todo, en la frialdad de Desire, allí lo había leído. Era mejor morir.

Dashi... por él soportaba.

Solo un pensamiento luminoso alumbró el contenedor.

—Ahora sí soy de los tuyos, Rage... mi Darren.

Lo sufría en carne propia, el miedo al sometimiento, los abusos que

llegarían, la necesidad de supervivencia y la importancia de aferrarse a su humanidad. Abrazó a Dashi con fuerza, era su niño. El miedo y la desesperación tienen una forma particular de extender lazos entre la gente, y supo que era capaz de todo por Dashi.

De todo...

De matar...

De ser como Rage.

El contenedor se abrió, ella se puso de pie dispuesta a huir, pero un cuerpo que fue arrojado sin miramientos se lo impidió. Antes de que la puerta volviera a cerrarse, pudo ver el rostro conocido: Dalila.

—Oh, por Dios, también a ti, ¿qué está sucediendo? —exclamó Cadence al impedir que Dalila se golpeará más de lo previsto.

—¿Cadence?, ¿eres tú?

—Sí, sí, tranquila. Saldremos de esta... —dijo con más esperanza que certeza—. En *Redemption* ya saben lo sucedido, Greed lo sabe, él...

Dalila dejó escapar un quejido de dolor, de dolor interior. No había recibido una paliza aún.

—¡Ese es el jodido problema!, ¡tú!, ¡yo!, yo soy el jodido problema...

—Ven. —Cadence la instó a sentarse a su lado, palpó el suelo metálico para asegurarse de no caer sobre Dashi y le marcó el camino—. Ven... es normal que estés asustada. Yo también lo estoy, pero al menos no estamos solas. Está Dashi, me tienes a mí. Algo se nos ocurrirá...

Sí, claro... la mente de Cadence se burló de ella, porque tus ideas hasta el momento fueron grandiosas.

Pero, joder, no iba a morir sin luchar en un maldito contenedor, ni iba a dejar América en él. No. Hizo un intento de incorporarse, Dalila la tomó de la muñeca.

—¡Deja de ser tan condenadamente buena!, ¡demonios!, ¿cómo mierda es posible que Rage se fijara en ti?

—¡No seas imbécil, Dalila, ¿te parece este el lugar para pelear por un hombre?! Mira, si te sirve de incentivo, te prometo que en cuanto deje este lugar, regresaré a Texas, ¿satisfecha?

—Mientes...

—No miento —intentó convencerla. La oscuridad ocultaba su expresión y esperó que eso bastara, porque era pésima mentirosa, y así se lo dijo Dalila.

—No sirves para mentir, no sirves para este mundo de violencia... no sirves, Cadence. Y por eso, pensé que lo mejor era deshacerme de ti. No eres

capaz de entender a Rage, ¿sabes que han abusado de él de pequeño?, ¿sabes los horrores a los que se ha enfrentado? Te has enamorado de él, se te ve en la mirada; eres tan patética.

—Vete a la mierda, pero antes de irte y no regresar, dime qué demonios significa eso de deshacerte de mí.

—Significa que la cagué más de lo que jamás imaginé. —Cadence agradeció que el manejo del idioma de Dashi fuera limitado, de lo contrario, el niño aprendería más insultos que palabras comunes.

Si un día lograba una vida normal, y, joder, ella quería que lo hiciera, podía imaginar a Rage una vez por semana en un despacho del director de un colegio viendo por qué el niño era tan mal hablado.

Oh, no sé de dónde demonios lo ha aprendido, si yo le he enseñado jodidamente bien; le dedico dos horas al día a mejorar su maldito manejo del idioma, después de trabajar enviando malnacidos al infierno.

Sí, Dashi tendría muchos problemas de adaptación en el preescolar, y ella no veía la hora de vivirlos. De salir de allí para empezar su caótica vida de mujer enamorada de un sicario.

Dios, Universo, deidad de turno... suplicó.

—Explícate... —demandó Cadence—. Si voy a morir, quiero saber por qué. Además, me ayudaría a quitarme el peso de mi propia estupidez. Vamos, dílo.

—Pensé que querían al niño... —Dalila lo expresó con resignación—. Escuché cuando Rage se lo decía a Pride, que habían ido a por el niño no a por él. Y pensé, ¿por qué no matar dos pájaros de un tiro?, tú no te separas de él, de modo que si te entregaba a ti lo entregaba a él y yo...

—Y tú, ¿qué?

—Y yo recuperaba a Rage. —El silencio fue pesado—. ¡Los vi follar! —gritó, desesperada—. ¡Los vi follar en los camerinos!, le dices Darren, lo puedes tocar... ¡Lo puedes besar!, ¡Joder!, hasta de tus palabras adiviné que le hiciste una mamada.

—¿Todo esto es por una jodida mamada?! —Al menos fue una buena mamada, pensó.

—No, todo esto es porque eres una maldita niña pija y mimada, que tiene todo. ¡Todo! Y yo lo único que tenía era un hombre...

—No...

—Soy adicta a él, Cadence, ¿lo entiendes? Soy adicta como Harmony al crack. No lo puedo dejar, no puedo...

—¡Demonios!

—Y a diferencia de las drogas, no hay forma de ir soltando. Simplemente dejó de venir a mí, dejé de tener mi momento para mí. Rage era eso, era el hombre con el que follo porque quiero y no porque me pagan...

Cadence quería odiarla. ¡Mierda!, si estaban en esa situación era por su culpa. Había manipulado a Harmony, a ella... era una psicópata, o sociópata. No sabía el término correcto para definir a la clase de persona que sabe exactamente el punto débil y presiona allí. Eso era Dalila.

Pero ahora estaban las dos jodidas. Y más...

—Van por Rage —dijo Cadence al caer en cuenta—, le has tendido una trampa a Rage. Somos el cebo.

—Eres el cebo, tú y el niño, yo tendré suerte si no me pone una bala en la cabeza por haberlos arriesgado. Y eso, si salimos de aquí...

Cadence se dejó caer junto a Dalila.

—La has cagado... —La voz le sonó cansada.

—Sí. —Dalila también lo estaba. Había perdido todo y para siempre. No saldría viva de eso, Rage no perdonaba, Huang Liu tampoco.

—La has cagado más que yo. —El humor se volvió lúgubre. De igual modo, Cadence supo que la otra mujer sonreía a la par de ella.

—Sí.

—Entonces, creo que me has hecho un favor. Hasta hace unos minutos creí que era la persona más imbécil de la tierra...

—No, esa soy yo.

—Bien... si salimos de esta con vida, date por perdonada. Si no...

—Si no, no importará.

—No, no importará.

La adrenalina les corría por las venas, y no podían contenerla por más tiempo. La vida de Cadence y del pequeño estaban en peligro. Ahora asumían que también lo estaba la de Dalila. Y todo ello no era más que una excusa perfecta en el momento adecuado. Los putos planetas se alineaban para darle un motivo a Desire. La prudencia y la paciencia no entraban más en juego. Era cuestión de quitar las cadenas para que las fieras corrieran y atacaran directo al hueso.

—¿Dime que los tenemos? —Rage fue el primero en irrumpir dentro de la oficina.

—Se detuvieron en las afueras de Wilmington. —Volteó la pantalla en

donde había rastreado la locación. Greed y Pride siguieron los pasos de Darren. Ella buscó la asistencia de Ronan—. Pride, ven... ¿reconoces el lugar?

Greed tomó el mando del ordenador. Amplió el diámetro de búsqueda para hacerla exacta. La obtuvo: *249-239 Alameda St.*

—¿249 Alameda? —Más que pregunta fue una rememoración por parte de Pride—. Pearson Cargo, es un depósito de contenedores.

Greed también rememoró. La dirección del lugar se había esfumado de su cabeza desde hacía tiempo, pero no los números. De entre todas las jugarretas de Oscar Mullan, esa fue la más evidente; el arrendamiento de un depósito con fines clandestinos. Durante años, el desgraciado había utilizado esas instalaciones para la recepción segura de todo aquello que no podía pasar por un control aduanero y policial.

—Oscar tiene que estar allí... —conjeturó.

—Rage, dijiste que Sullivan te confesó que Mullan estaba vinculado con los albaneses, ¿no? —Desire también elaboraba conjeturas—. Ellos son los que tienen un contacto en el puerto, ¿verdad?

—¡Mierda! —balbuceó Rage golpeando el escritorio con el puño.

—Eso significa una única cosa. —Pride fue el único que estaba dispuesto a decirlo en palabras. Antes de finalizar, fue hasta el armario de acero titanio empotrado en la pared, ingresó el código numérico de desbloqueo de cerradura y abrió las portezuelas de par en par. El arsenal refulgió con las luces de la oficina—. Van a sacarlos del país... —Seleccionó una escopeta de bombo de táctica militar y se la lanzó a Rage—, y nosotros vamos a impedirlo. —Miró a Erin. Esperó. Ella se acercó a él—. Soy una dama, sabes que detesto las escopetas... —Pride le eligió una semiautomática con empuñadura ergonómica, un arma de gran precisión que podría atravesar chalecos antibalas. Era una de las joyas preciadas de Ronan—. Trátala con cuidado, ¿quieres?

Erin chequeó que el cargador estuviese lleno, ajustó el seguro y la cargó a la cintura.

—Entre chicas nos cuidamos, no te preocupes. ¿Greed?

Aiden se equipó con otra semiautomática, la Glock que solía utilizar. Pride fue creativo, relleno un bolso con una metralleta corta, otra escopeta de táctica militar, cartuchos, dos 9 mm y repuestos de cargadores.

—¿Mis pequeños marchan a la guerra? —Nessa los observaba desde la puerta. Estaba acostumbrada a escenarios similares, a pesar de ello, dolía y el temor le atenazaba el corazón.

—No, Nessa... solo es una cita de juegos. —Desire intentó tranquilizarla.

—Pues, de ser así, intenten ser bondadosos con el resto de los niños.

—Lo dudo, Nessa... —Rage bombeó la escopeta para que el primer proyectil se ubicara en la recámara de expulsión. El sonido cumplió la función de campana de largada.

—Rezaré una plegaria por ustedes.

Uno a uno pasaron a su lado, el último fue Greed. A Nessa le hubiese encantado acariciar el rostro del más pequeño de sus niños. Le bastó una mirada...

—Reza por ellos, lo necesitan más que nosotros.

Afrontaban cada día de sus vidas con la misma condenada premisa: ya estaban muertos.

Y en verdad lo estaban, una parte de ellos murió veintidós años atrás.

Tras esas palabras, Aiden abandonó la oficina junto al resto de sus hermanos.

Arribar al lugar en motocicletas pondría a todos en alerta. Utilizaron una de las furgonetas del Club. Estaban equipadas con cristales antibalas, y eso les brindaba una protección extra. Rage se designó como conductor, seguía las coordenadas del rastreador en su móvil. Desire le hizo compañía en la parte delantera del vehículo.

—No le harán daño, Darren —intentó templar la furia de su hermano, sus manos parecían querer desintegrar el volante a fuerza de presión.

—Ya lo sé... es una buena mercancía, no son tan idiotas como para estropearla.

—Llegaremos a tiempo. —Se adelantó a sus pensamientos—. Contacto o no en el puerto, los cargamentos salen de madrugada. Ni siquiera los albaneses son tan idiotas como para traficar a plena luz del día.

Rage volvió a apretujar el volante. Exhaló profundo. Estallar en un brote de ira dentro de la camioneta era absurdo y sin sentido. Observó el cielo, el sol comenzaba a retirarse.

—El atardecer está por caer —gruñó.

—Y antes de que el sol se oculte, pondremos fin a esto, ¿de acuerdo? —Apoyó una mano en su hombro. El consuelo no avanzaría más que eso.

—¿Lo prometes?

Greed intentaba *hackear* las cámaras del distrito para tener un panorama de las instalaciones. Frente al depósito se extendían unas vías ferroviarias, lo

que facilitaba el acceso a imágenes, los cruces contaban con cámaras, y uno de esos cruces se encontraba tan solo a un par de metros de Pearson Cargo.

—Dos accesos —informó en voz alta—. Uno sobre Alameda Street, y otro sobre la Avenida Eubank. El de ingreso por la avenida está contiguo a una gasolinera, y por lo que veo, se encuentra bloqueado. Estamos cerca.

Desire y Rage se permitieron unos segundos para coincidir en miradas.

—Lo prometo —afirmó ella.

Las manos de Rage dejaron de hacer presión.

Oscar Mullan se sentía un rey. Desde la muerte de Daniel se proclamaba de tal manera. Su único problema era que no podía hacerle la sombra suficiente a Huang Liu. Las condiciones para una conveniente amistad todavía no estaban dadas. Intentaban limar asperezas, y Oscar podría limar una en particular en ese presente.

—¿Qué haremos con el niño? —Un Neal Sullivan ya recuperado hizo la pregunta, estaba a la espera de una indicación desde hacía más de una hora.

—No lo sé... ¿Estás seguro de que es el niño que Liu busca?

Oscar se estaba dando la buena vida, comiendo cangrejo con las manos y bebiendo el mejor de los vinos importados a mitad de la tarde. Entre sus piernas, Sade, una de sus prostitutas de cabecera. Estaba de rodillas, dispuesta a que el hombre le diera la indicación para iniciar la mamada. Primero el cangrejo, luego los negocios y, por último, pero no menos importante, su polla.

—Por lo que Sam me dijo, sí... vio al pequeño junto a Finn y Joon antes de sus muertes. ¿Se lo entregamos como gesto de buena fe? —sugirió. Neal quería ser partícipe de las decisiones, Mullan no se lo permitía.

—¿Cuánto podría valer el niño en el mercado?

A Sullivan le hubiese gustado decir, no lo suficiente como para arriesgarse. Sin embargo, dijo:

—Cotiza alto, dos o tres veces más que la rubia.

—Entonces, al carajo con Liu... el niño nunca estuvo aquí, ¿oíste Sullivan? —lo dijo como advertencia.

—Alto y claro, jefe...

—¿Noticias de Rage?

—No todavía.

—Pobre rubia, le importa tres cojones. —Se quebró en carcajadas. Se

chupó los dedos para limpiarse la grasa del cangrejo. Bebió vino, ni siquiera lo saboreó.

Al muy idiota el tiro le saldría por la culata. Creía que había engañado a Rage dándole información errónea. Lo habían enviado a otra dirección, una preparada para emboscarlo. Para Oscar, el mejor acto de buena fe que podía tener para con Liu era la de entregarle en bandeja a cualquiera de los jefes de *Redemption*.

Bajó el cierre de su pantalón, y pateó a la muchacha.

—Haz tu maldito trabajo, Sade. —Antes de cerrar los ojos para entregarse al placer de la mamada, se dirigió a Sullivan—. Tú también, Neal... ve a hacer tu puto trabajo. ¡Quiero la cabeza de Rage, o la de cualquiera de sus hermanos bastardos! —El primer gemido lo obligó a hacer una pausa en el discurso. Cuando pudo, continuó—. De uno a la vez... así destruiremos el legado de Daniel.

Los buenos modales estaban sobrevalorados. Las entradas silenciosas también. Estaban en clara diferencia numérica, cuatro contra... Era preferible no hacer estimaciones. Y como la balanza no estaba a favor, decidieron hacerla añicos.

La furgoneta embistió contra el portón principal y atravesaron el estacionamiento delantero a velocidad frenética, dos cuerpos perecieron víctimas del impacto del vehículo.

Los planos que Greed adquirió mostraban una construcción de una sola planta que se comunicaba al extenso terreno trasero en donde se hallaban los contenedores. También se podía llegar al mismo a través del corredor lateral por donde ingresaban los camiones.

La balacera no tardó en sumarse al encuentro, la camioneta les otorgaba refugio, pero no podían valerse de ella por mucho tiempo.

—¡Rage! —gritó Pride, cuando obtuvo su atención, le indicó la movida que tenía en mente con la metralleta en mano.

—¡Maldito desquiciado! —resopló Darren sin poder ocultar la satisfacción.

—Sí, soy la clase de desquiciado que esta familia necesita.

Con un giro brusco a manos de Rage, el lateral de la furgoneta quedó enfrente a la amplia puerta del edificio, desde ahí recibían la mayor parte

del ataque. Si pretendían ingresar, debían librarse de ellos. Greed deslizó la puerta corrediza, al tiempo que Pride le quitaba el seguro al arma.

La lluvia de balas recibida no tuvo comparación alguna con la que Ronan les devolvió como respuesta. Disparaba y gritaba... *¡Hijos de perra!*

Uno, dos... tres muertos. Dos huyeron hacia el interior de las inmediaciones. Pride se acomodó la metralleta a la espalda, el arma contaba con una bandolera.

Greed saltó al pavimento para lanzarle una de las escopetas. Antes de hacerlo, disparó a uno que se acercaba por su derecha. Literalmente, le voló media cabeza. Esa clase de armas no eran del estilo de Aiden, le gustaban las armas dóciles y livianas, que le permitieran evaluar la precisión en contraposición a las variables que lo rodeaban. Se la entregó a Pride.

—Desire y yo vamos por Oscar...

Rage y Desire descendieron de la camioneta. Erin le quitó el seguro al arma, entabló una conversación muda con su hermano, y se dirigieron al interior del edificio. Pride y Darren lo bordearon hasta dar de manera directa con los contenedores.

¡Maldición!... Eran cientos de ellos.

Los disparos dentro del recinto se hacían oír en el exterior, pero no incordiaban demasiado.

—¡Cadence! —gritó con toda la fuerza que sus pulmones le permitieron.

Disparó sin dudar a un atacante que apareció entre medio de los pasillos que separaban las grandes cajas metálicas, la materia gris se desparramó sobre el metal. Los muy malnacidos salían de todos los rincones. Uno, dos, tres... cayeron bajo la balacera de Rage. Sus puños pedían acción, pero no era tan imbécil de brindarle una pelea cuerpo a cuerpo a esas ratas.

El impacto de una bala inesperada dio de lleno en la mano izquierda de Rage, dejándolo fuera de combate por unos segundos. Pride condenó a muerte al hijo de perra que había gatillado acercándose por detrás.

—¿Gravedad? —preguntó Ronan.

—Nada del otro mundo... —Sangraba bastante—, solo me ha arruinado el tatuaje.

—¡Bastardos, pagaran por ello! —Pride siempre requería de motivación, y se la procuraba a cada instante. Sonrieron cómplices. Jugar al límite de ese abismo llamado muerte era como un paseo al parque.

Avanzaron, golpearon los contenedores esperando respuesta, y no tardaron en oírla. Al principio fue imperceptible, pero cuando lo notaron, focalizaron la

atención obligándose al silencio.

Los golpes de resonar hueco provenían del centro del lugar. El eco, combinado con los disparos cercanos y lo que parecían ser lejanas sirenas de patrulla policial, les dificultó hallar el contenedor en cuestión. Rage no iba a perder ni un minuto más, disparó en la cerradura del que tenía ante él: nada, vacío. Pride hizo lo mismo, con similar resultado. Recargaron las escopetas, y volaron las puertas de ocho contenedores hasta dar con el indicado.

El repentino ingreso de la luz encegueció a Cadence y a Dalila. Dashi escondía el rostro contra la cintura de la muchacha. Cuando los ojos parpadeantes de la chica country lograron perfilar las formas del cuerpo de Rage, corrió a sus brazos arrastrando consigo al pequeño.

Los labios se unieron en un beso desesperado.

—Sabía que no iba a morir sin volverte a ver... —balbuceó entre lágrimas—. ¡Oh, lo siento tanto, Darren! —Él no podía hablar, le acariciaba el rostro ante la necesidad de reconocer que era ella, y que sí, estaba viva, no había sido demasiado tarde.

—Nada de arrepentimientos ahora, Cadence... —Ronan dio por terminado el momento meloso, no era lugar ni momento—. ¡Rage, llévatelos de aquí! —Se alejó al trote—. ¡Voy a por Desire y Greed, la policía está por caer!

Desire tomó el sector Este de la instalación. Greed cubrió el terreno Oeste. Pride siguió la sinfonía de disparos hasta encontrar a Erin en un escenario de varios muertos con un Neal Sullivan en el suelo, y el peso de su cuerpo sobre él. La pantorrilla derecha le sangraba, y a ella no parecía afectarle.

—¿Dónde está Oscar? —El cañón del arma estaba en su frente.

—¡En su oficina, ¿dónde más?! ¡El maldito cagón no se anima ni a asomar la nariz!

—¿Dime si tiene una ruta alternativa de escape? —Desire presionó el arma incrustándola en la piel.

Pride se acercó. Observó a Sullivan con desdén. Lo escupió. Lo pateó.

—¡Responde, malparido! —Volvió a patearlo. Erin gatilló al lado de su oído como última advertencia.

—¡Maldita zorra desequilibrada! Tiene una salida subterránea que se comunica con el sótano de la gasolinera... —gritó sin hacer pausa alguna entre palabras.

—¿Dónde?

—¡En su oficina, pero para acceder a ella tiene que mover la puta caja fuerte, y no puede solo!

La cercanía de la policía los ponía entre la espada y la pared.

—Cuando quieren, los desgraciados son rápidos. —La reacción policial casi inmediata se ganó un comentario por parte de Pride.

—Sí, yo los he llamado —confirmó Desire—. Preferí jugar a lo seguro...

Pride entendió el motivo sin demandar explicación. Si ellos no lograban rescatar al niño y a Cadence, la redada policial lo haría, no hubiese quedado contenedor sin requisar.

—¡Tengo razón, eres una zorra desequilibrada! —masculló Sullivan luchando con la presión de la rodilla de Desire en la garganta.

—Estás en lo cierto, Sullivan... lo soy —dijo, y disparó en la cabeza del hombre a quemarropa—. Prepara la furgoneta, voy a por Oscar... si no es que Greed ya lo consiguió.

El trayecto en camioneta le bastó para memorizar los planos del depósito. Pateó una puerta, y se encontró con los sanitarios industriales. Los recorrió con calma, arrancó las cortinas plásticas de las duchas hasta confirmar que no había nadie. A la salida, se enfrentó a otra puerta, simple, de madera básica, aparentaba ser un simple cuarto de aseo. Efectuó tres disparos, uno superior, otro central y uno inferior. La puerta se abrió por el peso del cuerpo muerto del hombre ahí recluido.

Greed sacudió la cabeza, molesto, fastidiado. *¡Oscar, no has aprendido nada de Daniel!* El nivel de seguridad era patético, y sus hombres dejaban mucho que desear. Si no fuese porque el muy imbécil contaba con el apoyo de los albaneses y los chinos, sería una maldita oveja devorada por lobos.

Dos puertas, solo una se presentaba como la importante, al final del corredor. Revisó el cargador del arma, le quedaban solo tres disparos. ¡Mierda! Se había quedado sin cargador de repuesto, había vaciado dos junto a Erin para eliminar al grueso de los hombres de Mullan.

Los pensamientos le nublaron la mente. Pensar en Oscar le jugó en contra. No vio la sombra que lo atacó por la derecha. Un hombre que pesaba, mínimo, el doble de su cuerpo, le saltó al cuello, con un arma blanca en mano. El desconcierto ante el contacto inesperado, primero, puso en pausa a Aiden y dejó caer su arma; segundo, activó todas sus alarmas de defensa. El roce de otro cuerpo contra el de él lo violentó. Cabeceó con fuerza hacia atrás,

encestando un brutal golpe en la cabeza del oponente; en contrapartida, éste colocó el filo del cuchillo en la garganta de Greed. Contra todos los pronósticos, el cuerpo delgado de Aiden dominó al del hombre, se aferró a la muñeca que sostenía el arma, y le impidió que hiciera contacto con su piel. Con la fuerza de sus piernas, hizo tracción hasta hacer chocar los cuerpos contra la pared, y Aiden aprovechó el desequilibrio que causó el impacto para desarmar al enemigo; la maniobra, si bien consiguió el cometido, le obsequió un corte a la altura del hombro. El dolor y la sangre estaban en segundo plano en ese momento. Aiden estaba fuera de sí. Con cuchillo en mano, le atravesó la garganta.

—¡No debiste tocarme, hijo de perra! —Quitó el acero de la carne, y volvió a apuñalarlo—. ¡No debiste! —Y otra puñalada... y otra... y otra... Hasta que le desgarró por completo la garganta.

Cuando el cuerpo fue víctima de la gravedad, arrojó el cuchillo al suelo y recuperó la *Glock* semiautomática. Limpió la sangre salpicada en su rostro con el antebrazo, y lo único que obtuvo como resultado, fue desparramarla aún más.

El descontrol lo guio hasta la puerta restante, la pateó, y... ¡Jackpot!

—Mueve tu maldito trasero... ¡Maldición, empuja, Sade! —Le daba esas indicaciones a punta de pistola.

Oscar intentaba acceder a la puerta que se encontraba resguardada por la caja fuerte. Como no podía con el pesado aparato, utilizaba a la prostituta de turno como burro de carga, pretendiendo que ella hiciera todo el condenado trabajo. Sade lo consiguió.

—¡Hazte a un lado, zorra! —le indicó y levantó la portezuela metálica.

Greed le apuntó sabedor de que no dispararía. La distancia, el cuerpo de la muchacha, todo sumaba a favor de Mullan.

—¿Sabes cuál es tu mayor defecto, Oscar? —Greed habló para que este se girara a enfrentarlo. Antes de hacerlo, Mullan se procuró un escudo humano: Sade.

—¿Oír tus opiniones? —El sarcasmo era la característica más cliché de los traidores cuando se encontraban atrapados como ratas—. No, espera... ese fue el defecto de Daniel, uno que lo condenó a muerte. —Apuntó su arma a la cabeza de Sade.

—No es muy inteligente de tu parte mencionar a Daniel. —Dio un paso, él también apuntaba, aunque todavía no contaba con un tiro preciso. Greed no se arriesgaba—. Pero ya que lo haces, te refrescaré la puta memoria... —Citó las

palabras del hombre que les había enseñado a matar y a sobrevivir en un mundo en donde los monstruos acechaban a plena luz del día—. *Si quieres un trabajo bien hecho, encárgate tú de hacerlo. Si vas a derramar sangre, recuerda que tú también sangras...* Por lo visto, no has aprendido nada.

—¡Ya basta de melancolías, Greed! —Oscar retrocedió para descender el primer peldaño de la escalera que lo guiaría al pasadizo subterráneo.

—¡Maldito cobarde, ni siquiera tuviste el valor de matarlo!

Él solo dio la orden, dejó el trabajo sucio para otros.

—Los cobardes no matan, y los valientes siempre mueren. Grábatelo en la memoria... ¡La vida es una puta paradoja! —Descendió otro escalón, Sade tuvo que dejarse caer de rodillas para mantener la postura que él la forzaba a tener. Ella contenía las lágrimas.

—Ni un paso más, Oscar... ¿qué te hace pensar que voy a dejarte salir de aquí con vida?

—Ella, por supuesto —Tiró de la cabellera morena de Sade, y rio a carcajadas cuando ella largó un quejido de dolor.

—¿Crees que una de tus putas me importa?

En la balanza de la realidad en la que los tres vivían, un maldito hijo de perra traicionero pesaba más que una prostituta común y corriente. Sade cerró los ojos resignada a la muerte.

—Sí, te importa, y lo sé porque, como bien has dicho, yo no he aprendido nada de Daniel, pero ustedes... ustedes aprendieron la lección a la perfección.

Tenían reglas, ninguna vida era tomada en vano. Ni a costo de un gran beneficio.

Sade mantuvo los ojos cerrados hasta que la presión en su cabello cedió. Al abrirlos, el iris azul zafiro de Greed fue lo único que la atravesaba. Ese rostro cubierto de sangre jamás se borraría de su mente. El click del cerrojo interno de la portezuela le confesó que había dejado huir a Oscar por el simple hecho de preservar su vida. Ni siquiera podía ir tras él.

—Gracias —balbuceó entre sollozos.

—Vete... vamos, a menos que quieras que te arreste la policía.

Sade se incorporó a tropezones, corrió hacia la puerta, ahí se topó con otro cuerpo, el de Erin.

—¿Greed? —Le abrió camino a la muchacha. Le interesaba el estado de su hermano, y lo corroboró de inmediato. Lo examinó sin tocarlo, nada preocupante, preguntó—: ¿Oscar?

—Escapó...

Guardaron los insultos para sí, no tendrían sentido. Debían abandonar el recinto antes de que arribaran las fuerzas policiales.

La bocina de la furgoneta a manos de Pride resonó sin control. Les quedaban minutos antes de ser rodeados por las fuerzas de la ley, y los puso al tanto de esa manera.

Rage cargaba en brazos a Dashi. Cadence y Dalila lo seguían por detrás. Habían atravesado el playón de contenedores sin problemas. La buena fortuna dejó de acompañarlos cuando giraron en dirección al estacionamiento principal.

Los disparos provenían de un hombre en la azotea. Rage intentó cubrir a Dashi cuanto pudo disparando al aire sin dar en el blanco. Cadence quedó al descubierto, y Dalila, presa de una culpa que la atormentaría por siempre, la empujó para que saliera de la línea de fuego. Cogió la automática que Rage tenía enfundada en la cintura y le devolvió el fuego al atacante. La única herida fue ella, se desplomó en el suelo al recibir el impacto de tres proyectiles.

Con esa distracción, Rage pudo dar muerte al individuo rezagado; Pride había maniobrado la camioneta en dirección a ellos para salvaguardar la vida del pequeño, y la última bala del adversario dio en cabina, atravesando el vidrio, pero sin dejar heridos.

—¡Cadence, súbete! —Le ordenó Rage. Ella estaba en estado de shock viendo cómo Dalila se desangraba hasta morir—. ¡Cadence!

Pride la tomó del brazo para que la presión de su mano la hiciera regresar en sí. Luego inspeccionó la yugular de Dalila para buscar latidos. Nada. Estaba muerta.

—Ya tendrás tiempo para derramar lágrimas por ella, ahora sube a la puta furgoneta...

Reaccionó a las palabras de Ronan, de un salto se acomodó en la parte trasera, lejos de la abertura de la puerta corrediza. Darren le entregó a un Dashi que no dejaba de llorar, y ella lo cobijó entre sus brazos.

Rage regresó al control del vehículo. Pride asumió el rol de copiloto, lo hizo con la puerta abierta. Tenía la metralleta recargada y pensaba utilizarla de ser necesario. Cuando vieron que Greed y Desire abandonaron el edificio, se pusieron en marcha, los interceptaron y los hicieron subir a la parte trasera.

Erin observó el pequeño panorama que la rodeaba: contó heridas y

ausencias.

—¿Dalila?

—No lo logró —fue la respuesta de Pride.

Cadence estalló en lágrimas. Solo Dashi y ella hicieron uso de esa costumbre... esa humana costumbre. Los irlandeses no lloraban por los muertos.

No, ellos los vengaban.

En la TV, los programas de noticias hablaban de lo ocurrido como si de un hallazgo del servicio de inteligencia policial se tratara: incautación de drogas y armamento militar. El jefe del distrito sonreía ante las cámaras, las apariencias debían mantenerse, y el ocasional logro tenía que ser reconocido por alguien.

En *Redemption* mantuvieron la misma línea, el club le dio la bienvenida al público. Nada fuera de lo habitual había ocurrido. La historia que se contaba dentro de la oficina acristalada se reservaba para unos pocos. La habitación adjunta, que era utilizada en esa clase de ocasiones, poseía todo lo necesario para brindar asistencia médica de urgencia: antisépticos, instrumentos quirúrgicos, calmantes inyectables y anestésicos. El inconveniente de esa noche fue que la demanda de primeros auxilios no fue consecuente con la oferta de mano de obra. Pride, el único que había salido ileso del enfrentamiento, ponía su atención en la herida de Rage, la bala no le atravesó la mano de milagro, y tenía que tomar todos los recaudos posibles para evitar consecuencias a futuro.

—¿Crees que puedas con el dolor? —Ronan bromeó en honor al tatuaje en los nudillos de Rage: *Pain* (dolor).

—Por supuesto, siempre y cuando tenga a la compañera a su lado —cerró el puño derecho, *Hate* (odio).

Nessa se encargaba de la pantorrilla de Erin. Sin duda, la que más perjudicada resultó, no fue un disparo limpio, el casquillo del proyectil se encontraba adherido al músculo, si no lo quitaba, la sangre se contaminaría iniciando un proceso infeccioso que no resultaría para nada agradable.

Cadence observaba el despliegue médico improvisado desde una distancia prudencial. Dashi dormía en el sofá de la oficina. Contemplar a Darren le estrujaba el corazón, se sentía una inútil viendo cómo él sangraba a consecuencia suya. Además, quería abrazarlo, besarlo, acariciar su barba. Lo que fuese. No podía hacerlo, tendría que postergar la melosa escena para

cuando estuvieran a solas. En cuanto a Desire, no podía mirarla, hacerlo le revolvió las tripas, Nessa hurgaba en la herida con una pinza quirúrgica mientras ella bebía whisky de la botella. El sudor que perlaba la frente de Erin le decía que el dolor era más del que se imaginaba. Sin otra alternativa visual más a la redonda, buscó a Greed. Estaba en la esquina de la habitación, observando como ella. El encuentro de miradas fue inevitable, el recordatorio de su herida también, la sangre que emanaba del corte en su hombro le recorría el brazo hasta llegar a la mano, dedos, y gotear sobre el piso.

—¡Dios santo, déjame ayudarte! —Cadence no midió su actitud y fue hasta él, la situación le había hecho olvidar el rechazo al contacto físico del más joven de los hermanos. Le rozó el hombro, y Greed, con un movimiento brusco, le apartó la mano.

—No es necesario, estoy bien.

—No, no lo estás —rebatió ella en voz alta para que el resto la oyese.

—Estás sangrando, Greed... —Desire intervino—, estás sangrando demasiado.

—Deja que Cadence te ayude —sugirió Nessa.

—Puedo esperar. —Los ojos de Aiden buscaron a los de Darren. Solo él podía tocarlo, tatuarlo, curarlo. Nadie más. Mantenían esa extraña dinámica desde pequeños. Solo Rage...

—¡Mierda, Greed..., ¿acaso vas a esperar hasta mañana?! —Pride estaba lidiando con un asunto bastante delicado, lo único que le faltaba era cargar a su espalda el peso extra que significaba la intervención demorada en Aiden—. ¡Rage no es el maldito *Wolverine*, sus heridas no sanan de un minuto a otro! Necesitas sutura y dudo que su mano esté en condiciones de hacerlo.

—Aiden... —Darren intentó apelar a su conciencia—, hermano, siempre he estado para ti, pero no ahora, no hoy... ¡No hagas a este día más jodido de lo que fue! Piensa en Cadence como si fuera una extensión mía.

—¿Así lo crees? —Greed reclamaba más que una repetición de lo dicho con esa pregunta—. ¿Tan importante es para ti?

Tanto Erin como Ronan desviaron las miradas. Lo que ahí sucedía nada tenía que ver con ellos. Nessa también se llamó al silencio.

Los ojos de Rage buscaron con desesperación a los de Cadence. Si le dieran a elegir, moriría, daría su último suspiro perdiéndose en el intenso verde de la mirada de su chica country.

—Rage... —Greed insistió, aunque tenía su respuesta, quería oírla salir de los labios de Darren—. ¿Tan importante es para ti?

Años atrás habían hecho una promesa. Una que nunca se rompería. Los tatuajes de sus pieles narraban la historia de la hermandad que los uniría por siempre. Aun así, Rage... Darren, bestia y hombre, había descubierto que entre sus cicatrices existía espacio para algo más. No todo era oscuridad, muerte...no, la luz se filtraba, se daba paso a través de él, y lo hacía gracias a las heridas.

—Daría mi vida por ustedes... y daría mi vida por ella.

Las palabras fueron suficiente. Los presentes supieron comprender la naturaleza de los sentimientos de Darren Foley... un Darren que regresaba a la vida de la mano de Cadence Hazel. De ese instante en adelante formaría parte de la familia.

Greed tomó una silla, la giró, se sentó a horcajadas utilizando el respaldo como apoyo para los brazos y se arremangó la camiseta hasta exponer la herida ante Cadence.

Nessa sonrió, al tiempo que extraía los restos de casquillo de la pierna de Erin. Desire aprovechó a beber el resto de whisky que le quedaba.

—Ey, rubia... —Pride le arrojó a Cadence un pequeño botiquín con los elementos que iba a requerir para la atención de Greed. Ella no alcanzó a atraparlo—. Joder... ahora que lo pienso, yo que tú esperarías.

—¡Cierra tu boca! —Desire y Nessa lo reprendieron al unísono.

La mano libre de Rage se extendió por lo bajo hasta alcanzar la de Greed, sabía que tendría un ataque de ansiedad:

—Cuenta, Aiden... cuenta.

CAPÍTULO 15

Estaban vivos, estaban más o menos sanos y estaban muy cabreados.

En la oficina vidriada de *Redemption* los cuatro hermanos se reunían para definir la estrategia. Nessa se llevó a Cadence y a Dashi a los camerinos del último piso para permitirles la privacidad; Rage apenas si era capaz de perder de vista a su chica country, por eso decidió pegarse a ella como una garrapata de ser necesario, hasta que todo aquello terminara.

La idea no le molestaba en lo absoluto. El único problema, *Redemption* no era el ambiente apropiado para un niño.

Analizaba cómo cambiar la rutina para que en esa caótica vida hubiera espacio para todos; para su felicidad. Las últimas semanas pusieron en manifiesto que no les fallaría jamás a sus hermanos, ellos siempre estaban allí, pero que tampoco podía perder a Cadence y Dashi.

Y Aiden, Ronan y Erin lo entendían, al punto en que no se lo pedirían. Por el contrario, ideaban junto a él un modo de incluir a Cadence, por el bien de Rage. Eran familia antes que negocios.

Sin embargo, los negocios seguían y esperaban por ellos. Y allí sí que no existía lugar para la dulce chica country. Lo que se avecinaba era peligroso, oscuridad y pactos con varios demonios.

—¿Qué tenemos? —preguntó Rage, quería ir al grano para poder volver a su penthouse con Cadence y Dashi.

—Todo y nada. —Greed fue quien habló, como siempre, desde las sombras. Tras el escritorio estaba Desire, de nada valía simular que no era la mente tras el plan mayor... a ella era a quién más le adeudaban. A su derecha, como en la niñez, Pride. Y Rage enfrente, dispuesto a hacer lo que a otros les haría temblar el pulso; el brazo ejecutor.

—Explícate...

—Sabemos que Oscar Mullan fue la cabeza tras la muerte de Daniel. — Desire tomó la palabra.

Pride hizo sonar sus nudillos. El muy malnacido había escapado, se le había escurrido a Greed, aprovechándose de los límites que regían a los cuatro irlandeses: no cobrarse víctimas inocentes. En su mundo, esa era una tarea fácil, nadie era inocente y estaban rodeados de hijos de perra. Por eso,

aquella noche, los chinos y los albaneses en complot con Oscar se aseguraron de que hubiera la suficiente cantidad de inocentes como para ganar ventaja.

—Oscar lo venía planeando desde hacía años —agregó Greed, con los dientes apretados—. Desde...

—Desde ti.

—Sí. —Aiden había descubierto los desvíos del contador. Daniel le había perdonado la vida porque estaban en guerra, y no podía dejar a alguien con tanto conocimiento libre de pactar con el enemigo. Oscar juró lealtad a Daniel a cambio de ese perdón, y por unos años fue fiel, el temor al clan funcionaba de aliciente.

Pero ni el miedo es lealtad, ni el perdón ingenuidad. El jefe reemplazó a Oscar por Greed en cuanto el pequeño huérfano tuvo edad suficiente, y Mullan, aunque ya no podía desviar fondos, planeaba su venganza.

Una que se ejecutó cuando dos piezas del tablero se movieron: el detective del FBI que manejaba su caso y el fiscal de Los Ángeles. El primero, Gary, se había jubilado con medallas, honores, una importante cuenta de retiro y un apartamento en la bahía. El segundo había muerto de un prevenible infarto, el médico le dijo que, a su edad, la Coca-Cola, las frituras y el cigarro iban a matarlo.

Sin ellos, el pacto de paz se diluía. Solo quedaba el jefe de policía en la pata legal, y los jefes de los clanes en la ilegal, entre los cuales Daniel se había ganado varios enemigos.

Negocios son negocios; y Daniel funcionaba como el regulador de los mismos. Nada sucedía en su territorio sin seguir las pautas, lo que conseguía una baja en los ingresos para muchos. Oscar Mullan era un defensor del libre mercado, para cada cliente un producto, sin importar si se trataba de un niño, de droga adulterada, de mujeres forzadas; ese no era su jodido problema, él era un contable. Muchos otros jefes, entre ellos, Huang Liu, coincidían con el hombre. Al fin de cuenta, si querían comunismo y regulaciones, se hubiesen quedado en China. América era libre, ese era el lema, y ningún jodido irlandés les diría con qué comerciar.

—Pero Oscar Mullan no se ensucia las manos. —Pride intervino, para quitar cierto peso de los hombros de Greed. Era, en opinión de Aiden, la segunda vez que el malnacido se le escurría de las narices. La primera, cuando era un crío; la segunda, por utilizar la vida de una mujer como resguardo—. Por eso pactó con Huang Liu, para que ellos se encargaran del trabajo sucio.

—La parte preferida de Huang Liu... —coincidió Rage, rechinando los

dientes.

—Sí, pero los chinos no hacen nada gratis. —Desire expuso lo que faltaba—. Matar a Daniel con la información de Oscar es su trabajo, mantener a Oscar con vida no... y tampoco es caridad.

—Oscar les da algo —adivinó Rage.

—Sí, y Aiden lo sabe, pero no lo puede probar de manera legal. Necesita acceder a los archivos contables de Oscar, allí está la respuesta... Oscar les dio algo más que la cabeza de Daniel.

—Y lo averiguaré... —prometió Aiden, con un destello de obsesiva determinación en sus ojos azules. Rage unió la mirada a la de él, y asintió.

—Lo harás, Aiden —La voz de Desire estuvo recubierta de orgullo—, sé que lo harás. Tenías solo ocho años cuando pescaste al desgraciado, ahora, será pan comido. —Sonrió. Sí, podía ser que Oscar contara con la protección de los chinos, incluso con su tecnología, pero ellos lo tenían a Greed—. Mientras él se encarga de Oscar, nosotros tenemos otros asuntos.

Pride gruñó, y Rage supo que uno de ellos era Inara Washburne, la nueva fiscal.

—Veo que estás muy contento con tu asignación —bromeó Darren.

—Y tú también lo estarás, Rage —Desire se sumó a la humorada—, porque trabajarás con Pride. Dado que gran parte de este lío es por un pequeño... pequeñísimo problema con un hotel en llamas, dos muertos y un tiroteo en el puerto.

Rage aceptó la reprimenda. Sí, la había cagado, pero era el mejor error de su vida, uno con botas texanas que cocinaba macarrones para tres.

—Bien, acepto el reto.

—Perfecto, la fiscal va a por Pride, lo tiene entre ceja y ceja, le ofreció a Kevin un trato, si delata a su jefe queda en libertad condicional.

—Kevin jamás delatará a Pride.

—Lo hará si se lo pedimos. Pride está de acuerdo...

—¿Lo estás? —Darren miró a los ojos café de su hermano. Éste los puso en blanco, con una gran resignación.

—Sí, seré un jodido chivo expiatorio. Pero antes...

—Antes tengo que terminar mi trabajo —dijo Greed—, Pride se entregará cuando él pueda canjear a Oscar para salvar su culo. Será nuestra muestra de buena fe para allanar el camino al pacto de Desire.

—Rage, ya sabes cuál es tu trabajo en esto.

Sí, volver la guerra sangrienta; tan sangrienta que los jefes de los clanes

quisieran ponerle fin. Tantas muertes en tierra de nadie son malas para los negocios, y ellos les recordarían la importancia de que esas tierras, las de Los Ángeles, se rigieran bajo la ley y protección de los irlandeses.

—¿Y tú? —preguntó Darren.

Se hizo silencio, y supo que lo que diría lo involucraba... no, no a él, a Cadence y a Dashi.

—Erin... —la instó, en confianza, como una promesa de que no perdería los estribos.

—Hay un cabo suelto, Rage, y lo sabes. Un cabo suelto que, al parecer, es Dashi. De eso me voy a ocupar yo...

—Soy el tutor de Dashi —reclamó su lugar—, me corresponde protegerlo...

—Y eso harás. —La mano de Desire se alzó para silenciarlo—. Nadie te lo quitará, Rage, ni a él ni a Cadence. Es una promesa, y jamás rompo una promesa. La investigación de lo sucedido, en cambio, requiere de mente fría y tú... bueno, no eres muy racional cuando de esos dos se trata.

Tuvo que darle la razón, aunque solo fuera para sus adentros.

—¿Qué línea sigues?, al menos merezco saber.

—La que nos has contado, el sicario, el tatuaje y que hayan ido a por Dashi, no a por ti. El plan del puerto era por nosotros, era para atraparnos y matarnos; Oscar nos entregó. Fue chapucero, Rage, fue un plan de un par de inútiles que se creen con poder porque tienen un arma en las manos. En cambio, lo del sicario...

—Fue mejor preparado... —coincidió.

—Sí, violaron la seguridad de Greed... Solo dos niveles —agregó con una sonrisa—, tenía un objetivo, no se distrajo matándote y, por lo visto, ha desistido. Aunque Greed ha detectado algunos movimientos extraños...

—¿Cuáles?

—Cada tanto, en alguno de los edificios frente al tuyo, un hombre que oculta las facciones ingresa burlando los sistemas de seguridad para no dejar registro, no usa siempre el mismo edificio ni el mismo patrón. Parece que va a la terraza, es probable que mire a tu apartamento. Dura unos quince minutos, no más, no quiere llamar la atención, deja el edificio y reanuda los servicios. No puedo saber qué hace realmente, pero mi sospecha es esa: mira a tu apartamento por quince minutos cuando ustedes desayunan.

—¡Joder!

—Rage, yo me ocuparé. Averiguaré quién es ese hombre y qué quiere con

Dashi. Tú haz tu parte. Protégelo y ayuda a Pride con la fiscal.

—Confío en ti.

Sí, confiaba en ella, al punto de hacerse a un lado en algo tan importante y permitirle llevarlo a cabo a su manera.

Brindaron con whisky, porque la guerra había empezado, una que, esperaban, consiguiera tiempos de paz.

Mientras tanto, él tenía la receta para serenar el espíritu: Cadence, Dashi, macarrones y helado de galleta.

¿Existía mejor plan que ese?

La llamada tardó en conectarse; Greed implementó un sistema que desviaba la señal por varias antenas, no era inviolable, pero desanimaría a los menos preparados.

—Hola, mamá —exclamó Cadence en cuanto la imagen al otro lado de la pantalla se hizo presente—. ¿Me escuchas bien?

—Sí, hija. Mira, estamos todos. —La cámara hizo el pánico de la acogedora casa de Texas, con tres hombres, que se parecían en facciones y porte, bebiendo cerveza. Eran sus dos hermanos y su padre—. Y ya tenemos el canal sintonizado. Ahora... preséntame a mi yerno.

Rage, que arribaba con Dashi a hombros tras comprar helado de galleta para ver el show, se paralizó por unos segundos.

La palabra yerno se le había atorado en la garganta; carraspeó. Eso de los títulos no se le daba bien, pero adaptarse a las circunstancias sí, y si por esa noche debía actuar como todo un yerno, lo haría... lo haría por Cadence.

Había conseguido su primer protagónico en la TV, un cameo secundario en Criminal Minds.

—Mamá, él es...

—Rage. —Darren podía compartir su nombre con Cadence, para el mundo seguía siendo Rage.

Cadence se mordió los labios por la ansiedad. Sabía que su madre lo evaluaba con ojo crítico, cada tatuaje, cada gesto.

—Un gusto, muchacho. —Pamela Hazel dio el primer visto bueno—. Espero que nos podamos conocer en persona el 4 de Julio, porque, ¿vendrán el 4 de julio, verdad?

—Veremos...

—Si es por el dinero, tengo millas acumuladas...

—¡Ma!

—Intentaremos ir el 4 de Julio —prometió Rage, y con eso se ganó la primera sonrisa de la mujer.

—Muy bien, eso está muy bien. —La voz del señor Hazel irrumpió en la comunicación. La emoción de Cadence por su aparición en TV le había hecho obviar la incomodidad de las presentaciones; pensó que con solo decir «me estoy viendo con alguien» bastaría.

Ingenua.

Rage sonreía, no parecía molesto, sino divertido. Sabía que Cadence debía mentir, y que eso se le daba muy mal. Podía actuar, para lo cual necesitaba ponerse en papel, pero mentir sobre la marcha, a sus padres, era algo para lo que su chica country no estaba hecha.

—Y dime, muchacho, veo que tienes un buen apartamento... ¿a qué te dedicas? —Cadence palideció, Rage sonrió.

—Hmmm, papá, ya va a comenzar el episodio... Mira, él es Dash, el pequeño de quien te hablé... —El niño jugaba con los tres gatos, ajeno a las presentaciones.

El señor Hazel no se dejó embaucar, tenía los ojos fijos en el *novio* de su hija.

—Me dedico a los residuos, señor. Clasifico la basura de Los Ángeles, intento reciclar lo que se puede, pero la mayoría... —Sonrió—, la mayoría son pura basura desechable.

—Y veo que le va muy bien con eso.

—No se imagina la cantidad de basura que hay en esta ciudad. —Cadence estaba roja. Su madre y su padre aceptaron la explicación.

—¿Sabes, Rage?, aquí yo clasifico la basura también. Mira, mira... — Pamela caminó con el móvil en la mano hasta la cocina y le mostró los cestos separados por colores—, pero no consigo que mi marido deje su vieja Ford y la cambie por un automóvil eléctrico.

—¡Patrañas! —se quejó el hombre—. Automóvil eléctrico en el estado del petróleo. —Y golpeó la mesa con el puño. Los hermanos Hazel se rieron del intercambio, acostumbrado a las pullas de sus padres, y bebieron en silencio. Era bueno que por una vez molestaran a otro—. Me dijo Cadence que tienes un Aston Martin... ¿por qué no un carro americano?

Rage rio, lo estaba disfrutando. Quien sufría era Cadence, pero solo del modo en que toda niña mimada sufre cuando presenta un novio a la familia, y eso era adorable.

—Papá...

—Bien, bien. Haremos esto, muchacho, tú y yo, el 4 de julio, iremos a cazar y te explicaré por qué los automóviles americanos son mejores que esos que traen de Europa, ¿trato?

—Trato.

—Porque imagino que sabes de armas... —agregó Hazel.

—¡Papá!, suficiente.

—Ya sabía yo que este muchacho era mucho tatuaje pero nada de carácter, Pamela... —se escuchó el susurro—, en California los hombres no saben de armas. Si fuera de Arizona...

Bueno, pensó Cadence, iba a dejar a su padre en la feliz ignorancia; y un intercambio de miradas con Rage le dijo que él también lo dejaría pasar. No medía su ego con el señor Hazel, eso era algo bueno...

Y distinto a todos sus ex.

—Ya, preséntame al pequeño sobrino de Rage, ¿cómo dices que llegó a hacerse su tutor?

—¡Ahí va a comenzar! —Criminal Minds le salvó la vida a Cadence. Rage le regaló una sonrisa y una mirada divertida. Se cobraría esa presentación oficial a la familia de Cadence; y ambos lo disfrutarían.

El televisor de pantalla gigante mostró el inicio del episodio, con los rostros conocidos de Joe Mantegna, Matthew Gray Gubler, entre otros.

Todos los televidentes hicieron silencio, solo se escuchó el sonido de las cervezas al destaparse y las respiraciones ansiosas ante la escena.

...Es la quinta muerte, tenemos un patrón, debemos ir a Los Ángeles...

El jefe envió a su equipo de análisis a la caza de un asesino serial a la ciudad, en donde se aprovechaba para hacer un cameo con otra serie de la productora.

Cadence comía del pote de helado sin control, sentía que el estómago le demandaba azúcar en cantidades. No le había dicho a nadie cuál era su papel y aparición, para mantener la sorpresa.

...Llegan justo a tiempo, ha habido una sexta... estamos seguros de que es el mismo asesino...

Los actores iban al Grand Park y mostraban sus placas. Los cruces de si le correspondía el caso al FBI o a la policía del estado, y al fin...

...Cumple con el patrón, —A.J. Cook en su papel de Jennifer Jareau atravesaba la línea amarilla y conversaba con la forense.

Entonces...

La mano de la actriz hace a un lado la sábana blanca y descubre el rostro

de Cadence. El penthouse de Rage rompe en vítores, los mensajes de *Redemption* confirmando que veían la misma escena resonaban en los móviles y Pamela Hazel lloraba de la emoción como si el papel de su hija la hiciera merecedora de un *Golden Globe*.

...Rubia, caucásica, entre los veinte y veinticinco años. Rutina establecida, todas las mañanas salía a correr a la misma hora por el parque. No sospechaba el verdadero peligro que corría...

—Al parecer, mi chica country, has encontrado el papel perfecto para ti — le susurró con picardía Rage—, una muchacha que desconoce los riesgos.

—Por suerte, esta muchacha te tiene a ti, para no terminar así. —Le dio un suave beso y se acurrucó contra su pecho, mucho más relajada tras su primera aparición en TV y la aceptación de sus padres, tanto a la carrera como al... ¿novio?

Hablaron durante todo el capítulo, y los Hazel brindaban en cada ocasión que el rostro de su pequeña Cadence se hacía presente:

La morgue y la foto en el tablero de investigación, porque no hizo más intervenciones, y terminaron la llamada arrebatando más promesas de visitas, de utilizar las millas y hasta de planear pasar navidad en Hawai.

Esquivar la bondad de los Hazel era más difícil que esquivar balas.

El padre de Cadence le prometió a Rage que le enseñaría de motores y de armas, cosas que debía saber si quería salir con una chica texana; y Darren aceptó de buena gana, aunque tuviera que simular su desconocimiento.

—Lo prometo, Cadence, me dispararé un pie para convencerlo de mi inexperiencia.

—Ni en broma digas esas cosas... —Lo reprendió ella.

Conversaron con los líderes de *Redemption* y luego con Nessa, todos ansiosos de festejar el logro de Cadence.

Ellos terminaron a medianoche, arrojaron el pote de helado vacío al cesto, limpiaron los trastos sucios y se burlaron del negocio de la basura.

—No mentí, solo disfracé la verdad —se defendió él.

—Ve a hacer dormir a Dashi, yo me ocupo de ordenar lo último...

—¿Tienes algún apuro, mi chica country?

Ella sonrió, una sonrisa plena y satisfecha.

—Sí; cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, deseas que el resto de tu vida empiece lo antes posible... —La cita de *Cuando Harry conoció a Sally* la definió por completo, y Rage dejó lo que estaba haciendo solo para besarla. Besarla y prometerle que él también quería

que el resto de la vida iniciara en ese instante.

Llevó a Dashi a la habitación, le leyó un cuento y lo arropó cuando el pequeño se dejó vencer por el sueño.

Cadence ya lo esperaba en la cama, porque, ¿para qué perder el tiempo?

Al otro lado de la calle, en el edificio de enfrente, una pantalla mostraba una luz roja y una cuenta regresiva.

Cuatro, tres, dos...

La mano desconectó la antena. Sonrió. Era la alerta que le indicaba cuánto tiempo le quedaba antes de que rastrearán la señal.

Bajó la mira a distancia, se cubrió el rostro y guardó los artículos tecnológicos.

—Otra vez será, Greed... otra vez será —le dijo al hombre que había estado a un segundo de interceptar su micrófono.

Como una sombra, se perdió en la noche.

PACTO DE SANGRE

22 años antes...

Los cuatro debían escapar, y tenían que hacerlo juntos. Ronan lo había intentado en el pasado, conocía los hilos tejidos por el sacerdote; abarcaban toda la ciudad.

Solo existía un modo, Erin lo planeó en detalle. La confianza y la lealtad entre ellos era lo único que les otorgaría el éxito.

Cuarenta y seis pasos desde el pabellón de niños al central; setenta y tres desde el de niñas; treinta y uno hasta el corredor que daba a la capilla...

Aiden había cronometrado todo; Erin y Ronan habían practicado. Tenían doce minutos para llevarlo a cabo, y debían hacerlo entre la cena y el momento en que cerraban los pabellones. Justo antes de que el sacerdote eligiera a las víctimas de esa noche.

Aiden le indicó a Darren el horario de partida.

En el mismo minuto en que ellos, junto a Ronan, ponían un pie en el corredor central, lo hacía Erin. A la perfección. Darren le sonrió a su amigo, éste seguía esquivando las miradas, pero toleraba mejor la del pequeño Foley que las demás. Al fin de cuenta, iban a ser hermanos de ahora en más.

Avanzaron. La primera puerta: dos cerraduras. Ronan había conseguido las herramientas, las escondía con celo entre sus ropas. Le dio una de ellas a Erin, y con la otra trabajó él.

Estaban nerviosos, Aiden contando los segundos no era de gran ayuda, le pidieron que lo hiciera en silencio.

Les llevó doce segundos más que su mejor tiempo. El sacerdote estaba allí, esperando cerca del altar por las instrucciones de la noche.

—¿Pequeños?, ¿qué hacen fuera de sus habitaciones? —Lo dijo con dulzura, con una dulzura que ya no tenía efecto en ellos.

Algo en la mirada de los niños le dijo que estaba en problemas. Ya no eran angelitos.

Corrió.

Lo intentó.

Ronan lo derribó. Darren comenzó a golpearlo con fiereza, nadie lo

detuvo, lo dejaron hacer, lo disfrutaron con él. El único que se quedó a un lado, contando, fue Aiden.

Pero sonreía; sonreía porque le contaba los últimos segundos de vida.

Erin extendió las sogas, se las mostró antes de atarlo. Le amarraron las manos, los pies, y le metieron un trapo sucio en la boca.

El hombre gemía, suplicó, pidió clemencia.

—Cosechas lo que siembras —le dijo Erin, con desagrado. Ronan no lo quería escuchar, así que lo golpeó.

Era el momento. Ronan descubrió la tijera, no habían conseguido un cuchillo. Era la misma con la que Darren se había cortado el cabello.

Por un instante, hasta Aiden dejó de contar. Lo que harían, los marcaría por siempre. Dudaron.

No somos malos, pensaron los cuatro al unísono. Harían algo malo, pero no eran malos.

Darren miró al sacerdote mientras los demás titubeaban. El velo de ira llegó a él como un viento de verano, caliente y con aviso de tormenta.

Kirian podría haber escapado con ellos, Kirian podría estar allí, Kirian podría haber elegido matar antes que morir.

Ese bastardo se lo había arrebatado, con una promesa que no cumplió: la de no hacerle lo mismo a Darren.

Se lo había hecho; a Darren, a Ronan y a Aiden. ¿Y Erin?, no, las niñas no eran de su gusto, para ellas había un destino peor.

Rage hizo acto de presencia, desterrando a Darren.

Ira...

Tomó la tijera y la clavó en el pecho del sacerdote. La hundió, usando las dos manos, atravesando piel, músculos. El quejido del pederasta quedó ahogado con sangre.

No estaba satisfecho. Extrajo la tijera para volver a hundirla, repetiría la acción hasta que el malnacido no emitiera ni un sonido, hasta que no le quedara sangre en el cuerpo...

La mano de Erin se lo impidió.

—Debemos hacerlo todos... —repitió el plan inicial—. Nadie será más culpable que el otro. Estaremos siempre unidos por este acto.

A Darren no le importaba quién lo hacía, no le molestaba ser él. Los años pondrían en manifiesto la sabiduría de Erin, de convertir ese acto en un pacto de sangre. Otra clase de sangre que los hermanaría de por vida.

La muchacha le quitó la tijera, y la hundió en la carne del sacerdote.

También con desprecio, con un enojo profundo y una dosis de satisfacción. La quitó y se la extendió a Ronan.

Ronan no vaciló; demasiados años a su merced. Era el más fuerte de ellos, de modo que el cuerpo del hombre se contrajo y los ojos se vieron desorbitados por el pánico y el dolor.

Aiden...

Los tres lo miraron.

—Puedo hacerlo por ti... —le dijo Darren. Pero Aiden no aceptó.

Tomó la tijera de mano de Ronan; los dedos se rozaron apenas, sin que el pequeño entrara en pánico, y repitió el accionar. Con dos manos, con todo su cuerpecito haciendo peso, atravesó el pecho de su abusador con el filo.

Los cuatro se miraron; el hombre lloriqueaba y se atragantaba con la sangre que manaba de la garganta y que no podía escupir por el paño sucio.

No... no era suficiente.

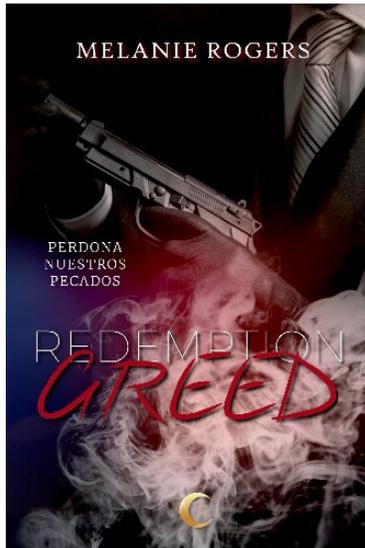
Repitieron la acción: Darren, Erin, Ronan, Aiden.

Ocho veces en total. Treinta y dos puñaladas.

Forzaron las últimas dos cerraduras y las calles de Los Ángeles los recibieron. Ellos ya no eran ángeles; eran cuatro hermanos irlandeses con un objetivo más.

Hacerle lo mismo a quien había abusado de Erin.

PRÓXIMAMENTE



NUESTRO CATÁLOGO



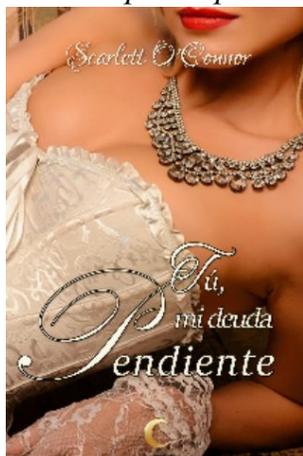
Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.

"Recuerda siempre leer la letra pequeña".

Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.

Pero nadie le advirtió...

Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.



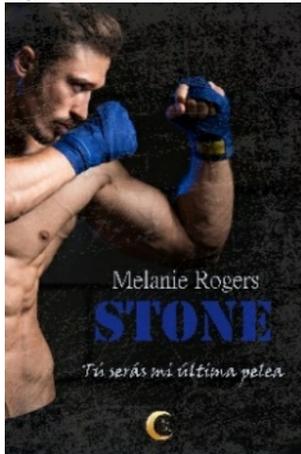
¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.

-Melanie Rogers

Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:

Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.

Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.



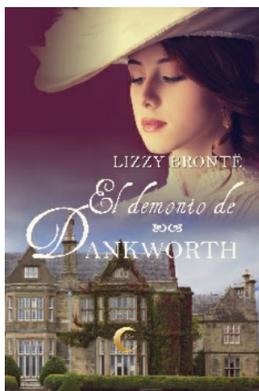
Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë
Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.

Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.

Golpe a golpe, así recordará quién es.

Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.

No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.



Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo, misterio y amor se entremezclan para crear una historia adictiva.

-Scarlett O'Connor.

¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?

Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la

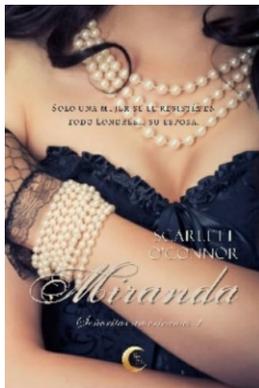
única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella.

Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro.

Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio... ¿O será Diane quien lo salve a él?

Personajes inolvidables. Romance como *Scarlett* nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».

Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonroso pasado.



Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.

No enamorarse, ese es el plan de Elliot.

No caer en la red de sus encantos, ese es el plan de Miranda.

Las apuestas se abren... ¿Quién ganará?



Cameron Madison había crecido entre algodones, protegida y alejada de todos, hasta que Sean Walsh llegó a su vida y le robó el corazón.

El empresario de Chicago ve más allá de su apariencia, ve su espíritu indómito, sus ansias de vivir y de experimentar.

Ambos se aman, ambos tienen planes juntos, hasta que el asesinato de una esclava lo apunta a él como único autor, y a ella, como único testigo.

Un océano de distancia no bastará para acallar la verdad, para romper con su amor... para poner fin al peligro que asecha a Cameron.

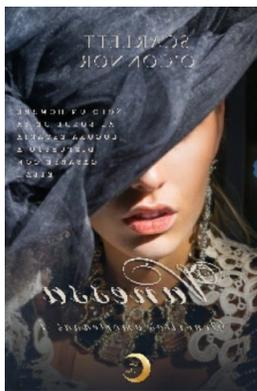
Ella se había llevado más que su corazón, se había llevado la prueba de su inocencia. Debe recuperarla antes de que sea demasiado tarde.



Emily Grant debía casarse. El estatus de su familia dependía de que consiguiera un buen marido, cualquiera con un título nobiliario o buenas relaciones bastaría. Pero... Si todos los hombres eran iguales, ¿por qué no podían ser iguales a Lord Colin Webb?

Colin Webb es el heredero del condado de Sutcliff, un dandi que parece tener a todas las mujeres a sus pies. Su secreto lo lleva a mantener una fachada de perfecto amante, una farsa que está agotado de mantener.

¿Podrá una discolor americana ser la respuesta que lleva años buscando en sus compañeras de alcoba?



Última entrega de la serie Señoritas americanas. Scarlett nos regala una historia plagada de esperanza y superación, una mujer fuerte que intenta

abrirse camino en un mundo de hombres.

¿Quién estaría tan desesperado como para casarse con la arisca Vanessa Cleveland?

Desesperado y demente. William Witthall, conocido como el conde Loco, está en la ruina. Quizá se deba a su mala administración o, tal vez, a su afición a hablar de duendes. No lo sabe. Lo único de lo que está seguro es de que necesita ayuda para salvar sus tierras, y ¿quién mejor que la brillante señorita Cleveland?

Vanessa no podrá resistir el desafío de probar que puede hacer todo aquello que le es vedado, más aún, cuando los secretos de su pasado vuelvan para atosigarla y la obliguen a averiguar de qué están hechos sus sueños y aspiraciones.

¿Eres tan loco como William, te atreves a lanzarte a la historia de Vanessa?



Ava Monroe tiene un don, el de ayudar almas atrapadas. Su vida nómada y excéntrica le brinda todo lo que necesita, libertad y ausencia de lazos afectivos. No desea echar raíces, conoce mejor que nadie el dolor de la pérdida.

Una voz susurrante, un pedido de auxilio en medio de la noche la llevan a las tierras de Durstfall.

Entre las sombras de la olvidada mansión habitan Luke Skyller y su sobrina Rose. Ambos viven una existencia de exilio; en el caso de la niña, por sus sentidos perdidos, en el caso del conde, por su afán de no volver a sentir. Sortear esos muros emocionales será un desafío para Ava Monroe, uno que pondrá en peligro su tan bien resguardado corazón.

¿Podrá Ava sacarlos de su encierro, o será ella la que caiga en la trampa de los brazos de Luke?



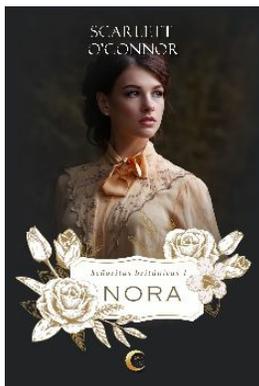
¿Don o maldición? Julia Wesley era poseedora de una gran capacidad empática, característica que marcó su existencia desde temprana edad.

Hija de un general durante la guerra napoleónica, huérfana de madre y con un pasado escandaloso en el frente de batalla, está condenada a la soltería.

Sin embargo, su camino puede truncarse. Un enigmático camafeo y dos hombres atormentados alterarán la vida de Julia para siempre.

Ella tiene el poder de sanarlos, pero solo uno de ellos tiene salvación.

La música y la esperanza resuenan en esta hermosa historia de Lizzy Brontë, una novela que nos enseña que los héroes no necesitan capas ni espadas... El amor es la más poderosa de las armas.



Una buena señorita británica es delicada, sumisa y sosegada. Conoce bien su lugar en la sociedad y no lo desafía, ¿en qué problemas puede verse envuelta?

En muchos.

Nora Jolley huye de Inglaterra como polizón en un barco con destino a América. La motiva la búsqueda de justicia por su hermana y solo un hombre puede ayudarla: Charles Miler, el editor más emblemático e inalcanzable de Estados Unidos.

Dar con él no será tarea sencilla; ir tras sus pasos implicará toda una aventura, una empresa que la llevará de punta a punta del inmenso país, que le hará conocerse a

sí misma y que pondrá en riesgo, no solo sus altruistas anhelos, sino también, su corazón.

SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



[/lune.noir.libros](#)

Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.



<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>